

Marisa Vannini de Gerulewicz

El Chamán de los Cunaguaros

Viaje por el mundo indígena venezolano

Ilustraciones
de Myriam Álvarez



El Chamán de los Cunaguaros

Viaje por el mundo indígena venezolano

2.ª edición, Fundación Editorial El perro y la rana, 2022

© Marisa Vannini de Gerulewicz

© Fundación Editorial el **perro** y la **rana**

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana

Twitter: @elperroylarana

Edición al cuidado de:

Milagros Carvajal

Rodolfo Castillo

Carlos Herrera

Diseño de portada:

Arleene Abrahams

Arturo Mariño

Ilustraciones:

Myriam Álvarez

Hecho el Depósito de Ley

ISBN 978-980-14-5124-2

Depósito Legal DC2022001503

Marisa Vannini de Gerulewicz

***El Chamán
de los Cunaguaros***

Viaje por el mundo indígena venezolano

Ilustraciones de Myriam Álvarez

A todos mis antiguos y recientes alumnos: los de kinder, preparatorio y primaria del Instituto Montessori y del Colegio Lourdes; los de las clases particulares a quienes enseñé a leer y escribir con tanto cariño; los de las clases de Italiano y Español del Instituto Venezolano Italiano de Cultura; de los Liceos: Pedro Emilio Coll, Instituto Politécnico, Guadalupe, San José de Tarbes, Cultura, América, Moral y Luces; a las maestras y maestros criollos e indígenas del interior del país, mis alumnos presenciales y a distancia de la Universidad Nacional Abierta; del Instituto Pedagógico; de la Universidad Católica, de la Universidad Metropolitana y muy especialmente a los de la Universidad Central de Venezuela, que me han acompañado por muchísimos años.

Todos ellos fueron para mí presencia, apoyo y estímulo en las letras, cultura y vida.

A mis hijos y a mis nietos: Leonardo Simón, Gerardo Américo, Donatella Maigualida Gerulewicz Vannini; Natalia y Fabián Hernández Gerulewicz y Eugenio Clemente Gerulewicz Rojas.

Este relato de corte juvenil, cuya acción se desarrolla en las comunidades indígenas de Venezuela, se propone reflejar en forma documental la realidad y situación actual de estas etnias y poner al lector frente al universo inmenso, y para muchos desconocido, de las maravillosas culturas aborígenes. El texto, basado en un recorrido personal a través del mundo indígena, contiene observaciones directas sobre las etnias tratadas, y ha sido complementado con consultas a especialistas y con una investigación bibliográfica.

Agradecimientos

Los datos documentales que ilustran los capítulos siguientes han sido tomados de las valiosas investigaciones editadas por Walter Coppens, que figuran como ensayos en la obra *Los aborígenes de Venezuela*, publicada por el Instituto Caribe de Antropología y Sociología de la Fundación La Salle de Ciencias Naturales, Caracas, 1983-1988, en la cual nos hemos apoyado para nutrir nuestra narración:

Heinen, H. Dieter. *Los Warao*.

Thomas, David John. *Los Pemón*.

Coppens, Walter. *Los Sape*.

Overing, Joanna y Kaplan, M. R. *Los Piaroa o Maquiritare*.

Coppens, Walter. *Los Jodí*.

Lizot, Jacques. *Los Yanomami*.

Mitrani, Philippe. *Los Yaruro*.

Saler, Benson. *Los Wayuu*.

Ruddle, Kenneth y Wilbert, Johannes. *Los Yukpa*.

Agradezco también la colaboración de los antropólogos y lingüistas Esteban Emilio Mosonyi, Walter Coppens, Omar González, Ronny Velásquez; de la Dirección de Asuntos Indígenas del Ministerio de Educación; de la Dirección Nacional de Asuntos

Indígenas; de la Dirección de Literatura del Consejo Nacional de la Cultura; la Biblioteca Central de la Universidad Central de Venezuela; la Biblioteca de la Fundación La Salle; y muy especialmente de los maestros, maestras y colaboradores indígenas, con particular afecto para Ana Cecilia Apashi, Javier Armato, Jesús Ramón Opirashi y Efraín Ramos.

Nota

En este relato hemos establecido el recorrido por la Venezuela indígena en una forma espontánea y fortuita, tratando de mantener una secuencia lógica y accesible al lector juvenil. Sin ceñirnos estrictamente al rigor geográfico de un escrito de mayor densidad científica o antropológica, hemos intentado acercarnos a las etnias indígenas más numerosas, dentro de las limitaciones y de la fabulación que implica una obra narrativa.

Vuelta a Venezuela indígena

—¿Dónde van ustedes a pasar las vacaciones?

—Yo, al llano, a la finca de mi abuelo.

—Yo, a la costa, con mi padrino que es pescador.

—Yo me quedo en Caracas, a dormir bastante, ver televisión, leer y jugar béisbol.

—¿Y tú? Tú, ¿a dónde vas?

—Yo... yo voy a dar la vuelta a Venezuela.

—¿La vuelta a Venezuela?

—Tal como lo oyen. Yo, Filatelio González, 14 años, estudiante de noveno grado de la escuela básica, buen deportista, regular ejecutante de cuatro, de mediana estatura, flacuchento, trigüeño, ojos oscuros, cabello negro y liso, orejas pronunciadas, rasgos especiales ninguno, voy a dar la vuelta a Venezuela. Así mismo, compañeros: salimos hacia el oriente, y regresamos por el occidente.

—¿Pero, qué vuelta? Puede haber muchas clases de vueltas...

—Claro. Hay la vuelta turística, para ver paisajes, folclore, artesanía; la vuelta histórica, a través de antiguos caminos, fortalezas, iglesias, sitios de batallas. Podría ser una vuelta de tipo familiar, una visita a todos los parientes, o bien una de tipo comercial, con miras

a examinar la producción y el mercado... o quizás una “vueltecita” política para conseguir votos, apoyo.

—¿Y qué tipo de vuelta es la tuya? ¿Alguna de estas, u otra distinta?

—La mía es distinta, pero tiene algo de todas estas.

—Explica, entonces, ¿qué vuelta es?

Es una vuelta muy especial, realmente, la que voy a dar junto con mi familia.

Papá, Rafael González, 46 años, ex Guardia de Fronteras, en la actualidad competente fotógrafo reportero, con años de experiencia en la prensa nacional; mamá, Carmen Uribe, 34 años, enfermera en un hospital público; Mor y Ocho, los morochos, alumnos de cuarto grado; Muñeca, nuestra hermanita de tres años, a la que llamamos así porque aún no acepta su nombre, Maigualida, largo y difícil de pronunciar; Superloro, mi compañero inseparable, también denominado Supermudo porque habla sólo si algo le entusiasma; y yo mismo, Filatelio, nombre que me obsequió un abuelo extravagante aficionado a las estampillas... todos, al empezar las vacaciones, saldremos para una vuelta muy especial: la vuelta a Venezuela indígena.

El campanario de la Catedral lanzó hace poco los cuatro toques de la madrugada. Es aún noche cerrada. Las calles de los Jardines de El Valle, donde habitamos, están desiertas. Las veredas de Coche se arropan silenciosas en la oscuridad para defenderse del frío.

En fila, caminamos uno tras otro. Papá, alto y fuerte con sus anchos hombros protectores, el rostro sereno, los ojos intensamente azules, revueltos los claros cabellos que recuerdan un antepasado nórdico. Mamá, trigueña, frágil, menuda y leve como la brisa de la aurora, recogida su abundante cabellera azabache en un pañuelo de algodón de vivos colores. Los dos morochos, redonditos como bojotes y por eso apellidados el número “8”, talentosos cantores expertos en el arte de silbar, saludables y siempre con ganas de inventar, bostezando a esa hora tan oscura. Muñeca, de piel clara y mejillas rosadas, llena la cabeza de bulecitos dorados que la hacen parecer una antigua muñeca de porcelana. Y yo, Filatelio, el más moreno y ágil, llamado a veces “palillo” por mis dos traviesos hermanos, con el pelo lacio y mis orejotas ocultas bajo la gorra de béisbol. Cierra el desfile, posado sobre mi gorra, Superloro, un auténtico loro real amazónico, de frente color del sol, inconfundible por su plumaje de

bello colorido, exuberante vocalización y alegre personalidad, que creció con nosotros y nos acompaña siempre.

El jeep azul, caballo de batalla de nuestra familia, tan integrado que lo llamamos cariñosamente “Tío Jeep”, está cargado desde la noche anterior con equipaje y provisiones para más de un mes.

Lo abordamos llevando a mano lo más importante. Papá acomoda su equipo de fotógrafo y camarógrafo, con cámaras, trípodes y por supuesto, los vistosos y llamativos regalos que piensa ofrecer a los indígenas, para que accedan más fácilmente a que se les tomen fotos. Hace años nadie lograba fotografiarlos. Muchos de ellos pensaban que la cámara podía capturar su alma junto con la imagen, o que el hecho mismo de retratarlos era cosa del más allá. Pero con el tiempo han ido perdiendo sus temores más fuertes y hoy día, aunque su habitual timidez, unida a la escasa familiaridad con artefactos como la cámara fotográfica, los hace un poco aprensivos, si se les pide permiso y se les ofrece uno que otro obsequio, es posible obtener muy buenas y naturales imágenes. Les llevamos radios de pilas con una buena provisión de ellas, cachuchas para los hombres, cintas para el cabello en tonos brillantes para las muchachas y sandalias de goma que aprecian bastante. Aunque hoy andan descalzos, los naturales, verdaderos descubridores de los mejores usos del caucho, calzaban en tiempos precolombinos, zapatitos de caucho. Introducían el pie directamente en el látex que al solidificarse formaba allí mismo excelentes calzados, a la medida. En los siglos XVI y XVII los conquistadores se asombraban mucho de esto, pero fue sólo a finales del siglo XIX cuando el caucho fue utilizado industrialmente en suelas de zapato.

Mamá quiere cerca de sí el maletín de enfermera, que resulta muy cargado. Los morochos arrastran dos enormes mochilas, llenas de una cantidad de cosas que de seguro resultarán inútiles. Como de costumbre, ya empiezan a discutir porque cada uno quiere saber lo que lleva el otro sin revelar lo que él mismo carga, y porque ambos pretenden sentarse en el único espacio medio libre detrás de papá, no grande por cierto, porque él tiene que echar bien hacia atrás el asiento para extender sus largas piernas. Resuelvo la pelea sentándome yo allí, mientras ellos argumentan. Muñeca se cuida de no perder su almohadilla azul, ni la cobija rosada de la buena suerte. Yo soy el encargado de las linternas, pilas y mapas viales: todo esto lo

he ubicado en mi amplio morral escolar y como complemento personal llevo al hombro mi cuatro viajero y al pulso mi inseparable e infalible cronómetro. Un rápido adiós a nuestra casa, a las bicicletas, a las pelotas de básquet, a los patines, a las veredas, a la escuela: ya estamos en marcha.

Papá al volante, mamá a su lado, Muñeca entre ellos, yo atrás, los morochos encaramados encima del equipaje, Superloro asomándose a la ventanilla trasera, avanzamos rápidamente.

Detrás, el valle de Caracas aún sueña. Delante, se empieza a abrir el cielo a las luces del amanecer: vamos hacia el este.

Nosotros, los González-Uribe, nos proponemos visitar varias comunidades indígenas, de oriente, centro, sur y occidente de Venezuela y de los territorios limítrofes entre Venezuela, Guyana, Brasil y Colombia. Papá domina bien rutas y caminos porque durante su juventud trabajó en la Dirección de Fronteras, y luego elaboró reportajes para diarios y revistas desde lo ancho y largo de toda Venezuela. Este año, ha decidido emprender un recorrido específico para tomar fotografías de los indígenas en diversos aspectos: rasgos individuales, ambiente, cultura. Su intención es conocer y hacer conocer mejor a los legítimos hermanos nuestros que integran las comunidades aborígenes. Si logra reunir suficientes y buenas fotos, podrá presentarlas a alguna empresa que elabore afiches, agendas, calendarios, reunirlos en un libro, o también ofrecerlos en programas radiales, televisivos, y otras iniciativas más sofisticadas para producir el acercamiento tan deseado. Es justo que todo el país conozca, comprenda y aprecie a nuestros indígenas, o como familiarmente hemos venido llamándolos, con el nombre que les dieron a los nativos de América los primeros viajeros que creían haber llegado a la India, nuestros indios.

Tuvimos suerte de que papá accediera a llevarnos con él. ¡Una vuelta como esta, pocos y pocas veces la pueden dar!

Estamos llenos de expectativas, con cierta inquietud, o acaso temor, por tantas narraciones y cuentos que se oyen en relación al mundo indígena. Sin duda debe ser otro universo —pensábamos los jóvenes—. ¿Cuáles secretos y misterios guarda? ¿Qué habrá de cierto o de falso en los rumores acerca del carácter esquivo o la conducta hostil de nuestras etnias aborígenes?

—Los indígenas son como nosotros. No hay que temer —nos alentaba nuestro padre, convirtiendo el nerviosismo, el temor a lo desconocido, en anhelante curiosidad—. ¡Ya verán qué aventura inolvidable!

—¿Inolvidable? ¿Inolvidable? —tratando de captar la palabra, repetía constantemente, imitada por el loro cautivado por el acopio de vocales, nuestra hermanita Muñeca.

Yo, que siempre he soñado con conocer y hasta descubrir lugares secretos, a la manera de los antiguos expedicionarios sobre los que tanto he leído, imagino una extraña dimensión, una tierra inédita, donde alguna flor, alguna piedra, algún pájaro, encierre los arcanos del tiempo, del cosmos. Quizás en una de las más remotas aldeas indias encontraremos una hierba mágica, capaz de curar males del cuerpo y del alma, o un animal que la ciencia aún no ha clasificado. ¿Será cierto que los chamanes, esos mágicos curanderos indígenas, pueden vislumbrar el futuro de la humanidad en las volutas de humo de su tabaco, en los caracoles, o tan sólo con su mirada transparente? ¿Podrán develarme algunos de los retos y dificultades que me esperan en la vida? Quizás sea mucho pedir, tal vez sueño demasiado. Pero tengo el presentimiento de que en este viaje encontraremos alguien o algo muy importante para nosotros. Sí, estoy seguro de esta intuición.

—Hay muchas etnias en el país, ya lo saben ustedes —comenzó papá mientras el jeep, después de atravesar la ciudad de oeste a este y emprender la autopista de oriente, se acercaba a una zona poco habitada, llena de vegetación—. Nuestra población aborigen aún pura alcanza una cifra cercana a los 500.000 individuos, distribuidos en una treintena de grupos étnicos esparcidos en diversos puntos del territorio nacional. Cada grupo posee su propio patrimonio cultural y habla su propio idioma. Los indígenas son herederos de culturas y lenguas distintas entre sí, y desde tiempos inmemoriales las han mantenido vivas.

—¡Y son tantas, diseminadas en zonas tan alejadas de los centros poblados! —comenta mamá.

—Esto seguramente dificulta la comunicación entre ellos —observo.

—Esta misma falta de entendimiento, esta pluralidad idiomática, facilitó a los españoles la conquista de nuestro país —nos recuerda Rafael, nuestro padre.

—¡Es cierto —interviene Mor con una frase simplista— si no se entendían, no podían unirse para combatirlos!

—Entonces —Ocho no logra convencerse—, por hablar idiomas diferentes, ¿los indígenas no se comunican entre sí?

Imagino una inmensidad sin límites, como la de las sabanas y las selvas, y cada quien expresándose en un idioma distinto. ¡Cuánta soledad! ¡Qué difícil conocerse, intercambiar, integrarse!

—Así es, pero esta diversidad, aunque les ha dificultado la unión y la resistencia ante los atropellos de que han sido objeto, con el pasar de los años los ha llevado a estudiar y aprender una lengua común y oficial: el español.

—¿Entonces el español no es para ellos la lengua materna?

—De ninguna manera, el español no debe ser considerado ni su lengua materna ni un sustituto de ella, sino un medio, aunque importante, de comunicación.

—¿Cuántas lenguas indígenas se hablan actualmente en Venezuela?

—Hasta ahora se han clasificado unas treinta y cuatro.

—¡Treinta y cuatro lenguas indígenas! ¡Increíble! ¡Qué rompecabezas! —los morochos están desconcertados—. ¡Será bien problemático entendernos con ellos!

—¿Y no se parecen entre sí? —también mamá está intrigada.

—No, en absoluto. Sus lenguas son muy distintas, pues pertenecen a varias familias lingüísticas: la familia Caribe, la Arawak, la Chibcha, la Guajiba y otras independientes, a las cuales no se les han encontrado aún las raíces lingüísticas.

En aquel preciso momento, cuando más entretenidos estábamos oyendo las palabras de papá y vislumbrando en nuestra imaginación el estereotipo, afortunadamente ya superado, de los indígenas acechantes, el arco tenso, las flechas preparadas, como los describía el historiador Oviedo y Baños en su *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela*, se oyó un clamor extraño, casi una voz de guerra que resonaba lejana y nos envolvía completamente.

—¡Papá! —chilló Muñeca— ¡Son ellos!

—¡Ellos, ellos! —vocaliza a todo pulmón Superloro.

A estos gritos, por un instante nos quedamos paralizados. Luego rompimos todos a reír. Rafael, sin detener el vehículo, nos señaló una bandada de perdices montaraces que levantaban el vuelo, casi a ras de la espesura, graznando con estridencia.

—Aún falta mucho para que divisemos la primera comunidad indígena —comentó irónico—. Nuestro recorrido hasta el Delta del Orinoco, en el extremo oriental, será muy largo. Tendremos tiempo para estirar las piernas de vez en cuando, para acampar, saborear las ricas meriendas de empanadas y pasteles que trae mamá, tomar fotos del paisaje e imaginar cómo nos recibirán... ¡Les aseguro que no será con graznidos, ni con gritos!

En días anteriores a nuestra partida, nuestro padre nos había dado una explicación general. Específicamente, insistiendo en ello, nos había encargado investigar sobre lo concerniente a la vida indígena, lo más amplia y profundamente posible, para poder discutir el tema durante el viaje.

—En estos momentos —nos había aclarado— estoy muy ocupado con los preparativos y ustedes con los exámenes finales. Pero una vez en camino hacia esas regiones, podremos intercambiar nuestros conocimientos y puntos de vista.

Ya más tranquilos y concentrados en el objetivo de nuestra expedición, mientras el jeep se interna en un camino polvoriento de poco tráfico, emplazamos a papá.

Comienzo yo:

—Por fin, papá, ahora tienes que decirnos exactamente cuáles etnias indígenas vamos a conocer.

—Y hablarnos de ellos —apoya mamá.

—Nosotros queremos saber si lograste avisarles que vamos a visitarlos —agrega Mor, intrigado.

—No, no, más que eso queremos saber ¿cómo hiciste para avisarles? —lo interrumpe Ocho con malicia.

Es propio de los morochos hablar siempre en plural, como si cada uno fuese vocero del otro... para luego contradecirse entre ellos y empezar a discutir. Su diálogo nos evocó redobles de tambores, repiquetear de maracas, brillo de fogatas, un humo denso y misterioso subiendo en espiral, hogueras rodeadas de bohíos.

Papá, que prefiere guardar sus secretos, nos hace callar a todos con una sola pregunta:

—¿Y qué pasó con la investigación que les encargué?

—Humm, humm...

Quedamos mudos. Con la investigación, no nos fue muy bien...

—No hay mucho material sobre estas culturas —titubeo.

—Los libros son escasos, difíciles de conseguir —prosigue Mor que, entre los morochos, siempre habla de primero.

—No, no —objeta y se queja Ocho— no es por esto. El problema es que en la biblioteca de nuestra escuela no hay ninguno, y en las demás, por la edad, no nos dejan entrar.

—Yo fui a la Biblioteca Nacional y a la de la Universidad Central —continúo— busqué en la computadora bajo la voz “indígena”, pero no encontré obras que ofrecieran una visión completa de las etnias caribeñas. Sólo hay estudios sobre culturas de México, Perú, América Central, o sobre aspectos específicos (características físicas, dentición, tipo sanguíneo, alianzas matrimoniales) de algunas de ellas.

—Palillo el sabihondo —insinúa Mor.

—¡Siempre el sabelotodo! —agrega Ocho.

—A nosotros nos aconsejaron —aclara el primero— que fuéramos a bibliotecas técnicas.

—Pero por supuesto —termina el segundo— allá no les prestan libros a escolares de primaria.

—A mí sí me los dieron, porque tengo cédula de identidad —interrumpo orondo, ante una mueca de disgusto de mis hermanos—. Sin embargo resulta que aquellos libros son para especialistas, muy complicados.

—Si lo dices tú, el doctor Filatelio —se ríe Mor.

—Telio, Telioooo —refuerza contento Superloro con ese mote juguetón que desde hace tiempo me aplica.

—Es difícil entender los que están escritos en español —reconozco, sin hacer caso de sus burlas—, y para completar, ¡la mayoría está en inglés!

—No creo que la pobreza bibliográfica sobre los indígenas sea tan acentuada, y sé que inclusive hay versiones simplificadas. Tengo la impresión de que no se esforzaron bastante. ¿No se informaron con alguien, no preguntaron? —insiste papá, que parece no estar muy sorprendido de nuestro fracaso.

—Tratamos, pero la gente sabe muy poco sobre los indígenas —se defiende Mor.

—Lo peor es que los califican, muy erróneamente, como una unidad racial, no los diferencian entre sí —deplora Carmen, nuestra madre—. Creen que son todos iguales, que hablan la misma lengua, tienen las mismas costumbres, el mismo grado de aculturación... piensan que cuando se ha visto una etnia se conocen todas.

—¿Y no es así? —inquire cándidamente Ocho.

Esta pregunta intempestiva revela lo poco que investigó el número 8.

—No, no es así, de ninguna manera —enfatisa papá—; sus costumbres, tradiciones y mitos son disímiles. Esta diversidad es una de sus principales características, es su riqueza y uno de sus mayores aportes a nuestro mundo. Las culturas indígenas son muy complejas y su potencialidad creativa es de gran valor para la especie humana.

—También es disímil su medio —continúa papá después de una breve pausa, en términos más accesibles para nosotros. Algunos viven en chozas aisladas en la selva, otros en caseríos, en campamentos, a orillas o lejos de cursos de agua y de carreteras. Poseen diferentes tipos de recursos, practican distintas formas de cazar y alimentarse. Han alcanzado diversos niveles de interculturalidad hasta el punto que, ya lo verán durante el viaje, cada comunidad parece vivir en una época distinta, a veces tenemos la impresión de que siglos de historia los separen.

—Pero, algún rasgo común tendrán los indígenas, no serán tan diferentes en todo, como en el idioma.

—Es cierto, lo poseen, especialmente en lo físico: son pequeños, ágiles, de cuerpos agraciados, y en particular los de las montañas y de la selva lucen manos y pies mínimos, del tamaño delicado de los de nuestros niños. Tienen piel cobriza clara, pelo lacio, ojos grandes y oscuros, frecuentemente alargados y sin embargo, sus rostros se diferencian bastante de una etnia a otra.

—¿Y en cuanto al carácter?

—Generalmente son criaturas simpáticas y nobles. Pero sus distintas formas de comportarse hoy día, dependen de cómo fueron tratados hace siglos por sus invasores.

—Lo entendemos, y esperamos que tú mismo, en adelante, nos expliques con más detalles.

—¿Es decir que ustedes cuentan conmigo para captar estas similitudes y diferencias?

—¡Sí, sí —exclamamos todos enfáticamente—, contamos contigo!

—En cambio yo —canturrea papá alegremente— cuento con ustedes.

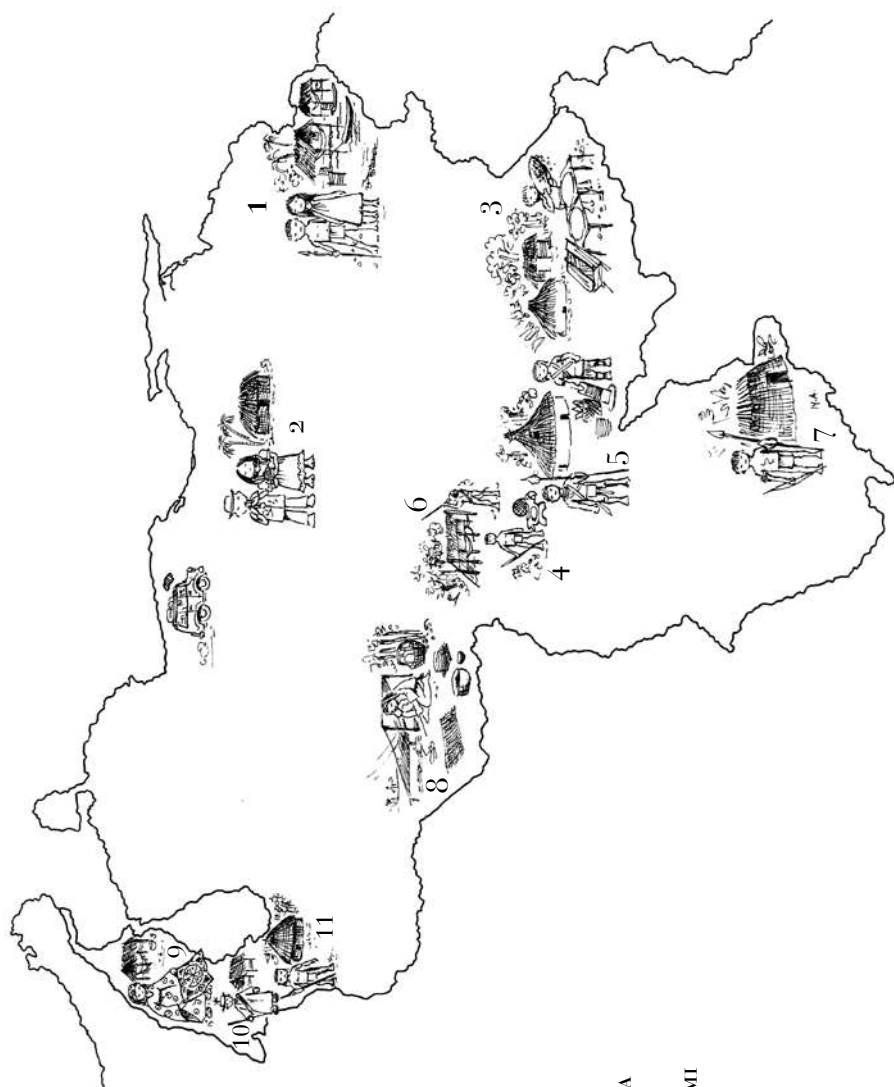
—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que la investigación que les encargué la van a completar ahora, entre los mismos aborígenes, acercándoseles, viéndolos, conviviendo con ellos: investigación de campo, se va a llamar...

—¿No nos vas a explicar nada?

—Les he preparado algunas referencias sobre el pasado —sonríe papá misteriosamente—. Pero el presente lo descubriremos viajando y observando. Todo lo aprenderán por sí mismos. Este es el sentido de nuestro viaje.

Papá tiene razón. Será más emocionante. Vamos al encuentro de la realidad de nuestros aborígenes, de nuestros hermanos indígenas de Venezuela.



1. WARAO
2. KARIÑA
3. PEMÓN
4. SAPE
5. YE'KUANA
6. JODI
7. YANOMAMI
8. YARURO
9. WAYUU
10. YUKPA
11. BARI

El Chamán de los Cunaguaros

Conocer a los indígenas no era el único motivo que nos llevaba a emprender aquella fabulosa vuelta por el mundo aborigen. Había otra razón, aún más importante para nuestra familia. Mis padres habían madurado esa decisión por mucho tiempo, y al fin me la habían confiado. Sólo nosotros tres la conocíamos.

Allá por sus veinte años papá, al empezar su carrera de Guardia de Fronteras después del servicio militar, mucho antes de conocer a mamá, se enamoró por primera vez en su vida y, creyó, como nunca podría volver a hacerlo. Ella era joven, de ojos risueños y voz suave y cantarina. Se llamaba Ashirama y seguramente ese nombre le sonaría a papá como la lluvia sobre el río. Era una indígena de la etnia Bari, la hija predilecta del jefe de aquella comunidad, el cacique Guaricuto.

No fue un amor fácil. El Chamán del pueblo, Sesebe, mucho mayor que ella, hombre fuerte y osado, la pretendía y ya había adelantado obsequios de compromiso: unas hermosas flechas con su arco, una imponente colección de collares y abalorios y hasta una choza rodeada de una extensión de camburales, que aún no había terminado de construir. Pero Ashirama no podía decidirse, no lograba aceptarlo. Le inspiraba respeto aquel hombre responsable y formal, de mirada penetrante y largos cabellos, mas ella soñaba con un amor real, no impuesto por las circunstancias. El amor

que esperaba debía ser especial, y debía hablar a su corazón no con obsequios ni promesas, sino con verdaderas palabras de pasión.

Al conocer a Rafael, nuestro padre, joven, apuesto, gallardo en su uniforme, sintió que era el elegido de su corazón. Sus miradas se encontraron y pareció que se miraban también sus almas. Se enamoraron desde el primer instante, y no dudaron en manifestar abiertamente sus sentimientos. Paseaban junto al río seguidos por corros de niños, monitos y pájaros, conversaban a la luz de la luna entre nubes de cocuyos, enseñándose mutuamente sus idiomas y confiándose pensamientos y sueños.

Cuando Guaricuto se dio cuenta del amor entre su hija y el forastero, era demasiado tarde: nada podía hacer ya para separarlos. Entonces temió por el destino y hasta la existencia de la joven y del audaz enamorado, si llegaban a enfrentarse al poderoso Chamán. Era un extraño personaje, ese Sesebe, hosco, huraño, de facciones austeras. Se decía en la comunidad que conocía los secretos del fuego, de la vida y de la muerte. Que tenía de su lado misteriosos espíritus con quienes había hecho un pacto sobrenatural. Los mismos indígenas afirmaban que Sesebe poseía el dominio de las artes mágicas, que conocía a la perfección todos los arcanos del milenario universo de la magia bari, que tenía poderes extraordinarios capaces de sanar o matar.

En la etnia se creó una situación de conflicto. No es conveniente desairar a un chamán, la máxima autoridad después del cacique, el sacerdote y curandero que guarda las claves secretas de la etnia, conoce su origen, sus mitos, es capaz de predecir, invocar o alejar las fuerzas de la naturaleza que atraen las buenas cosechas y alejan las tormentas. Es peligroso hacerlo, pensaban muchos. Otros, especialmente los jóvenes, veían con simpatía la pasión naciente entre esos dos seres tan dispares por origen, pero cercanos en sentimientos y carácter.

Guaricuto, cacique pacífico, tolerante y de amplio pensamiento, quiso complacer a la hija, darle el esposo que deseaba. Sin embargo, no podía desestimar la reacción del tenaz Chamán, considerando su poder mágico y la influencia que ejercía sobre los Bari. Para apaciguar su ánimo, se convirtió en mediador. Buscó el apoyo de los ancianos. Reunidos varias noches en los claros del monte o al borde de los ríos, después de mucho reflexionar dieron con una posible solución: ofrecerle a Sesebe el padrinazgo, vínculo al cual los Bari conceden esencial importancia.

Durante largos paseos y profundas conversaciones entre el humo de los tabacos que ambos disfrutaban, Guaricuto logró con Sesebe un

entendimiento: le prometió nombrarlo padrino del primer hijo que tuviese la pareja y le aseguró que éste no saldría de la comunidad durante toda la infancia, de manera que él mismo pudiese formarlo en las creencias y tradiciones Bari desde los primeros años.



Sesebe aceptó aparentemente sin reservas el padrinazgo, que no podía rechazar pues se lo ofrecía el Concejo de sabios ancianos, pero su rostro cada vez más sombrío reflejaba una dolorosa contrariedad. Aquel forastero destruía todo lo que él había soñado. Le arrebató el amor de su vida. Se alejó del pueblo, vagó por los bosques, se encerró en aquella choza escondida entre camburales a rumiar su rencor, a saborear amargamente sus sentimientos de infelicidad y venganza. Después de llorar por el amor que le quitaban, según él injustamente, escribió en la tierra el nombre de Ashirama junto al suyo, y allí sembró un pequeño araguaney. Cuando floreciera, de acuerdo a un ancestral conjuro bari, Ashirama sería suya, esta vez para siempre, en cuerpo y alma.

Se celebró en el seno de la comunidad el enlace de los dos jóvenes. Ashirama avanzaba radiante hacia Rafael, coronada de flores y plumas, por un camino de pétalos de rosas de montaña. Se escuchaban hermosos cantos con los cuales las mujeres bari saludaban al amor y daban recomendaciones a la novia. Los hombres subrayaban con flautas la inquietud de Rafael quien, sencillo en su uniforme de Guardia de Fronteras, aguardaba a la novia bajo una lluvia de hojas de bucare y gorjeos de pájaros. Siguió una gran fiesta, durante la cual Rafael, aficionado a la fotografía, se ganó a los indígenas explicándoles pacientemente los procesos fotográficos y tomándoles artísticos retratos que luego distribuiría entre ellos. Pero poco duraría la felicidad.

Al dar a luz a su hijo, para quien ella había escogido el nombre de Aparicuar, la bella Ashirama dolorosamente murió. Hubo gran duelo en la comunidad. Entre gritos y lamentos envolvieron el joven cuerpo en su más bella túnica tejida y bordada en primorosos colores, y lo llevaron a la selva para los ritos mortuorios. En aquel momento la naturaleza comenzó a dar señales de comprender y acompañar los sentimientos de los Bari: una lluvia de violencia arrolladora desgajó los árboles y los frutos, los ríos se quedaron sin peces, no cantaban las aves, las ranas no entonaban sus coros nocturnos.

Sesebe no apareció, ni siquiera para los rituales y ceremonias fúnebres. Permanecía oculto en algún lugar de la selva, mirando obsesivamente el araguaney, cuyas recientes flores habían sido arrancadas por la tormenta y esparcidas sobre la hierba. Tal vez no deseaba mostrar a todos su dolor, pero muchos se preguntaron si acaso no sería él el culpable de aquella injusta muerte y por eso no se atrevía a mostrarse en el pueblo.

También Rafael, destruido, anonadado, llegó a plantearse si aquel hombre de rasgos duros y mirada de águila, aquel Chamán que había pretendido antes que él a Ashirama, no tendría la responsabilidad de su muerte. Sabía que los indígenas conocían y usaban hierbas curativas, pero también algunas capaces de perjudicar y hasta matar. ¿Sería esa la explicación del trágico fin de Ashirama? ¿Sería Sesebe, el hermético Chamán, el causante de su desgracia? Su renuncia al amor de la joven tal vez no implicaba cederla a otro, dejar que hiciera feliz a un criollo. ¿Había decidido acaso Sesebe apoderarse y conservar para sí al hijo de Ashirama, como algo que pertenecía a su tierra, a su gente?

Poco a poco los Bari se iban consolando con el hecho de que el niño permanecería en la etnia, a cargo del abuelo materno que lo criaría cual hijo propio, como es costumbre entre ellos. Según los pactos, el padre no debía llevárselo hasta que tuviera la edad escolar: sólo entonces podría reclamarlo. Rafael, en cambio, siempre más desolado, no encontraba paz. Sin embargo no quiso romper los mandatos y promesas bari, por su rectitud y porque sabía que al hacerlo corría el riesgo de poner en peligro su integridad física y hasta la del pequeño. Continuó su trabajo y siguió viviendo solo, sumido en los recuerdos.

Miraba una y otra vez las fotos que le había tomado a Ashirama en las fiestas y durante su breve unión: con aquella flor roja en el oscuro pelo, con su monito en el brazo, dándole de comer a algún perico, nadando casi sumergida en el pozo, comiendo un trozo de mamey, dormida en su hamaca, sonriente ante la cámara que captaba cada gesto, cada ángulo de aquel bello rostro indígena.

Frecuentemente visitaba al hijo. Le enseñaba el español, poco a poco, nombrando los elementos, los detalles de la naturaleza avasallante que los rodeaba. Cuando fue creciendo, lo instruyó en las primeras letras, lo llevó por los mismos caminos que recorriera con la madre. Se bañaban en el río, exploraban los senderos que saliendo del bohío en forma de gran abanico, conducen a los lugares de caza y pesca. Le hablaba de su trabajo, de sus viajes, de las cosas que veía en ellos, de la gente que conocía, de los muchos animales, flores y frutos distintos que había en aquellos extensos territorios de frontera. Juntos observaban las fotos de la madre. Empezó a retratar también al niño: jugando con los animales, lo que era su mayor afición, trepando a los árboles, saltando y corriendo con los compañeros.

—¡Qué buenas fotos tomas, papá! —comentaba el muchachito.

Desde entonces Rafael fue sintiendo afirmarse siempre más en él aquella antigua pasión por la fotografía. Enfocaba el rostro de su hijo en diversas expresiones y fotos sorprendentes, como una donde el niño cabalgaba un cunaguaru. En la comunidad se empezaba a hablar de una particular ascendencia y autoridad que ejercía el jovencito sobre los animales. Desde sus primeros años, Aparicuar parecía entender el lenguaje de los pájaros, imitaba a la perfección los gritos de los loros y guacamayos. Más de una vez se le vio llamando a los venados, y éstos acudían desde el bosque. Especialmente los cunaguaros, esa especie de felinos salvajes de poca alzada pero de gran corpulencia, en extremo sensibles, estaban atentos a su voz, parecían obedecerle. Él rugía como ellos, invitándolos a acercarse, y juntos se reunían en la espesura.

Aparicuar sentía gran cariño y afinidad por su padre, lo apreciaba, lo admiraba y se entristecía cada vez que debía despedirse de él. Sin embargo, fue acostumbrándose a su ausencia. El abuelo, siempre más apacible, sabio y comprensivo, que ejercía su autoridad principalmente como servicio, le enseñaba a conocer el nombre y la posición de las estrellas, le explicaba el misterio de los astros y las causas de las sequías y crecientes, conocimientos ancestrales de los Chibchas, antepasados de los Bari, a quienes legaron toda su avanzada cultura. Le hablaba de la esencia de los metales, como el oro, que fue en un tiempo amigo de la gran familia Chibcha y ahora en cambio huye de los Bari y de toda la gente, oculto en el fondo de la tierra, manifestándose sólo como florescencia sobre las ramas del araguaney cuyos pétalos, según una antigua leyenda interpretada por poetas venezolanos, son oro en flor:

*Y con la magia que su tronco encierra
saca el oro del centro de la tierra
y lo presenta en flor sobre sus ramas¹*

Le transmitía rudimentos de artesanía, en los cuales son tan diestros los Bari desde tiempos remotos, y le refería cosas de sus antepasados, los superiores, quienes en una era dorada eran los dueños de todas aquellas selvas y montañas, excelentes orfebres y mineros que desarrollaron una cultura vasta y especializada. Construyó para él una flauta, iniciándolo en el camino de la música, para la cual el niño manifestó enseguida gran disposición y talento.

¹ Jorge Schmidke.

Para entonces también Sesebe, poderoso protector, ejercía cumplida y tesoneramente su solemne papel de padrino. Se había encariñado con el abijado que a su vez sentía un afecto especial y una extraña fascinación por él. Le enseñaba las lenguas indígenas que él mismo había logrado conocer enviando por largo tiempo a las etnias más distantes bandadas de pájaros, escuadras de loros, parejas de guacamayos, orquestas de ranas y sapitos, vuelos de grillos y chicharras, contingentes de cotorras y pericos. Le ilustraba las fuerzas de la naturaleza, el poder de las aguas, le desentrañaba los usos y virtudes de las plantas medicinales, le hacía memorizar los ensalmes secretos. Pronto aprendió a predecir las tormentas, a curar las mordidas de serpiente, a bajar las fiebres. Sanaba a la gente, y también a los animales de la selva. Se entendía bien con ellos. A veces, desaparecía entre el bosque por varias horas, acompañado de cunagueros, venados, lapas y picures. Nadie sabía a dónde iba. El abuelo se preocupaba, pero el Chamán, escrutando el humo de su tabaco afirmaba:

—Está en camino.

Al anochecer se le veía llegar, con algo de jaguar, de tigre o de puma en los ojos. Parecía feliz, no querían hostigarlo, nadie le preguntaba nada.

En ocasiones, confiados en sus cualidades de sanador, le traían animales enfermos: monos con una pierna chamuscada, pericos con el ala rota, picures con las orejas infectadas. Él los curaba como le había enseñado su padrino: con cataplasmas de hierbas, cocimientos de hojas o semillas trituradas. Al ver la mejoría de los pacientes, proclamaba festivo:

—Yo seré Chamán, como tú.

Sesebe le contestaba con intensa gravedad:

—Tú serás Chamán, y mucho más.

Con el pasar de los años, Aparicuar se acercaba cada vez más íntimamente al padrino. Día a día se reforzaban los nexos y semejanzas entre ellos. A Rafael, su padre, la Dirección de Fronteras lo enviaba siempre más lejos, y era forzoso distanciar las visitas, que se limitaban a una o dos por mes. Al abuelo le iban creciendo los años, más y más se emblanquecía su cabellera, más y más se encorvaba su espalda, en la comunidad su autoridad y mando pasaban casi desapercibidos.

Frecuentemente se internaban en la selva, padrino y abijado, en pos de hierbas, raíces y plantas curativas. Regresaban con los mapires, esas características cestas de palma tejida, llenos de semillas, hojas y flores, que utilizarían para los enfermos. En esas ocasiones, descansaban en hamacas de bejucos montaraces colgadas en cualquier lugar donde hubiera árboles

gruesos, al abrigo de las tormentas. El Chamán encendía hogueras para alejar a las fieras, pero el niño lo tranquilizaba:

—No te preocupes, padrino, estando conmigo ningún animal podrá atacarte.

Ya Aparicuar iba a cumplir los seis años cuando una noche, en la que dormía rendido de tanto buscar plantas, bajo una luna gigantesca, el Chamán lo despertó:

—Debemos volver al pueblo.

Su voz grave anunciaba lo inevitable.

Llegaron con la madrugada, aún a tiempo para acompañar al abuelo en los últimos instantes:

—Acércate, hijo —dijo el anciano, en un murmullo apenas audible.

Aparicuar se aproximó sin poder contener las lágrimas, y los labios del viejo se abrieron en un asomo de sonrisa.

—No debes llorar. Voy a hacer un viaje hermoso, que he estado preparando. Pero antes de partir quiero decirte algo que no debes olvidar nunca: recuerda tu origen. Tú eres un Bari, un descendiente de los Chibcha, tú perteneces al mundo indígena. Debes permanecer con nosotros y ayudar a tus hermanos, a todos los aborígenes. No te separes de tu padrino. Eres parte de los bosques, de los ríos, de los animales, de nuestro entorno... no te vayas nunca de aquí. La sangre de tu madre se derramó en este suelo, sus cenizas descansan en nuestra selva. Debes andar tú ahora estos caminos, que ella anduvo contigo en su vientre. Por traerte al mundo entregó su vida, es tu deber ahora, consagrar la tuya a esta misma tierra.

El conjuro del abuelo se extinguió con las últimas estrellas, mientras extendía su mano ya casi inmóvil hacia aquel nieto mestizo, asombrado ante lo desconocido.

Rafael tuvo un raro presentimiento. A la hora en que murió el abuelo, pasó un gavilán volando casi sobre su cabeza, mientras graznaba doliente. Sintió encogerse el corazón, un escalofrío le recorrió la espalda. Después de varios días, tal vez demasiado tarde, se enteró de que aquella misma noche había muerto Guaricuto.

Con el corazón en tumulto, quemando etapas, se dirigió enseguida al pueblo de los Bari, a reclamar al niño por fin suyo: al cumplir los seis años y al perder el abuelo, le correspondía a él su crianza, según lo pactado. Era tiempo de ejercer su derecho y autoridad paterna, de llevarlo consigo, proporcionarle una educación completa. Pero al llegar, se encontró con una desalentadora sorpresa: Aparicuar había desaparecido. Una

terrible sospecha lo hostigó: ¿el padrino se lo habría llevado selva adentro, donde jamás pudiera encontrarlo, para no entregárselo nunca? En vano lo buscó con desesperación por todo el pueblo y los caminos cercanos. En vano preguntó, rogó, suplicó. Nadie supo contestarle, nadie pudo ayudarle. Otra vez estaba solo. Solo, con un puñado de fotografías y el corazón desbordante de afecto por el hijo que había vuelto a perder. Angustiado y deprimido, decidió no reintegrarse al trabajo. Se dedicó a indagar, a tratar de ubicar al niño durante días, meses y años, por todos los alrededores, luego en los sitios más alejados. Pidió ayuda, ofreció recompensa, hasta recurrió a las amenazas, pero nunca obtuvo ningún resultado. Nadie se atrevió a acompañarle, nadie supo explicar, nadie quiso revelarle dónde estaba Aparicuar.

Mientras tanto, allá en lo más profundo de la floresta, rodeados de cunaguaros, lapas, loros, mariposas y cocuyos, el Chamán y su ahijado conversaban sobre plantas, animales y gente.

—Debes aprender a conocer bien la selva y sus habitantes, tu destino es importante y difícil, más que el mío.

—Pero quiero ser Chamán como tú.

—Tú serás Chamán, y mucho más.

Rafael continuaba su búsqueda, infatigable. Tratando de hallar algún indicio, alguna pista sobre el paradero o los pasos de su hijo y del Chamán Sesebe, dejó su cargo en Fronteras y aceptó un nuevo trabajo, de fotógrafo a destajo para diarios y revistas, que le permitiría mayor amplitud de movimiento. Años tras años recorría las regiones bari y de otras etnias, cada vez con mayor empeño, siempre con la misma esperanza.

Al correr el tiempo, entre bosques, ríos, montañas, iba tomando cuerpo una leyenda. En pueblos y comunidades, al abrigo del fuego, en conversaciones nocturnas, en pesquerías, recogiendo frutas, toda la gente hablaba de lo mismo. Se murmuraba acerca de un poderoso Chamán, al cual se le comenzaba a llamar el Chamán de los Cunaguaros. Era un ser especial, un ente mágico, surgido quizás de la misma selva. Algunos contaban haberlo visto llegar, sigiloso, con el mismo paso lento y firme de los cunaguaros, sin dejar huella, sin hacer ruido. Se presentaba ungido de colores, cruzado de collares, al aire su larga cabellera oscura con reflejos cobrizos, chispeantes los ojos dorados del color de la luna menguante, rodeado de cunaguaros. Llegaba con el esplendor de la luna, hablaba a todas las etnias de la importancia de preservar su cultura, sus costumbres. Les insistía en la urgencia de unirse, de resistir a la penetración de los criollos.

Conocía varias lenguas: bari, warao, yukpa, kariña, wayuu, yekuana. Se entendía con la gente y con los animales, tañía su flauta melancólica que hablaba de extrañas y lejanas nostalgias, de aves en vuelo, de lluvia sobre el río.

—No es más que una leyenda contada al calor de las hogueras —comentaban algunos.

—Dicen que brotó del vientre de una hembra de jaguar.

—Que se convierte en tigre.

—Que se vuelve puma.

—Que acecha en las noches, como un cunaguaró.

A veces ni siquiera lograban verlo, pero un olor característico, una rama rota, un rastro felino, indicaban que había estado allí, para reforzar su mensaje de unión, de fuerza, de superación.

Palabreo del Chamán

Soy la voz del piapoco en la rama, mi paso es el paso del lagarto y del jaguar.

Mis ojos miran a lo lejos, traspasan la selva y llegan al corazón de la tierra.

Mis amigos son los ardientes cunaguaros, las veloces ardillas, las lánguidas iguanas.

Mi canto es el canto del torrente, que arrastra flores y ramas en la espesura.

Piso como la danta, como el picure.

Veo en el aire rostros desconocidos, flores y truenos, tengo el signo de la flor y el canto.

Soy piedra y latido, soy rugido de fiera en la noche, compás de lluvia en la arena.

Mis cabellos flotan sobre el río, soy brillo de luciérnagas entre la hojarasca.

Pertenezco a la selva, traigo palabras de unión y fuerza, de aliento y de esperanza.

Están escritas en fuego y sangre nuestras lenguas, nuestras voces perviven en el aire, resuenan a través de los siglos.

Nuestra fuerza está en la tierra y la unión con ella,

*nuestro vigor está en nuestros cantos, en nuestras flautas,
en nuestros pasos a través de los árboles.*

*Cantemos juntos, dancemos juntos,
hablemos a las flores, a los animales, a los ríos.*

*Todos permaneceremos, cada día seremos más fuertes,
creceremos como la hierba, como el bejuco silvestre,
entibiaremos la tierra con calor de sol.*

Los *Warao*, gente de canoa

—¡Somos *Warao*, somos gente de canoa!

Tratando de mantener el equilibrio sobre una urdimbre de ramaje que han arrojado al río, agitando con ambos brazos unas frondas que simulan remos, los morochos surcan las turbias aguas del caño gritando a pleno pulmón.

Entusiasmados por el significado de la palabra *Warao*, “gente de canoa” (*wa*: embarcación; *arao*: gente, habitante), ya se sienten dueños del agua, hábiles navegantes, como el grupo de indígenas que nos han recibido apaciblemente al cumplirse la primera etapa de nuestro viaje.

Fue ciertamente trabajoso arribar hasta aquí. Para acceder al territorio *warao* es preciso atravesar los estados Anzoátegui y Monagas, si se parte, como nosotros, de Caracas. Después hay que seguir más hacia el este, hasta Delta Amacuro, donde el Orinoco se abre en su fabuloso Delta, que fertiliza las tierras de esta gran comunidad indígena. Los caños y morichales del Orinoco, hábitat natural de los *Warao*, son lugares mágicos, de una naturaleza exuberante y podría decirse, extrema. Allí puede encontrarse desde hojas inmensas, como la “malanga”, o el “indio guapo”, capaces de vestir a una persona, hasta orquídeas de colores insólitos, rosadas, verdes,

atigradas, sin contar con una fauna impresionante, monos de diversas clases, pumas, enormes culebras de agua, aves de colorido plumaje y canto armonioso, loros con exóticos colores. En este lugar ideal, en perenne comunión con el entorno, los *Warao* han convertido los caños y morichales con su espesa vegetación selvática, en refugio y sitio de recogimiento espiritual. Allí se escondían durante la conquista, y viven ahora en pleno contacto con la naturaleza, de una forma amena, relajada.

Lo primero que se siente al llegar, más que el intenso calor y la humedad del ambiente, es la ausencia de prisas, de urgencias, de temores. Nos han ofrecido para el día el breve campamento y los conucos, apretados entre la maleza y el borde del caño, y para la noche los característicos palafitos, enclavados en el agua. Los gritos de mis hermanos, que resuenan estruendosamente a lo largo y ancho del campamento, son constantes:

—¡Carmen, míranos, somos dos *Warao*!

—¡Filatelio, aprende a navegar!

Nadie aplaude, como los morochos pretenden, su hazaña. Por el contrario, nos reímos de ellos:

—Payasos, parecen payasos —los increpa Muñeca.

—Asos, asos —repite Superloro, animado.

Ahora silban a dúo, uno primero y el otro le responde. Imitan con gracia al arrendajo, al piapoco, al paují de monte. Los niños de la comunidad *warao* celebran divertidos. Después de ellos, los mayores también comienzan a reírse tapándose la boca con una mano. Dan la impresión de estar muy entretenidos. Yo les sonrío, ellos redoblan sus risitas y algunos se esconden tras los árboles para reír mejor. No sólo festejan el sorprendente silbar de mis hermanos, sino su parecido para ellos extraordinario, como si fuesen dos personas en una misma, o la repetición de un muchacho. Entre los indígenas no hay gemelos idénticos, por lo que los *Warao*, quienes conocen el fenómeno a través de las lecciones de los misioneros, pocas veces los han visto en persona, no se cansan de contemplarlos y admirarlos, para satisfacción de mis dos ceritos, siempre deseosos de llamar la atención.

Sin embargo papá, a pesar de que ha tenido la precaución de enseñar a sus hijos a nadar desde pequeños, y sabe que más allá del agua no pueden caer los novatos marineros, muestra su inquietud

porque conoce la presencia de caimanes en esos caños. También mamá se asusta, al verlos a punto de zozobrar:

—¡Hijos, cuidado, no sean locos, pueden volcarse, irán a parar a la corriente!

No está equivocada. A un brusco movimiento de uno de los dos (¿es a Mor a quien se le ocurre dar un brinco?), la improvisada balsa se voltea, arrojando al fangoso turbión a los dos héroes de la familia quienes, para nada amilanados, nadan a grandes brazadas dando un nuevo toque de hazaña a su gritería:

—¡Indios náufragos, somos indios náufragos!

Botoboto, un fornido joven de nariz pronunciada, experto nadador, al que no tardamos en apellidar “olímpico” por parecer un atleta de las Olimpiadas, se lanza rápidamente al agua y los saca chorreando. Mientras tanto, desde lejos vemos que al borde mismo de la selva los demás prenden para ellos una crepitante hoguera, frotando con habilidad unos palitos de guatacare a la manera tradicional. Se secarán rápido, pues ambos, ya en esta etapa inicial del viaje, han optado por usar el guayuco de tejido vegetal que sólo cubre las partes íntimas, vestimenta tradicional de los indígenas desde tiempos inmemoriales, el mismo atuendo que llevaba originalmente la mayoría de los *Warao*.

Nos reunimos todos alrededor del fuego que además de servir para cocinar los alimentos, espanta mosquitos, zancudos y otras plagas comunes en esos cursos de agua, y aleja eventuales fieras. Saboreamos trozos asados de ocumo y yuca dulce junto con los tiernos cogollos de palmito que hacen la función de pan, y como bebida el *kasiri*, o chicha de *yuruma* elaborada a partir de la savia de la palma moriche, la cual fermentan en grandes recipientes de barro.

La subsistencia de los *Warao*, como la de los demás aborígenes de América, se basó tradicionalmente en la recolección de frutos silvestres, en la pesca y en la caza. Observamos que hoy día han adoptado la labranza de conucos, pequeños campos ganados a la selva que bordea y acecha los caños y poblados, en los cuales siembran yuca dulce y amarga, batata, ocumo, y más recientemente el llamado ocumo chino, que se ha expandido asombrosamente. Son expertos en pescar, con arpones, morocotos y cachamas, en arrimar a la orilla montones de cangrejos. En los pozos de los morichales practican aún la pesca a la manera tradicional, con una caña y un hilo

recabado, así como los arpones y boyas de pescar, de los vástagos de la palma moriche que complementan con carnadas de gusanos extraídos del fruto del mismo árbol: el anzuelo, nos dicen, es una adquisición relativamente reciente, que no consideran indispensable. Cazan poco, y su presa preferida es el pequeño acure, o conejillo de indias, una especie de roedor silvestre de orejas muy pequeñas y cuerpo grasoso.

Después de este frugal condumio, papá accede a comentar el origen y ubicación de la etnia.

—El territorio de los *Warao*, a quienes ya los mismos descubridores llamaban “gente de canoa”, aparece en los más tempranos mapas de la Provincia de Venezuela y la Nueva Andalucía. Eran documentos impresionantes, muy bien trazados, con ornamentos propios de aquella época: peces, delfines, monstruos marinos, astros y brújulas.

—¡Cómo me gustaría verlos! —comento con entusiasmo.

—¡Habló el sabio! —ironiza con una mueca Mor.

—Abran paso a la ciencia —subraya silbando Ocho.

—Si algún día llegaras a Madrid, Londres o Florencia, en Europa, podrías observarlos en los museos donde los exhiben. Pero —me apoya mamá condescendiente— tenemos copias en la cartoteca de nuestra Biblioteca Nacional. Iremos juntos, pues yo quisiera encontrar antiguas reproducciones de la flora de esta región, que ha atraído por siglos la atención de artistas y científicos.

Carmen, que pocas veces habla, está sentada en el *dujunoko* o asiento de honor *warao*, tallado en un tronco de madera de balsa o sangrito, que ellos destinan a sus principales o a los visitantes de consideración. Se lo ha ofrecido el anciano *Jabasuru*, antiguo amigo de papá y nuestro anfitrión. Rafael y yo nos sentamos en el suelo. Me asombra la limpieza de esos suelos de tierra, que casi parecen pisos de cemento. Nos explican que después de barridos con escobas vegetales, los lavan con una infusión de hierbas desinfectantes que repele toda clase de garrapatas, chinches y chipos, tan fastidiosos y frecuentes en los climas tropicales.

En vilo sobre un tallo caído de palma, los morochos se balancean y reactivan la conversación con una acertada pregunta:

—¿Dónde están los otros *Warao*? ¿Acaso ustedes son todos? ¿No hay más?

Les contesta *Samu*, un escolar que como la mayoría de los jóvenes de la última generación está aprendiendo en la Misión y en la escuela local bilingüe la lengua de los inquietos viajeros, de quienes pronto se convertirá en compañero de travesuras.

—Nosotros, los que tú ves aquí, somos sólo un caserío. Pero en total, los *Warao* que habitan los caños y alrededores del Delta del Gran Río Orinoco, que se ubica al extremo nororiental de Venezuela, son más de veinte mil. Conformamos el segundo grupo más numeroso entre los indígenas, después de los *Wayuu*, colocados al otro extremo de Venezuela, el noroccidental —ha hablado con tanto entusiasmo y tanta rapidez que se ha quedado sin aliento.

El olímpico *Botoboto* completa la información, con un tono agrio que bien comprendemos:

—Antiguamente éramos muchos más, decenas, quizás centenares de miles. Antes de las sucesivas invasiones a nuestro ambiente, nuestra gente poblaba las vastas áreas de las selvas y aguas que formaban la “Isla de Guayana”, nombre que se daba en tiempos coloniales a la zona comprendida entre los ríos Orinoco y Amazonas.

—Así fue, lamentablemente —papá nos pone al tanto de los últimos datos—: La mayoría de los *Warao* están repartidos hoy día en unos doscientos cincuenta poblados palafíticos, a lo largo de una faja costera de siete mil kilómetros cuadrados entre los caños Mariusa y el área del Delta Amacuro al sur del Río Grande, pues así llaman al brazo principal del Delta del Orinoco. Habitan los caños del Delta y áreas adyacentes de los estados Bolívar, Monagas, Sucre, Delta Amacuro y de la Guayana Esequiba.

Planteamos enseguida otra pregunta:

—¿Hay mucha similitud entre estos grupos *Warao*? ¿En qué se diferencian?

Se hace silencio en el grupo, compuesto por hombres y mujeres, jóvenes, adultos, ancianos, niños y hasta algunos monitos capuchinos que éstos cargan abrazados. Ahora han dejado de reírse. Quizás los hemos puesto en un aprieto. O no saben contestar, o en su castellano escaso y vacilante, no encuentran las palabras adecuadas.

Aprovechamos para mirarlos, tratando de captar sus rasgos físicos. No son altos, pero tienen cuerpos armoniosos y bien formados, hombros fuertes, espaldas anchas, manos y pies de regular

tamaño. Destacan en sus rostros de altos pómulos los ojos oblicuos y brillantes, característica común de los indígenas sudamericanos.

Se les nota sanos y bien alimentados. La piel es de color cobrizo claro, el cabello negro oscuro, lustroso y abundante, cortado por encima de las orejas en los hombres, bastante más largo en las mujeres. Tienen rostros expresivos, mirada penetrante, la nariz, especialmente en los varones, bastante pronunciada. Los hombres visten guayucos, muchos de los cuales tienen un trozo de tela adelante que parece un delantal. Sólo algunos llevan pantalones, pero no *blue jeans*, sino del tipo que llamamos kaki, cortos o arremangados, y cuando salen en canoa, quizás para defenderse del sol, usan unas camisas blancas hiladas por ellos mismos que llevan abiertas, y sombreros de hojas de palma. Con éstas también se adornan la frente, a manera de cintillo, y los brazos. Contrariamente a lo que esperábamos, no están pintados ni maquillados. Nos explicarán luego que eso lo hacen sólo en ocasión de fiestas o bailes, en los cuales usan también máscaras. Algunos llevan al cuello sencillos collares de semillas. Las mujeres lucen vestidos largos, de telas de colores, y collares de peonías y otras semillas de varias vueltas. Los niños exhiben una desnudez completa, inocente y alegre. Como todos los indígenas, andan completamente descalzos.

Sigue reinando el silencio que sorpresivamente rompe Supermudo, el cual se ha instalado, como frecuentemente hace, encima de mi cabeza, y desde allí, haciendo honor a su segundo nombre de Superloro, ostenta su potente voz, llamándonos a todos con la adaptación de nuestro propio nombre:

—¡Telio, telio, Carmen, Fael! ¡Hola, hola, aquí, aquí!

—¡Mo-o-o, ocho! ¡Buenos días, buenos días!

Se acercan los niños para mirarlo de cerca. Ellos también, además de monitos y morrocayos, tienen loros que repiten las palabras *warao*: copian lo que oyen, como todos los loros del mundo, pero no saben hablar castellano, y les causa gracia que Superloro lo hable tan fluidamente. Vuelven a empezar las risitas, y hay murmullos. No entendemos lo que dicen, así como ellos no nos comprenden a nosotros: antes de ir a la escuela, los niños *warao* no conocen sino su propio idioma. De todas formas, a la manera nuestra, que parece ser universal, le tienden el dedo a Superloro para que se agarre con sus

patitas, lo que él hace de buen grado, saludando y pasándose de una mano a otra.

Por fin, una linda muchacha hasta entonces silenciosa, toma la palabra. El largo cabello sedoso le envuelve los hombros, una bata floreada cubre su cuerpo moreno, sus manos hábiles tejen un *mapi-re* o cesta con fibra extraída de cogollo de moriche. Es *Katera*, una joven bachiller que estudia enfermería en Tucupita, la capital del estado, y pasa algunos meses allá y otros en el Delta con su familia:

—Nosotros, los que conformamos esta ranchería de *Muraki*, vivimos aún al estilo tradicional, en los morichales. Nos alimentamos a base de *sagú*, plátanos y otros recursos de la selva y de los caños. No nos hemos integrado al mundo criollo, tratamos de conservar el idioma y las tradiciones. Aquí, los que conocen el castellano son pocos, sólo los estudiantes que han cursado el liceo, algunos dirigentes quienes sin embargo lo hablan con dificultad, y los escolares que frecuentan la escuela que tenemos en uno de nuestros palafitos, donde maestros *Warao* imparten una enseñanza bilingüe, en español y *warao*, con el fin de que no se pierda nuestra antigua lengua. Pero otros grupos no pudieron mantenerse puros, fueron asimilándose a los criollos, obtuvieron herramientas, instrumentos, ollas de peltre, vestuario, olvidaron su lengua, en verdad han ido cambiando tanto, que casi han perdido la verdadera esencia indígena.

Recordé entonces una noticia que acababa de leer en la prensa de Caracas: la publicación de un libro para alfabetizar en *warao* y castellano. El título lo tenía anotado en la agendita que llevo siempre conmigo. Lo busqué y se lo leí a *Botoboto*:

Idamotuma karata teribuia, es decir, *Los adultos estudiamos*.

—Sí —confirmó él—, conozco ese libro, hace tiempito que circula entre nosotros. Lo elaboró el Hermano Pedro Martínez, quien estuvo algunos años en el Delta. Hay otros libros, se han hecho varios esfuerzos, algunos para enseñar a leer y escribir, otros para enseñar el castellano, otros para reunir nuestra literatura, fijar y transmitir nuestras tradiciones, el *Cancionero warao* por ejemplo, elaborado por los mismos *Warao* que investigan y recogen testimonios de su cultura. Pero no es suficiente, todo eso llega a un porcentaje mínimo de la población, y nosotros somos varios millares. Quizás harían falta menos textos, y en cambio más personas, más maestros.

—Sin embargo es un intento acertado de revalorizar la cultura indígena —objeto.

—En ese sentido tienes razón. Los criollos se nos han estado acercando más, últimamente, y con buenas intenciones.

Sigo leyendo algunas frases del libro que he copiado en mi libreta:

—*Ine jakotai neburatu yabatu*: “Yo soy un hombre pescador”, *Ojudo a mojo, waraotuma a najoro*: “El gusano de moriche es alimento de los Warao”. ¿Correcto, *Botoboto*?

—Casi casi, aprecio tu esfuerzo. Pero no es tan fácil como la gente de afuera cree. Y tampoco es lo que más necesitamos.

¿Qué quiere decir *Botoboto* con estas palabras? Reflexiono. En fin, estos libros son también una ayuda material, como todo lo que se le da a los indígenas: medicinas, alimentos, instrumentos. Pero quizás ellos aspiren a otro tipo de ayuda, a una relación espiritual, emocional. Quizás deseen afecto, sentirse acogidos, iguales, personas entre nosotros.

Dirigiéndose especialmente a mi padre, el anciano *Jabasuru* añade:

—Efectivamente, en este momento y desde el siglo pasado, el mundo *warao* presenta dos alternativas: por una parte, una vida tradicional en un hábitat casi inaccesible al interior del Delta y en sus islas pantanosas, y por la otra, un contacto continuo y siempre más intenso con las poblaciones adyacentes, indígenas, criollas, hasta antillanas.

—Los *Warao* que viven en el Delta occidental y suroriental están sufriendo un cambio cultural profundo —prosigue en tono lento, pausado—. Las intenciones de los distintos gobiernos nacionales, a veces positivas, otras discutibles, les han traído consecuencias graves. La construcción de obras para la agricultura, como diques o canales de riego, ha motivado la tala, la deforestación de la zona ribereña y el cierre de los caños, y los ha obligado a retirarse de la costa, a abandonar la navegación, su medio ancestral de vida.

—¿Recuerdan ustedes el caso del caño Mánamo? —nos interroga papá.

Sí, lo recordamos, de esto hablan los maestros cuando nos explican la geografía de la parte oriental del país. Era un caño muy utilizado por los *Warao* para comercializar sus productos vegetales

o artesanales. Fue cerrado para construir un dique que permitiera el acceso a embarcaciones de gran calado, y lo rellenaron de tierra para establecer allí cultivos. Mas todo fracasó, no hubo dique o no funcionó, no se logró la cosecha esperada, ni se pudo recuperar la navegación. Caño Mánamo se ha convertido en una ciénaga espantosa, y en pueblos fantasmas se convirtieron los caseríos cercanos, como



Puerto Amador, sólo habitados por millares de pájaros que con su intenso revoloteo y sus graznidos hacen imposible cualquier intento de comunicación. Da tristeza pensar que antes vivían apaciblemente del tráfico fluvial, del trueque con los criollos y con los habitantes de la cercana isla de Trinidad, hacia la cual realizaban frecuentes expediciones comerciales intercambiando plumas de garza, cestas y chinchorros por objetos manufacturados.

—Los *Warao*—continúa quedamente *Jabasuru*—tuvieron que irse. La mayoría se estableció en los alrededores de Tucupita, hoy capital del estado. Allí fueron marginados y hasta despojados de sus conucos por los hacendados y ganaderos del estado Monagas, que pretenden ser dueños absolutos de las tierras ganadas al Delta, y los explotan y reducen a la categoría de peones, con un pago irrisorio, en sus actividades agrícolas y madereras.

—¿Y qué pasó con los restantes?

—Algunos se integraron a las empresas pesqueras, especialmente en la zona de Pedernales, se mezclaron con los criollos y viven como tales. En esas condiciones les es difícil conservar la cultura tradicional.

—Dijiste algunos. ¿Y los demás?

—A los demás les va aún peor.

Un hondo suspiro, casi un lamento lo interrumpe. *Daunaba*, la *daiba* o hermana mayor de *Katera*, que también está tejiendo, deja caer el trabajo:

—¡Ay!

—¿Qué ocurre, *Daunaba*? ¿Te lastimaste? ¿Te equivocaste en el tejido? —mamá se le acerca—. Enséñame, ¿qué haces?

Es una corona, una de las hermosas coronas con las cuales los *Warao* se adornan en ocasiones rituales. Al mirarla, mamá se percató que de los grandes ojos ligeramente alargados de la indígena brotan gruesas lágrimas.

—¿Quieres decir algo, *Daunaba*? Te escuchamos.

—Es preocupante y doloroso —explica la joven—. Muchos *Warao*, en estos últimos años, han sido engañados por traficantes, quienes los trasladan a las grandes ciudades, donde no hay ninguna posibilidad de trabajo rentable para ellos, y los explotan llevándolos a la mendicidad. Allá, lejos de nuestras selvas, de nuestro hermoso país de agua, mujeres y niños apenas sobreviven implorando una

limosna, los pies desnudos sobre el asfalto, una lata vacía entre las manos, sufriendo toda clase de atropellos y penurias. Por falta de medios, casi nunca logran volver.

Viene a nuestra memoria el espectáculo constante y frecuente, en Caracas, Maracay, Barquisimeto, Valencia y otras ciudades de Venezuela, Colombia o Brasil, de mujeres *Warao* rodeadas o cargando niños, paradas en los semáforos y cruces de las calles desde el alba al ocaso, bajo el sol y bajo la lluvia, con sus manos tendidas. ¡Qué terrible y vergonzoso es esto!

Mamá abraza a la tejedora. Se nota que sufre por la ausencia, quizás la pérdida de algún ser querido, pues agrega con voz quebrada:

—Nosotros estaremos cada vez más solos, seremos cada vez menos.

—¿Qué dices, ¿hay peligro de que desaparezcan los *Warao*? —pregunto consternado.

—Somos demasiado obstinados para desaparecer —me tranquiliza *Jabasuru* sonriendo—, ¡y seguimos reproduciéndonos!

Mira con satisfacción, a nuestro alrededor, los numerosos jóvenes, muchachos, niños y hasta bebés que lo rodean, atentos a sus palabras. A la vez que se levanta para alejarse un rato, quizás para ir a desbrozar su conuco de las hierbas malas que nacen cada día, completa con voz recia, solemnemente, su pensamiento:

—Mientras nazcan niños y conservemos viva nuestra lengua, mientras aún recordemos nuestras tradiciones y costumbres, seguiremos siendo la antigua y memorable nación *warao*.

Admiro a este recio anciano, capaz de continuar la tradición de saberes indígenas a sus hijos y nietos.

A su partida, la muchachada que ha seguido acudiendo para conocernos, entre extrañada e interesada, se avecina aún más, estrechándonos en un cerco.

—¿Cómo te llamas? —pregunto con curiosidad a uno de los ellos.

—Francisco *Mataruka* —es la inmediata respuesta.

—¿Y tú?

—Antonio *Wayaru*.

—¿Cómo se explica eso, un nombre español y el otro indígena?

Risitas por parte del grupo. Con esa costumbre de la risa, común a todos los aborígenes como me dará cuenta a lo largo del viaje,

no nos sentimos incómodos. Podría creerse que es uno mismo el objeto de ella, pero luego es fácil advertir que la risa es para los indígenas algo sano, espontáneo, por la misma serenidad en que viven.

—¿Qué crees tú acerca de esos nombres nuestros? —me emplaza un nieto de *Jabasuru*, *Kosibu*, que ya es bachiller.

Afortunadamente encuentro una explicación lógica que, entiendan o no, es recibida por otro coro de carcajadas, acompañadas de miradas de simpatía:

—El segundo nombre, que es indígena, les sirve de apellido. El primero, tomado de algún santo, deben habérselo puesto los misioneros, para el bautismo.

—¡Acertaste! Al bautizarnos, como lo manda su fe, aunque sin consultarnos, los misioneros nos dan el nombre de algún santo cristiano, generalmente el del mismo día, o uno de su especial devoción. A la vez tratan de que no perdamos el de nuestra ascendencia indígena y con este fin nos lo ponen como apellido en la misma partida de bautismo, para diferenciarnos, para recordar y resaltar la etnia a la cual pertenecemos. Esto se refleja en el acta de nacimiento y en la cédula de identidad. Pero entre nosotros, preferimos utilizar nuestro nombre familiar indígena.

—Mira aquí: Simón *Kiwikure* —me enseña orgulloso su cédula nuevecita un chiquillo vivaz quien ha ido a buscarla expresamente—, tengo nombre, apellido, y hasta fecha de nacimiento.

—¿Todos ustedes tienen cédula?

—Apenas la última generación, si es que vamos a la escuela —contesta por él *Kosibu*—. La recibimos, como los demás estudiantes del país, al terminar el sexto grado de la educación básica, a los 13, 14 años. Pocos de nuestros padres y de nuestros hermanos mayores la tuvieron, y de los abuelos, ninguno. La cédula ha sido una conquista reciente, uno de nuestros mayores logros, de cuando por fin los “civilizados” dejaron de tildarnos de “irracionales” y empezaron a considerarnos, como ellos mismos, ciudadanos.

Las explicaciones que me da *Kosibu* son claras, y a la vez estremecedoras: sólo desde que tienen cédula, los aborígenes utilizan su nombre en público, aparecen inscritos en los registros electorales, pueden votar y tener constancia de su edad que anteriormente calculaban en forma variable y aproximada, son recibidos en los hospi-

tales en caso de necesitarlo! ¡Y han pasado más de cinco siglos en la clandestinidad!

Al contemplar al resplandor de las llamas sus rostros circunspectos, pero afables, yo pensé en la impresión tan grata que estos indígenas debieron causar en los primeros navegantes europeos. La emotividad del instante me induce a reflexionar sobre mis lecturas en relación a ellos. Sus antepasados vieron el arribo de Colón en el tercer viaje, a comienzos de agosto de 1498. El mismo Almirante comenta en su *Diario de a bordo* cómo una ola inmensa, rugiente, de gran altura, estuvo a punto de hacerlo naufragar a la entrada de la Boca de Serpiente. Posteriormente, estas aguas las surcó también el famoso aventurero y literato inglés Walter Raleigh, quien tuvo la desdicha de perder a un hijo cerca de aquí, en un combate en la Guayana. En una emotiva carta, Raleigh refiere cómo su hijo había muerto en el primer asalto, “más deseoso de adquirir honores, que de cuidar su vida”. Con dolor de padre expresa “yo no he perdido únicamente a una querida prenda, sino también a todo lo que amaba en esta vida”. Después la recorrió el idealista viajero Robert Dudley, quien en el siglo XVI levantó los mapas del Delta del Orinoco que sirvieron de guía a los demás navegantes, exploradores y conquistadores.

Interrumpo mi soliloquio histórico y decido reunirme con papá quien, instalado con su equipo al borde del caño se encuentra muy atareado enfocando desde diversos ángulos los palafitos que nos quedan al frente, allende el curso de agua, maravillado por la estilizada gracia de esas habitaciones acuáticas que parecieran brotar del plácido caño. Las observo y detallo yo también, pues me ha encargado redactar las narraciones de las fotos. Los palafitos *warao* son típicas viviendas indígenas hechas de palma, suspendidas sobre troncos, casi hundidas en el agua, techadas con hojas de palma de moriche *ojidu arroko*, la cual abunda en el interior deltaico pues necesita bastante humedad y agua no salobre. Las más tradicionales no tienen paredes, el suelo y el techo constituyen dos construcciones independientes, encajadas una en la otra por troncos de árbol. El piso, cubierto con corteza del mismo moriche o también de una variedad de la palma de manaca llamada *anare*, descansa, para mantenerse seco, sobre gruesos pilotes enclavados en el lecho del caño. Estas mismas viviendas, pero ubicadas en el otro extremo de

Venezuela, el occidental, a orillas del lago de Maracaibo, habitadas para entonces por los *Paraujanos* hoy desaparecidos, fueron las que dieron origen al nombre de Venezuela, cuando el navegante florentino Américo Vespucio al llegar allá en 1499 recordó a la legendaria Venecia, que parece surgir del mar Adriático.

A su palafito o casa los *Warao* lo llaman *hanoko*. Para ellos *noko* es “el lugar”, y al lugar le dan mucha importancia. Cuando un forastero o no *Warao*, al que llaman, sin importarle su procedencia, *jotarao*, gente de tierra alta (*jota*: tierra alta; *arao*: gente, habitante) llega a sus poblaciones, lo primero que le preguntan es “de qué lugar viene”, y le piden que indique con la mano la dirección de su origen. Así lo hicieron con nosotros, y los dejamos satisfechos al señalarles al oeste una dirección lejana.

—¿Por qué construyen sus viviendas de esta forma, y no las han modificado en tantos siglos? —inquiero entre la juventud para tener un testimonio directo, aunque ya creo saber la respuesta, es decir que deben adaptarse a su hábitat.

—Lo hacemos porque habitamos una tierra fangosa y anegadiza, para protegernos de la plaga y para defendernos de las fieras salvajes —responde *Kosibu*, en voz tan sonora que al oír la palabra “fieras”, Mor se sobresalta:

—¿Cuáles fieras? —no se imagina que el discurso va en serio.

—En primer lugar los caimanes, que son una tremenda amenaza por ser estas aguas estancadas y oscuras. Pero ellos no podrían trepar a nuestros palafitos.

Los morochos se inquietan aún más al oír la palabra caimán:

—¿Hay muchos por aquí? —indaga a su vez Ocho.

—¿Es decir que estuvimos en peligro mortal? —chilla Mor.

—No hay tantos —*Kosibu* es sincero. Mas enseguida, quizás para jugar a asustarlos, agrega una frase tenebrosa—: pero a veces se escuchan sus gruñidos en la noche.

En ese momento nos llegó un ruido siniestro, un ronco gemido, ¿o serían los chasquidos de las ramas con el viento? Por si acaso, aunque la oscuridad está lejos de caer, nos acercamos a nuestros padres, mirando confiados la pira siempre encendida.

Durante este último diálogo *Jabasuru* había regresado cargando unos grandes y succulentos ñames que traía del conuco.

—Nuestro país de agua, o “paraíso de agua”, como nos gusta llamarlo, es uno de los más antiguos y ricos ecosistemas del mundo. Todavía conserva especies endémicas desconocidas, principalmente anfibios y peces.

—¿Te interesan las ciencias naturales, la historia, *Jabasuru*? —es papá quien pregunta.

—Muchísimo, sobre todo las del Nuevo Mundo. Tengo en mi vivienda varios libros de cronistas e historiadores que he logrado reunir a través de años. Puedo mostrárselos.

—¿Recuerdas los autores?

—Fray Bartolomé de las Casas, Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, Juan de Castellanos, Fray Pedro de Aguado, Fray Pedro Simón, Antonio de Herrera, José de Oviedo y Baños, José Gumilla, Fray Antonio Caulín.

—¡El programa completo de historia colonial!

Nunca hubiese pensado encontrar una biblioteca especializada aquí, sobre las aguas, en una de estas viviendas tan singulares de los *Warao*.

—¿Y tú, *Jabasuru*, no lograste estudiar en la universidad?

—No pude. Eran otros tiempos. De mi generación, sólo unos pocos se graduaron de bachilleres o de maestros, como yo mismo. Para la universidad, a la que tanto aspirábamos, no hubo medios ni patrocinio.

—¿Y ahora?

—La situación ha mejorado. Durante las últimas décadas hemos tenido oportunidad de reflexionar, de conocer nuestros derechos. Nos hemos ido organizando y pudimos instalar los congresos *warao*, con el fin de hacernos escuchar. Hubo uno muy importante, de los primeros, realizado en 1990, en el cual se logró un pequeño cupo de admisión a las universidades destinado exclusivamente a los indígenas. Desde entonces, ya varios se han graduado. Y ahora, en el tercer milenio, a través de algunas Misiones creadas por el Ejecutivo, se han ampliado aún más las posibilidades de estudios superiores y técnicos para nuestros hijos y nietos.

—Muy justo. ¡Les habrá costado bastante lograrlo!

—¡Y todavía! Estamos en un proyecto de reserva de biósfera, el “Proyecto Delta Amacuro”, a través del cual podríamos trabajar en forma artesanal y aprovechar la bora, la palma moriche, las

maderas, nuestras flores, especialmente las bromelias, comercializarlas. Además nos proponemos implantar una cría de cachamas, pavones, sapoaras, con el fin de venderlos. Esto ayudaría a nuestra gente, permitiría a la juventud disfrutar los productos del desarrollo actual, progresar, vivir tan confortablemente como en las poblaciones criollas.

—¿Sapoaras, dijiste, *Jabasuru*?

Mis hermanitos, que aún son niños, entonan con alegría, casi bailando, el añorado canto infantil:

*Miro del puente del Orinoco,
la sapoara y el morocoto,
el puente tiende de un lado a otro,
su pasarela como un chinchorro...*

¡Cómo me agrada oír mencionar la sapoara, ese pez cuyo nombre indígena pasó a nuestro idioma, junto con la creencia de que quien come su carne no acierta a dejar esa tierra, y quien come la cabeza del pez, se casará con una muchacha *Warao*! ¡Cuánto de la cultura aborigen ha penetrado en la nuestra, y no nos damos cuenta!

Si logran implantarlo, el Proyecto Delta Amacuro tendrá seguramente éxito. Las frondosas selvas que se extienden a lo largo de los caños son valiosísimas en varias clases de preciadas maderas, duras y blandas, que nosotros mismos hemos observado en nuestro recorrido. Se destacan la alta ceiba, la gigantesca mora, el purgo, el cuajo, el sangrito que produce una especie de madera de balsa. Pero la riqueza más grande la constituyen las palmeras. Mis hermanos y yo logramos distinguir tres clases, que con mayor precisión nos señalarán más tarde nuestros recientes amigos: la palma moriche (*ojidu*), la temiche (*yawiji*) y la manaca (*anare*), esta última en tres variedades. Tradicionalmente, la palma moriche es considerada sagrada por los *Warao*. Y con razón, pues ella constituye el principal recurso de adaptación de los indígenas americanos a su propio ecosistema: todos sus componentes son objeto de consumo o insumo directo. La fibra extraída del cogollo de moriche sirve para tejer chinchorros y cuerdas de distinto grosor y resistencia para diferentes usos, y además para elaborar las cestas y las coronas, lazos, collares, adornos,

que usan en ocasiones festivas. La corteza se utiliza para hacer los pisos de las casas, enseres domésticos y especialmente para construir las pistas de baile, pues por presentar cierta elasticidad ofrece comodidad y resistencia a los saltos de las danzas rituales. Con las hojas techan las casas y con los pecíolos conforman arpones, boyas de pescar, velas para las canoas y recipientes para guardar la savia que proporciona el almidón con el cual hacen su pan o sagú. Con la fruta elaboran una bebida muy aceptable y para completar, en el tronco de la palma se crían unas larvas grasosas o gusanos que les suministran tantas proteínas, que pueden sustituir a la carne.

—Un trabajo y una lucha constante, la de la gente *Warao*.

—Sí, nosotros hemos trabajado y luchado mucho... pero nuestros hijos serán profesionales, ayudarán y defenderán mejor a su pueblo.

—¿Crees que ellos regresarán aquí?

—Seguramente. Este es el pacto, la condición esencial. No hay duda.

La firmeza de su mirada y su recta expresión garantizan que así será, que los jóvenes *warao* no se aprovecharán de los recursos del Estado para especializarse en otras regiones y explotar sus conocimientos en lejanas latitudes. Papá dice que encontraremos a varios indígenas con formación de maestros y técnicos en nuestro viaje actual. ¡Y cómo nos alegra pensar que en el próximo, ojalá dentro de pocos años, podríamos encontrarlos con títulos universitarios de profesores, médicos, odontólogos, botánicos!...

Jabasuru sigue reflexionando:

—Nuestros jefes nos han guiado bien... y nos siguen guiando... especialmente los líderes más jóvenes.

Se interrumpe pensativo. Noto que quisiera decir algo que no se decide a expresar. ¿Porque estamos nosotros? ¿Por cierto temor reverencial? Sus ojos oblicuos parecen captar un punto remoto en el tiempo, su mirada adquiere un destello extraño, salvaje.

—Hablas de dirigentes, jefes, líderes. ¿Y por qué no de caciques, esas emblemáticas figuras del pasado aborigen que dieron vida a las primeras páginas de la historia americana? —le pregunto.

—La figura del cacique —interrumpe papá que siempre trata de aclararlo todo—, tan representativa y famosa en tiempos de la

conquista por la forma como ellos conducían a sus guerreros y por el valor con que resistían a los conquistadores, ha ido desapareciendo.

Jabasuru, sin perder de vista las llamas que continuamente atiza, asiente con la cabeza. Es muy respetado entre el grupo o *nebí* que nos alberga por ser el más viejo, pues entre los *Warao*, como en la mayoría de las etnias indígenas, los ancianos han suplantado a los caciques como guías, consejeros, dirigentes.

—Pero entonces, aquellos gloriosos personajes de resonantes nombres, célebres en la historia de América, *Guaicaipuro*, *Tamanaco*, *Paramaconi*, *Terepaima*, *Naiguatá*, ¿no han tenido sucesores? —pregunta, con su acostumbrado empuje, nuestro número 8.

—Se ha acabado la época de los caciques. Aquella época de guerra contra los invasores y de rivalidades entre nosotros, ya no existe más. Vivimos actualmente un período de calma, la tranquilidad reina en nuestros pueblos. No tenemos enemigos que enfrentar. Con el transcurrir de los siglos, después del acoso que nos redujo a esta exigua población actual, cesó el exterminio, se aquietaron las hostilidades, nos resignamos —en la voz del anciano hay un dejo de tristeza.

—¿Y el chamán, el misterioso sacerdote que tiene algo de curandero y de mago, que conoce los secretos de las plantas y puede sanar males físicos y espirituales? ¿También desapareció?

Se nota una gran desilusión en la voz de Mor. Ocho también pareciera sentir el mismo desaliento.

La contestación de *Jabasuru*, pronunciada después de una larga pausa en forma de murmullo sonoro, es completamente enigmática:

—Quizás sí, quizá no.

Sin embargo luego levanta la voz, decidido:

—Aún tenemos chamanes, algunos aún existen, afortunadamente. Pero son pocos, casi únicos. A través del tiempo la figura del chamán ha perdido mucho de su brillo, de su fuerza original. Los grandes chamanes se fueron haciendo a un lado, quizás renunciaron voluntariamente al poder que poseían, ante un mundo tan distinto, tan sometido a la razón, al materialismo.

—¿Eran muy poderosos?

—Tanto, que algunos podían conjurar tormentas e inundaciones, atraer las lluvias y desentrañar el futuro, todo con un simple gesto de sus manos, con una mirada penetrante y secreta. Podían

convertirse en gavilanes, volar y ver sus pueblos desde arriba. Tornados en peligrosas víboras podían vengarse de sus enemigos; transmutados en caimán o en la serpiente de agua, la gran madre de los ríos, lograban bajar a lo más profundo y revelar si había buena pesca en las pozas.

El anciano calla, quizás escrutando nuestra reacción. Entonces *Botoboto* concluye el relato:

—Poseían conocimientos especiales, sus mágicos poderes pasaban fronteras.

Quedamos dudosos ante tan extraordinarias revelaciones. ¿Sería cierto, habría algo de verdad en lo que los *Warao* nos relataban? Racionalmente, deberíamos rechazar todo lo que decían... sin embargo... la magia indígena tiene tantos secretos, tan extraños...

—¿Y ahora? —preguntamos— ¿Ya no pueden hacer esas hazañas?

—Perdieron mucho de su poder, como todo nuestro mundo indígena, al que le fue arrebatada gran parte de su fuerza. Contaminados de ritos extraños y creencias foráneas, de supersticiones y ceremoniales ajenos a la tradición *warao*, ahora en su mayoría sólo practican la curandería, se limitan al uso de las plantas curativas y mágicas para aliviar males físicos y espirituales.

—¿Y eso te parece poco, *Botoboto*?

—Es poco, comparado con todo lo que podían hacer antes.

—¿Tú conociste alguno de los grandes chamanes, *Botoboto*?

—Yo... todavía...

Extrañamente, *Botoboto* titubea, y a un gesto impositivo de *Jabasuru*, aprieta los labios y baja la cabeza. Por largo rato el “Olímpico” no volverá a hablar.

—Hoy día, ¿aún logran curar con las plantas? —insisto.

—Seguramente. Sus conocimientos de las hierbas curativas son tan certeros, que hasta los mismos médicos los aprecian y recurren a ellos para consultarlos sobre algunos casos específicos.

Sin intervenir en el diálogo, mamá asiente con la cabeza.

—Y en esa colaboración entre médicos y chamanes, ¿la gente a quien le hace más caso?

—Un poco a ambos... —*Habashuru* no se compromete—. Pero debes saber que hay casos reconocidos por los mismos galenos en los

cuales los medicamentos surten efecto sólo si es el chamán, a quien ellos llaman curandero o curioso, quien los suministra y aplica.

—¿Así es de verdad? ¿Cómo se explica?

—Porque los curanderos conocen palabras, cantos, pases mágicos que potencian los efectos benéficos de los vegetales.

—¿Y cómo son esos pases mágicos?

—Son movimientos con las manos, ejecutados en forma rítmica y característica, hacia arriba, hacia abajo. Parecieran apartar el aire o acariciarlo. Los hacen sobre algún cocimiento, bebedizo, o sobre la persona enferma o necesitada, para conjurar el mal.

—Estos curanderos actuales, ¿tienen mucha influencia en las comunidades indígenas?

—En realidad, ahora somos los ancianos los que tenemos autoridad sobre la familia y la etnia, tanto en la vida diaria como en el trabajo —afirma *Jabasuru* con un desplante de orgullo—; celebramos alianzas matrimoniales, planeamos el levantamiento de nuestras viviendas con sus puentes, la construcción de patios o áreas de fiesta y danza. Resolvemos contiendas, diferencias, tratamos de mantener una apacible convivencia y la serenidad en nuestros poblados.

Al rato, *Botoboto* se me dirige a mí directamente. Durante toda la conversación me ha estado mirando, estudiando mi actitud y mis impresiones. Y yo también a él. Creo que tenemos la misma edad, pero *Botoboto* se nota más serio, más reflexivo, más maduro que yo, reconozco con cierta vergüenza. Es sin duda el mejor ayudante de *Jabasuru*, su mano derecha diríamos nosotros, así como yo con papá. Sentimos que un halo de afinidad, de comprensión nos une y envuelve.

—Telio —me dice por fin, llamándome como lo hace mi loro—, ven conmigo, acompáñame, te enseñaré mi canoa.

Lo hago, dejando a Supermudo que estuvo mudo y triste bastante tiempo, posado en un bucare bajo. Pasé con *Botoboto* menos de una hora, y quizás fue esa la hora más densa de experiencia, de emociones, que había vivido en mis catorce años, hasta aquel momento.

Según me explicó *Botoboto*, él estaba en un proceso tradicional, que lo llevaría a hacerse *moyotu*, es decir especialista en fabricar canoas, y encargado de supervisar la fabricación de todas las embarcaciones de la comunidad. Además de proporcionarle amplios

conocimientos técnicos, esto lo convertiría en una autoridad en materia religiosa, chamanística y referente a la cosmovisión. Un simbolismo profundo conecta la canoa con el destino ulterior del *moyotu*, que transcurre muchísimo tiempo en ella, debe conocer las corrientes de los ríos y la dirección de las mareas, y tener amplia experiencia para cubrir grandes distancias, apoyado solamente por su *habe*, canaleta, o a veces con una hoja de palma *temiche* o con una conformada por vástagos de moriche, como vela. Si bien es cierto que también entre ellos en la actualidad se ha generalizado el uso de motores fuera de borda, y el canaleta sólo lo emplean para distancias cortas, el verdadero *Warao* nunca renunciará a la navegación tradicional en su canoa, dentro de la cual pedirá ser sepultado.

—Por otra parte —me aclara en tono burlón—, esos motores se echan a perder a cada rato, tienen una vida breve, y la pestilente gasolina con que se mueven, a diferencia de nuestros brazos (y aquí levanta y extiende los suyos, limpios, bronceados, musculosos), ¡huele malísimo y cuesta carísima! Nosotros, los de *Murako*, nunca hemos podido, ni podremos jamás pagarla.

Al precio real de la gasolina se añade, pienso, la antigua explotación de que son objeto los indígenas. No tienen acceso directo a ella, no poseen dinero para pagarla y los muchos revendedores se la cobran mucho más de lo que cuesta, en un trueque en el cual asignan a los productos indígenas, cestas, sombreros, chinchorros, un precio irrisorio.

—Para sobrevivir en el Delta —prosigue *Botoboto* con gran compenetración— es necesaria una comprensión completa y a la vez detallada del medio ambiente. Debemos dominar la red de los grandes ríos del Orinoco, distinguir los caños no funcionales o de escasa corriente, memorizar todos los atajos y cañitos. Además, tenemos que familiarizarnos con la ubicación de los morichales, temichales y macanales, con el hábitat y comportamiento de los animales, con las diferentes especies de peces, con la calidad y época de maduración de los frutos silvestres.

—¿Y tú ya has aprendido todo esto?

—Sí, lo fui aprendiendo desde niño. Pero hay otras cosas que aún no domino, por ejemplo las constelaciones y los astros.

—¿Hace falta conocerlos?

—Es imprescindible. La vida de los *Warao* depende del ciclo anual marcado por ellos. El año, nuestro *kura* o *joida*, se cuenta por el paso de las lunas. La luna, *waniko*, determina con sus fases el flujo y reflujo de las aguas, así como las fases de marea muerta y marea viva, *jo manuka* y *joida*. El sol, *jokoji*, determina el día, *ya*, pero la duración de la luz y de la oscuridad la rigen las constelaciones, que también determinan las épocas de lluvia.

—¿Las lluvias representan un problema para ustedes? —me atrevo a preguntar.

—No, de ninguna manera, son necesarias. Pero, debemos saber cuándo empiezan y cuándo terminan, prevenirlas y tomar medidas.

—No entiendo bien, explícame mejor.

—Durante nuestra estación seca, de enero hasta abril, el agua cercana a la costa se vuelve salobre: este fenómeno puede llegar hasta unos sesenta kilómetros río arriba de todos los caños. Debemos estar prevenidos y almacenarla en pozos, pues no tenemos otras fuentes de agua dulce. Por otra parte, en la época de lluvias, una vez al año, el Orinoco experimenta una fuerte creciente y las islas deltáicas se inundan: hay que abandonarlas, preparar otras viviendas, trasladarse a ellas.

—¿Estas crecientes son peligrosas? —inquiero con aprensión.

—Pueden serlo. Lo cierto es que frecuentemente destruyen y obligan a abandonar las plantaciones de maíz y plátanos que algunos *Warao* y criollos intentan cultivar. Cuando se presentan crecidas excepcionales todo se pierde y sólo es posible, luego, aprovechar esas tierras como pastizales en la época seca.

—¿Cómo saben cuándo va a llover? —vuelvo a la carga.

—Cuando al anochecer aparece encima de los árboles, por el Oeste, *He Araní*, una estrella de la constelación Cáncer, y nos damos cuenta de que Orión y las Pléyades han desaparecido, sabemos que está entrando la estación de las lluvias. Los primeros aguaceros son terribles, con relámpagos y truenos. Para algunas etnias comienza un nuevo año.

—¿Y la navegación, y la fabricación de canoas, cómo las aprendiste, *Botoboto*?

—Más que todo con la práctica. Desde pequeño aprendí a reconocer y ubicar los árboles apropiados: los *bisi* y los *habe*, de tronco rojo y de tronco blanco, ambos selváticos. Hay épocas especiales

para tumbarlos y para cortarlos y tratarlos. La fabricación de una canoa es un proceso largo, que requiere precisión y exactitud. Para un especialista en hacer canoas la cuestión no está en tumbar el tronco apropiado, sino que es mucho más compleja: hay que esperar el momento propicio en que la madre de la selva, *Dauarani*, otorgue el permiso y en que el guardián del árbol, *Arotu*, esté listo para transformarse en canoa.

—Yo leí en mis libros de historia que ya desde la época de la Conquista era conocida la habilidad de los *Warao*, a los que algunos antes llamaban *Guaraúños*, considerados expertos carpinteros, en la construcción de excelentes canoas y curiaras, que realizaban según antiguos métodos mediante hachas de piedra y conchas marinas, ayudándose con el fuego.

—Exacto, Telio, así lo hacían y en parte todavía lo hacemos. Pero detente, ya hemos llegado.

He aquí delante de nosotros la canoa de *Botoboto*: al pie de un tamarindo, refulge con la luz que apenas penetra por entre los árboles, dándole un aura mágica, un brillo especial. De extremos aguzados, capaz de contener en su interior fácilmente unas diez personas, pareciera dispuesta ya a cruzar los caños. Asombrado por su extrema precisión exclamo:

—¡Ágil, estrecha, exacta, aerodinámica, construida para adquirir velocidad en el agua, pide gritos ser usada!

Ante mi incontenible admiración, *Botoboto* sonríe orgulloso.

—Hay dos tipos de embarcaciones —sigue explicándome con paciencia, halagado por mi evidente interés— aunque a ambas se les llame corrientemente canoas: hay curiaras y canoas monóxilas fabricadas a partir de un tronco ahuecado, y embarcaciones más pequeñas hechas de corteza cosida con fibras de palma, que se usan para cruzar ríos menores. Pocos conocen hoy en día la manufactura de las curiaras tradicionales. Se construyen de un solo árbol, antiguamente usando hachas de piedra, actualmente con herramientas de metal obtenidas de los criollos, para ahuecar la parte central del tronco. Después que el tronco ha sido moldeado se le perforan pequeños agujeros en la parte exterior, para asegurarse de que no se haya ahuecado más de lo conveniente y resulte en un casco demasiado delgado. Cuando el vaciado ha llegado hasta las perforaciones, se ha logrado el espesor apropiado del casco y se detiene el proceso de

ahuecamiento. Por fin, se tapan los agujeros con tapones de madera. Sin embargo, es necesario que quien la lance al agua sepa detectar los peligrosos bajos, los anegadizos, las arenas movedizas que pueden tragársela sin remedio, a veces junto con el canoero —concluye sarcásticamente.

—¿Puede suceder eso? —me extraño.

—A veces, a los criollos, por inexperiencia o imprudencia. A nosotros difícilmente, procuramos ser meticulosos y precavidos.

No lo dudo. Me he dado cuenta de ello a lo largo de mi observación y de nuestra conversación. Los *Warao* no dejan nada a la improvisación. Aunque sean creativos, la cautela, la prudencia, la reflexión son sus características.

—¿A dónde vas con tu canoa? ¿Sales a pescar? —agrego imprudentemente.

Por su mirada seria y su expresión ceñuda, creo que lo he sorprendido, casi ofendido.

—De ninguna manera, yo soy canoero, no pescador. Con mi curiara surco las aguas del Orinoco, sigo las corrientes, penetro en los caños más escondidos, lucho con los caudales y los remolinos, puedo navegar días enteros, tocar las poblaciones de los criollos, las islas del Caribe.

—¿Cuáles poblaciones?

—Barrancas, Barranquilla, Tucupita, Paria.

—¿Y cuáles islas?

—Trinidad, Margarita, Curazao, Tobago. Sabes, Telio, no hay sino quince kilómetros de aquí a Trinidad.

—¿Vas solo?

—Siempre solo. Me gusta navegar por nuestros ríos, caños y por nuestros dos mares, en soledad, sentir que supero los peligros, que domino el mar.

¡Dominar el mar! Me imagino a ese joven *Warao*, experto y soñador, solitario navegante en el Caribe con su canaleta labrado y su vela vegetal, la mancha colorida del guayuco sobre el cuerpo desnudo, interlocutor de la bóveda celeste, de los vientos, de las corrientes. Siento envidia por esa forma de vivir. Quisiera imitarlo. Pero, ¿sería yo capaz de vencer, como él lo hace, los acechos de la naturaleza? ¿Cuánto tiempo me llevaría aprender todo lo que él ya sabe? ¿Quién me lo enseñaría? Me doy cuenta de que es, el suyo, un

saber conquistado lentamente a través de generaciones, transmitido fielmente día a día, momento a momento. Ninguno de nosotros, los criollos, lograría hacer lo mismo, por lo menos en esa forma tan natural y espontánea, como creativa, poética.

—Has hablado de dos mares. ¿Qué entiendes con eso?

—Nuestro Delta es muy ancho. El más occidental de los caños, Mánamo, desemboca en el golfo de Paria, al que ustedes llaman Golfo Triste, en el mar Caribe, mientras que el brazo mayor del Orinoco, llamado Río Grande, vierte sus aguas en el Atlántico. Yo navego de uno a otro, y vuelvo a navegar, de día y de noche, por el mar, luego a través de los caños más grandes, serpenteando entre las islas por cañitos escondidos entre ramas y hojas.

Otra vez ante mis ojos la figura esbelta, morena, el guayucodelantal (*bua* o *buha*) hecho a la manera antigua como el que lleva ahora levantado por el viento, la sutil canoa impulsada por el liviano canaleta entre los manglares, casi abrazada por el oculto verdor de la vegetación, acompañada a trechos por bandadas de pájaros, las blancas o rosadas garzas, los guacamayos azul y amarillo, los loros, los pericos, saludada desde la orilla por sorprendidos dantos y báquiros y entre las aguas por morocotos y *sapoaras*.

—¿Es posible, *Botoboto*, que en este siglo XXI tú, en tus navegaciones con tu canoa, hayas logrado cruzar aguas nunca surcadas, hollar tierras jamás pisadas por ser humano, aprovechar sombras de árboles que nunca resguardaron la presencia del hombre?

—Completamente cierto. Y te diré más. Cuando tú vuelvas...

Se interrumpe y nos miramos los dos, intensamente.

“Cuando yo vuelva...” ¿Habrà un retorno? ¿Seré yo capaz de no dejarme arrastrar por la rutina ciudadana, de no olvidar esta lección de vida que *Botoboto* me está dando, de volver para completarla y proseguirla? Aún no lo sé. Haría falta el empeño, la constancia, el valor, el desprendimiento que los indígenas tienen. ¿Los tenemos nosotros? ¿Hasta qué punto?

Botoboto percibe mi preocupación, mi vacilación. Me sonrío:

—Quiero decirte, Telio, que estoy haciendo investigaciones sobre el ecosistema del Delta. Es aún muy poco explorado, casi desconocido. Ya que terminé con buenas calificaciones el liceo, espero conseguir un subsidio para estudiar oceanografía y piscicultura en la Universidad de Oriente. Regresaré aquí preparado, con bases

científicas, quizás con instrumentos, con medios de trabajo. Creo que podré adelantar mucho en este campo.

—Y yo estoy seguro, *Botoboto*. Te prometo que en aquel momento, cuando hagas conocer tus descubrimientos y realizaciones, cuando todo el mundo valore tanto tu aporte como la riqueza de esta región, estaré contigo. Regresaré para compartir tu éxito.

Nos volvemos a mirar, esta vez alentados los dos. No hablamos más. Todo está dicho. Pero yo me siento mortificado, insatisfecho. ¿Cuándo, dónde y cómo podría yo, sobresaliente estudiante ilustrado de principios del siglo XXI, hacer algo tan importante, o por lo menos comparable a lo que se propone hacer y seguramente hará con tan pocas herramientas tecnológicas, con tan limitada preparación, este indígena, producto directo de la selva y de las aguas del corazón de nuestra misma tierra?

Se anuncia el anochecer. Nos acercamos al campamento, donde nuestros anfitriones nos brindan una apetitosa comida, la principal del día, asada sobre las llamas, compuesta por *lau-lau* y *cachamas* que acaban de sacar del caño, utilizando arpones fabricados al momento con vástagos de palma moriche. Aún no es total la oscuridad cuando, apiñados en las alargadas embarcaciones que ellos manejan diestramente, dejamos la orilla de la selva para dirigirnos a los palafitos, donde descansaremos hasta el amanecer.

La noche cae con un pleno de estrellas que relucen casi al alcance de la mano, miles de luciérnagas rodean los palafitos. Doy vueltas en mi chinchorro de fibra de moriche, al que llaman *ha*, ancho, cómodo, único mobiliario, “mueble”, diríamos nosotros, de la choza *warao*, a la cual con razón llaman *hanoko*, el lugar del chinchorro. Sobre el piso de las casas, encima de una capa de barro, hay grandes fogones. El fuego nunca se apaga. Durante el día se mantiene encendido en la cocina, en la noche se coloca debajo de los chinchorros para que dé calor y ahuyente la plaga. La responsable del fuego es la mujer, a la que a veces dan el sobrenombre de *mabekunu*, “mi fuego”. Ella es también la encargada de recoger y almacenar la leña a la cual llaman, al amontonarla, *dauwaba*, y al atizarla en las madrugadas frías *ubahe*, más o menos como “el fuego de mi sueño”. Sigo sin poder conciliar ese sueño tan universal que abarca a todos, aborígenes, criollos, *guaraúños* y *jotarao*. Fijo los ojos en mi flamante cronómetro con luz incorporada, tratando de calcular las horas y minutos que

faltan para que amanezca. Pienso en estos seres tan alejados aún de las ciudades, de los centros de información.

A ratos me llega un murmullo apagado, distante. Pongo atención. Son las voces quedas de papá y mamá, en un diálogo secreto que sólo yo puedo descifrar, porque conozco la historia. Logro captar algunas frases al vuelo:

—¿Nada, Rafael?

—Esta gente es muy colaboradora, pero creo que no saben nada.

—Eso creo yo también.

—En cambio me enteré de ciertos rumores, extrañas creencias.

—¿Sí? ¿Qué te dijeron?

—Me hablaron de un chamán, un *warao* mágico, que los visita y los aconseja, les recomienda no aceptar modelos ni consignas de los “civilizados” que sean contrarios a su manera de vivir y de pensar. Los insta a conservar su cultura, tradiciones e ideología. Les habla, en su propia lengua, de acercamiento y amistad, anunciándoles un día en que los indígenas de todas las etnias y regiones lograrán unirse, confirmar la propiedad de sus territorios, rescatar su grandeza y dignidad, tener mejor calidad de vida y ocupar un lugar más justo en la sociedad actual.

—Un bello sueño por el que valdría la pena luchar. ¿Cómo es ese chamán?

—Lo describen alto, de piel clara, llena de símbolos y tatuajes, con una larga cabellera oscura, ojos amarillos, luminosos. Dicen que anda rodeado de animales, que sale con la luna, tañendo una flauta muy melodiosa.

—Puede ser alguna fantasía, alguna leyenda.

—O quizás exista.

En ese momento recordé la expresión ausente de *Jabasuru*, su mirada misteriosa, abstraída, enigmática. Parecía atisbar un recuerdo, una visión lejana. ¿Estaría en esa mirada, en ese brillo de sus pupilas, la presencia mágica del chamán desconocido?

La ausencia de voces humanas me permite apreciar el silencio de la selva, que no es tal, matizado por gritos de animales, chirriar de grillos, ulular de grises búhos insomnes, perseguirse de monos nocturnos.

Afortunadamente estoy todavía despierto cuando unos extraños seres, con la cabeza, los hombros y la espalda ocultos en una

pequeña canoa que sostienen cargándola con los brazos, penetran en el palafito que los *Warao* han destinado a nuestra familia. Avanzan sigilosamente, el rostro cubierto por fieras máscaras fabricadas con totumas pintadas de vivos colores, que les dan una apariencia de hombres-jaguares. Las lanzas hechas a la manera indígena, toscas y puntiagudas, que empuñan con decisión, lucen amenazantes. Al llegar cerca de Muñeca y de mamá, lanzan unos chillidos que deben haber ensayado bastante, pues les salen perfectos, y entre tenebrosos gruñidos pronuncian escalofrantes llamados:

—*Wa, Wa, Wa...*

—*¡Jebu, jebu, quiere kasiri, mucho kasiri!...*

—*¡Jebu, jebu, quemén los chinchorros, derrumben la casa, váyanse de aquí, jebu jebu! ...*

Sobresaltadas al despertar de un sueño tranquilo por tan horrendo barullo y viendo, al abrir los ojos, los dos aterradores personajes, mamá y mi hermana, anegadas en lágrimas, intentan bajar de los chinchorros, colgados bastante alto sobre el fuego que espanta la densa plaga orinoquense, exponiéndose al peligro de caer y quemarse en la brasa. Antes de que lo hagan, me lanzo yo cual rayo del mío, caigo sobre los dos “hombres-canoa” (se trata de los morochos, ya lo habrán adivinado) y la emprendo con ellos a puñetazos tan feroces que, los muy cobardes, se olvidan de su original representación y empiezan a pedir socorro.

—¡Carmen, Carmencita, por favor! —a nuestra madre la llaman por su nombre y diminutivo cuando verdaderamente la necesitan—. ¡Por favor, dile que no nos pegue! ¡No hicimos nada malo, era un juego!

Eso creen ellos. Pero va a juzgarlos papá, despertado por el escándalo, quien los hace comparecer ante él con canoa y todo, exigiéndoles una explicación inmediata.

—Fue idea mía —reconoce Mor—. Es que estábamos jugando a los muertos.

—¡Qué muertos, ni qué diablos! —truená papá enfurecido.

—Los *Warao* muertos, papá. Deja que te explique. Los hijos de *Jabasuru* nos contaron que cuando ellos mueren se hacen sepultar en su canoa, que llaman *Wa*.

—Es cierto —reflexiono para mí—, también por eso los *Warao* se denominan “gente de canoa”. Yo también lo había oído. Al *Warao*, que pasa la mayor parte de su vida en la curiara, se le sepulta en ella, cubierto con hojas de palma manaca, amarrándolo con lianas y esparciéndole tierra encima para protegerlo de los animales feroces. Es algo así como un retorno simbólico al vientre materno, una entrega a *Daunarani*, la madre de la selva.

Ahora el pobre Mor casi balbucea:

—Y su esencia espiritual principal, oye, papá, a la que llaman *hebu*, que significa viento...

—O también “el sol de su pecho”, oye, qué lindo, papá —Ocho, mortificado, trata de ablandarlo y aliviar la confesión, en defensa de su hermano. Mas no obtiene resultado. Sin embargo, yo quedo admirado de la correcta interpretación que el número ocho ha dado al significado de la muerte entre estos indígenas.

—Sigue, acláralo completamente —impone papá, cada vez más exasperado.

—Su esencia convertida en *hebu* o ser espiritual, empieza a vagar alrededor de la casa que antes habitaba.

—¿Cómo, con la canoa a cuestas? —pregunto incrédulo.

—No, eso fue una invención nuestra para hacer el juego más dramático.

—Acaba de una vez —le impone terminantemente nuestro padre, ceñudo.

—El *hebu* va vagando algún tiempo, en forma de viento, alrededor de los palafitos. Pide bebida, *kasiri*, o alimento, *sagú*. También le ruega a los familiares que destruyan su chinchorro, *ha*, y sus pertenencias, o las arrojen al río, que derrumben la casa para purificar el sitio, y que se alejen del lugar.

—Por lo menos aquí no existen herencias, ni rivalidades para ellas —apunto con un dejo de humor—. Se evitan todos los líos de pleitos sucesorales, tan comunes entre los supuestos “civilizados”.

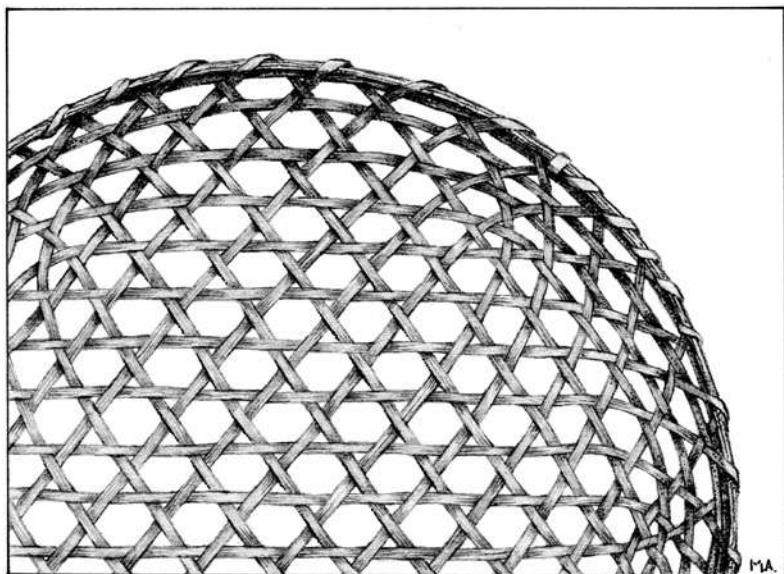
—Eso es todo —concluyen los morochos al unísono con un cinismo disfrazado de humildad.

—Nosotros quisimos interpretar esa leyenda, convertirnos en personajes *warao* con su vestimenta, lengua, costumbres. Una tradición tan interesante merecía que la representáramos como es debido, en su plenitud.

—Pero por tanto atrevimiento y por el susto que nos hicieron pasar —truenas de nuevo papá— merecen ustedes, en cambio, que les interrumpa aquí mismo el viaje y los devuelva a Caracas, para que más bien interpreten y asuman de inmediato su personalidad de estudiantes, con tareas, libros, exámenes, deberes, y sobre todo, castigos.

—Rafael, por favor —intercede mamá—, no hagas que termine así nuestro viaje, un recorrido que empezamos con tanto entusiasmo. Sería demasiado triste para ti, y se convertiría en un fracaso para todos nosotros.

Siguió un silencio absoluto. No hablábamos nosotros, callaban los *Warao* que se habían dado cuenta de todo desde sus palafitos tan próximos, no abría el pico Supermudo, no chistaban los morochos pecadores. Sin hablar él tampoco, por gestos, papá les impone a los pícaros que se despojen del curioso atuendo. Yacieron en el suelo las máscaras, las lanzas, las canoítas. Al levantarse a otro gesto imperioso de papá, se irguieron sobre ellas las figuritas pequeñas, redondas, de Mor y Ocho, temblorosos en sus apretados guayucos. Nos dieron lástima. Quizás también a papá. Todos con la mirada imploramos perdón. Y el perdón vino, magnánimo:



—Aléjense de mi vista. Déjennos dormir en paz, nuestro sueño completo. Les impongo no pasar la noche con nosotros, tampoco en el campamento, ni en el jeep. Consigan una canoa. Remen. Diríjansen de inmediato a la selva y transcurran allá “solos” —y ese “solos” sonó enfático—, el tiempo que falta para el proseguimiento de nuestro viaje. Arréglenselas como puedan para dormir y para comer.

A todos nos pareció justa su decisión. Mamá se estremeció cuando oyó la palabra selva, pero recordó que sus muchachitos eran expertos en encaramarse a los árboles y esconderse arrastrándose por horas entre las ramas. Y si no encontraban huevos de guacharaca o de iguana, ni alguno de los cultivos de ocumo tan frecuentes en el lugar, un poco de ayuno no les caería mal, serviría para fijar ciertas cosas en su memoria. Los morochos suspiraron de alivio: en realidad el castigo se convertía para ellos en el inicio de otra espléndida aventura. Sin embargo, el mandato de papá no se cumplió cabalmente, por lo menos no enseguida.

Las pequeñas casas de los *Warao*, construidas sobre el agua paralelas al río, cercanas la una de la otra, están unidas por unos breves puentes de tipo levadizo, conformados por troncos de árboles que con frecuencia ellos alzan durante la noche, pues se sienten más protegidos de eventuales incursiones de cunagueros, báquiros, jaguares y otros voraces habitantes de la selva, amén de que eso les dificulta andanzas nocturnas a los adolescentes enamorados.

Nuestros morochos olvidaron este detalle, y echaron a correr a toda prisa por la parte frontal de los palafitos, sin reparar en la ausencia de algunos de los puentes. Inesperadamente, primero Mor, enseguida Ocho, pusieron el pie en el vacío y se precipitaron con estruendo en el agua fangosa del caño, que alrededor de las viviendas está aún más revuelta y oscura. Es casi imposible, desde abajo, trepar a las chozas, planificadas en forma tal que no se las pueda alcanzar, con el fin de defenderse de los caimanes que aunque no logren subirse acechan entre el turbio fango de la orilla a los pequeños animales cuando van a beber, y así les arrebatan a los *Warao* monitos, acures, y ocasionalmente algunas gallinas o pavos que les regalan los misioneros, y que por tanto nunca logran criar. Para completar los palafitos están limados, pulidos, y además recubiertos del deslizante musgo del río, de manera que cualquiera que pretenda asirse de ellos se resbala indefectiblemente.

Por suerte para los dos prófugos, los hijos y nietos de *Jabasuru*, sus compinches en anteriores ocurrencias de menor cuantía que nunca llegaríamos a conocer, no habían permanecido extraños al desenvolverse de los acontecimientos, más bien estaban pendientes de ellos. *Samu* y *Kosibu* fueron a buscarlos en una canoa livianísima recién fabricada por *Botoboto*, y por tanto de su propiedad, que se la facilitó. Guiados en la oscuridad por los silbidos inconfundibles de los morochos, los rescataron de inmediato y se dirigieron hacia la orilla de la selva, que se extiende, espesa y tenebrosa, a lo largo de las tierras que bordean los brazos de agua, apenas detrás de las hileras de palafitos, sólo interrumpida por trazados centenarios abiertos por los mismos naturales a través de “picas”, conocidas por muy pocos, una de las cuales papá había logrado recorrer con nuestro jeep.

Cuando ya iban ganando la playa, los remeros se detuvieron, inciertos y preocupados. Un fuerte ronquido gutural, lanzado al aire como un reclamo parecía denunciar la presencia cercana de un jaguar.

—¡Es un tigre! —gritó Mor tembloroso.

—¡Un puma, tal vez! —se estremeció Ocho.

—¡No, es un cunaguaró! Nosotros aquí en la selva, conocemos las voces de los animales. Estamos familiarizados con todos los sonidos —dijo *Samu*.

Las palabras del joven fueron acalladas por la música armoniosa de una flauta. El rugido cesó.

—¡Es él! —exclamaron los *Warao* con alivio.

—¿Quién? —preguntaron los ceritos al unísono.

Ninguna contestación directa.

—Tienen suerte, parece que los protege a ustedes, igual que a nosotros.

—Sin él... ¿quién sabe lo que hubiera pasado con ese cunaguaró, sin contar con que seguramente no andaba solo! Él tiene poder sobre los cunaguaros.

—¿Pero quién es? —seguían preguntando los morochos sin obtener respuesta, mirando hacia la orilla, boscosa y misteriosa. La flauta se escuchaba más lejana. *Samu*, al fin, dijo reflexivo:

—Es un navegante *warao*, un chamán, el Chamán de los Cunaguaros.

Al aproximarse a la playa, los *warao* descargaron abundante miel, frutos silvestres y tortas de sagú, pero no se atrevieron a quedarse acompañándolos, por aquel “solos”, pronunciado por papá con tanta fuerza y convicción que había resonado amenazador en toda la comunidad *Murako*. Antes de regresar, les dieron sin embargo una recomendación:

—¡Cúidense! Cuando gritaban pidiendo ayuda, ustedes estaban silbando igual al silbido de las babas cuando están criando y llamando a sus hijos. ¡Tuvieron suerte que no les salió una tremenda baba!

Al oír estas palabras, los morochos aterrorizados se apresuraron a salir del agua a grandes brazadas, y se encaramaron en una mata de jobo silvestre donde, a pesar de que se bamboleaba peligrosamente, pasarían las horas de la noche, sin silbar ni siquiera una vez.

Al prepararnos para la partida en la media mañana del día siguiente, papá nos explica:

—Entre los *Warao*, nos hemos quedado bastante tiempo, por ser la primera etnia indígena que visitamos. Lo hicimos para ir acostumbrándonos a su vida y forma de pensar, para tener una base de aprendizaje y de comparación durante el resto del viaje.

Todo se logró. Y mucho más. La conversación que yo tuve con *Botoboto* abrió mi mente a nuevos enfoques, me sugirió distintos caminos, me hizo crecer, madurar en poco tiempo... casi, diría, me hizo adulto.

Ha llegado el momento de irnos. Otra vez en el campamento en tierra firme, apreciamos el sabroso festín *warao* de despedida, con *jere* o caracoles terrestres, cangrejos y morocotos apenas sacados del río, carne de tortuga y bagre rayado, el todo complementado con casabe, maíz de su propio conuco y de postre, cambures titiaros y tigüi-tigüi, recién asados al sol. Como bebida, *kasiri* y agua con miel.

Nos reunimos alrededor de Tío Jeep. Esperamos que papá tome las fotos que le faltan para terminar la película. Estoy sentado en un tallo de palma con el cuatro a mi lado. *Katera* y *Daunaba* lo miran insistentemente:

—¿Es tuyo? ¿Lo quieres tocar? —pregunta por fin *Katera*.

Complacido, me luzco con un joropito. Superloro abre sus hermosas alas, se sube a mi cabeza y marca el tiempo picándome la oreja.

Mamá acompaña cantando. Las jóvenes se le unen con una voz linda, bien modulada. Los morochos silban armoniosos, como dos pequeños arrendajos. Luego es *Katera* quien entona una tierna canción de cuna *warao*, dirigiéndola a un hermanito soñoliento, que se ha cobijado en su regazo:

Dakobo sanuka
dakóbo sanúka
onanaka,
ubausa.

Hermanito
hermano chiquito
no llores,
duérmete.

Noakitía tobe
ji kuare
ónayayakóre.
Ubausa.

El tigre vendrá
por ti
si continuas llorando.
Duérmete.

Los *Warao* son un pueblo musical. Con conchas de caracoles o *guaruras* que resuenan como trompetas, con instrumentos que fabrican ellos mismos, maracas, flautas y hasta unos pequeños artefactos de cuerdas parecidos a violines que llaman *sekeseke*, componen cantos tan variados y numerosos que algunos misioneros y antropólogos los han reunido en varios cancioneros *warao*. Las canciones de cuna son frecuentes, me explica la bella *Katera*, porque tenemos muchos niños. Algunas las componen las mismas madres o hermanas.

—¿Tú también?

—Yo también —se sonroja— para mis hermanitos y sobrinos. Tengo más de una docena.

—¡Qué bueno! Ya me he dado cuenta de que las familias *Warao* son numerosas. ¡Hacen falta canciones de cuna! ¿Y cuál es el tema de ellas?

—El niño que debe dormir sin llorar, porque si lo oyen pueden acercársele el jaguar, la culebra...

—¡Ay, qué susto! ¡Pobres criaturas! —se asombra Mor.

—¿No tienen algo más alegre, para mí o para mis futuros hijos?
—la chanza es de Ocho.

—Pues sí, se invocan también los animales amigos de nuestra gente: cangrejos, loros, lagartijas, monos —precisa *Daunaba*, tarareando algunas.

—En los palafitos sólo he visto los simpáticos capuchinos y aquellos graciosos monitos tití, que con su hermosa melena parecen leoncitos en miniatura. ¿No les gustan los araguatos? En el camino nos hemos topado con varios, realmente espectaculares en su pelaje rojizo, pero no hay ninguno domesticado entre ustedes —inquire Mor—. ¿A ellos no los consideran amigos?

—*Warao* no es amigo de araguato —contesta—. A ellos los miramos desde lejos, les tenemos respeto, casi miedo. Ellos practican al ocaso un ritual que llamamos “el sol de los araguatos”: danza entre aullidos, vueltas y saltos y no toleran ser molestados. Una leyenda cuenta que un *warao* flechó a un araguato, lo despojó de la piel y se dispuso a asarlo para comerlo. Pero al poco rato el simio se levantó, recogió su piel, la vistió y se alejó hacia la selva, gritándole sarcásticamente al *warao*: “¡Me la debes!”.

—¡Uy, qué cuento tan espeluznante! —tiembla Mor.

—Ahora miraré a los araguatos con más circunspección —agrega Ocho—. Y ya que hablamos de narraciones, ¿tienen algunas otras, acerca de ustedes mismos, algo que hable de su origen?

—Las antiguas crónicas orales y tradiciones cuentan nuestro origen celeste: nuestros ancestros bajaron de las nubes donde vivían, por una cuerda de bejucos entretejidos. Y les gustó tanto lo que vieron, que se quedaron en la hermosura de este paisaje, estas aguas, este clima, que completamos con nuestra música, danzas y cantos, felices cuando hay sol, felices cuando habla la lluvia.

—Habla la lluvia... ¿qué quiere decir eso?

—Cuando truena; ¿no entiendes?

Me lo ha explicado y lo entiendo... Reconozco que los indígenas nos superan en comparaciones, metáforas y hasta imágenes, como dirían nuestros profesores en las clases de literatura.

Mamá había notado que al escuchar la música y los cantos, los niños que correteaban cerca movían sus piernas y brazos siguiendo el ritmo.

—¿A ustedes les gusta bailar? —insinúa.

Kosibu se convierte en su informante:

—Tenemos danzas hermosas, que bailamos en nuestras pistas de baile, entre los palafitos. Hay el “de las maracas pequeñas” para el cual se prepara el *Serwei*, un sartal de sonajas hechas de semillas de retama, atado a un palo. Es un ritual de fertilidad.

—Durante ese baile —comenta pícaramente *Daunaba*—, los *Warao* intercambian esposas.

—¿Para largo rato?

—Quién sabe... —empieza a contestar provocadora *Daunaba*, pero *Kosibu* la interrumpe con fuerza:

—No, no, qué va. Sólo durante el baile. Principalmente bailamos el tradicional *sagú*, alrededor de dos flechas sagradas. Una de éstas tiene una línea horizontal marcada con onoto, que representa la feminidad. La otra tiene forma de X y es expresión de lo masculino.

—¡Lo veo claro! La línea horizontal es la tierra y simboliza a la mujer, que produce, como la tierra.

—Y la X, ¿no te sugiere un hombre con los brazos en alto?

—Mor intenta hacer una observación seria, pero Ocho se la sabotea:

—¡Caramba! ¡Ni aquí nos salvamos de la discriminación de los sexos!

Kosibu prefiere no comentar y desvía el discurso hacia detalles más cultos:

—Quiero hacerles notar que en nuestros rituales y cantos es característico el número 4, como he averiguado que lo era entre los antiguos griegos, en lugar del 3 occidental.

—¿De veras?

—Pues, sí. Se manifiesta en las figuras que describen las parejas en los bailes, siempre en número de cuatro. Y en los cantos, el cuatro es el número que regula los versos, y el número de estrofas.

—¿Te fijas, Mor? —le comento al morocho— La matemática tiene un rol primordial, mira que hasta aquí en plena selva le dan importancia.

—La numerología es una ciencia milenaria —agrega Ocho, con aires de sabiondo— y yo podría demostrarles que el número 7 también es importante en la historia occidental: hay siete virtudes, siete pecados capitales, siete maravillas del mundo...

—Para ti, es aún más importante —remarca Mor implacable— porque es lo que es lo que vas a sacar en matemática cuando lleguemos: ¡cero siete!

—Y a ti —Ocho no se queda atrás, demostrando una insospechada actualización de conocimientos que me deja impresionado— te va a corresponder algo peor: un cero absoluto.

No estalla una enésima riña entre ellos porque papá que ha terminado la película nos insta a subir apresuradamente al jeep. Al último momento, *Katera* susurra una palabra, *dihana*, quizás un adiós, pero que entre ellos significa “te llevo en mis ojos”, y me tiende una hoja bien doblada.

Mi corazón da un vuelco. ¿Será una carta de amor? La desdoble con cuidado: son unas canciones de cuna *warao* originales, bellísimas, con la traducción al lado. ¡Qué lástima que la poesía indígena venezolana no haya pasado a nuestra literatura, como en cambio ha sucedido con aquella, también sugestiva, de origen español!

En el vehículo reclamo para mí el espacio trasero. Me acomodo cargando mi cuatro, miro por la ventanilla el paisaje *warao* desdibujarse en la distancia. Acompañándome con mi instrumento, trato de cantar las canciones. Me imagino a un niño que duerme. Tiene las facciones delicadas y el pelo liso de los *Warao*, la piel trigüeña de los criollos. ¿Acaso podría llamarse Filatelio?

Mauka sanuka

*Mauka sanukáre,
nauka sanukáre
onanaka tanu,
onanaka, ubau.*

Sasari

*Rane rane sasari, sasari,
sasari, sasari, sasari
sasari, sasari,
sasari, sasari.*

Niñito mío

Hijo mío chiquitico
hijito mío,
no llores,
no llores, duérmete.

Cangrejito

Pequeño, pequeño
cangrejito, cangrejito,
cangrejito,
cangrejito.

A muhí a toma ekeroya sasari Cangrejito se está quedando
amuhí a toma ekeroya sasari. sin carne en las patas.
a muhí a toma ekeroya sasari Cangrejito se está quedando
A muhí a toma ekeroya sasari sin carne en las patas.

Onanaka
onanaka, tanu.
Onanaka ubau,
Uama naoya
akari, jae...

No llores,
no llores.
No llores, duerme,
que la serpiente
viene...

Ma jiota,
ma moneri nerané.
Tana nana nana
ta nana, na naná.

Mi niño
mi encanto ea, eh.
Nana, nana, nana
na nana, na naná.

Muerte de Sesebe

—Con la luna menguante será mi muerte, Aparicuar —dijo un día Sesebe, cuando los grillos iniciaban su concierto nocturno.

La preocupación y la angustia que reflejaban los ojos amarillos del muchacho le hicieron suavizar la gravedad de sus palabras con una sonrisa.

—No te alarmes. Ya he vivido bastante. Ahora es conveniente que me vaya con mis ancestros. Los espíritus me anuncian que ha llegado el momento.

Desde ese día, con la luna nueva, Aparicuar espiaba cada movimiento del padrino. Temía que intentara algo contra su vida. Pero el Chamán lo tranquilizaba:

—Morirse es malo cuando uno no está preparado, cuando no ha hecho las cosas que vino a hacer al mundo. Yo estoy listo, hice todo lo que debía, mi muerte será mi triunfo, mi paz.

—Padrino, no puedes dejarme solo —musitaba Aparicuar.

—No estás solo. Nunca lo estarás. Te guían los espíritus más sabios, más poderosos. Y yo te protegeré siempre.

Pronto llegó el menguante. Era la luna propicia para talar los troncos más apropiados para canoas, cortar los mejores bejucos que servirían para hacer sogas, aparear los animales, fabricar cestas y chinchorros. Sesebe

colgó su hamaca de las ramas de un moriche, y Aparicuar la suya. El Chamán habló suavemente, como murmullo de viento entre las hojas:

—Veo ante mí a mis antígueros, a mi madre, a mi padre. Y a los padres de ellos. Y a los grandes abuelos del tiempo, a los abuelos del mundo. Veo pájaros hermosos, flores con rostros de mujer. La luz de la luna me llama, mi espíritu se aleja de la tierra, flota ya sobre las nubes.

El último aliento del Chamán se extinguió con su última palabra. Aparicuar se quedó solo, mientras entraba la aurora, envolviéndolo todo en un manto de frío.

Muchos días con sus noches viajó el joven a través de la selva en gran desconcierto, lleno de desasosiego. No sentía hambre ni sueño. Caminaba como un autómatas, lentamente. Una tarde, agobiado por el pesar, la inquietud y la sed que ya comenzaba a acuciarlo, se detuvo frente a un pozo cristalino. Se inclinó y bebió agua fresca en el cuenco de sus manos. Ya se retiraba cuando observó su reflejo en la superficie del pozo. Pero detrás de él apareció el rostro adusto de Sesebe.

—¡Padrino!

—No te angusties por mí, Aparicuar. Yo estoy donde debo estar, en el mundo del pasado, en la tierra del ayer. Tú, en cambio, eres el presente, estás en el mundo y en la tierra de hoy, donde tienes una misión importante que cumplir.

—¿Podré hacerlo, padrino?

—Lo harás, Aparicuar. Varias veces te dije que tú serías Chamán y mucho más. Tú serás la fuerza nueva, la vida nueva, la sangre nueva, el punto de unión entre nuestros pueblos indígenas y entre todas las etnias, todas las culturas. Tú serás el camino, la vía. En tu sangre se funden dos linajes, dos mundos diferentes. Por eso eres el elegido, el único que los espíritus han designado para esta misión. Después de ti todo cambiará, las regiones se abrirán a un futuro mejor. Puedo ver desde aquí ese futuro, la tierra floreciente de gente nueva, de ideas renovadas, creadoras. Ese es tu destino Aparicuar, ser el nuevo Chamán, el Chamán de la unión.

Recuerda, Aparicuar: tú serás Chamán y mucho más.

Los *Kariña*, antiguos guerreros

—¿Cómo se llega a los *Kariña*?

Nadie contesta. Esta pregunta de papá nos deja mudos. Los *Kariña*, los *Kariña*... Se nos han nublado las ideas... ¿Dónde queda su territorio? Acabamos de dejar a los *Warao*, saliendo por Tucupita. El sol de la tarde mañana, que fulge detrás de nosotros, nos indica que vamos al occidente. Pero, ¿hacia qué lugar?

Al salir de la comunidad *warao* habíamos emprendido camino por una estrecha carretera selvática, tan invadida por la vegetación que parecía casi abandonada, en la cual a ratos papá debía detenerse y cortar con el machete gruesos leños y fuertes bejucos que obstruían el paso. El calor era asfixiante, la cálida humedad gravitaba sobre nosotros, empapándonos de sudor. Por suerte, unos aguaceros breves pero intensos nos llenaron de renovados ímpetus, la frescura del Orinoco nos alcanzó y densos vuelos de mariposas multicolores nos secundaron en la segunda etapa de nuestra arriesgada aventura familiar.

Seguimos más confiados y a las pocas horas la carretera comenzó a hacerse cada vez más amplia, mientras sin que casi nos diéramos cuenta la humedad daba paso a una brisa aromada a monte quemado, a sabanas áridas: estábamos saliendo de la influencia del

exuberante Delta orinoquense para entrar en las semidesérticas tierras de Anzoátegui, de vegetación xerófila de tipo cactáceo. En esta tierra roja y arenosa, en un paisaje predominantemente árido de tunas, rescos montarascas e inmensos cardones que parecen implorar el agua de los cielos con sus vegetales brazos extendidos, es donde esperamos encontrar a los *Kariña*, últimos descendientes de los bravíos guerreros que antaño dieron su nombre a nuestro mar.

—¿Cómo se llega a los *Kariña*? —repite papá.

—Nadie contesta... y no dejamos mensaje, pues nadie lo sabe —comentan, descaradamente irónicos, mis hermanos menores.

—Hijos —se alza la voz burlona de papá que sin dejar del volante, nos mira por el espejo retrovisor—. A los *Kariña* se les llega en automóvil. Casi derecho, por esta carretera bastante accidentada, pero transitable, apenas a unos doscientos kilómetros de Tucupita. ¡Sorpresas se van a llevar ustedes si creen que los indígenas aún no han salido de la selva!

—¡Qué fácil era! ¡Qué tontos somos! —reconocen los dos boticos, y por fin recuerdan haber leído que esta etnia se ubica en el bosque tropical del centro occidente del país, en las islas del mar Caribe, y cerca de las sabanas llaneras. Hacia esas sabanas vamos, sentados con aceptable comodidad en nuestro “Tío Jeep”. Ante las risas de sus familiares, los jóvenes investigadores quieren sin embargo justificarse, y agregan:

—Lo que pasa es que a los *Kariña* los llaman también *Caribe*, o mejor *Caribes*, porque desde el siglo XVI se españolizó el nombre, por eso nos confundimos.

Yo preciso:

—¡Eso era antes! *Caribe* se les ha dicho siempre en términos generales porque descenden de ellos. En los tiempos de la conquista, hasta se les llamó *Caníbales*.

—Sí —Mor me apoya—, especialmente a los que navegaban por las costas y las islas de este mar, quienes antiguamente eran muy numerosos.

—¿Cuántos eran? —pregunta Carmen, saliendo de su silencio habitual, estremecida por el término “caníbal”.

—Muchísimos. ¡Los calcularon en más de 100.000! —exclamo, y aprovecho para demostrar mis aficiones literarias agregando—.

El poeta Juan de Castellanos dijo de ellos: “Hierve la gente como hormigas”.

—Ya salió el sabio, el lírico, el historiador —enfatisa Ocho.

—¡Cállate, pulga! —respondo en una broma poco cariñosa.

—¿Y ahora, saben cuántos son? —papá, defraudado por los escasos conocimientos de sus hijos, se ve obligado a precisar él mismo—. Hoy día, aunque vaya aumentando su número, son apenas una decena de mil.

—¡Qué exterminio! ¿Es cierto que los conquistadores, para justificar su propia crueldad, los acusaban de caníbales o consumidores de carne humana?

—Eso dicen.

—Mas no lo eran, me imagino —insinúa mamá.

—No sabemos, pero está comprobado que con las comunidades vecinas, y a veces entre la misma comunidad, hubo luchas que los diezmaron.

—¿Por cuáles motivos?

—Seguramente para hacerse del poder. Los indios *Caribe* eran terribles. Atacaban, saqueaban y sometían en Tierra Firme a los *Pemón*, *Arawaco*, *Piaroa*, *Warao*, y además a los habitantes de las islas del mar Caribe, como los Siboney de Cuba, los Taíno de Puerto Rico, los Lucayo de Jamaica, los Guayquerí de Margarita. “*Na’na kari’na rootena*” era su lema, ¿recuerdan?

—Sí: “Sólo nosotros somos verdaderamente humanos”. Fue una de las pocas cosas sobre los indígenas que nos enseñaron en la escuela desde los primeros grados, cuando nos insinuaron que probablemente practicaban el canibalismo.

—¡Qué cosa! —ironizo— ¿Acaso tenían un maestro español?

—No necesariamente —tercia papá con ecuanimidad—, sino que durante los siglos XIX y XX, y hasta hace pocos años, se tenía y transmitía una visión dogmática de la historia, dictada por la visión oficial y por la tradición española. Y ningún historiador, ni siquiera criollo, se interesó mucho por rehabilitar a los naturales, por aclarar que, en el peor de los casos, sólo se trataría de un canibalismo ritual, restringido, ocasional, nunca alimentario.

—Pero eso de ensañarse contra los demás indígenas...

—No exageres, con eso aún hay dudas, tal vez sólo se aprovechaban de ellos. Los “caribeaban”, ¿saben qué quiere decir?

—Sí, “caribear” todavía significa entre nosotros abusar del débil.

—Algo que no hay que hacer nunca. Algo indigno de los seres humanos —la voz y la expresión de Rafael eran severas. Quizás preparaba uno de sus típicos sermones, interesantes pero, a veces, muy pesados.

—¿Y cómo viven ahora los *Kariña*? —pregunto con rapidez para desviarlo — ¿Están aislados?

Papá renuncia a sus veleidades oratorias para complacerme, y a la vez aclara el panorama con datos más precisos:

—De ninguna manera. Conforman una de las etnias más integradas a nuestra cultura actual. Han progresado muchísimo, logrando sin embargo no perder completamente sus rasgos. Algunos trabajan en las ciudades. Otros se han reunido en importantes poblados. Hasta principios del siglo XX seguían siendo grandes navegantes, fabricaban sus canoas quemando para ahuecarlos los troncos de los árboles que derribaban con este fin, en la misma forma que hace mil años, cuando eran los dueños del mar Caribe. En aquel entonces viajaban continuamente, se trasladaban a grandes distancias sin usar mapas ni brújulas, guiándose de noche por las estrellas y de día por el sol. Transportaban gente a las islas vecinas, comerciaban con pueblos criollos e indígenas, valiéndose especialmente de la sal, ya que siempre han sabido cómo conseguirla abundantemente en la costa, donde han organizado sus renombrados “saladeros”, frecuentados por pescadores y comerciantes de toda el área Caribe.

—Aparte eso de “caníbales” ¡qué fuertes, osados, indomables, tenían que ser esos *Caribe*! —pensamos nosotros los muchachos con admiración. Tuvieron el valor de proclamar en todo momento su condición de hombres, de seres humanos, pero sin manifestarse como los únicos humanos: *Na’na kari’ña rootena*, “Sólo nosotros somos verdaderamente humanos”, es un grito de afirmación de la propia humanidad. Tal vez lo lanzarían ante los invasores españoles, a quienes probablemente verían como bárbaros, por no entender sus costumbres, por ejemplo la de andar vestidos y armados, no bañarse ni nadar en los ríos, no pescar. O quizás lo gritarían para contrastar la dominación de los primeros pobladores y de los criollos, para rechazar la esclavitud. Incluso más tarde, ya trabajando, libres en las haciendas, a veces algunos se alzaban en señal de rebeldía y se

dedicaban a cometer fechorías, robar ganado, saquear hatos. Hasta no hace mucho se oían angustiosas advertencias: “Cuidado, no vayan a Cantaura, a Caicara, a Bergantín, que hay un *Caribe* alzado”. Se habló por largo tiempo del bandido Guardajumo, de origen *Caribe*, que huyó hacia el Amazonas envuelto en su característico faldón azul.

¡Lo que nos cuenta papá a continuación parece una telenovela! Nos sentimos transportados a esa época de *Caribes* bravíos y de hacendados que imponían la ley del más fuerte. Casi los vemos, los hacendados con altas botas y el foete restallante en la mano, y más allá los indígenas, con sus hembras, las “caribas”, de porte altivo y mirada centellante. Era un mundo de magia y misterio, sin duda legendario y cautivador.

En un pasado no tan lejano, a lo largo del período de la Colonia, durante la Independencia y hasta las postrimerías del siglo XIX, los *Kariña* eran llamados *Caribe* y se asentaban en los hatos de los terratenientes de Monagas y Anzoátegui, donde se los contrataba para labrar la tierra y para usos domésticos. Tal vez por eso, hoy en día son tan cercanos a la civilización. Trabajaban en las haciendas como peones, para el cultivo y la siembra, pilando maíz, amasando casabe, tostando café y recogiendo cacao, lo que las “caribas” hacían utilizando cestas tejidas por ellas, en las cuales cargaban a sus hijos. El cacao iba adelante y el niño detrás, bien sujeto a la espalda. Era frecuente encontrar en las haciendas familias *Caribe* que tenían sus viviendas ya no indígenas, sino hechas de bahareque, al estilo criollo, cercanas a la “casa grande”, la de los dueños. Algunos hijos de hacendados se casaron con “caribas” y tuvieron feliz convivencia y larga descendencia con ellas. Los hombres *Caribe* que con tesón y trabajo lograron independizarse de los terratenientes y convertirse en propietarios de tierras y negocios, marcaron una importante presencia en el estado Anzoátegui. Sentían y aún sienten especial predilección por el color azul en su ropa, que hasta todo el siglo XIX se limitaba a una especie de falda corta o faldón. La costumbre de vestir ropas azules tuvo su origen en la abundancia en la zona de una especie de bejuco fácil de obtener que al hervirse da una excelente tintura azul, de un tono íntimo y vibrante. Tuvieron además fama de curanderos, y entre ellos era muy mencionado el famoso brujo

Yaguarín, que se decía combatió en la lucha por la Independencia a las órdenes de Páez.

Estas fantasmagóricas visiones flotaban en el aire, cuando desde su puesto al volante:

—Familia, ¡ya llegamos! —anuncia papá satisfecho, interrumpiendo su novelesco relato, a la vez que detiene el jeep en toda la sabana.

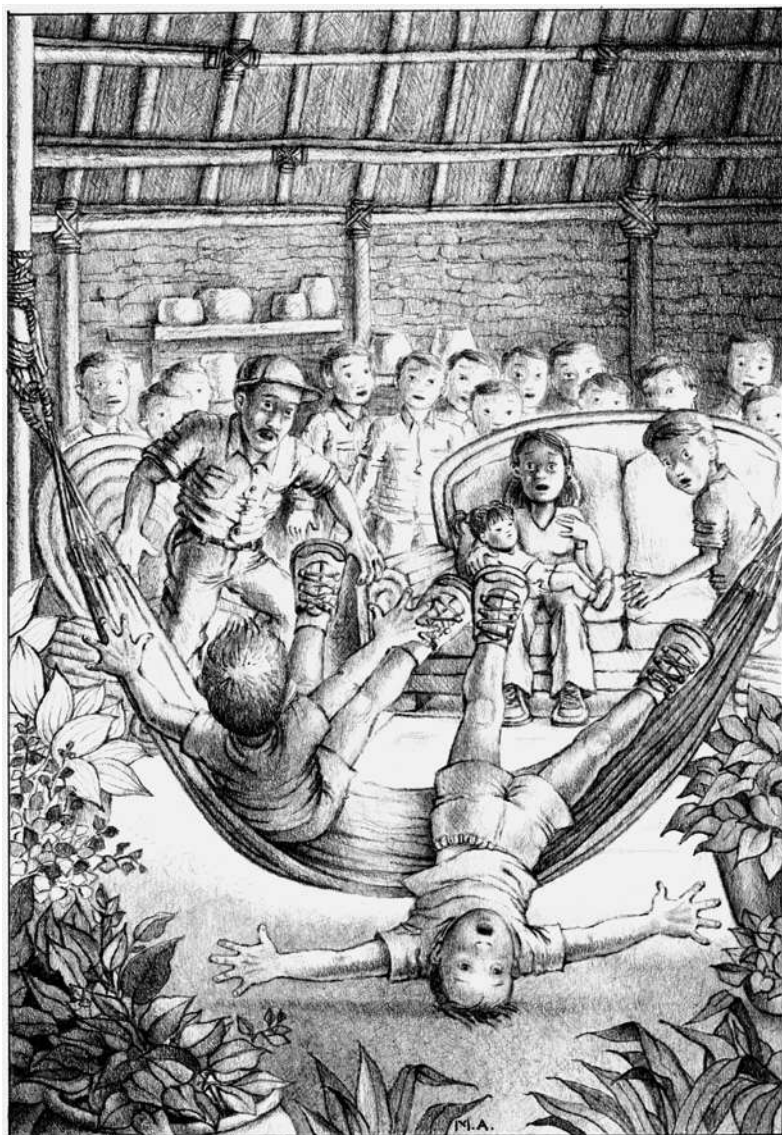
Tenemos la impresión de estar lejos de cualquier asentamiento humano. Pero nos percatamos de que un grupo de indígenas *Kariña*, que más parecen hacendados criollos por su correcto atavío y sus sombreros de fina palma tejida, se dirige hacia nosotros dejando la sombra de un frondoso *yaque* que los protege de la resolana, desde donde le hacían señas a nuestro conductor. Sobre un moderno pantalón visten una amplia camisa azul de algodón decorada con pinturas llamativas, y algunos de ellos llevan colgada del pecho una placa de cobre dorado, signo de apego a la etnia. Hablan español perfectamente, y con gran cordialidad nos invitan a sus casas, indicándolas. Quedaban bien cerca, pero no las habíamos visto porque están protegidas por troncos de árboles altísimos, clavados en tierra a manera de estacas alrededor del poblado. Bajamos del jeep con las piernas adormecidas, tratamos de desperezarnos y a los pocos pasos helas frente a nosotros, grandes, esféricas, techadas de palma en forma elaborada.

—Provoca entrar —exclama mamá que nos alcanza acalorada, cargando a Muñeca.

—Pasen adelante —nos repiten atentos los *Kariña*, con el porte de unos veteranos llaneros.

¡Y una vez adentro, qué gran sorpresa! ¡Qué diferencia con las casas auténticas, que nos habían transportado a otro mundo entre los *Warao*! Aparentemente simples, aquéllas encubrían una sofisticación natural, en la orientación de la estructura, las proporciones, la selección de los materiales, la ventilación. Éstas en cambio, manifiestan una estilización artificial y rebuscada: en lugar de los bancos, de los fogones, de las cestas colgadas del techo que veíamos en aquellas viviendas, nos esperan... unos muebles de diseño refinado, comparables a los que lucen los más modernos apartamentos de nuestra capital.

Mamá casi no se atreve a sentarse en la elegante butaca que le ofrecen. Tiene mucho cuidado de no ensuciarla con los zapatos de su niña dormida, llenos del fango y tierra de las trochas *warao*, y de que los suyos propios no dejen rastro en las alfombras tejidas con signos y figuras de animales. Papá y yo nos acomodamos sobre unas



llamativas sillas de mimbre, en realidad más espectaculares que cómodas. Me pongo a Superloro en todo el medio de la cabeza para que, en caso de ensuciar, no lo haga en ninguna otra parte. En ese refinado interior, la conversación languidece.

Mor y Ocho, cohibidos ante tanta opulencia, no hallan un acomodo a su gusto. Por fin, recorriendo con la mirada el espacio so estar, divisan casi al fondo, colocado cerca de unos materos, un chinchorro tejido hermosamente decorado, más como adorno típico que como asiento. Enseguida se dirigen hacia allá, aliviados, pero... se sientan en todo el borde con tanto empacho y mala suerte, que al hacerlo el chinchorro se les voltea, los arrastra hacia atrás y los arroja con estruendo al suelo, que justo en aquella esquina, debido a las macetas, carece de la suavidad de los espesos tapetes.

—¡Ay mi cabeza!, ¡ay mis piernas!, ¡ay de mí! —exclaman en coro.

El golpe de sus huesos en el duro piso junto con las lastimeras quejas y los gritos de Superloro que enseguida alza el vuelo, atraviesa la estancia y se ubica parloteando entre las cuerdas del chinchorro, hacen acudir a los anfitriones, quienes han presenciado con sus propios ojos la cómica caída por partida doble. Todos se esmeran en ayudarlos a incorporarse entre palabras de ánimo:

—¡Vamos, campeones! El chinchorro se le voltea a cualquiera.

—Levántense, les tenemos preparada una merienda especial.

—¡No les dé vergüenza, fue un espectáculo mejor que el circo!

Este episodio sirvió para acabar con la extrañeza, la timidez, cierta reserva que enturbiaban el ambiente. Los chinchorros son ciertamente traicioneros, bien lo saben quienes los usan, y si uno no los abre con la mano antes de sentarse, corre el riesgo de rodar por el suelo de inmediato con el relativo estrépito, tal como les ocurrió a Mor y Ocho. A ellos “se les volteó el chinchorro”, como dice la gente cuando algo sale mal por no haberlo preparado adecuadamente.

—¡Ojalá no se les voltee el chinchorro cuando vuelvan a la escuela, queridos hermanos! —les comento con humor. Pero su rostro enrojecido y sudoroso, impide la continuación de mi broma.

—Nuestra venganza será dulce —me susurran indignados.

Atraídas por el alboroto general se acercan las mujeres *Kariña* con sus bebés, envueltas en hermosas batas de algodón tejido en las cuales predominan los tonos celestes, ataviadas y aún más

identificadas que los hombres con su ascendencia indígena. Muchas de sus telas las elaboran todavía, como nos explicaron luego, sin huso ni rueca, enrollando el algodón con la mano y deslizando el hilo a lo largo de la pierna, sosteniéndolo con los dos primeros dedos del pie. Nos obsequian con frutas y dulces preparados por ellas mismas, que presentan en bandejas y vasijas de distinto tamaño, hechas de barro y decoradas con barniz gris, rojo y amarillo.

—¡Barnizan la vajilla tan bien como los especialistas en cerámica, ¡y eso que no usan el plomo! —exclama admirado Mor, devorando un sabroso merey envuelto en nata y azúcar, después de lo cual quedó con cara y manos tan embadurnadas que bien motivaron la recriminación que le dirigió Ocho entre agresivas muecas:

—¡Menos mal que no te estabas comiendo eso cuando te sentaste en el chinchorro, hermanito despistado!

Van entrando los menores. Visten igual que nosotros, hablan español, saludan con cortesía. Observamos atentamente el grupo, hombres, mujeres y niños. Al verlos es inevitable una reflexión. ¿Por qué esta gente sigue siendo indígena, por qué los *Kariña* siguen siendo tales a pesar de la diferencia entre su vida pasada, propia de una etnia ancestral, y su vida actual, integrada a la común existencia del país? Es algo que nos intriga a todos. No podemos comentarlo en el momento, pero nos dirigimos miradas de asombro. Para mí no hay sino una repuesta: dentro del fenómeno cultural que permite tanto la continuidad como el cambio, los *Kariña*, aceptando todas las innovaciones del nuevo milenio, quieren a la vez seguir siendo *Kariña* y, creo yo, hacen bien. Pero, ¿cómo lo logran?

—Dime, amigo —le pregunto a un muchacho de mi misma edad que se me ha acercado, al que he oído que llaman *Sate*—, ¿ustedes siguen hablando su propia lengua?

—Por supuesto —me contesta con una mueca de desagrado, casi ofendido—. La lengua *kariña* es una lengua importante, de la familia lingüística *arawak*, y no debe desaparecer. Todos la hablamos y la estudiamos a fondo.

—¿Es verdad —interfiere Mor— que como transmiten frecuentemente por televisión, el Ministerio de Educación ha encargado a un equipo de maestros indígenas, de antropólogos y lingüistas, estudiar un alfabeto para cada lengua, preparar cartillas bilingües para las escuelas, verter por escrito y publicar las tradiciones indígenas?

—Esto, más o menos desde hace varios años se ha venido haciendo. Pero tal vez no en forma sistemática, ni continua, ni en todas las etnias.

—¿Pero es cierto que los indígenas no saben escribir sus propias lenguas?

—Fue cierto por siglos. No teníamos alfabeto, ni ese invento maravilloso que es la escritura. Todo se guardaba y transmitía en forma oral. Apenas en el siglo pasado algunos misioneros recogieron como pudieron, con muy buena voluntad, en un alfabeto castellano adaptado por ellos, algunos cantos, narraciones, hasta elaboraron diccionarios de lenguas indígenas.

—¿Y los antropólogos, y los lingüistas?

—Ellos también trabajaron para nosotros, y más lo hacen ahora, desde que se han creado varias misiones para dignificar y educar a los venezolanos de menores recursos, entre ellos las minorías indígenas. La Misión Guaicaipuro específicamente se ocupa de estos grupos. Sin embargo los misioneros los precedieron, así como algunos lingüistas y también algunos naturales.

—¿Trabajaron bien los misioneros?

—Quizás no científicamente, pero nosotros les estamos agradecidos. Nos valorizaron, salvaguardaron y difundieron nuestra cultura.

—¿Y los naturales?

—Igual. Empezaron a estudiar con los misioneros y algunos ya son universitarios y hasta profesores de lenguas indígenas en las universidades.

—¿Qué opinas tú de los antropólogos, etnógrafos, lingüistas?

—Es gente muy preparada, pero a mi entender presentan un obstáculo: aparte algunos muy competentes y dedicados, que residen en el país, nos visitan y se ocupan de nosotros constantemente, hay una mayoría que lo hace esporádicamente, y ni siquiera son venezolanos, es decir, ni indígenas ni criollos. A pesar de su sabiduría, no me parece acertado que nos estudien personajes de tan lejanas latitudes, que no nos hacen sentir “gente”, sino “objetos” de estudio, y frecuentemente nos tratan como tales. Afortunadamente, en los últimos tiempos...

Súbitamente se interrumpe.

—Recientemente hay en el país un renovado interés por las lenguas y culturas indígenas, ¿eso es lo que tú querías decir? —lo espoleo.

—Sí... no... significa que..

—Explícales algo, *Sate*, son nuestros amigos —lo tranquilizan sus hermanos.

—No es así exactamente —puntualiza el chico que, reconozco, es muy inteligente y preparado para su corta edad—. El interés, los intentos de que tú hablas vienen desde afuera, desde el mundo “civilizado”, o de naturales que se le han asimilado. Últimamente hay algo más, un esfuerzo por reivindicar nuestra presencia, algo propio de nosotros mismos, mejor dicho, de alguien en especial entre nosotros mismos.

—¿Quién?

—Un amigo, un caminante *kariña* que recorre estas tierras, nos explica y recuerda nuestros derechos sobre ellas, el valor y belleza de nuestra lengua y cultura, nuestra superioridad en muchos aspectos.

Al oír esto, me extraño. Aguzo bien los sentidos, para no perder una sola sílaba.

—¿Quién es? ¿Algún maestro? ¿Algún cacique?

—¿No será algún espíritu de la selva? —la inoportuna interrupción de Mor pone en peligro el flujo de la conversación. Por suerte, *Sate* no le hace caso y continúa con seriedad:

—Es un chamán *kariña*, uno de los pocos que quedan, quizás el único en su género, que aparece con su flauta en las noches de luna llena... Viene de lejos... Anda siempre rodeado de cunaguaros... Nos reúne, nos habla de cómo vivíamos antes, de lo que hacían nuestros antepasados, de sus luchas, sus renunciaciones, del espíritu de constancia y desafío que los llevó a sobrevivir y conservar nuestra tradición. Es un chamán, y mucho más.

Mis hermanos se muestran escépticos ante estas palabras, como si no las creyeran, en cambio yo permanezco alerta.

—Es bueno contar con un guía, un protector —opino con sinceridad. Pero me resulta embarazoso formular la pregunta siguiente, que abordo con cierta vacilación—: ¿Y cuáles costumbres... de épocas pasadas... mantienen?

—¿Quieres decir costumbres indígenas? No tengas pena, habla claro, amigo, ser indígenas no nos avergüenza, al contrario es un

orgullo. Pues, conservamos muchas, las que el ambiente y la cercanía de los criollos nos permiten. Mantenemos nuestra lengua, cantos y poemas. Cuidamos con gran celo a las mujeres. Trabajamos y decoramos fuentes y vasos de barro. Hilamos el algodón, lo tejemos y confeccionamos vestimentas y alfombras. Seguimos siendo expertos en cestería, nuestra especialidad es la fabricación de mapires.

Señala una serie de ellos, colgados con simetría del techo, que serpentean en el claroscuro de las paredes. El mapire es una especie de cartera o bolso vegetal, grande, con una fuerte asa para colgar al hombro, tejido con palma de moriche y a veces con otro tipo de bejuco incorporado, al que pintan de color oscuro y entrelazan con el tejido blanco de la palma formando figuras geométricas o de animales. Además de ser útil, ya que se usa para guardar casabe, carne salada y frutas, es muy decorativo.

—¡Qué bien acomodados y protegidos quedarían en un mapire nuestros útiles escolares! ¡Cómo nos gustaría lucir sendos mapires al hombro cuando regresemos a Caracas! —los morochos suspiran con melancolía, pero no se atreven a pedirlos.

—También cazamos, pescamos y cultivamos en la forma tradicional —nos sigue informando *Vadáamaka*, el hermano mayor de *Sate*, que se nos ha acercado. Parece que están acostumbrados a la extrañeza y a las preguntas de los visitantes sobre su modo de vida—. ¿Quieren que les hable de esto?

—Sí, sí, sí —aceptamos los tres caraqueños.

—Vénganse conmigo.

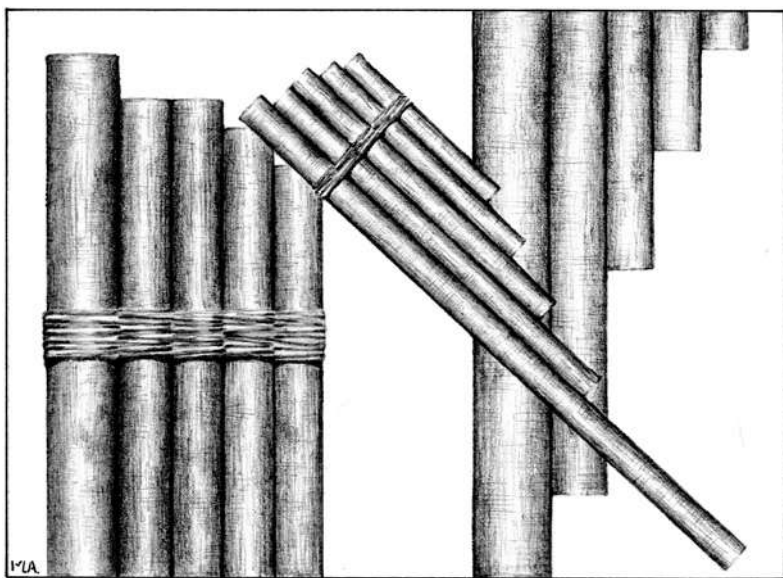
Creemos que nos llevará afuera, al patio principal o algún lugar cercano. Pronto nos desengañamos. Aquí durante el día se sale poco de las casas, que están bien cerradas y resguardadas, para que no entren los mosquitos que se lo comen a uno vivo. Por cierto, nuestros amigos a la vez que echan en algunas hogueras cáscaras de naranja y limón, a las cuales se atribuye el poder de espantar la plaga, nos tienden hojas de tabaco mojadas que aplicamos apresuradamente para aliviar la picazón. Los seguimos a un rincón del amplio recinto, nos acomodamos todos, caraqueños y *kariña*, sobre una alfombra de tonos azulados. Nos acercan una fuente de barro llena de frutas recién cocidas de un rojo ladrillo, ovales, como talladas en madera... son las frutas del moriche, de hermosa y dura corteza roja y pulpa amarilla, gustosas y frescas, parecidas a las del mango. Superloro

baja a pasitos largos de mi cabeza en la cual se había instalado rasguñándome suavemente el cráneo como es su arraigada costumbre, y tratando de peinarme llevando mechones rebeldes detrás de mis prominentes orejas. Se instala en el borde de la fuente sosteniéndose con una patica, mientras con la otra agarra fuertemente una fruta y la lleva al pico, saboreándola entre ronquidos de contento. Comenzamos a comer y a escuchar.

—Las palmas que crecen a lo largo de nuestros ríos, caños y corrientes de agua formando selvas de galería en líneas irregulares, son todavía nuestros grandes aliados, ya que todos sus componentes son objeto de consumo o insumo directo. Además, la alta concentración de material orgánico proveniente de ramas y hojas, al pudrirse abona nuestros suelos y los hace óptimos para la agricultura.

—¡Hablas como un libro! —interrumpe Mor—, ¿esas nociones y ese vocabulario te los enseñan en la escuela?

—Sí, claro, pero además aquí los padres de uno contratan maestros para que nos eduquen e instruyan, así como lo hacen los agricultores y ganaderos criollos.



—¡Era lo que faltaba! —exclamo casi irreverente— ¡No me extrañaría que los niños de por aquí hablaran inglés, francés, y tocaran piano y violín!

—Pues —contesta *Vadámaka* sin captar mi ironía— hablamos inglés, aunque no tocamos piano sino flauta, cuatro y guitarra. El inglés nos sirve mucho en nuestros intercambios con la isla de Trinidad, con Guyana, con los turistas...

Me doy por vencido y no insisto. Sigo oyendo. Otra sorpresa: me entero de que estos jóvenes, en la amplia sabana llanera, se dedican a la caza de báquiros, venados, dantas, conejos de monte, tigres, acures, tortugas de río, chigüires, cachicamos... ¡pero en pleno siglo XXI lo hacen con flechas, cerbatanas y lanzas!

—Porque entre los *Kariña* está prohibida la escopeta, en defensa de la fauna —asevera tajante nuestro informante—. ¿No saben que las armas de fuego casi han acabado con la biodiversidad del planeta?

—¿Los *Kariña* se preocupan por la protección del ambiente, el ecosistema, algo tan de actualidad?

—Actual será para los criollos —casi me agrede— nosotros lo hacemos desde siempre.

—No te molestes, *Vadámaka*, explícame cómo lo practican, cómo lo logran.

—Por tradición, en todas nuestras etnias está prohibida la caza del danto y limitada la del manatí, del venado, y según las épocas, de otros animales. En principio, cuanto más grande es el animal, más fuerte es la prohibición. Por eso, por respeto a los animales, en práctica, sólo matamos y consumimos familiarmente acures, picures, lapas.

—¡Oye! —objeta con buena puntería un morocho—, ¿cómo se justifica entonces el comercio de pieles de caimanes, babas, jaguares y perros de agua bautizados por ellos nutrias, para impresionar? ¿Cómo se explican las tremendas carteras, portafolios, monederos, zapatos de piel de serpiente y cocodrilo que lucen las grandes damas de nuestras ciudades y de las extranjeras? ¿Ajá, qué me dices? —insiste.

—Pues sabrás —responde *Vadámaka* airado y molesto— que no somos nosotros, los naturales, quienes trafican con esto. Son los negociantes criollos y de países vecinos quienes sacrifican varios

animales silvestres, tigres, jaguares, serpientes para vender sus pieles y enriquecerse.

—No has mencionado los cunaguaros. ¿Hay muchos por aquí? ¿A ellos no los cazan, no los persiguen?

—Cunaguaros ni hablar, no los vemos casi nunca. Y aún si hubiera muchos, nadie los tocaría, nadie quiere problemas con el chamán que los reúne y los protege. Él los lleva consigo, lo siguen a todas partes.

—¿Pero quién es ese chamán, de dónde viene? —insisto, tratando de averiguar algo más.

Advierto una mirada de complicidad entre los dos *kariña*, sin embargo ninguno me contesta. Quizás consideren que nos han suficientemente informado. Cambian rápidamente el tema, nos invitan a salir, a pasear por los alrededores. El calor ha disminuido, la plaga se ha calmado. Mientras caminamos, nos cuentan que también pescan, de la misma manera tradicional, *cachamas*, palometas, guabinas, peces armadillos, camarones, bagres y muy de vez en cuando, para no exterminarlos, hasta manatíes, los voluminosos sirénidos que tanto maravillaron a los conquistadores. Los atacan con el arco acabándolos generalmente al primer flechazo: es esta una medida prudencial que reduce el número de animales muertos y ayuda a conservar la fauna. Hasta a los pequeños caimanes, que tienen la costumbre de sacar la cabeza fuera del agua y constituyen un blanco perfecto para los ambiciosos cazadores de escopeta, los jóvenes arqueros *kariña* los flechan con el arco, ¡pobres caimancitos!

—¿Siguen dedicándose a la navegación?

—La navegación tradicional, en esta época, la hemos abandonado casi completamente. Tenemos lanchas a motor y por supuesto, automóviles.

—¿Con tan agrestes carreteras y distancias tan grandes? ¿Qué automóviles tienen?

—¿No los vieron al llegar? Están parqueados al borde de la empalizada, son los mismos que poseen ustedes, se los compramos a los criollos en Ciudad Bolívar, en El Tigre: Jeep, Toyota, 4 x 4, camionetas y *pick up* para el transporte de productos y animales.

—¿Y las bicicletas?

¡Qué pregunta tan citadina la de Mor! Se ríen a más no poder, contagiándonos.

—No, bicicleta no, indio no monta bicicleta.

—¿Indio? ¿Ustedes se llaman a sí mismos indios? Creíamos que era un término despectivo, por eso ahora, hasta por decreto y por ley, hay consenso en decirles indígenas.

—Pues si supieras, a los naturales no nos gusta mucho eso de indígenas. Es algo ficticio, se ve que lo decidieron, como siempre, sin consultarnos. Nosotros somos indios, siempre lo fuimos, la palabra indio hoy día está bastante reivindicada. Y poco nos gustan las bicicletas.

En realidad, nunca habíamos visto un indígena en bicicleta —reflexionamos— ¿Por qué será? ¿Acaso los veremos más adelante?

—Por aquí caballo, mejor caballo —insisten divertidos—. Y si no los hay, motocicletas.

Los caballos sí los habíamos observado en la vía, de lejos: grandes cuadras de hermosas bestias, bien cuidadas, de piel reluciente. ¡Pero qué divertido sería ver un indígena en motocicleta, con casco y todo! Los morochos, gesticulando y moviendo las manos como si estuviesen manejando una moto, cantan a dúo, entre el regocijo de los *kariña*:

*Súbete a mi moto
nunca encontrarás
otro amor tan veloz.*

Luego oímos que se empeñan en ser excelentes agricultores, pues cultivan sistemáticamente maíz, yuca, tabaco, batata, auyama, melones, plátanos, caña de azúcar, además de los vegetales y hortalizas implantados por los criollos. Nos señalan la dirección de los extensos campos cultivados, bien regados y ordenados que habíamos admirado en la última parte del trayecto, junto con los potreros llenos de hermosas vacas y toros de buena raza, y los corrales poblados por inquietos becerros.

—A nosotros nos agrada comer alimentos frescos, disponer de ellos en abundancia... nada de enlatados ni congelados.

¡Es una sana manera de vivir y si pudiéramos, nos provocaría imitarlos! ¡Pero qué difícil sería para nosotros vivir como indígenas y como criollos al mismo tiempo! No sabríamos hacerlo. No tendríamos la fortaleza ni el valor de declararnos “indígenas”, de

luchar por mantener una lengua, unas tradiciones. No tendríamos la voluntad ni encontraríamos el tiempo para cultivar, cazar, pescar, conseguir nuestra propia alimentación a la manera antigua, con el sudor de la frente, como Dios mandó a los hombres.

¡Son extraordinarios estos *kariña*! Quizás sean ellos el único grupo aborigen del oriente, o de todo el país, que goza de un nivel de vida igual o superior a los denominados “criollos”: poseen, disfrutan y saben aprovechar los adelantos de la existencia moderna, sin embargo, no por eso han perdido su identidad y sus características propias. Además, se ve que practican activamente la solidaridad. No existe la mendicidad entre ellos.

Estoy orgulloso de compartir con esta gente recia, consciente de su propio valor. Quisiera que nunca perdieran ese deseo de ser ellos mismos, en un mundo que tiende cada vez más a anular los grupos minoritarios, a asimilar, tachándolas de menores o de diversas, culturas tan genuinas y puras, hermosas e importantes. ¡Cómo me gustaría permanecer más tiempo entre ellos, sentirme su hermano, su amigo verdadero! Siento el deseo de manifestar esta inquietud. Se la confío a los morochos. Mor la toma muy en serio:

—¿Pero qué es mejor, que los criollos nos volvamos indígenas, o los indígenas criollos?

—Qué guáramo, ¿estás loco? —lo recrimina Ocho— ¿Cómo vamos a volvernos indígenas, a vivir alejados de los aportes, especialmente tecnológicos, de la civilización occidental? Eso sería un retroceso. Y para completar, un desencuentro total.

—Entonces, ¿podrían todos ellos volverse criollos, como estos *kariña*, sin perder los rasgos de su cultura, su complejidad, su diversidad?

Por el momento, no encontramos contestación, ni punto de encuentro, ni solución de compromiso.

Poco después seguimos a los *Kariña* a la plantación de cacao que debían atender. Papá se había quedado para descansar del manejo. Mamá dormitaba con Maigualida en una fresca butaca. Yo tuve el honor (dudoso) y la responsabilidad (grave) de ir con ellos para vigilar a mis dos inquietos ceritos.

Por entre las hileras de cacao el calor era agobiante. Nos sorprendió el cruzar de una sombra, como un celaje oscuro. Un grupo

de tórtolas corrieron y levantaron el vuelo, huyendo. Nos detuvimos, un poco inquietos.

—¿Qué será eso? —preguntó Mor.

—Parece un embrujo —dijo Ocho.

—Es el diablo —comentó sereno uno de nuestros amigos.

—¿Quéee? ¿Quéee?

Mis dos cómicos hermanos se aterraron Pero luego *Sate* les explicó que se trata de un diablo bueno y amistoso, que vive entre las matas de cacao y las cuida, porque adora su olor. A continuación el *kariña* arrancó uno de los frutos, lo partió y salieron blancas semillas, envueltas en una seda musgosa. Nos las dio a probar: eran dulces, de un aroma exquisito.

—Es cacao crudo. Pero ya esta cosecha está lista. Ahora hay que recoger los frutos de las matas, luego sacar las semillas de cada fruto y ponerlas a secar al sol. Sólo así adquirirán su sabor fuerte que tanto nos gusta en bebidas calientes o frías.

—¿Y cómo se prepara el cacao? —preguntó Mor, siempre curioso.

—Después de secarlo al sol, como te dije, hay que molerlo, hasta que quede como una harina fina. Allí se le agregan especies como canela, anís, vainilla y se amasa en pelotitas que se ponen de nuevo a secar. Cuando están secas, pueden derretirse, agregarles la leche, y ya tienes un rico chocolate que al tomarlo provoca una sensación de placer, calma y energía. ¡El chocolate es vida! Dicen por aquí.

—Y por allá —completan de una voz los morochos, muy aficionados a las golosinas.

—¿Cómo es eso?

—Cuando prepara chocolate en las veladas navideñas, mamá nos cuenta que en su pueblo, Biscucuy... —empieza Mor— la gente al tomarlo, dice ¡el chocolate es vida! —completa Ocho.

Divertidos, celebramos esta simpática coincidencia.

Algo más tarde, atraído por el bello colorido del crepúsculo llanero y por los vuelos de los pájaros, las garzas, el corocoro, el alcara-ván, yo me encaminé, solo, por un sendero abierto hacia una mata de sabana y un estero, reflexionando sobre la riqueza que podría proporcionar el cacao, si fuera bien cultivado y valorizado, como creo que lo fue en siglos pasados, cuando los venezolanos que tenían haciendas de ese fruto vivían tan esplendorosamente que eran

llamados “los grandes cacaos”. Interrumpió mis reflexiones un ruido en la hojarasca junto a los chaparrales, seguido por un murmullo salvaje, un hálito de fiera escondida, que parecieron presagiar una presencia intangible. Alborozado, me detuve pensando si no serían los espíritus ancestrales de los valerosos *Caribe*, su fuerza que perdura y trasciende el tiempo y la tierra que habitan.

Una extraña sensación que me hizo erizar la piel me sacó de mi error. No era ninguna fuerza espiritual, sino algo tangible, una presencia poderosa que parecía acompañarme. Sentí sus ojos sobre mí. Me sabía observado, analizados mis movimientos —¿estaría imaginándolo todo?— dudaba.

Una forma indefinible con la rapidez de un pájaro, de una serpiente, de un jaguar, un visaje entre los árboles, cruzó la maleza paralelo a mi senda. Sentí el ruido de sus pasos, vislumbré su imagen. No pude detallarlo, pero extrañamente, un sentimiento de seguridad me colmó de una rara plenitud, pude seguir mi camino y regresar a la vivienda para reunirme con mi familia.

Llega la noche y una luna gigantesca pasa por sobre nuestras cabezas y toma su puesto en el cielo, pleno de estrellas enormes. Casi quedándome dormido, pienso que podrían tocarse, tan al alcance de la mano se ven. Los *Kariña* nos han dispuesto cómodos chinchorros y enseguida me entrego al sueño. Minutos después me despierta un dolor insoportable al pie descalzo que asoma fuera del chinchorro. ¿Qué animal me deparó tan tremendo mordisco? Mas enseguida oigo susurros:

—¡Mmm... sabrosa carne humana!

—Sí, a nosotros los *Caribe* nos gusta la carne de Palillo, aunque esté flaquito. ¡Es puro hueso!

Empuño a toda velocidad una varita de palo santo, el palo poderoso del espíritu que defiende de las brujerías, de las malas influencias, de los peligros, y que providencialmente había recogido en el paseo por los chaparrales para transformarlo en un garrote similar a los de los antiguos garroteros larenses, quienes decían que el juego del garrote hasta tiene una música secreta, y les doy un varazo por la espalda a cada uno de mis fantasiosos hermanos.

—¡Ay, asesino!

—¡Tan cruel como un conquistador español!

En la penumbra apareció Carmen. Me quita la varita de palo santo y se lleva por las orejas a los dos morochos antropófagos.

—¿Qué pasa, Carmen? —murmura Rafael, rendido en su lecho colgante.

—Nada, nada, los morochos tuvieron pesadillas, soñaron con unos caníbales. Duerme, Rafael.

—Caníbales, caníbales —susurra Superloro, antes de volverse a dormir tranquilito en mi hombro.

La mañana se presenta pronto. Nos dirigimos hacia Tío Jeep para cargarlo con nuestros enseres, cuando nos alcanzan corriendo algunos niños *kariña* que nos entregan con entusiasmo unos extraordinarios obsequios. Son bellos mapires tejidos con fuerte bejuco y adornados con intrigantes dibujos, entre los cuales creemos distinguir cunaguaro, babas, dantas: uno para mamá, uno para mí, dos idénticos para los dos ceritos, otro más grande para papá y el último, pequeñito, para Maigualida. Agradecemos con gozo este regalo de despedida. Mientras saludo con cariño a mis anfitriones, que han venido a despedirnos, una grata pregunta llega a mis oídos:

—Filatelio, ¿tocas cuatro? Vi uno en el Jeep junto a tus cosas. Yo toco guitarra.

—*Sate* —contesto de inmediato— vamos a ensayar una canción. Tú con tu guitarra y yo con mi cuatro.

—¡Positivo! Empieza, yo te sigo.

Sate busca su guitarra, la afina y entona un merenguito oriental, *Criollísima*. Yo lo acompaño con alegría dedicándolo a mi mamá Carmen, que encarna el tipo de la mujer criolla por su rostro mestizo, su dulzura y su carácter discreto. Alegres silbidos de pájaros van bordeando la melodía con increíble acierto, para deleite de todos. Son mis dos ceritos, mis hermanitos pájaros que hacen gala de su arte imitando los más bellos trinos de aves. Muñeca y Carmen asisten con rítmicas palmadas y Superloro se regocija y gorjea de vez en cuando. En todo el pueblo resuena la música fresca y espontánea:

*Tienes la ilusión del campo en tu piel
brillan como dos luceros de miel
tus ojos, en tu tez morena.*

Monólogo del Chamán de los Cunaguaros

Soy aquel que ellos buscan, el que tanto querían ver.

Los he mirado de lejos, observé sus rostros claros, diáfanos, y sonreí al ver a mis hermanos correr, cantar, silbar como los pájaros, hacer travesuras.

Son mis hermanos, los que vienen de la ciudad.

Con ellos va mi padre, y aunque dejé de verlo hace muchos años, recuerdo la luz de sus ojos claros, la calidez de su sonrisa. ¿Cómo olvidarlo?

Ellos quieren ser mi familia, pero mi casa es la selva y mis hermanos los tucanes,

los aragatos y las lapas que acuden a mi llamado, los cunaguaros que me rodean siempre.

Mi techo es el cielo estrellado, y el rostro blanco de la luna es el farol que me alumbra cuando atravieso la selva y cruzo ríos y montañas.

Los he visto pasar, pero no puedo unirme a ellos.

Soy el guardián del umbral de nuestros ancestros, el centinela del Catatumbo,

el vigía del cerro Autana, de la montaña Weykpuimá, de los caños, de los innumerables caminos.

Yo me enfrento a los demonios para salvar a mi gente indígena,

*yo hablo varias lenguas, Kariña, Wayuu, Yukpa, Bari, Jodi, Sape.
Soy warao, yaruro, yekuana, pemón, yanomami, soy todos y uno solo,
me vuelvo lechuza, estrella, niebla sobre el río.
Yo vislumbro un futuro distinto. Veo un mundo donde todos estamos juntos,
y bailamos a la luz de las hogueras.
Nuestros hermanos están aquí con nosotros,
hablan nuestra lengua, nosotros la de ellos.
Poseemos nuestras propias tierras, nadie tratará de arrebatarlas.
Se abren caminos grandes, tenemos buenos vehículos, nos desplazamos,
conocemos las ciudades, vamos a ellas y allí nos reciben con respeto, con
cariño.
Veo un mundo de dignidad, de alegría, de apertura y consideración.
En esta visión no hay fronteras, no hay límites, todos pertenecemos a la
tierra
y ella nos da su sustento, su mano generosa,
ella derrama sobre el blanco, sobre el criollo, sobre el indígena, todos sus
dones.
Este es el mundo que veo y mi corazón tiembla de alegría.
Cierro los ojos y aparece ante mí el rostro de mi padrino Sesebe,
oigo su voz profunda y gutural:
—Tú serás Chamán, y mucho más...*

Los Pemón, magia en sus palabras

Vamos al Sur. Corremos hacia la Gran Sabana, la única Gran Sabana de Venezuela, la inmensa planicie llamada también Alto Caroní, que se extiende entre la formación de Imataca y la de Roraima por unos 35.000 km², con tierras estériles, con una vegetación herbácea que no supera los 10 ó 15 centímetros de altura, apenas el palmo de la mano. Al fondo, muy a lo lejos, se eleva casi fantasmagórica la Sierra Roraima.

Avanzamos por un terreno llano aunque ondulado, interrumpido por cadenas de montañas abruptas, cubiertas de bosques, cruzadas por numerosos zanjones y lechos de ríos.

Es una región interminable, despoblada, pero llena de sugestión, de alucinante encanto. Impresionantes formaciones pétreas nos asombran en un paisaje sobrecogedor, como de otro mundo. Cerros delgados y extraños se yerguen verticales, cuales raros centinelas. Son los *tepuyes*: el *Auyantepuy*, el *Wekpuima* y el más impresionante, el *Autana*.

Uno tras otro se suceden los espejismos propios de esa zona tan dilatada, que la luz dibuja en formas irreales en el camino: un río, un lago, un bosque, una cascada, una ciudad con altas torres... y al acercarnos desaparecen en el aire espeso y caliente, dejando sólo

un rastro de polvo. El más extraordinario de ellos, del cual somos testigos en este mismo transitar, nos deja atónitos y sobresaltados. Uno de los altos *currucay* que se elevan al borde del camino, parece estallar en fuego. Las chispeantes llamaradas están tan cerca que papá trata de desviar la marcha y apartarse del supuesto incendio. Pero al aproximarnos aún más y llegar junto al árbol, lo vemos intacto, las lenguas de fuego han desaparecido, el grueso ramaje sigue verde, incólume.

Se dice que el ecosistema de la Gran Sabana es uno de los más frágiles del mundo. A pesar de su solidez y de su antigüedad (el macizo o escudo guayanés es una de las primeras formaciones del planeta), el ambiente es muy delicado, por haber sufrido intensa deforestación y la incursión constante de cazadores furtivos, con los consiguientes daños a la flora y fauna. En un pasado, estas regiones fueron devastadas por los conquistadores, enloquecidos tras la búsqueda de un fantástico, alucinante y quizás inexistente país: El Dorado.

En este extenso territorio de la parte suroriental de la nación, entre Guayana y Amazonas, existe una comunidad indígena importante y numerosa: los *Pemón*, que en número de aproximadamente 4.000 ocupan una porción del estado Bolívar, la cuenca del río Caroní hasta los límites con Brasil, y la zona en reclamación con Guyana hasta las márgenes del Esequibo. Se encuentran asentamientos *pemón* también en el valle del río Cuyuní, cerca de la población de El Dorado.

Pemón, en el habla de origen *Caribe*, quiere decir “gente”. La etnia está dividida en tres distintas agrupaciones dialectales, que se entienden entre sí: *arekuna* o *arichuna*, *kamarakoto*, *taurepán*, nombres que a veces se atribuyen en lugar del genérico *Pemón*. A pesar de nuestro empeño, poco hemos logrado averiguar acerca de ellos. Papá, cansado del viaje por esa llanura ardiente, polvorienta y desierta, maneja taciturno, no nos habla. No le preguntamos, no queremos importunarlo.

Calculamos llegar antes del anochecer a las primeras viviendas del asiento *pemón* contactado por nuestro padre. La tarde apenas se insinúa y sin embargo vemos cómo el cielo se está poniendo oscuro, el sol desaparece, gruesas nubes descienden con rapidez, tiñendo de negro pastizales y morichales.

...“y advirtió que la selva tenía miedo...” ¡Qué bien quedarían aquí las páginas referidas a la tormenta en la novela *Canaima* del maestro Rómulo Gallegos! En verdad las hojas enormes, de un verde alucinante, parecían temblar, como sacudidas por una fuerza telúrica invisible. El aire rugía cargado de presagios, el viento murmuraba extraños conjuros.

Yo, Filatelio, le temo a los temporales, no me da vergüenza reconocerlo. No me gustan, me deprimen, me hacen sentir desamparado. Por eso me perco con terror de que el jeep enfila hacia la zona más oscura, el ojo del huracán. Quisiera decirle a mi padre que no siguiera, que cambiara la dirección. ¿Lo hago? Seguro que se reirían de mí. La luz fúrica de un relámpago arroja fogonazos sobre el jeep. Un trueno sacude el cielo con ruido terrorífico. ¿Dónde habrá caído el rayo? Sin poder contenerme más, insinúo a papá:

—Podríamos detenernos, buscar refugio.

Ni siquiera me contesta. Con razón. Detenerse para guarecerse, ¿dónde, si todo es desierto? ¿Cambiar de rumbo? Demasiado tarde. Frente a nosotros el horizonte es torvo, un inmenso vórtice de huracán. Trato de cerrar los ojos lo más fuerte que pueda y luego los abro un poco, sólo una rendija. En esos breves segundos creo entrever una sombra sigilosa moviéndose al mismo tiempo que nuestro vehículo, al mismo paso. Parece un hombre o un puma, su soltura es pasmosa. Se desplaza como envuelto en un vendaval permanente que hace ondear sus largos cabellos lacios. Su paso es amplio, firme, elástico. Debo estar soñando o alucinando. No puedo creer que esta figura medio humana, medio fiera se mueva tan ágilmente y a la vez como en una especie de ráfaga brumosa. Aprieto los párpados de nuevo, vuelvo a abrirlos y no veo nada. No me queda sino estrechar la varita de palosanto, que además de sus poderes mágicos tiene una afilada y protectora punta que le he ido tallando y puliendo durante nuestro viaje, y calarme hasta los ojos mi salvadora gorra azul de béisbol, tratando de tapar también mis exageradas orejas.

Aún así atrincherado, me llega la voz queda y sonora de papá:

—*Tarén, Tarén, Tarén...*

¿Qué es eso? Serán palabras *kariña*, *warao*, *pemón*?

—*Tarén, Konok yepui yaktaino.*

—*Tarén, Konok yepui yaktaino.*

De lo poco que he oído, no me suena a *kariña*, ni a *warao*. Debe ser *pemón*. ¿Acaso él conoce esa lengua? ¿Quién se la enseñó? ¿Cuánto tiempo estuvo entre ellos? ¿Cuántas sorpresas nos depara nuestro extraordinario progenitor! La mirada de mamá, a su lado, la de Muñeca, desde la cesta donde reposa, las de los morochos, pegados con la espalda a la ventanilla trasera, la de Superloro, tambaleándose entre las cajas con un cómico giro de sus pupilas, una vez a la derecha y otra a la izquierda, todas las miradas están fijas en él.

Inesperadamente, papá murmura como si estuviese rezando, y aunque prosiga en castellano, su voz teje alrededor de nosotros un halo de misterio:

Tarén contra el aguacero que se ve venir

*Fueron al encuentro de unos negros nubarrones, para desvanecerlos.
Se hablaron y se concertaron para salirle al encuentro
del tiempo que ya venía acercándose.*

¿Quiénes eran ellos? La Gran Culebra y el Viento; y también el pájaro Kavá.

*La Gran Culebra o Arco Iris, para beber el aguacero.
el Viento para llevarlo hacia otro rumbo,
y el pájaro Kavá para desarmarlo con la risa.*

Reunidos todos, dijeron a una: “Vamos a secarlo”.

También estaba allí, además de Kavá, Amochima, el águila.

Ella también decidió ir al encuentro del aguacero que se avecinaba.

*Mientras el aguacero venía y mientras los pájaros conferenciaban,
se adelantaron el Viento, que le cambió el rumbo,*

y la Gran Culebra, que le bebió el agua.

Ellos se nombraron para soplar el aguacero, para quedar como Tarén.

*Contra la gran oscuridad, que viene alzada y armada,
contra ella misma, yo estoy cayendo; dentro de ella misma voy cayendo;
yo la traslado al grandísimo cerro,*

a la falda inmensa del cerro la llevo; a la cresta de su pico, la aprieto.

Y dijeron nombrándose para terminar:

—Yo, claro que yo, Non-tiri tiri-piá, el horizonte. Orekana-pia Seterimá, el remolino.

Y los pájaros:

—Yo, yo también, Kavá-kavá piá, y yo Amochima-piá. Tarén.

Tarén. Tarén

Tan abstraídos estamos por ese extraordinario relato que papá recita haciendo gala de una voz sonora y de impensables dotes de dicción, que no nos hemos dado cuenta de que el cielo se ha ido aclarando, los nubarrones se han levantado, los arrendajos y pizcúas han vuelto a trazar círculos alrededor del jeep, la sabana toda ha adquirido su brillantez habitual, su normal aspecto de una tarde nublada, pero calma y serena. Con súbito desconcierto, percibo el mágico efecto del *Tarén*. La extraña oración, el poético ritual de mi padre, han logrado algo impensable: conjurar la violencia de la naturaleza. El poder de la palabra indígena, la acción misteriosa que ejerce sobre los elementos, me hacen pensar en la estrecha relación de los aborígenes con su entorno natural. Ellos pueden calmar la tempestad, influir en el tiempo, por estar tan ligados a las fuerzas telúricas del ambiente. Papá también las conoce, sabe cómo manejarlas, por su larga permanencia y afinidad con los aborígenes. Después del *Tarén*, él se queda ensimismado, en recogimiento. Y he aquí una pregunta de nuestra pequeña Muñeca que aviva un mundo de interrogantes en cuatro sencillas palabras:

—¿Qué es *Tarén*, papá?

En ese momento mi padre detiene bruscamente el vehículo.

Un hombre en uniforme, de baja estatura, que iba caminando con extraordinaria rapidez por la angosta carretera, se nos acerca. Invitado por papá, sube y se acomoda en el reducido puesto que le cedo, entre el equipaje. ¡Menos mal que es bien delgado! Y muy pequeño también, observo. Saluda y se presenta con humildad:

—Buenos días tengan los viajeros. Soy *Luepa* Martínez, *pemón*, Guardia Forestal, voy a la casa de mi familia, cerca del río *Karún*, por este mismo camino.

Como nos dirigimos al mismo sitio, papá aprovecha para consultar con él la ruta a seguir. *Luepa* le indica la vía más fácil y más corta, accesible para nuestro jeep, si seguimos sus indicaciones... pero aún falta bastante para llegar...

Desde las dos cajas sobre las cuales estoy sentado en vilo, un frenazo de papá ante una profunda zanja me arroja casi sobre el guardia. Éste me recibe regocijado.

—Eso, hermano, tú también eres tan flaco... acomódate aquí, cabemos los dos.

Bien apretados, es cierto, casi uno encima del otro... pero así nos oímos bien y conversamos. Tener a un auténtico indigena todo para mí por largo rato es una gran oportunidad, la voy a aprovechar.



Empiezo contemplando su pelo cortado en una especie de poncha, de un negro lustroso azabache, y su rostro cetrino, hecho a la intemperie, al sol, al viento. Me presento de una vez:

—Me llamo Filatelio, 14 años, estudiante. ¿Tú eres *pemón*, *Luepa*?

—Claro que lo soy, por los cuatro costados, pero de segunda generación.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que no he vivido siempre con los *Pemón*. Mi padre tuvo que salir del poblado en busca de trabajo y subsistencia. Nací en un caserío criollo de la frontera, y así mis hermanos; tenemos cédula de identidad venezolana, nos bautizaron los misioneros, cursamos la escuela básica. Luego, como ves —me indica la insignia en su sombrero— me alisté en la Guardia Forestal.

—¿Por qué lo hiciste?

—¿Te digo la verdad? No fue sólo para tener un oficio seguro y para velar por nuestra flora y fauna, sino para poder regresar con mi gente y estar cerca de ella.

—¿Cómo es eso, tienes una doble vida?

—Pues para que tú veas, cuando falleció papá, hace algunos años, volvimos a integrarnos a nuestra etnia. Allá viven mis hermanos, allá me casé con *Uonka*, mi esposa, allá está mi hijo. Voy cuando puedo, ya que por requerimientos de mi cargo tengo que recorrer continuamente el territorio *pemón* y reportarme en los Puestos de Guardia.

Me había llamado la atención su referencia a la cédula de identidad. Recordé las palabras del joven *warao*. Se nota que los indígenas están orgullosos de tenerla.

—*Luepa*, ¿todos ustedes tienen cédula de identidad?

—Entre los *Pemón*, muy pocos.

—¿Tienen derecho a ella?

—Seguro que sí. Pero al momento de solicitarla, o de retirarla, surgen muchas trabas... que si uno no posee partida de nacimiento, que si otro no sabe firmar...

—¿Y eso sucede frecuentemente?

—Pues, sí. Los *Pemón* viven muy retirados, mayormente en la sabana o en la selva, donde no hay jefatura, ni oficina de identificación, ni siquiera hospitales y menos aún escuelas.

—Tan marginados... ¿No son de ellos todas estas tierras?

—Tienes razón, chico. Los *Pemón* son los verdaderos habitantes, y deberían ser los legítimos dueños de la Gran Sabana.

—¿Por qué dices deberían ser, acaso no lo son?

—Lo fueron. Hubo una época en la que fuimos dueños y señores de la sabana, de la selva, de las altas montañas, del viento, de los muchos ríos que surcan esta tierra para nosotros sagrada. Pero con el tiempo, los *Pemón* perdieron sus dominios. Ya no son poseedores de su principal territorio. No lo disfrutaban. A pesar de que actualmente se inician esfuerzos por devolverles parte de sus derechos y de sus tierras, es difícil revertir la situación, el esquema secular en que ellos siempre han sido los perdedores, los despojados. Costará bastante para que todos los venezolanos lo admitan y lo acepten. En el pasado se cometieron muchos errores.

—¿En un pasado reciente?

—Ni tanto. Los abusos empezaron con la conquista, cuando nos vimos obligados a refugiarnos en la selva para huir de la esclavitud y la muerte. Después, a finales del siglo XIX, se inició la extracción y comercialización del caucho, balatá, sarrapia, árboles en los cuales nuestros bosques son abundosos. Hubo entonces grandes deforestaciones y expediciones mineras, que explotaron y diezmaron a los indígenas, y perjudicaron el hábitat de los *Pemón*.

—Pero la región de ustedes es muy rica.

—Lo era, y esa fue nuestra desgracia.

—Explícame.

—Justamente, el descubrimiento de los yacimientos diamantíferos del cerro *Parrai-Tepuy* atrajo en la primera mitad del siglo XX algunas empresas y muchísimos aventureros criollos, brasileiros y de otras naciones. Desde entonces se fueron alterando las costumbres de los indígenas. Aparecieron mercancías foráneas, escopetas, cuchillos, machetes,... y poco después cortes de tela, ropa, zapatos de goma, gorras.

—¿Pero no fue esto un signo de progreso?

—No, si entendemos por progreso un desarrollo autosostenido, como debe ser respecto al mundo indígena. Eran cosas fútiles, innecesarias, que más bien sembraron discordia y rivalidades. Al mismo tiempo arreciaron las enfermedades: la viruela, escarlatina, sarampión, se sumaron a la tuberculosis y al paludismo que tratábamos de

superar. Además, una medida del propio gobierno venezolano de aquel momento nos marginó de nuestras tierras.

Se percibe cierto resentimiento en este joven. Aunque no se considere un *pemón* originario, sino un descendiente de ellos, por haber nacido en un pueblo criollo y ser ahora Guardia Forestal, mantiene intacto su orgullo de *Pemón*, su altivez de siglos.

—¿Cómo sucedió?

Las manos ágiles y morenas de *Luepa* se agitan inútilmente en el aire, como apresando tiempos idos.

—Un decreto de Estado declaró “zona de reserva forestal” el territorio que habitaban los *pemón*, prohibiéndoles sus prácticas de tala, caza y pesca.

—En esta forma terminaron de despojarlos de sus medios de vida.

—Exactamente. Así fue. Tuvieron que emigrar, internándose en la selva o acercándose a los asentamientos criollos, donde su mano de obra fue cruelmente explotada en la extracción del caucho, las minas de diamantes, la recolección del oro.

—Debió ser una época muy difícil.

—Lo fue. Y lo peor es que algunos *Pemón* se “criollizaron” al punto que sus hijos no hablan sino castellano, visten *blue jeans*, no saben ya disparar con arcos, y ni siquiera con cerbatanas.

Navegando entre cajas, bultos, paquetes, bolsas, los morochos que se habían estado comunicando por silbidos, se han ido acercando intrigados por nuestra conversación. Ante la última afirmación del *pemón*, Mor interrumpe, sorprendido:

—Pero, ¿olvidar eso? Sería como olvidar montar en bicicleta.

Enseguida irrumpe Ocho tarareando el famoso merenguito caraqueño:

*Yo no monto en bicicleta
porque me puedo caer...*

—Si quieren —chancea Mor— me dan a mí las cerbatanas, eso sí, con algún dardo ponzoñoso, para cuando alguien me moleste en clase.

Luepa sonríe, divertido. Su expresión ceñuda se suaviza.

—¿Y tú consideras que este acercamiento a los criollos, esta aculturación, es totalmente negativa? —trato de retomar el discurso.

—No es negativa en sí, más bien pienso que es un proceso inevitable, y a veces he llegado a creer que habría que acelerarlo para que también los indígenas pudieran disfrutar de los inventos contemporáneos. Lo malo es que se pierde nuestra tradición, nuestra cultura, nuestra lengua, con sus hermosas expresiones.

—Como los *Tarén* —agrego yo.

—¿Los *Tarén*? —se sobresalta—, ¿cómo los conoces? Son sagrados.

—Los conoce mi padre, que durante su permanencia aquí en su juventud, cuando igual que tú trabajó en la protección de los bosques y en la Dirección de Fronteras, logró con los naturales algo más que el mero contacto. Se familiarizó con las tradiciones de los distintos pueblos indígenas, aprendió a convivir con ellos, a conocer el poder de sus rituales, a comprender y respetar la naturaleza. Imagínate, a punto de llegar aquí iba estallando tremendo temporal... Pues, con un *Tarén*, papá lo desvió y demoró hasta ahora.

—¿Será posible? ¿Cuál *Tarén*? ¿El que reza "*Tarén, konok yepui yaktaino*"?

—Ese mismo, sí, recuerdo las palabras.

—¿Tu padre lo conoce todo?

—Creo que sí, lo recitó completo, lo empezó en *pemón* y lo terminó en castellano.

—¿Y logró aplacar el temporal?

—Ya lo viste. No ha caído una gota de agua. Por lo menos logró demorarlo.

—Notable, para un no iniciado.

—Eso mismo pienso.

Este hombre pequeñito, sensato, me inspira confianza. Por eso me atrevo a preguntarle:

—Dime, *Luepa*, ¿qué son exactamente los *Tarén*?

Él se pone muy serio. Quizás mi curiosidad lo ha molestado, ya no desea contestarme. Me lo merezco, por entrépito. Pero no es eso. Luce mortificado. Su mirada vaga en la distancia, sus ojos se humedecen. Por fin habla:

—¡Cómo me avergüenzo! Me siento inútil. Yo, siendo *pemón*, casi he olvidado los *Tarén*... y tu padre, criollo, pero buen amigo de mi gente, los tiene siempre presentes. Me supera en el respeto a nuestra tradición.

Lo comprendo perfectamente y en signo de amistad, aunque me cueste moverme apretado como estoy, le palmeo el hombro izquierdo con mi mano derecha.

—Los *Tarén* —trata luego de explicarme— son poemas sagrados, rituales, de carácter personal y espiritual. Son, en palabras castellanas, narraciones y emanaciones mágicas, invocaciones a la naturaleza, a sus poderes, a sus seres, conjurándolos, concitándolos, identificándonos con ellos con el fin de que nos protejan, alejen de nosotros los peligros y nos salven de percances.

—Son algo así como oraciones, entonces.

—Yo diría que sí, pueden considerarse plegarias, dentro de la cosmogonía y creencias *pemón*.

—¿Son muchos esos *Tarén*?

—Muchísimos.

—¿Con cuáles motivos? ¿Todos relativos a las fuerzas de la naturaleza?

—No, sobre varios temas.

—Menciona alguno, *Luepa*.

—Lo haré para ti, Filatelio, te siento amigo mío y de mi gente.

Prosiguió después de un momento de recogimiento:

—Cuando pequeño, oí decir a mi abuelo que él mismo había aprendido más de cien. Hay uno para cada circunstancia. Para cuando va a nacer un niño de los huesos de su padre y la sangre de su madre, y la paloma *Wakurwa* vuela a los cielos para traerle el alma. Para superar la prueba de las hormigas, que las muchachas deberán enfrentar al llegar a la pubertad y los jóvenes noveles cazadores para asegurar el éxito de la cacería, la cual consiste en aguantar grandes hormigas sobre las palmas de las manos, en los brazos, en la cara y en las plantas de los pies. Para que los distintos alimentos que se consumen suelten sus propiedades nutritivas ayudando a los chamanes en sus curaciones, noche tras noche.

—Pero dicen que ya no hay chamanes entre ustedes. ¿O sí los hay?

—Claro que sí los hay, entre nosotros y entre todos los grupos. El chamán es el personaje que nunca desaparecerá, que nunca perderá su importancia. Aunque su nombre pueda cambiar o modificarse, él es el depositario del saber y la tradición.

—¿Es verdad que es capaz de sanar, de vencer las enfermedades? ¿Y cómo lo hace?

—Realiza curaciones con ayuda de pases mágicos, de la invocación a los ancestros, del uso de las plantas y sus propiedades. Fuma y sopla sobre el cuerpo del enfermo, el humo del tabaco, que es para nosotros una planta sagrada, agita sus maracas para ahuyentar los malos espíritus.

—¿Logra curar definitivamente?

—Los poderes curativos del chamán dependen del poder de su alma, asistida por los espíritus auxiliares.

—¿Y aquellos cien *Tarén* que conocía tu abuelo, los había aprendido de memoria?

—Todos. Los indígenas dominamos nuestras lenguas oralmente, conservamos en el pensamiento nuestras tradiciones. Desde tiempos antiguos, nuestros antepasados se valían de la memoria y del recuerdo, y todavía lo hacemos. La memoria colectiva es larga y se remonta a varios siglos.

Otro silencio entre nosotros. ¡Qué esfuerzo grande, tan extraordinario, preservar en la mente el patrimonio espiritual de un pueblo para transmitirlo, confiándolo a otra generación! Y esos *Tarén*... ayudan a aliviar los problemas, las inquietudes, a mantenernos serenos... O quizás poseen realmente un poder misterioso, sobrenatural, y al rezarlos se cumple lo que uno desea y está encerrado en sus palabras tan sugestivas. ¡Cómo deseo oír otro *Tarén*! ¡Y de boca de un indígena, sería maravilloso!... Decido insistir:

—Por favor, amigo, ¿podrías tú mismo recitarme otro *Tarén*, uno que tenga un significado preciso, que sea especial para ti?

Las añoranzas se agolpan en los ojos oblicuos y brillantes del *pemón*. Se tensa su frente, su cuerpo asume una actitud distinta. Vuelven a su mente los viejos acentos familiares. Me confía:

—¿Sabes, Filatelio?, yo tengo un niño, un varón de pocos meses.

—¡Qué alegría para ti, es el espíritu *pemón* que se renueva! —por mis palabras, *Luepa* se siente animado a proseguir.

—Entonces, ves... Como tuve que viajar para reintegrarme al trabajo... fue difícil dejarlo, tan pequeño... pero necesitaba hacerlo... Entonces he aprendido, y siempre lo repito, y jamás lo olvidaré, un *Tarén* hermoso y largo. Es el *Tarén para viajar siendo padre de un recién nacido*.

Los morochos habían vuelto a encaramarse sobre las cajas y permanecían callados, deleitándose con unas meriendas encontradas en las mismas, que compartían con Superloro. Papá y mamá, adelante con Maigualida, conversaban entre ellos. *Luepa* y yo estábamos como aislados, en un nicho íntimo. Había un ambiente propicio a confidencias.

—Muchacho, tu padre y tú me inspiran confianza. Te voy a pedir que me acompañes a recitar el *Tarén*. Así tendrá más fuerza. Haz un tubo con tus dos manos y aspira repetidas veces, diciendo *¡uk-uk!*, para que el *Tarén* actúe. Y aunque no las entiendas, haz un esfuerzo por retener algunas palabras.

Así empecé a hacerlo, muy conmovido: era la primera vez que penetraba realmente en el mágico mundo indígena. Sentía mi espíritu transportarse y viajar al pasado, toda la fuerza del mágico universo *pemón* se apoderaba de mí. Sueño, realidad, trance, lo que fuese, me sacó de mí mismo y me hizo alcanzar el poder ancestral de esta gente.

Cerrando los ojos y abstrayéndose de todo, *Luepa* dio inicio a un prolongado murmullo en lengua *pemón*, por cuya fuerza y musicalidad me dejé cautivar, aún sin comprenderlo. Mucho más tarde encontré su transcripción y traducción al español, en la obra de un misionero capuchino, fray Césareo de Armellada, el cual recorrió tanto y tantas veces estas regiones, que los naturales empezaron a llamarlo *Emasensén Tuari*, es decir el “Padre Correcaminos”:

*Este es un Tarén para no dañarse y para no dañar a su hijo
el que es padre de familia y debe salir de viaje, debe hacer su camino.*

Un Tarén para no perecer.

*Y el Tarén comienza diciendo que “Waira”, el danto,
siendo padre de un recién nacido se puso de viaje,
y no en un viaje cualquiera.*

*Por la montaña adentro, por entre nubes, por lugares pantanosos
y hasta de noche en medio de las grandes selvas
habitadas por Waira, Tamanúa y Cunaguaro.*

*Pero Waira se dio cuenta de que por allí andaban las grandes serpientes
y otros seres, que habitan en las selvas, en las serranías,
en las lagunas y en los ríos por donde iba a salir de viaje.*

Y por eso se nombró a sí mismo y se hizo Tarén.

Así se hizo Tarén Waira:

He aquí que yo voy a salir de viaje; y me nombro a mí mismo.

*Porque he aquí, que yo, yo mismo, me voy de camino
con mis sandalias de hierba en los pies y mi sombrero de palma en la cabeza;
la nube será mi sombrero.*

*Yo iré por medio de las grandes serpientes y las iré espantando;
y los “mawaritón” no me verán, ni me verán los “awapirí” nocturnos,
más bien yo los asustaré y los ahuyentaré.*

Y dijo terminando su Tarén y nombrándose:

Yo, ciertamente yo y por mí mismo, yo que soy el “Dawairapiá”.

Este sólo y único nombre fue el que dijo. Y ni él se dañó ni sus hijitos.

*Y este es nuestro Tarén para cuando siendo padres de recién nacidos,
tengamos que ir de caza o por otros motivos viajar a través de las montañas
holladas por los cunagueros.*

*Pero cuando el viaje no es por las selvas,
sino por las sabanas y los “wontai” o montecillos,
el que se nombra como Tarén es el “Tamanuá” u oso hormiguero.*

*¿Por qué? Porque el oso hormiguero se fue siendo padre de un niño muy
pequeño,*

en tiempo de verano a través de caminos inseguros

y por medio de lugares sin camino,

por medio de árboles espinosos y de cañas y hierbas punzantes;

y a pesar de todo, su hijo no se enfermó ni entristeció.

Y esto, porque al tiempo de salir de viaje, él se hizo Tarén diciendo:

*En medio de este gran verano yo voy a salir de viaje, teniendo un niño
pequeño;*

yo voy a caminar por lugares sin camino

y entre plantas espinosas y pelusas que escuecen.

Pero yo haré que mi hijo no se enferme; esas cosas no lo lastimarán.

*Yo cargaré siempre a mi hijo sobre mí mismo. Y mi hijo no se escocerá,
mi hijo no llorará, mi hijo no se debilitará.*

Al terminar el Tarén los dos estábamos conmovidos, agotados, casi en trance.

Mientras soplabá con fuerza el ¡uk-uk! dentro de mis manos dobladas a manera de caña, me parecía ver al hijo de *Luepa*, de piel cobriza, muy pequeño, con un mechoncito de cabello negro.

Me di cuenta de que me observaba, casi esperando mis comentarios.

—Es emocionante, me siento estremecido. Te agradezco haberme llevado a tu mundo.

—¿Trataste de fijar algunas palabras en tu memoria? ¿Cuáles?

Me habían llamado la atención, quizás por su repetición, las palabras “waira, tamanúa”, “cunaguaro”.

—Waira, es el poderoso danto, Cunaguaro, el pequeño tigre nocturno de manchas aterciopeladas, Tamanúa, el astuto oso hormiguero de frondosa cola palmeada.

—¿Estos animales representan algo en especial en las tradiciones indígenas?

—Sí, has acertado. El danto representa la fuerza; el oso hormiguero el empeño, la constancia; y el cunaguaro el poder, la inteligencia.

Me extraño:

—¿Por qué le atribuyen dotes superiores al cunaguaro?

—El cunaguaro es la voz de la selva, él encarna todas las fuerzas sobrenaturales de los espíritus que habitan ríos, montañas y bosques. Él puede materializarse en un ser humano, llevar mensajes ancestrales, hablar en una lengua salvaje, pero comprensible para todos nosotros.

Sorprendido, recordando la descripción que de un extraño Chamán de los Cunaguaros nos habían hecho los *warao* y los *kariña*, al oír las palabras del pemón le pido con vehemencia:

—Háblame más, cuéntame cómo el cunaguaro se les ha venido manifestando a ustedes.

—Antiguamente, no podría decirte, hay tantas narraciones acerca de esto. Pero hoy día existe un extraño hombre-tigre, un *pemón* especial que muchos reverencian como un poderoso *chamán*. Surge en las noches al claror de la luna, un sugestivo sonido de flauta lo precede. Nosotros podemos presentir su llegada, a veces en el canto de un pájaro, en el murmullo del río. Se acerca sigiloso, en medio de la penumbra, rodeado de un séquito de cunaguaros que lo acompañan y protegen. Por eso lo llaman el Chamán de los Cunaguaros. En realidad, es un chamán, y mucho más. Nos habla en nuestro idioma, de nuestras costumbres, del valor de nuestras tradiciones, de la grandeza del mundo indígena, de su poder. Conoce

además el mundo de los criollos, sus atropellos, sus faltas y debilidades, nos asegura que no son invencibles, que no se diferencian tanto de nosotros ni tienen mayores poderes. Incluso con algunos de ellos podríamos relacionarnos y superando nuestra altivez, tratar de comprenderlos y hacer que nos comprendan ellos también a nosotros, enseñarles nuestro maravilloso mundo natural, nuestra gente, nuestras tradiciones.

Se tambalea el jeep sobre el terreno desigual, gotas de lluvia empañan los vidrios, ramas rozan su techo y a veces se parten con un ruido seco como un sollozo. ¡Qué extraña sensación, acurrucado al lado de *Luepa*, nuestras piernas casi pegadas, los zapatos, por el poco espacio, encaramados los unos sobre los otros, los brazos recogidos en las rodillas, con las manos casi juntas, para poder caber los dos en tan poco espacio!

Siento un calor humano, un fluido magnético, como si *Luepa* fuese mi padre o mi hermano, y un lazo de cariño indestructible nos uniera. Todo eso me sugiere otra pregunta:

—*Luepa*, ¿conoces algún *Tarén* de cariño, de amor? Me gustaría oírlo. ¿Existen los afectos entre ustedes, los conocen? ¿Qué es el amor para los indígenas?

—El amor para los indígenas es algo natural y espontáneo. Lo sienten por su familia y por los animales que los rodean, por los árboles, por la selva. El afecto familiar es un vínculo muy fuerte. Los niños son cuidados amorosamente, con ellos se tiene una paciencia inagotable, y a los ancianos se les ama con un respeto reverencial. ¡Ojalá que viéramos lo mismo entre todos los pueblos!

El número Ocho que va y viene tratando de hacer malabarismos y piruetas en el poco espacio libre del jeep, se apersona al oír la palabra siempre mágica: amor.

—¡Guácala, ya salió el indio enamorado —canturrean en coro, poniendo los ojos en blanco.

—Hay un *Tarén* muy hermoso sobre el amor —continúa *Luepa* sin perturbarse— *Tarén para sobrevivir la muerte de la mujer amada*. Es reciente. Es *Tarén* y leyenda. Habla de una bella joven que sacrificó su vida por amor. Todas las etnias conocen esta historia, y cada una tiene su propia versión.

Luepa estuvo largo rato en silencio. Lo apremiamos:

—¿De qué comunidad era, *Luepa*?

Siguió contando la leyenda con palabras mágicas, con esas imágenes poéticas propias de los indígenas, casi como en un *Tarén*:

—Era de la etnia *Bari*, la doncella más linda que puedas imaginar. Su padre estaba tan orgulloso de ella, que la había comprometido con el hombre más sabio de la comunidad, un poderoso chamán.

Todos, hasta los morochos, permanecemos atentos, pendientes de sus palabras. Reviviremos la magia, el embrujo de los cuentos de hadas, la ingenua Cenicienta, la hermosa Blanca Nieves, la Bella Durmiente.

—Llegó un forastero. Un hombre distinto, un criollo, de ojos color de río. Sus maneras suaves, su sonrisa, la cautivaron y aceptó ser su esposa. El chamán, sintiéndose rechazado, lanzó un conjuro mortal sobre la pareja: al nacer el primer hijo, uno de los padres moriría, y la criatura pasaría a manos del chamán.

Aumenta mi desconcierto. Tengo un presentimiento, estoy casi seguro de que esta leyenda se refiere a mi padre y a la bella Ashirama. Los amantes son ellos, y el hijo es mi hermano, perdido en la selva. ¡Cómo quisiera saber dónde se encuentra ahora, qué estará haciendo, pensando! ¿Sabrá que nosotros existimos?

—¿Y qué pasó entonces con la bella indígena, con el hombre criollo, con el hijo? ¿De qué murió ella realmente?

La mirada, la expresión, la voz de *Luepa* adquieren un tono sombrío, doloroso, casi amenazante cuando afirma, hablando con extremada lentitud:

—Ella se murió de amor.

Prosiguió luego, con esfuerzo, con palabras pausadas, con frases entrecortadas:

—La joven *bari* murió al alumbrar. Fue su escogencia, su destino. El hombre de los ojos color de agua lloró mucho, los dos ríos de sus ojos desbordaron sus cauces. Su alma se ensombreció. El hijo desapareció, nunca lo han podido encontrar. Algunos dicen que desapareció en plena selva, convertido en palma, en yagrumo, en yévaro. Otros aún que lo criaron los cunagueros y que con ellos anda, convertido en cunaguaró él mismo. Muchos creen que se volvió lucero y brilla en las tardes claras.

—¿Y si está vivo?

—Difícilmente. Si vive, tal vez esté escondido para escapar de la magia del chamán.

—¿Pero, si el padre lo siguió buscando, si aún lo siguiera buscando? —pregunto, sin darme cuenta de mi atrevimiento.

—No volverá a tener a su hijo.

—¿Por qué?

—Los ancestros invocados dicen que no lo recuperará jamás. No hay que ir en contra de ellos. La sangre indígena, la selva, el cielo de la sabana se lo han quitado, absorbiéndolo, haciéndolo suyo. Por el mismo dictamen él está obligado a perseguirlo incesantemente, en todas nuestras etnias.

—¿Y si algún día lo encontrara?

—Será en vano. Puede que lleguen a encontrarse, pero no se unirán.

—Mas entonces, ¿él no quiere encontrar a su padre?

—Habría que preguntárselo a él mismo.

Una duda repentina me asalta:

—¿Y tú, *Luepa*, no crees que aquel hijo de la leyenda y el personaje amigo de ustedes, el Chamán de los Cunaguaros, podrían ser una sola, la misma persona?

—No lo había pensado, sin embargo lo excluyo. El nuestro es un indígena auténtico.

—¡Aquél también lo es! —le grité estas palabras con tanta fuerza, que *Luepa* me miró extrañado, largamente. Luego se pronunció:

—Esto también habría que preguntárselo a él mismo.

“Es cierto, preguntarle a él sería la única forma de saber la verdad. Aunque es imposible, es ilógico —pienso—. Él es *bari*, seguramente. Del otro, en cambio, cada pueblo afirma que es suyo, cada etnia reclama su procedencia. Los *Warao* creen que es uno de ellos, también los *Kariña* y ahora los *Pemón*. Hay que descartar esta eventualidad, mejor ni mencionarla a mis padres”.

—¿Y a ese *pemón* protector de ustedes, el Chamán de los Cunaguaros, quién lo ha visto, cuándo?

—Mi mujer lo vio. Estaba con el niño, en el conuco. El niño le tendió los brazos, él le sonrió.

—¿Y ella no se asustó?

—No. Venía solo. Los cunaguaros que lo acompañan no entran en los poblados. Se echan en la espesura y allí lo esperan.

—¿Crees que yo podría llegar a conocerlo?

—Es difícil hasta que llegues a verlo. No se acerca sino a los indígenas, y no a todos, ni todo el tiempo. Sólo él decide cuándo visitarnos, nosotros aguardamos siempre su llegada.

Me di cuenta de que ese extraño ser era más conocido, esperado y seguido de lo que ellos querían reconocer. Sabían mucho sobre él, mucho más de lo que admitían.

En un arrebato de imágenes, pienso en ese joven chamán indígena y criollo, lo imagino hosco, fiero y hombre, selva y montaña, llano, camino de sabana, orilla de mar y alta serranía. Es voz del viento, canto de ave, rumor de río, nube que pasa entre los tepuyes, flor que se esconde en los despeñaderos. Es naturaleza salvaje, espíritu y niebla lejana.

Se detiene el jeep, junto con mis confusas divagaciones.

Hemos llegado al asentamiento, compuesto por unas pocas casas. Las observo. Hay tres tipos de viviendas entre los *Pemón*: cuadradas, redondas y oblongas, todas con techumbre de palma. En la vivienda tradicional de la sabana las paredes son de barro. En la zona fluvial son de corteza de árboles o de paja. Estas paredes se construyen con varas fuertes, atadas, formando una rejilla a la cual se le rellena con barro: colocadas entre los horcones de las esquinas y los horcones de la entrada, dan una impresión de solidez. Las viviendas oblongas y las rectangulares tienen dos puertas, una en cada uno de los lados más largos. Las redondas tienen una sola, pequeña. Desde afuera, podemos ver el brillo de los fogones prendidos en uno o en ambos extremos.

A nuestra llegada, todos los habitantes salen de sus casas: no son más de unos treinta. Pero es así entre los *Pemón*, nos aclara *Luepa*, ellos no se reúnen en poblados grandes, forman pequeños grupos comunitarios con miembros vinculados por lazos de consanguinidad. La idea de un pueblo o aldea es ajena a los *Pemón*. Sin embargo, puede haber varios asentamientos en relativa proximidad, generalmente a lo largo de un curso de agua, con dos, tres, hasta seis grupos habitacionales. Su familia, explica, está a una escasa media hora de allí, río arriba.

Nos detallan con simpatía. No se extrañan ante mis hermanos, parecen haber visto morochos antes, pero a los niños les causa gracia el que lleven guayucos como los suyos propios. Se acercan a Maigualida, le tocan y acarician con deleite los rizos rubios, y todos ríen

cuando ella, en juego, les hala fuertemente sus hispídeos mechones negros. A Superloro lo saludan gritándole. ¡Hola, hola, adiós!, palabras que conocen, y se muestran contentos cuando él, bailoteando en la visera de mi gorra, les contesta con las mismas en castellano.

Observo que los hombres *pemón* visten pantalones kaki y camisas de manga corta. Las mujeres, sencillas batas de tela de algodón estampado. Por ahora no veo ningún tatuaje, ni collares, ni zarcillos. Sólo me llama la atención la forma en que las mujeres llevan a sus hijos más pequeños cargados: para eso usan un trozo de tejido en forma de equis, sostenido por una vara.

Unas gruesas gotas, que poco a poco se van haciendo goterones golpean mi cabeza, me empapan. La selva comienza a oler a lluvia, a tierra húmeda. El *Tarén* cumplió su cometido: nos permitió llegar al pueblo, pero ya no puede seguir deteniendo al aguacero, que por fin se desgaja con una fuerza insospechada. Arrecia el temporal, mientras, invitados por el jefe de ella, nos refugiamos en la más cercana choza *pemón*, de forma circular, entrando uno a uno por el único angosto acceso. *Luepa* se apresura a despedirse:

—Volveremos a vernos. Quizás muy pronto. Debemos conocernos más, Filatelio. Acércate a nosotros.

Lo miro alejarse bajo la lluvia, pequeño, delgado, apresurando siempre más sus cortos miembros: ya está cerca, su hijito lo espera...

En la casa nos reciben con el *kumasá*, el manjar favorito que han preparado en previsión de nuestra visita. Es una densa sopa a base de agua, huesos, trozos de carne de picure, lapas enteras, chigüire salado, pero principalmente harina de yuca, plátanos, mapueyes, ajíes ocumos, ñames, lairenes, batatas. La acompañan con tortas de casabe recién secadas al sol.

La subsistencia de los *Pemón* se basa en la horticultura. Son casi vegetarianos y ellos mismos afirman que no son buenos ni ciertos cazadores, ni con sus armas tradicionales, ni con las escopetas, que raramente llegan a tener. Tampoco practican la pesca, a pesar de que conservan, sin utilizarlos, los arcos y las flechas sin plumas que antiguamente usaban para pescar. Al inquirir el motivo, con mi usual insistencia, mi padre explica:

—Estos ríos apenas si tienen peces, no dan ni siquiera para comer. Se ha producido tal desbalance en su ecosistema, que apenas encuentran a veces algunos caracoles.

Todos tienen conucos que cultivan esforzándose muchísimo, con el tradicional sistema de la tala y la quema. Los habíamos visto en el último trecho de nuestro recorrido, poco antes de llegar, y papá, a una pregunta nuestra, nos había enumerado sus numerosos productos agrícolas: yuca amarga con la cual elaboran el casabe, mapuey, ocumo, batata, cambur, plátano, auyama, caña de azúcar, lechosa, melón, patilla, maíz, ají, caraota negra, ñame, yuca dulce, piña y también algodón y tabaco. ¡Más que suficiente para una dieta familiar! A veces la completan con algunas aves pequeñas, como gallinetas y garzones que revolotean frecuentemente en la maleza, y con gran variedad de insectos, incluyendo las larvas de la palma moriche, las hormigas voladoras y en especial la *katara*, con la que preparan un gustoso picante muy del agrado de los criollos de Guayana y Amazonas.

Mientras la comemos con las anchas cucharas de tapara, nos entretenemos identificando uno a uno los elementos de la nutritiva y variada sopa. No es empresa fácil para inveterados ciudadanos como nosotros que no conocemos siembras, conucos, y ni siquiera huertas. El que se luce es Superloro, quien grita a toda voz: “¡Sopa, sopa!”, y sosteniendo los trocitos de vegetales en una pata con sus cuatro dedos, presentando como siempre dos hacia delante y dos hacia atrás, los mira atentamente con su mirada algo oblicua, y antes de llevárselos al pico... me los ofrece a mí en mi propia boca, como diciéndome: “¡Pruébalos, te van a gustar!”. Por cierto, Superloro, si no fuera por su dominio del idioma castellano, pasaría aquí desapercibido, porque los *Pemón* tienen tantos loros ¡y de tantas variedades! como todos los indígenas, los mantienen sin propósito utilitario, sólo para que los alegren en su vida diaria con sus graznidos y bellos colores, y no forman parte de su dieta.

En esta tarea de reconocimiento vegetal, colaboran con nosotros los tres hijos del jefe de la vivienda, *Kumuratu*, a quien papá nos advirtió que debíamos llamar Capitán. Actualmente, Jefe, Capitán, Abuelo, son las figuras que reemplazan la tradicional del cacique, ligada al pasado histórico colonial, pero, como ya nos hemos dado cuenta, hoy día desusada, casi desaparecida. El Capitán es el representante del grupo, actúa de padre de su pueblo, y para ser escogido para el cargo debe tener firmes nociones de sus tradiciones y costumbres y un conocimiento suficiente de la lengua española.

Ellos llevan los simpáticos nombres de *Apoipó*, *Opoipó*, *Upoipó*.

—¡Qué trabalenguas! —Mor se siente a sus anchas.

—Vamos a hacer una competencia a ver quién se enreda menos llamándolos —empecemos ya —propone Ocho.

—Nosotros no nos llamamos por nuestros nombres —les advierte enseguida *Kumuratu*, por suerte—. Entre nosotros los nombres propios en lengua *pemón* son secretos, pronunciarlos está prohibido y se considera una ofensa usarlos para dirigirse a cualquier persona, varón o hembra, sobre todo si el aludido está presente.

—¡De la que nos salvamos!, respiran aliviados—. Íbamos a ofender a nuestros anfitriones, sin saberlo. ¿Pero cómo podemos dirigirnos a ellos, entonces?

Pueden hacerlo mediante un nombre de lugar y uno de nuestros numerosos sufijos que significan “gente de”, “habitante de”: *koto*, *goto*, *kon*, *pon*, *kok*. Por ejemplo, tomando como punto de partida nuestro río Caroní, pueden decirle a uno *Karonikoto*, al otro *Karonigoto*, luego *Kanonikon*, *Karionipon*, *Karonikok*, y así seguido.

—¡Peor que peor, eso es todavía más difícil!

—Pueden recurrir entonces a algún nombre especial en español —les sugiere el Capitán *pemón*—, esto no es ofensa, más bien agrada.

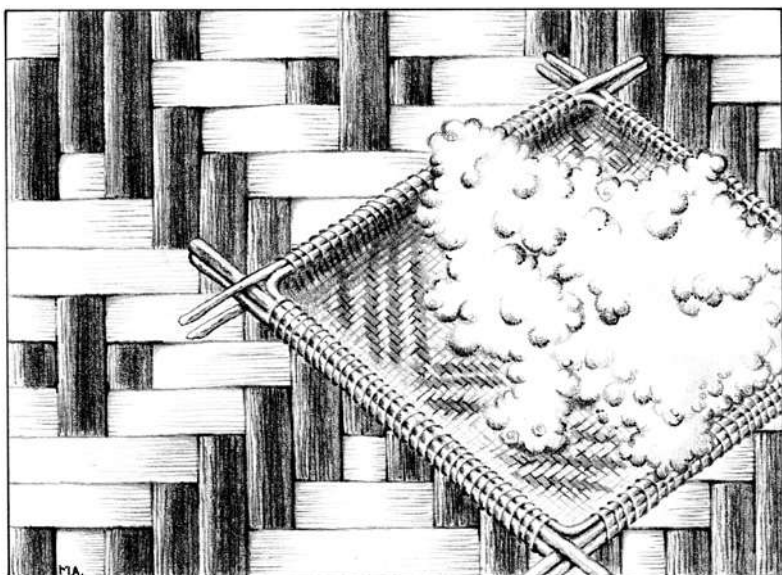
Durante unos instantes los dos bogóticos discuten entre ellos, se hacen gestos, intercambian silbidos, cuchichean. Por fin anuncian su decisión que no me parece nada original, pero funcional, sí lo es.

—Vamos a llamarlos Uno, Dos, Tres —les proponen—. ¿Aceptan?

—¡Aceptado! —se conforman cordialmente nuestros recién llegados. Y para celebrar su nuevo bautizo, Uno, Dos y Tres nos brindan su bebida predilecta, el *Kachiri* que ya conocemos, que se prepara hirviendo un día completo una mezcla hecha con pasta de yuca amarga rallada y masticada, y una raíz roja, *Kachiriyek*, también rallada.

—¡Tomen poco, porque es fuerte! —nos aconsejan a gestos pues son escasas las palabras castellanas que conocen, preocupados por nuestro entusiasmo en saborearla. Mientras tanto, observamos su cestería colgada de las vigas del techo y a lo largo de las paredes, muy bien hecha, variada y elaborada: reconocemos el sebucán, para exprimir la yuca, los manares para colarla, los sopladores para avivar el fuego, los cedazos, pero nos interesan sobre todo los *wayares*,

unos originales cestos para llevar niños a la espalda. Como es natural entre los indígenas, también Los *Pemón* aman mucho a sus hijos, los protegen sobre todas las cosas. Las madres nunca los dejan solos, los llevan consigo cuando van a trabajar en los conucos, y por eso necesitan implementos para transportarlos y cargarlos. Los acarician, los consienten, los dejan jugar hasta grandecitos, no les exigen colaboración en las tareas domésticas. En ese ambiente familiar tan propicio, los “pemoncitos”, niños de cara redonda, ojos saltones, cabello alborotado, crecen saludables, dóciles, obedientes, alegres.



Un poco en español, mucho en *pemón* y casi todo con gestos, hablando por turno —poseen una mímica tan expresiva que logramos entenderlos perfectamente— Uno, Dos y Tres nos informan que esos artículos que tanto admiramos se elaboran con una fibra obtenida del tallo del arbusto que llaman *manare*, al que rajan en tiras, pelan y a continuación tejen.

Algunas de las mujeres presentes, sin embargo, llevan aún los tradicionales guayucos rectangulares en forma de delantal y nos enseñan cómo los tejen en telares de mano en forma de arco, elaborando el hilo con el huso para algodón, hecho de un volante circular de madera a través del cual se introduce una varita recta, también

de madera. El algodón lo tienen allí mismo en abundancia, sembrado al lado de las casas. Ver el huso, que hoy casi nadie conoce, emociona a papá, pues le recuerda el retrato de una abuela alemana que cuando niña, a finales de 1800, allá en las montañas de la Selva Negra, antes de que su propio padre trajera la familia a Venezuela, hilaba con el huso y la rueca. También nosotros lo observamos con atención: por fin entendemos cómo fue que la Bella Durmiente, en el cuento de ella misma, su perversa madrastra y la manzana envenenada, pudo pincharse un dedo con ese huso, suceso que, como la mayoría de los niños venezolanos, nunca habíamos comprendido antes, cabalmente, ¡pues no sabíamos lo que era un huso! Algunos, figúrense, lo asocian con el trompo y la perinola.

Al detallarlos de cerca, tan atareados y risueños, nos damos cuenta de que, si bien todos los indígenas sudamericanos son de escasa estatura, los *Pemón* lucen aún más pequeños que los demás. Tienen gráciles cuerpos de niños, bien proporcionados y flexibles, con miembros breves aunque fuertes, pies y manos mínimas, que mueven con una vivacidad y una presteza sorprendentes.

A instancias nuestras, Uno y Dos bajan de lo alto otro *akai*, aún más grande, del cual van sacando uno a uno atuendos magníficos, que nos maravillan por su forma y su hermosa textura vegetal. Son trajes y objetos ceremoniales: el *aró* y el *imaripadai*, una diadema y un camisón de hojas de *maripa* que visten para su más importante danza típica, el *Parichará*, destinado a atraer los báquiros y asegurar una copiosa cacería. Ante nuestro asombro e interés, traen los instrumentos para ensayar el acompañamiento musical de la danza: las flautas de caña de *guasdúa*, que los criollos llaman *juajua*. Nos disponemos a oír gratas armonías, pero nos estremecemos al escuchar tan sólo hoscos resoplidos y ruidos extraños... ¡Su música es una imitación de los gruñidos que emiten los báquiros! Dicen que sirve para atraerlos... aunque alguno de nosotros piensa que mejor serviría para alejar animales y gentes, de lo estridente que suena... ¿o es acaso un acercamiento a la música moderna, a esa que llaman música concreta?

Mamá se protege los oídos nerviosa y Muñeca, que se había dormido, despierta asustada. Superloro manifiesta su descontento agrediendo a picotazos mi oreja derecha. En cambio, Mor y Ocho

están extasiados y acompañan con meneos e improvisados silbidos los inéditos sonos.

—¡Parece rap! ¡Qué bueno está esto! —y al finalizar este primer concierto, enseguida quieren averiguar:

—¿Hay algún otro baile que imite o llame a los animales? ¿Podríamos aprenderlo?

Nuestros jóvenes amigos, ya desenvueltos, se muestran complacientes.

—¡Seguro! —consienten en su propio idioma, pero con una energía y una mímica tan extraordinarias que nos proporcionan una comprensión cabal—. Vamos a enseñarles el rito de los cunaguaros. Ellos custodian la selva y también nuestra cultura. Si quieren, empezamos ya, vamos todos.

Los morochos, como repentinos cunaguaros, imitan los rugidos y los movimientos de Uno, Dos y Tres. Todos a gatas por el suelo, se agitan y lanzan zarpazos a enemigos imaginarios mientras gruñen amenazantes. Los observo admirado. En verdad no lo hacen nada mal, casi diría que les sale perfecto. Cuando terminan y se sientan en el piso, exhaustos, empiezan a reír y murmurar entre ellos. Tengo la impresión de que los cinco jovencitos están confabulando, pero no me esfuerzo por averiguar de qué se trata. ¡Un poco más tarde lo sabré!

Se han formado dos grupos, el de ellos y el de los papás, al cual me agrego.

—¿Cuántos *Pemón* quedan ahora? —pregunta Rafael.

—Somos cada vez menos —lamenta el Capitán en su español escaso pero comprensible— y cada vez más desasistidos. En el siglo pasado, el siglo XX, la aparición de enfermedades traídas por los criollos causaron terribles devastaciones, se diezmó la población indígena. Puros, quizás lleguemos a cuatro mil, criollizados, poco más del doble.

—¿Criollizados? —inquiero.

—Sí, son los que van a trabajar como personal de campo de la Dirección de Fronteras, del Ministerio de Sanidad, de algunas empresas de explotación minera especialmente de diamantes, o si han logrado estudiar, como maestros en las Misiones. Algunos regresan regularmente, otros de vez en cuando, la mayoría jamás.

—¿Qué se está haciendo para defender los derechos de la etnia, preservar y transmitir su cultura, sus tradiciones?

—Nosotros no sabemos mucho de cosas antiguas ni de luchas para reivindicarlas —contesta con modestia el Capitán—. Aparte de lo que algunos cronistas o misioneros españoles hayan podido recoger, nuestro pasado, toda nuestra tradición oral se han ido difuminando en el tiempo.

—¿Y los *Tarén*?

—Los *Tarén* no son históricos en su contenido. Son invocaciones mágicas, desahogos, consuelos espirituales.

Kurumatu está en lo cierto, ha hablado bien.

Los *Pemón*, más que de luchar para conseguir ventajas, están pendientes de sus tierras, de las cuales dependen, pues les dan el sustento, la vida, a través de la horticultura de tala y quema. Se esfuerzan por defenderlas, al verlas peligrar ante el acoso de los hacendados y ganaderos criollos.

—Nosotros, los capitanes *pemón*, estamos tomando parte activa en la formación y en las labores de la Federación Indígena del Estado Bolívar y de la Confederación Indígena de Venezuela. Luchamos por preservar el derecho a las tierras que siempre, tradicionalmente, hemos habitado.

—¿El Estado se las reconoce?

—Hasta no hace mucho —papá interviene en apoyo de *Kurumatu* con una de sus largas disertaciones— se permitía a los terratenientes criollos considerar la tierra indígena como baldía, lo cual favorecía las invasiones. Los criollos o no naturales, a quienes aquí llaman también, refiriéndose a sus nacionalidades *spanyoro* (español venezolano), *karaíva* (brasileño) *mekoró* e *inglespon* (negro y blanco guyanés), *paranaquire*, holandés, y en término general *Tupónken* (hombre con ropas), o “racionales” en español, son para estos indígenas un fenómeno que han llegado a aceptar como parte de su vida en los últimos doscientos años. En definitiva, éstos no son sino los fabricantes, los proveedores de los artículos manufacturados que han comenzado a ser también para ellos de primera necesidad, o que desean poseer pero que no están en capacidad de producir: herramientas, ropa, calzados, utensilios, medicamentos.

El capitán y yo mismo escuchamos en la más completa concentración. De su expresión casi reverencial, noto que *Kurumatu* presta

la máxima atención. Me siento orgulloso de mi papá, un hombre tan sencillo, accesible, que sin embargo sabe tantas cosas, habla con tanta propiedad, llega con sus palabras a la mente y al corazón de gente tan distinta.

—Cuando hablan de sus relaciones con los criollos —continúa Rafael dirigiéndose a mí especialmente—, los *Pemón* siempre se definen como: *Pemonton Tuariton*, “Nosotros los *Pemón* que somos pobres”. Aceptan ir a trabajar con ellos, como asalariados, en las minas de diamantes, en las misiones, pero sólo hasta obtener el dinero suficiente para sufragar sus necesidades inmediatas y adquirir artículos de proveniencia criolla. Enseguida, después retornan con sus compras al hogar. Pero hay pocas fuentes de trabajo remunerado en la región. En *Kamarata*, *Kanavayén* y *Wonken* la misión capuchina es la única, y también el único centro de abastecimiento de artículos criollos, que se compran en efectivo. Son numerosos los indígenas que están en deuda permanente con la misión, y periódicamente deben regresar para pagar, aunque por partes, con su trabajo. Los emplean en la construcción de edificios y dependencias, en el levantamiento de represas para el suministro de agua; en el corte de maderas; en la labranza y cultivo de las tierras para el abastecimiento de los padres y sus escuelas. Sin embargo, muchos se dan cuenta de que ellos son los menos beneficiados, y mayormente marginados.

El capitán *Kurumutu* asiente con gran convicción y agrega apesadumbrado:

—Si esto sigue igual, si no se nos reconoce la tenencia legal de nuestro territorio, se volverán sombrías las perspectivas del porvenir, será oscuro el destino de los *Pemón* que permanecen arraigados en sus tierras tradicionales. ¡Que *Kanaima* se aleje de nosotros!

Esa referencia a *Kanaima*, el ente inmaterial, el espíritu del mal en todas sus formas y manifestaciones, la fuerza maligna que causa enfermedades y epidemias, despierta en mí otra ola de inquietudes. ¡Qué rico es el fabuloso mundo *pemón*!

Owaka, la mujer del Capitán que nos ha preparado la sabrosa cena, es la única de la familia que lleva la cara tatuada y gruesos zarcillos de madera y metal que, según creo entender, llama “mariposas”. Habla español, mejor que su compañero, pues ha trabajado en su juventud con una maestra bilingüe. Conversando con ella me

he enterado de que existen los *Kanaimatón*, seres sobrenaturales que pueden manifestarse en forma humana o animal y se encuentran de noche en la selva; los *Awapiri* mencionados en los *Tarén*; los *Mawaritón*, espíritus fluviales que pueblan los ríos al oscurecer y ayudan a los chamanes en sus curaciones. Tienen algo de brujos, mis amigos *pemón*...

—Cada persona —me había explicado *Owaka*— tiene cinco almas, que son como sombras, incorpóreas, pero sólo una, la que habla, puede ir al más allá después de la muerte. También los animales y plantas tienen alma, sólo las piedras carecen de ella, y allí se refugian los espíritus malos.

Acerca de todo esto no puedo discutir con el Capitán, son cosas secretas. Los *Pemón* guardan celosamente sus tradiciones. No les molesta que lleguemos a conocerlas, pero no permiten que las mencionemos ni que opinemos sobre ellas. Si yo lo hiciera, mi padre me llamaría la atención con mucho rigor. Sin embargo había algunas dudas, fruto de mis lecturas de los cronistas, que daban vueltas en mi cabeza durante esta segunda etapa del viaje y que, aprovechando la buena disposición de *Kumuratu*, me atrevo a consultar:

—*Kanaima*, el espíritu del mal... que dio nombre a parte de esta región... que era nombrado y temido por viajeros de siglos pasados... y mencionado por los cronistas... ¿Todavía existe?

—¿Cómo “todavía”? —se indigna *Kumuratu*— *Kanaima* siempre existió y siempre existirá. Es un espíritu ancestral, que habita la selva en todas sus formas y manifestaciones. *Kanaima* es la fuerza más activa y poderosa de la vida *pemón*.

—¿Pero no es algo maligno? ¿Algo que les hace daño a ustedes, a los *Pemón*?

—El mal es necesario —responde gravemente— como la muerte. Nuestro mundo no es, no puede ser completamente bueno. Los malestares, los daños, los malos sentimientos nos acechan, son *Kanaima*, se manifiestan en enfermedades y epidemias que sólo el chamán, es tradición, sabe curar con hierbas y flores salvajes.

—¿Entonces *Kanaima* es un ser, una persona, una emanación?

—Puede ser un ente puramente espiritual o su encarnación en forma humana.

—¿Sólo humana?

—También animal. Y hasta vegetal, en los árboles, en la maleza.

—¿Pero tú, Capitán, también crees en *Kanaima*?

—Profundamente. ¡Lo he pensado y estudiado mucho! Una antiquísima leyenda *yekuana* dice que *Kanaima* encierra el espíritu de los primeros hombres que por desobedientes y crueles fueron transformados en demonios por el Supremo Hacedor —me confía a continuación.

Se nota por su forma más fluida de expresarse en castellano, que este tema le es cercano, familiar. ¿Acaso en algún momento otros viajeros, exploradores, antropólogos, le han hecho preguntas, lo han discutido con él? Los *Pemón*, así como los *Warao*, y algunos *Kariña*, están alejados, pero no fuera del mundo. Su forma de vivir despierta respeto, interés, curiosidad. El nombre de *Kanaima* resuena en toda la selva amazónica, en el Orinoco y en Guayana.

Corta nuestra conversación un silbido ululante, como de búho nocturno. Otro le responde con la misma lobreguez. Parecen provenir de los árboles cercanos. Salgo afuera. Siguen los silbidos, escruto los yagrumos y los bucares, y de pronto logro distinguirlos entre el ramaje, pintados de negro y de verde con la tradicional tintura *pemón* que seguramente, con el mayor gusto, le han proporcionado los tres hermanos de curiosos nombres. Son Mor y Ocho, que detienen los lúgubres gritos para anunciar:

—¡*Kanaima*, habla *Kanaima*!

Todos se acercan y he aquí que, impresionados por la algarabía que despertaron o debido a su impericia, los dos emisarios de *Kanaima* resbalan y caen estruendosamente al suelo, donde yacen como enormes iguanas camufladas, con la consiguiente burla general.

Ya pasado el sobresalto, vuelvo a reunirme con mi padre y con el Capitán y me atrevo con otro tema:

—¿Y la leyenda de El Dorado...? ¿Saben de qué se trata, alguna vez la creyeron? ¿Es verdad lo que antiguamente contaban exploradores y viajeros acerca de una ciudad de oro, con calles llenas de polvo dorado, que los españoles situaban en estas tierras?

La expresión del Capitán, de abierta y colaboradora, se vuelve seria, ceñuda. Mientras tanto Uno, Dos y Tres con mis hermanitos, acompañados en la retaguardia por Superloro que corretea veloz, llegan en tropel y le dan un tono irónico a la conversación:

—Yo opino que era una artimaña de los indígenas, para alejar de ellos a los conquistadores —apunta Mor, muy sabihondo.

—Tal vez algún indígena lo creyó por haber tomado demasiado *kachiri* —se balancea como mareado Ocho, haciéndose el chistoso.

Ninguna contestación por parte del Capitán.

—No hay que ser tan escépticos con las creencias indígenas —interviene pausadamente papá—; aún hoy existe una leyenda de la “Ciudad Dorada” que se ve desde el aire: tiene altas torres de oro y calles empedradas con guijarros color del sol.

—¿Ah, sí? ¿Pero puedes decirme dónde queda? —inquire sardónico Ocho.

—Algunos la han visto sobrevolando la Guayana, otros al sur, hacia Amazonas. Tal vez en algún arcano lugar de la selva, al sur oriente de Venezuela, está de verdad escondido el fabuloso poblado donde la gente se recubre de polvo de oro, en un antiquísimo ritual, para después sumergirse en un río y dejar en su lecho todo el brillo de sus cuerpos.

—Pero nunca se supo cuál es el río, cuáles las aguas teñidas en oro...

—¡Cómo me gustaría bañarme en ese polvo esplendoroso! Pero no lo botaría en el río —comenta Mor extrañamente codicioso.

—¡Claro que no! Lo guardarías para comprarte todos los dulces del mundo —le replico en burla cariñosa, aludiendo a cierta golosidad del número cero.

—¿Me vas a decir que tú no quisieras ese oro? —me interroga Ocho con una rara expresión que nunca le había visto.

Creo que de mis dos ceritos se ha apoderado por un momento la fiebre del precioso metal. ¿Será que el espíritu de *Kanaima* nos acecha? Miro a mis inocentes hermanos y hago una silenciosa plegaria para protegerlos de todo mal, sobre todo del egoísmo y de la codicia.

Mientras, el Capitán mantenía un silencio respetuoso, que nos pareció enigmático. ¿Acaso él y su gente eran los guardianes de aquellos secretos? ¿Conocerían el misterioso lugar donde está ubicado El Dorado? ¿Existe, existió aquel fabuloso pueblo? ¿Puede ser cierta la creencia de que el oro huye de los blancos y sólo se muestra a los indígenas?

Se hizo un ambiente pesado que rompió el grito estridente de Superloro:

—¡Oro! ¡Loro, oro, loro, aquí, aquí!

Su voz impertinente nos recordó la de los ambiciosos aventureros, Walter Raleigh, Diego de Ordaz, Jerónimo de Ortal, Ambrosio Alfínger, Jorge Spira, Antonio de Berrío, que recorrían la Guayana en pos del mítico Dorado. Lo comentamos un poco en serio un poco en broma, pero el Capitán seguía obstinadamente callado, con aire solemne.

¡Cuánto de misterio, de magia, encierran estas culturas indígenas! Nunca pudo aclararse el secreto, nunca pudo localizarse el sitio de un lugar tan fantástico. Y sin embargo, el mito sigue vivo aún hoy día. ¿Será cierto que El Dorado existía sólo en el universo mágico y sobrenatural de la leyenda, en el vasto territorio mítico de las antiguas tradiciones indígenas? ¿Acaso hay algo oculto, algún enigma que ellos quieren mantener a toda costa? Es penoso pensar que sus hermosos mitos, que con tanto celo han preservado, corren el riesgo de desaparecer con ellos, de no existir un esfuerzo serio y real por ayudarlos a conservar su propia identidad como pueblo.

Aquella noche nos desvelamos sugestionados con El Dorado, el maléfico *Kanaïma*, los secretos de los *Pemón*. Pero a pesar de todo, a mí, personalmente, el chinchorro típico de ellos me resultó tan cómodo que acabé por dormir largamente. Por algo dicen entre los indios que los chinchorros *pemón* son inigualables, y que los *Yekuana* los aprecian al punto que los truecan con lo mejor de su producción, los célebres rallos. No me desperté sino bien entrada la mañana a los gritos jocosos de mi hermanita:

—¡Los tucusitos, los tucusitos!

Salto velozmente al suelo, me asomo con prisa a la entrada de la choza para gozar del espectáculo. Miro al cielo esperando ver, suspendida en el aire, una nube de graciosos tucusitos, chupaflor o pájaros-mosca. Nada de nada. En cambio, gateando por el suelo con cómicos movimientos, se me acercan cinco tucusotes: son los tres muchachos *pemón* y nuestros dos criollos, en taparrabos, que se han pintado el cuerpo imitando al colibrí: pecho azul violáceo, garganta blanca, patitas coralinas, uñas y pico (o boca) oscuros, alas y cola (o brazos y asentaderas) negros, con puntos bermejos y matices de un verde dorado. Están interpretando el baile *Tukuí*, que se realiza para invocar a los pájaros, ya que los *Pemón* creen que el espíritu humano transmigra en el animal. La danza del *Tukuí*, así como la del *Pari-chará* que atrae a los báquiros, y también el ritual de los cunaguaros,

son pruebas de la creencia tan común en varios grupos indígenas, de que invocando al animal a través de su imitación se le atrae y captura.

Mis hermanos abren los brazos como si volaran, silban con maestría imitando el hermoso gorjeo del diminuto pájaro que invocan. Y he aquí que Superloro, contagiado del frenesí de aquel mágico rito, vuelve a sus ancestros de la selva y, erizando el copete, revolotea entre los danzarines con las alas abiertas, desplegando sus plumas multicolores en una impresionante danza salvaje. Los silbidos de los morochos, el zumbido que hacen los *Pemón* imitando el vuelo rauda del tucusito y los eufóricos gorjeos de mi loro, se confunden en una novedosa armonía.

Debo reconocer que la actuación de los cinco danzarines es excelente, y así lo considera papá que después de haberles tomado varias fotos corre tras ellos con su cámara de video. La película será un grato recuerdo para la familia. En verdad, esto es mucho mejor que la fallida representación de *Kanaima*. La danza mixta debe de haberle agradado también al Capitán, pues al momento de irnos les dirige a los morochos un saludo especial:

—¡Vuelvan pronto, *Tukuí*!

Tan satisfechos se sienten ellos, que apenas arranca el jeep empiezan a planificar una representación del baile *Tukuí* en el plantel de El Valle. Nuestros padres aplauden la idea, pero yo (¿acaso con un sesgo de rivalidad, de envidia por su éxito?) cedo a la mezquina tentación de echarles una ducha fría:

—Tendrán que inventar algo, porque en la escuela no los van a dejar bailar en taparrabos...

Todavía me arrepiento de mi mezquindad y de mi imprudencia, porque desde entonces mis traviosos hermanos han silenciado a la manera *pemón* mi nombre Filatelio... y me han atribuido el apodo que aquellos ingeniosos indígenas acuñaron para los extranjeros y los criollos: *Tuponken*, “hombre vestido, hombre con pantalones”.

Tarén para sobrevivir la muerte de la mujer amada

*Amada mía, amada,
cómo olvidar tu brillo,
dame fuerzas
para soñar que estás aún conmigo.
Porque tu ausencia duele
como la herida de mil dardos ponzoñosos
en la mitad del pecho.
Cómo olvidar
el color de tu risa suave como lluvia sobre el caño,
cómo olvidar tu ropa revuelta
que se abrazaba tenue alrededor de tus muslos,
tu cuerpo andariego,
pleno de soles y lunas,
tu acento de pájaro silvestre,
tus pasos de jaguar,
tu sigilo de nube leve como un celaje de la tarde.
Evoco tus cabellos nocturnos,
suaves como las alas de seda
de las doradas mariposas.*

*Con esas alas vuelas tú, amada,
con esas alas doradas y sedosas.
Vuela sobre la selva,
sobre las montañas sagradas,
vuela con alas de mariposa
sobre los ríos interminables,
vuela con alas de colibrí brillante
sobre las grutas secretas
de las cumbres desconocidas,
mientras yo encuentro tu rostro
en las hojas y escucho tu acento en las piedras
que los niños lanzan al río,
y oigo tu risa en el salto de agua más cercano,
y siento de nuevo tu olor
entre las frutas escondidas del monte.*

Tarén de un joven perdido en la selva

*No conoce los caminos
y quiere encontrar el rastro,
la huella invisible del Chamán amigo,
el de los largos cabellos,
el de la voz de águila
y murmullo de espumas,
del amor insatisfecho,
de la pasión inconclusa,
el del tabaco que jamás se apaga.*

*Tarén de un niño-tigre
que no encuentra el rumbo.
Le preguntará a los astros el camino,
a la luna fría y distante,
y después oirá la voz
del mochuelo nocturno
el canto helado de los grillos,
el trino solitario de las aves
que pueblan la noche espesa.
Escuchará el rugido
de los ardientes cunaguaros*

*que se acercan envueltos en luciérnagas,
para llevarlo al río
para que sacie su sed de siglos
y contemple el rostro sabio del padrino.
Tarén del joven que bebió
el agua pura de la tierra
escarchada de estrellas,
y supo que el Chamán protector
lo miraba desde el aire,
guiaba sus pasos.
Así encontró el sendero
y fue uno con los seibos de copa riente,
fue uno con el viento,
uno con el lustroso cunaguaro,
con el obstinado armadillo.
Así llegó al lugar seguro
y no lo tocó la tormenta,
ni lo asustó el murciélago, ni la lechuza,
porque conoce todos los secretos de la selva,
por eso toca su flauta
mientras termina este Tarén,
Tarén de un joven
que halló su camino.*

Los *Sape*, sombra y alma

Nos dirigimos siempre más al occidente. Al acercarnos a los dominios de los *Sape*, caminos boscosos, altísimas lianas y bejucos a ambos lados casi obstruyen en ocasiones el paso de Tío Jeep. Pero noble y valiente avanza nuestro rústico por la densa selva. Yo no veía nada sino los zancudos que nos asaltaban a más y mejor, hasta que al mirar una copa de árbol me pareció que unas flores oscuras se movían y las ramas se balanceaban rítmicamente:

—¡Estoy mareado, veo flores bailando! Tengo un mareo macho...

—¡Las flores bailan, bailan! —grita Maigualida.

—Es verdad —exclaman los morochos—, las plantas bailan, aquí todo parece bailar. ¿Qué pasa?

Las flores oscuras que creímos ver, son una gran manada de macacos, devorando las ciruelas de huesito de un inmenso árbol cargado de esta sabrosa fruta. Al oír nuestros gritos, ellos también emiten unos chillidos agudos y luego continúan comiendo y peleándose por las mejores ciruelas. Aprovechamos para detallarlos cuando el jeep se les acerca más. Son de un bonito tono caramelo, poseen un pelaje color miel, y su rostro es blanco. Pareciera que llevaran una graciosa máscara, por eso también se les llama “monitos cariblanco”.

—¿Qué otros monos hay por aquí? —quiere saber mamá.

—Muchos otros, a cual más sorprendente, por ejemplo el mono araña —contesta Rafael.

—¿Pica como una araña?

—No, hijos, es que es negro, peludo, y sus brazos y piernas son tan largos como su cola. Pero es inofensivo y totalmente vegetariano, aunque a veces come algunos insectos.

—Luego están los tití, que si los ves, querías tener uno. Son muy bellos con su cara de niño y su melena de león.

—¡Qué monitos más monos, valga la redundancia!

—Hay también los araguatos que acabamos de ver tan gritones y escandalosos, luego los capuchinos, esbeltos y ágiles, siempre en movimiento, de un marrón muy parecido al del hábito de los monjes capuchinos, no te olvides de ellos —agrego.

Atravesamos quebradas y riachuelos, mientras una fresca brisa proveniente del norte nos brinda a ratos cierto sosiego. En el jeep estalla el jubiloso alboroto que arman los morochos, subrayado alegremente por la niña.

—*Sape, Sape* —exclama ella.

—*Sape, Sape* —apoya Superloro.

—¡Una lupa, una lupa! —grita Mor.

—¡Un microscopio, un microscopio! —chilla Ocho.

—¡Upa, opio! —refuerza Muñeca, alborozada.

—Uh, ah, oh —corea Superloro.

—¡A callar! —les impone papá— Son más ruidosos que una bandada de guacamayos. ¿A qué se debe este escándalo?

—Al itinerario —explica Mor.

—A “tu” itinerario —completa Ocho.

—En todo caso, sería “nuestro” itinerario. ¿O es que no quieren seguir?

—¡Seguro que queremos! Pero necesitamos una lupa.

—Y un microscopio.

—Inerario... upa... opio... —ríe Muñeca.

—¡Basta, parecen gatos aullándole a la luna! ¿Para qué quieren esas cosas? ¿Se han vuelto sabios de repente? ¿Investigadores? —los interroga mamá.

Silencio por parte de ellos.

—Cuando no hablan, algo están tramando. Rápido, a decir lo que les ocurre. Enseguida, por favor.

—Hablo yo.

—No, tú no, yo.

—Yo.

Por fin, empiezan a hablar. Y como de costumbre, sin haberse puesto de acuerdo previamente, lo hacen a una sola voz, con las mismas palabras. ¿Cómo lo logran? Artimañas de morochos...

—¿Dónde vamos a encontrar a los *Sape*? Tenemos muchas ganas de verlos, pero, ¿dónde hallarlos?

—Buscaremos en la isla Casabe, situada en el Bajo Paragua.

—Luego en el Medio *Karún*, afluente del Medio Paragua.

—Y por fin en el Alto Paragua, al pie del raudal Cosoiba, también llamado *Osoi-merú*.

Tienen razón. Estas son las tres zonas de la cuenca del Río Paragua, del Escudo Guayanés, donde los pocos *Sape* que aún existen se ubican.

—Correcto, saben mucho sobre los *Sape* ¿Y qué pasa, qué les preocupa?

—*Sape*, pasa, *Sape* —Muñeca se divierte.

—Pasa... que sin microscopio no los vamos a encontrar —lamentan los morochos, siempre al unísono—, porque según los antropólogos, la población de los *Sape* aún pura, es decir no mezclada, no excede a quince personas, dispersas en estas tremendas extensiones.

—¡Hacen falta lupas, lentes, microscopios! —insisten a una sola voz.

—Upas, entes, opios —refuerza Muñeca.

Cómo se enteraron, difícil saberlo, pero por una vez mis hermanos están en lo cierto.

Los *Sape*, término que constituye la autodenominación del grupo, son una etnia particular, con una filiación lingüística independiente. Su idioma representa una lengua aislada... hablada hoy día por no más de dos decenas de personas, pues muy pocos son los *Sape* que sobreviven en su propio territorio. Muchos de ellos han sucumbido, otros se han alejado, perdiendo así sus nexos con la comunidad y el entorno.

Yo mismo trato de explicar, recordando lo que he logrado averiguar sobre ellos:

—Los *Sape*, ancestrales pobladores de la zona del Alto Paragua, antiguamente eran numerosos y fuertes. Ellos dieron nombre a los ríos (*Pauré murán*, *Mo murán*), y a muchos saltos de agua. Luego, tal como hicieron otros indígenas cuales los *Shirishbana* o *Yanam* que emigraron desalojados por la avanzada de la sociedad blanca, se refugiaron en el área del *Karún*, en las cabeceras de los ríos *Pauré-murán* y *Karún* las cuales están cercanas, separadas por un trayecto de apenas dos o tres días de camino, lo que es muy poco para aquella inmensidad. Se sentían inseguros; por eso nunca abandonaron las costumbres itinerantes, y sus viviendas se volvieron aún más rudimentarias.

—Sigue, *Tuponken* —me animan, aunque con poco respeto, Mor y Ocho.

—De los escasos contactos que tuvieron con los criollos se originaron entre ellos epidemias de enfermedades contagiosas, que son terribles para los naturales, quienes, lo sabemos, no están dotados de anticuerpos ni poseen vacunas. El sarampión diezmó a la comunidad. Ni la magia de los chamanes *sape*, ni aquella aún más potente de sus vecinos *Yaman*, resultaron suficientes para sanarlos —termino exhausto, pero satisfecho de haber dado una lección a mis dos ceritos, transmitiéndoles estos conocimientos adquiridos a lo largo de lecturas realizadas en la biblioteca de la Fundación La Salle.

Me quedo largo rato callado. Pienso en la suerte de tantos indígenas. Acosados, amenazados, diezmados como los *Sape*. O bien obligados a claudicar, a mezclarse, a perder su individualidad. En efecto, no lejos de estos escasos *Sape* puros, hay sin embargo otros, entremezclados con los *Arutani* o *Uruak*, con los *Yanami*, con los *Pemón*, cuya lengua hablan ahora. Llevan una existencia distinta. Ya no forman comunidades, ni viven en la protectora selva tropical. Se han trasladado a las zonas mineras, se expresan en español, trabajan y comercian en las minas de diamantes, en la cuenca del Paragua y especialmente en la isla de Casabe. No mantienen su estilo de vida indígena, pero tampoco son venezolanos en plena posesión de sus derechos, asistidos por la ley, y se ven constantemente explotados y humillados.

Ahora en el rústico reina un extraño silencio. Quizás, como yo, los demás también reflexionen calladamente sobre el destino de nuestros indígenas. Aún falta bastante por llegar. Tío Jeep sigue avanzando entre tupidas lianas, a veces casi a ciegas, se tambalea sobre ramas,

piedras y raíces que cubren el camino, chapotea en charcos y más charcos.

—Jóvenes, no me gusta verlos tan decaídos, tan silenciosos. No se queden callados, canten, hablen, busquen un tema de conversación, de discusión —nos anima papá.

Ante esta invitación, los morochos sorprendentemente echan mano de sus mapires, regalo de los *Warao*, a los cuales trasladaron parte del equipaje aliviando así los repletos morrales. Con toda formalidad extraen un pliego grande enrollado al estilo de pergamino o papiro egipcio, y majestuosamente se disponen a desenrollarlo.

Está completamente lleno de las caligrafías menudas y torcidas de Mor y de Ocho, tan parecidas que es imposible distinguir una de la otra... Hasta en la escuela, esto es un secreto, se intercambian los trabajos, las tareas, los cuestionarios... y nadie se da cuenta.

—¡Qué pícaros! —les dije yo una vez.

—Pues sabrás, todos los estudiantes somos pícaros.

—¿Y los exámenes?

—¡Ah, no, eso no! Cada uno se hace el suyo y si se embroma, allá él. Los alumnos tenemos nuestro código de honor: no se engaña a los maestros.

—Afortunadamente, mis ceritos son jóvenes sanos, inteligentes y honrados —reconocí en aquel momento.

—¿Pero, qué es eso? —pregunto ahora— ¿Qué será ese papiro que traen con tanto cuidado? Tiene cara de un documento serio. ¿Acaso es un testamento, por si se los come un tigre, o los devora un caimán, o los pica un zamuro, o se los englute una tragavenados?

—Cállate, orejón, palillo, pájaro de mal agüero. Es un decálogo.

—¿Un decálogo? ¿De dónde sacaron eso? ¿Conocen bien esa palabra?

—Claro, el decálogo de los diez mandamientos de la Biblia, el decálogo de los cuentos de algunos libros célebres. Significa diez de cada cosa. El nuestro contiene preguntas sobre los indígenas que vamos a hacerles ahora mismo.

—¡Pero el de ustedes es tan largo! No puede ser un decálogo. Será un centálogo, un milálogo.

Aunque ningún título se le adapte perfectamente, los morochos desenrollan su papiro y leen solemnemente, una a una, las inquietantes preguntas acerca de los indígenas que contiene. Decidimos,

entre todos, buscar unas breves respuestas, satisfactorias para el momento, y quizás las retomaremos para completarlas y profundizarlas al final del viaje, cuando tengamos mayor información.

Barajando ideas, nos abocamos enseguida, con entusiasmo, a la tarea de contestar el “milólogo”:

¿Qué se entiende por indígena?

En términos criollos, son considerados como indígenas aquellas personas que hablan o hablaron en su infancia una lengua indígena, o cuya madre o abuela la habló.

¿Qué se entiende por comunidad indígena?

Una comunidad indígena es aquella que desciende directamente, por vía transgeneracional, de otras comunidades ya presentes en el continente para el momento de la llegada de los primeros conquistadores; los indígenas se caracterizan además por la conservación, siquiera parcial, de su identidad, lengua y cultura distintiva, a pesar de la inevitable aculturación y mestizaje.

¿Por qué hay confusión entre los nombres que se les atribuyen a las comunidades indígenas?

Porque ellos mismos utilizan distintos nombres que heredaron de sus antepasados, y tienen además los que les dieron los conquistadores, misioneros y más tarde los antropólogos, de acuerdo a criterios algunas veces infundados o apresurados, y no unánimes.

¿Cuáles elementos comunes encontramos entre todas las etnias?

El color cobrizo de la piel, el cabello negro, liso y brillante, los ojos rasgados y oscuros, estatura pequeña, miembros cortos. Son lampiños, fuertes, ágiles, veloces, recatados y generalmente silenciosos.

¿Por qué los Warao se llaman a sí mismos “gente de canoa”?

Porque siendo su hábitat el Delta del Orinoco viven entre caños y ríos, y pasan gran parte de su vida en las canoas, navegando de un pueblo a otro para intercambiar sus mercancías.

¿Cuáles productos propios utilizan los indígenas para sus intercambios?

Vasijas, cestas, esteras, puntas de flechas y arcos, totumas pintadas, collares, rалlos; figuras talladas en madera de animales cuales cunaguaro, tucanes, morrocayos; plumas de garza, chinchorros de moriche; semillas, especialmente de auyama, que en poco tiempo dan un fruto muy nutritivo, de grandes propiedades alimenticias.

¿Dónde se localizan las comunidades yaruro?

Los *Yaruro* o *Pumé* se localizan en los llanos del occidente de Venezuela, en el estado Apure y en los playones del río Arauca.

¿Cómo eran llamados los Bari en el siglo pasado?

Eran llamados “motilones”, vocablo que viene del español antiguo “motilar”, por cortar. Se les llamó así porque su cabello fue rapado o cortado por los misioneros durante la Colonia a causa de una epidemia de tifus, y de una invasión de piojos.

¿En qué se parecen los Warao y los Yekuana?

En que ambos viven cerca del Orinoco y es este río su principal sustento. Los *Warao* navegan por los caños del Delta. Los *Yekuana* están asentados en la selva de la ribera sur del Orinoco y su territorio llega casi hasta los límites con Guyana o Brasil.

¿Cuáles son los indígenas más cercanos a la vida criolla de Venezuela?

Los *Kariña*, que viven en chozas con techo de palma, pero alfombradas y amobladas al gusto citadino. Poseen automóviles, visten ropas como las de los caraqueños, y sin embargo no han perdido sus costumbres y tradiciones.

¿Y después de ellos?

Después de ellos los *Wayuu*, también llamados Guajiros, que viven en casas de bahareque al estilo criollo, han aprendido a manejar, poseen automóviles, camiones, computadoras y celulares.

¿Es cierto que los Kariña descienden de los Caribe?

Descienden de los *Caribe* pero han progresado mucho, tanto que hoy día son prósperos comerciantes o activos ganaderos.

¿Cuáles indígenas buscan en el relámpago del Catatumbo el camino del cielo?

Los *Wayuu*, quienes creen que ese resplandor, un fenómeno natural, señala el paso de las almas al más allá.

¿Dónde viven los Jodi y cuán numerosos son?

Viven en la selva del estado Amazonas y lamentablemente quedan muy pocos, apenas algunos centenares.

¿Y los Sape?

Habitan zonas del Bajo, Medio y Alto Paragua, y están en peligro de extinción porque de ellos hoy día sólo se han localizado unas quince personas.

¿Cuáles indígenas participaron en la guerra de Independencia?

Los *Yaruro* o *Pumé*, habitantes de los llanos que combatieron bajo el mando del general José Antonio Páez, y también algunos *Kariña*.

¿Cuáles etnias habitan la sierra de Perijá, al occidente de Venezuela?

Los *Bari* y los *Yukpa* habitan la sierra de Perijá. Antes eran llamados, respectivamente, motilones bravos y motilones mansos.

¿En qué se diferencian los Bari y los Yukpa?

Los *Bari* son más audaces, y en un pasado fueron fieros y agueridos. Los *Yukpa* son de naturaleza suave y afable, más bien taciturnos, tímidos y esquivos.

¿Cuáles son los indígenas que recitan conjuros y oraciones?

Los *Pemón* conocen y recitan oraciones y conjuros llamados *Tarén*, para varios momentos de la vida: el amor, la caza, los peligros, las enfermedades. Los *Tarén* son una especie de reflexiones o relatos interiores, que hacen llegar su mente a un alto grado de concentración y les permiten adquirir poderes especiales.

¿En qué se diferencian los Yanomami de los Yekuana?

Estas etnias son bastante distintas, aunque vivan relativamente cerca. Los *Yanomami* están asentados en Amazonas, cerca de la frontera de Venezuela con Brasil, y su vida se centra en la selva. Los *Yekuana* se ubican hacia Guayana y el Esequibo, en los límites de Venezuela con Guyana, y su vida se desenvuelve en el ambiente de la Orinoquia, su fauna y flora. Hay diferencia también entre sus idiomas y sus tradiciones.

¿Cuáles indígenas consideran sagrada la palma moriche?

Todos, pero especialmente los *Warao* y los *Yekuana*. De este árbol obtienen fibra vegetal para tejer cestas, frutos para comer, palma para techar casas, troncos para hacer canoas, savia para elaborar el sagú, que es el pan de ellos.

¿En qué se destacan los Yekuana?

En la cestería de alta calidad estética, premiada hasta internacionalmente, y en sus rалlos, muy apreciados por las demás etnias.

¿Por qué los morochos causan sensación entre los indígenas?

Porque entre los indígenas no existen los gemelos idénticos. El rostro repetido, el cuerpo similar les parece un prodigio o un embrujo, algo asombroso.

¿Los indígenas conocen el dinero, lo manejan?

Tradicionalmente los indígenas comerciaban a partir del trueque, cambiando objetos, semillas, adornos, alimentos. Sólo a finales del siglo XIX y albores del XX comenzaron a manejar el dinero, pero en pequeñas cantidades.

¿Por qué los indígenas usan todavía la palabra “cobre” para referirse al dinero?

A principios del siglo veinte, cuando ellos comenzaron a conocer el dinero, se utilizaban mucho los centavos que poseían alto valor adquisitivo, servían para comprar cantidades regulares de todo género de alimentación. Se les llamaba “cobres” por el material con que estaban fabricados, y ellos siguieron llamándolos así. “Cobre” corresponde a lo que hoy día llamamos “plata”, “moneda,” o “dinero”.

¿Cómo duermen los indígenas?

Duermen en hamacas y chinchorros, cerca de un fuego prendido, y algunos sobre esteras.

¿Cómo se cuelgan las hamacas?

Las hamacas se cuelgan en tres palos fuertes colocados en triángulo. Cada uno sirve para colgar un extremo de una, y el de la hamaca contigua.

¿Qué es la Misión Identidad?

Es una misión recientemente creada que se ocupa de los venezolanos indocumentados, y en particular de los indígenas, a los cuales trata de incorporar en el registro de datos con toda la información referente a su comunidad étnica, otorgándoles cédula y permitiéndoles conservar en ella el nombre tradicional que tienen en su idioma.

¿Cómo es la alimentación indígena?

Hay ciertos alimentos comunes a todos, el plátano, el casabe que se elabora con yuca, la cual se da en todo el territorio sudamericano, el maíz, muy fácil de cultivar, y otras raíces autóctonas como el ocumo, el ñame y la batata. También comen muchos vegetales como la auyama, el pepino de monte, y frutas como el cambur, el pijiguao, el aguacate, la yuruma y muchas otras que todavía no conocemos. Las proteínas animales que consumen en todas las comunidades son el pescado de río, el camacuto o camarón de río y frecuentemente los insectos, que son una importante fuente de ellas. Cuando cazan, cobran piezas importantes como dantas, venados, báquiros,

lapas, picures, o bien piezas pequeñas como acures, ardillas, conejos de monte, y además gallináceas como la guacharaca y el paují. A la caza se dedican sólo los indígenas de la selva, a la pesca y cultivo, todos los demás.

¿Cuáles insectos comen?

En la selva, los indígenas comen casi todos los insectos menos los zancudos. Algunos los consumen vivos y otros asados, como los escorpiones, de los cuales dicen que saben a camarones o a pollos.

¿Cuál era y cuál es actualmente el pan de los indígenas?

Se consideran pan de los indígenas el *sagú*, la arepa y el casabe. Su pan antiguamente era la arepa, y de esto hay testigos de viajeros y cronistas. Con la llegada de los europeos y su huida hacia la selva, sólo pudieron recoger y luego cultivar raíces, principalmente la yuca, de la cual hacen el casabe, común a muchas etnias: *Yaruro*, *Yekuana*, *Pemón*, *Yanomami*, *Warao*. El *sagú*, corazón, líquido o savia de la palma moriche, es también apreciado como pan por los *Bari*, *Jodi* y otras etnias.

¿Cuántas veces al día comen?

Generalmente dos veces al día. Al levantarse, antes de salir a la faena, y al caer de la tarde. Esta es su comida principal, en la cual consumen lo que han conseguido durante el día.

¿Qué beben?

Toman sólo agua, generalmente fresca de manantiales, las limpidas fuentes de agua que ellos llaman casimbas, a veces endulzada con miel. En las fiestas, los hombres toman bebidas fermentadas: *Hashiri* o *Kasiri*, a partir del casabe; chicha a base del maíz; chirrinche, caña fermentada por los *Wayuu*.

¿Cuáles alimentos crecen espontáneos en los territorios indígenas? ¿Cuáles deben cultivar en conucos?

Espontáneas crecen las raíces, yuca, ocumo, ñame, mapuey, batata; además el pijiguo, la caña de azúcar, el palmito. Deben cultivar el plátano, el cambur, el maíz, el ají y los vegetales.

¿De qué sufren la falta?

De la sal. Antiguamente les era fácil conseguirla mediante el trueque con los *Cumanagotos*, de los cuales aún hay bastantes en las costas de Anzoátegui y Sucre luchando por recuperar su identidad, que la extraían de las salinas de Cumaná y Anzoátegui. Actualmente, a veces la traen los indígenas *yekuana* y *pemón* desde el sur, ya

que la obtienen en el Brasil, pero mayormente deben surtirse de los holandeses del Esequibo a cambio de muchos días de trabajo, por eso es tan preciada. En tiempos de la Colonia se logró un acercamiento con los indígenas mediante la sal que los colonos llevaban a sus asentamientos.

¿Hay perros entre ellos? ¿Cómo son? ¿Y gatos?

Hay crónicas que mencionan la existencia de una raza autóctona de perros, especialmente en el área de Guayana. Eran pequeños y muy útiles en la caza. Ladraban fuerte si la presa era grande, báquiro o venado; y el ladrido más débil denotaba una presa pequeña, lapa, picure, cachicamo. Los gatos, si los hay, deben haber sido llevados por los misioneros para acabar con las ratas.

¿Es verdad que las indígenas amamantan a monitos pequeños?

Las *yanomami*, *pemón* y *yekuana* acostumbra amamantar a monos y baquiritos cuando la madre ha muerto.

¿Cuáles son los animales preferidos de los indígenas?

Los que se pueden domesticar: monos de varias clases, morrocayos, pájaros, loros y guacamayos. Buscan mucho al turpial por su canto armonioso y suelen domesticarlo así como al loro, enseñándoles a dar la patita y a permanecer en su hombro, inclusive cuando caminan o se bañan en los ríos.

¿Cómo se comportan los loros de la selva? ¿Hablan? ¿Les enseñan a hablar?

Los loros y pericos aprenden a hablar las lenguas indígenas, a silbar como otras aves y a cantar cantos locales, porque desde que los atrapan pichones les enseñan palabras, ruidos, silbidos.

¿Cuáles animales son peligrosos para los indígenas?

Son peligrosas para los indígenas las fieras de la selva que atacan de improviso, jaguares, pumas, cunagueros, gatos monteses, y en los ríos caimanes y caribes, así como el candirú en las aguas quietas. En los caminos selváticos los acechan las serpientes, para cuyas mordeduras conocen varias plantas que las curan o neutralizan.

¿Cómo se defienden de ellos? ¿Tienen armas de fuego? ¿Y municiones?

Armas de fuego no tienen, son demasiado costosas, y así las municiones. Se defienden con lanzas, arcos y flechas, cerbatanas con dardos venenosos, garrotes, palos y trampas que fabrican ellos mismos.

¿Usan trampas sólo para defenderse?

No, las usan también para cazar báquiros y picures.

¿Cuáles libros reflejan el medio ambiente de los indígenas?

La Vorágine de José Eustaquio Rivera, *Doña Bárbara* y *Canaima* de Rómulo Gallegos, *Tabaré* de Zorrilla de San Martín.

¿Es verdad que los indígenas no se entienden entre sí, y por qué?

No se entienden por razones lingüísticas. Aunque hay muchos rasgos culturales comunes, las lenguas indígenas tienen distintas raíces: *arawak*, *chibcha*, *Caribe* y otras.

¿Su idioma se puede escribir?

Las lenguas indígenas han permanecido hasta ahora en una etapa de oralidad, y en esta forma se han transmitido sus costumbres y tradiciones. Actualmente los antropólogos y etnolingüistas han diseñado una manera de transcribirlas mediante signos, y adaptándolas a nuestro alfabeto.

¿Cuáles, entre los indígenas, son cazadores, criadores de ganado, navegantes, recolectores, nómadas?

Cazadores, los de la selva. Criadores de ganado, los *Wayuu*. Navegantes, los *Warao* y los *Kariña*. Recolectores, cultivadores y pescadores, todos. Los *Yaruro* pueden representar la condición de nómadas, pero en sentido de itinerantes, pues casi siempre utilizan un espacio grande bien definido, a cuyos puntos específicos vuelven periódicamente, cada dos o tres décadas.

¿Cuáles libros podemos leer para ampliar nuestros conocimientos acerca de los indígenas?

Los tres tomos de *Los aborígenes de Venezuela* editados en Caracas por la Fundación La Salle de Ciencias Naturales, y el que tienen en sus manos, *El Chamán de los Cunaguaros* o *Vuelta a Venezuela indígena*.

¿Cuáles animales propios de los territorios de los indígenas están en peligro de extinción, y por qué?

En peligro están el oso frontino de la sierra de Perijá, al cual cazan porque dicen que el miembro viril es afrodisíaco. La lapa, porque pare un solo hijo al año. La iguana, porque la persiguen y la dañan para sacarle los huevos.

¿Cuáles insectos los atormentan, y cómo se defienden de ellos?

Los molestan arañas grandes, alacranes, hormigas y bachacos, hormigas voladoras, gusanos, piojos, zancudos, las mariposas peludas que en época de creciente de los ríos llegan hasta los poblados y casi los dejan ciegos con el polvillo de sus alas. Intentan alejarlos con fogatas sobre las cuales arrojan ciertas hierbas que hacen huir a las plagas.

¿Es verdad que alguien llamó a los indios irracionales, y por qué?

Los primeros españoles difundieron la creencia de que los indígenas eran animales por su color de piel, por sus costumbres, entre ellas las de nadar como peces o trepar a los árboles, y porque hablaban una lengua gutural como gruñidos de animales o trinos de pájaros.

¿Cuál fue la primera voz española que se levantó en defensa de los indígenas?

Fray Bartolomé de las Casas en el siglo XVII instó a la Corona Española a proteger a los indígenas, y logró que se promulgaran *Las Leyes de Indias*, en las cuales se ordenaba que a los indígenas se les tratase con respeto y consideración.

¿Cuáles fueron los rasgos positivos que la civilización española transmitió a los indígenas?

Podemos decir que unificaron el idioma, enseñándoles a todos el castellano, lo que les permitió entenderse con los españoles y entre ellos mismos. Algunos misioneros los alfabetizaron, les inculcaron valores espirituales.

¿Cómo es considerado el aporte de los Misioneros?

En general es considerado positivo, tanto por los criollos, como por los indígenas mismos.

¿Cuáles palabras indígenas pasaron al español? ¿Las usamos frecuentemente? ¿Por qué no nos damos cuenta?

Generalmente no advertimos su procedencia indígena porque no la conocemos, pero muchos de nuestros vocablos más comunes la tienen. He aquí algunos: *canoa* y *conuco*, que se consideran los primeros indigenismos que pasaron al español; *totuma*, *tapara*, *macuto*, *cotiza*, *mariche*, *añingotarse* por agacharse, *caribear*. Estas palabras se usan más que todo en las regiones del interior cercanas a los asentamientos indígenas. Sin embargo los jóvenes de toda Venezuela usan algunas expresiones, como: ¡cabeza de *totuma*!

¿Cuántos años viven los indígenas?

Es difícil saberlo porque nunca aparentan su edad. “Indio no pinta canas”, dice un refrán. Pero generalmente tienen una vida breve, con promedio de sesenta años.

¿Hay niños abandonados entre los indígenas?

Absolutamente ninguno, nunca. Las mujeres indígenas cuidan a sus hijos con celo parecido al de muchos animales silvestres. Los llevan consigo a todas partes y los tratan con cariño. Cuando deben ausentarse, si no pueden llevarlos, toda la comunidad los alimenta, cuida y protege.

¿Por qué no se ven indigentes entre los indígenas?

Porque en su sistema comunitario de vida, ellos reparten sus bienes, sus alimentos, viviendas y todo lo que obtienen, con todos los miembros de su comunidad.

¿Cómo se explica entonces que haya tantos mendigos indígenas en las grandes ciudades?

Porque al sacarlos de su medio ambiente no pueden obtener el sustento con la misma facilidad que cuando están en contacto con la naturaleza, donde pueden cazar, pescar y cultivar.

¿Son acaso traicioneros?

Alguien podría decirlo, pero en todo caso sería una forma de defensa. Se cuenta que Guaicaipuro incumplió muchas veces la paz pactada con los españoles. Pero esto seguramente fue por la violencia con que eran tratados los indígenas.

¿Qué ley terrible tienen los Wayuu?

La ley de la sangre: la muerte se paga con la muerte. Si alguien mata a un Guajiro, aunque sea por accidente, debe morir. Se puede recurrir a negociaciones clánicas para compensar económicamente cualquier atropello, pero si éstas fracasan se procede a la venganza.

¿Cómo calculan el tiempo los indígenas?

Cuentan los años por las lluvias y los meses por lunas, por eso algunos autores los llamaron “hijos de la luna”. Han ido incorporando el concepto del tiempo occidental europeo a medida que se han ido transculturizando, sin embargo, la noción del tiempo en los indígenas no es igual a la nuestra. El tiempo para ellos pasa muy rápido y un año puede ser definido por ellos como “un invierno” o “poco tiempo”.

¿Son mentirosos? ¿Son tímidos?

Podría alguien decir que son mentirosos. Tal vez la costumbre de mentir provino de una manera que idearon para protegerse de los conquistadores. La mentira fue en el período de la Conquista la única defensa de los indígenas. Fabulaban sobre mitos como el de El Dorado, sobre la existencia de animales raros, y tal vez así aseguraban su supervivencia. Mentían sobre la ubicación de sus pueblos, sobre sus ritos y creencias, para preservarlos. Aún en algunos grupos queda la mentira por desconfianza ante los blancos, mentira como protección. Tal vez en su ingenuidad de niños no ven en eso nada especialmente perverso. Mienten como puede hacerlo un niño por defensa, por juego, por costumbre, sin pensar en las consecuencias: en su código de valores, distinto al nuestro, la argucia no es vista como algo malo. La timidez también es una forma de amparo y las personas suelen desarrollarla cuando temen ser agredidas.

¿Los indígenas son honestos?

La honestidad de los indígenas es algo que sorprende, sobre todo a nosotros que venimos de Caracas, una ciudad tan violenta. No nos robaron nada, ni uno solo de nuestros objetos, ni siquiera el brillante cronómetro que tan útil me ha sido en este viaje y del cual me dolería desprenderme.

¿Qué creencias mágicas tienen?

Muchas y muy variadas. Hay creencias sobre las plantas, los animales, sobre los astros, sobre la creación y el origen del hombre.

¿Cuáles la vestimenta más usada por los indígenas?

Hasta hace poco era el guayuco, suerte de taparrabo de fibra vegetal. En algunas etnias de la selva, como *Yanomami*, *Yekuana*, *Sape*, *Jodi* lo usan aún. En otras más transculturizadas lo completan con una camisa, generalmente blanca, o lo sustituyen con un pantalón de tipo kaki, y han incorporado algunas prendas de la vestimenta criolla. Los hombres *wayuu* usan aún actualmente faldones azules, y las mujeres coloridos trajes de mangas anchas. Los *Yukpa* de las altas montañas visten unas batas largas de algodón tejido por ellos mismos.

¿Cuáles son su adornos más comunes?

Collares, brazaletes de semillas y huesitos de animales, hojas y flores, penachos de plumas. Además, varillas para la nariz y las orejas.

¿La costumbre de pintarse es común a todas las etnias y todavía la practican?

Es común a todas las etnias, la practican desde tiempos inmemoriales y algunos de ellos aún hoy en día. Se pintan el cuerpo de rojo con onoto o bija, que le da un hermoso brillo rojizo a la piel, y la cara de negro con hollín. Cuando tienen alguna ceremonia añaden el blanco y el azul extraído de bejucos colorantes y se dibujan rayas en cara y cuerpo. Esto cumple dos funciones: una función estética, la de adornarse, y otra más práctica, la de defenderse de la plaga. Con la semilla del onoto fabrican una pintura que mezclan con grasa de báquiro y luego adhieren a su cuerpo, impermeabilizándolo y protegiéndolo de la plaga.

¿Cuál es su forma de bailar?

Tienen distintos tipos de danzas, casi todas ceremoniales. Bailan para festejar la cosecha, para celebrar la cacería, pero también para concitarlas, para atraer la buena suerte. Hay bailes para la fertilidad, para llamar las lluvias. Hay danzas guerreras, funerarias y danzas para cumplir un ciclo, al comenzar otra luna. Existen bailes para convocar los espíritus, con cantos específicos.

¿Cómo se mueven al bailar?

Al bailar, generalmente imitan algún animal, por ejemplo el báquiro o el piapoco, en sus movimientos y gruñidos. Casi todos los bailes son colectivos, todos participan en ellos, con excepción de los bailes guerreros que son sólo para hombres.

Cuando estábamos por concluir el milálogo, Superloro que había guardado un extraño silencio, pareció desperezarse, sacudió sus plumas y gritó:

—¡Hola... guayuco... totuma... tapara... picture... hola...!

—¡Cuántas palabras indígenas aprendiste! —lo felicita Muñeca.

Superloro se pasea sobre mi gorra entusiasmado, tratando de picotearme algunos mechones. Los morochos aprovechan para una de sus consabidas bromas:

—¡Mira, confundió tu cabeza con una totuma llena de granos de maíz!

La última parte del largo rollo de papel, que un morocho desenvuelve y el otro va recogiendo, se centra sobre “diferencias”. Las oímos y respondemos con solicitud, porque abarca tópicos sobre los cuales todos tenemos alguna confusión.

Qué diferencia hay entre:

—**Hamaca y chinchorro.** La hamaca tiene la trama más tupida, es decir los hilos son más apretados, y se usa de preferencia en las regiones montañosas y frías, en las sierras. El chinchorro tiene los hilos entrecruzados más ampliamente, con agujeros que permiten pasar el aire, y por eso es más común en lugares calurosos, como la selva, los llanos y la costa. Ambos pueden ser de moriche, de bejuco, de lianas o de algodón.

—**“Canoa, curiara, piragua”.** La canoa es una embarcación hecha de un solo tronco, grande, de buen calado, en la cual pueden caber hasta veinte personas, si se hace de un árbol grande. La curiara es una canoíta más estrecha, útil sólo para cruzar los caños o ríos poco profundos, es de madera más liviana y en ella sólo caben unas cuatro personas. La piragua, mucho más grande que la curiara, puede ser intermedia; en ella caben hasta diez personas y frecuentemente se le pone motor.

—**“Choza, cabaña, rancho, palafito”.** La choza es cualquier casa indígena o criolla con techo de palma, sin paredes o con paredes de palma o de bahareque. La cabaña es una vivienda rústica pero al estilo criollo, un poco más sofisticada que la choza. El rancho es una casa de madera, bloques o cartones con techo generalmente de zinc, frecuente en zonas más urbanas como los entornos de Caracas u otras ciudades. El palafito es una choza de palma construida sobre pilotes clavados en el agua.

—**“Indio, indígena, aborigen, natural, irracional”.** Indio es la palabra con la cual se denominaba a los habitantes del territorio americano, que se llamó al principio Indias Occidentales. Los indígenas frecuentemente para denominarse aún utilizan el vocablo “indio”. Recientemente se formó el compuesto amerindio, muy usado por los antropólogos. Indígena y aborigen significan ambos habitantes originarios de una región. Indígena es el nombre actual que se le da a los indios, sancionado por la *Constitución de la República Bolivariana de Venezuela*. Aborigen, en nuestro contexto, se refiere a los primeros habitantes de las Indias Occidentales. Natural es equivalente a nativo, puede ser indígena, criollo o mestizo. Irracionales, término racista y prejuiciado porque ningún pueblo puede ser irracional, se les llamó al comienzo de la conquista a los indígenas, y también salvajes, porque los conquistadores los consideraban carentes de razón.

“Yuca dulce y amarga”. Ambas son silvestres. La dulce se sancocha y se puede comer, sancochada o frita. La amarga es venenosa, hay que rallarla y prensarla para extraerle el yare, veneno activo. Luego se seca al budare y se pone al sol, para terminar de cocerla, en forma de torta de casabe.

“Acure y picture”. Son variantes léxicas regionales para designar a una especie de roedor, que quizás sea el mismo. Generalmente se le llama acure a un conejito pequeño de orejas cortas, un poco más grande que un hámster. Se le llama picture a un roedor ungulado grande, del tamaño de una lapa. Ambos son comestibles.

“Arco y cerbatana”. El arco está compuesto de una madera curva, preparada especialmente, y una fibra que hace de disparador. Es parecido a los arcos europeos. La cerbatana es una caña larga, hueca, que asemeja una flauta, con la que se disparan los dardos. Hoy día, después de que las armas de fuego casi han acabado con la biodiversidad del planeta, se reivindican el arco y la cerbatana.

“Flecha y dardo”. La flecha es una varilla larga, delgada, con punta de hueso o piedra y plumas en el otro extremo para equilibrarla. Se dispara con el arco y se usa para cazar dantos, venados y animales de piel gruesa. El dardo es una flecha corta, muy aguda y veloz, que se dispara soplando en la cerbatana. No tiene plumas en el extremo, lo que lo hace más rápido y de mayor alcance. Se usa para cazar aves, monos, animales de piel delgada que están en los árboles.

¿Por qué los hombres primitivos del viejo continente vivían en cavernas y nuestros indígenas no lo hacían?

Por razones climáticas. En las cuevas hace demasiado calor y el clima tropical pide una vivienda fresca, aireada. Los indígenas utilizaban las cuevas sólo como reducto, como pasaje de un lado a otro de las montañas, o como refugio en caso de verse amenazados. En Venezuela existen algunas cuevas célebres con nombres indígenas que recuerdan hechos del pasado, como la Cueva del Indio en la isla de Margarita, y la Cueva del Charal en Trujillo.

Nos hemos entretenido contestando las preguntas del milólogo de Mor y Ocho, y hasta a papá le ha resultado más llevadero el manejo por esta monótona trocha, entre una vegetación consistente en fuertes árboles, arbustos de un verdor que embriaga los sentidos y serpenteantes bejucos que parecieran querer engullir cualquier vehículo,

tragarse el camino y borrarlo para que ningún humano pudiera transitar por él.

Al terminarlas, nos damos cuenta de que ya hemos llegado al lugar de encuentro con la persona que debe llevarnos a *Oroytepe*, la comunidad del *Karún* en el propio corazón de la etnia, donde podremos ver y conocer a los *Sape* sin tener que recurrir (¿con satisfacción o con pena, por parte del número Ocho?) a ningún microscopio, ni lupa. Es uno de los tantos claros de monte llenos de trinos de pájaros que surgen a orillas del río Paragua, el cual junto con sus numerosos afluentes constituye la única vía de acceso a la región. Lo llaman “La Pequeña Paragua”. Allí dejaremos el vehículo hasta el regreso.

La maleza, aún fresca y tamizada de rocío, nos recibe. Frente a nosotros vemos, casi en espera, un recién concluido techo de hojas de palma. En un recodo del caño, divisamos enseguida una canoa. ¿Y el conductor? Sin él, tendríamos que olvidarnos del viaje. Los ríos que conducen al territorio *sape*, cruzados por numerosos saltos y raudales, son navegables... sólo por quienes los conocen. Aquí están el río y la canoa. Y ahora ¿quién va a remar y a dirigir nuestra inminente travesía fluvial? Miramos alrededor: nadie. Nadie en las postrimerías de la selva que dejamos detrás de nosotros, nadie en la inmensa sabana cuyos contornos se pierden en la lejanía, nadie a la sombra de la vegetación que bordea el curso de agua, nadie a sus orillas, nadie en las aguas turbulentas.

Mamá se muestra preocupada. Habla en voz baja con papá:

—¿Acaso tus contactos fallaron? ¿O entendieron que queríamos la canoa sin guía? ¿O eso significa que no quieren que vayamos?

Él no contesta. Quizás esté buscando un sitio para levantar nuestro modesto campamento. Habrá que hacerlo rápido, porque el calor arrecia desde temprano, y los mosquitos son aquí una plaga insoportable. Nos cuesta resignarnos: pasar un día entero y quizás también la noche en aquel exiguo paisaje, no nos atrae. La selva, con todos sus peligros, la sentimos más amiga. Hay vida en ella. ¡Cómo empezamos a comprender a los indígenas que se guarecen en los bosques, ahora que conocemos su medio ambiente!

—¡Ua, ua! —los morochos reanudan sus payasadas— ¡Una lupa, un microscopio!

Ambos recorren las cercanías escudriñando el suelo como si tuvieran la lupa en sus manos. Luego comienzan a silbar, en una especie

de diálogo secreto que sólo ellos conocen, en el que participa con graznidos alegres Superloro.

Pero he aquí, sorpresivamente, una vocecita aguda:

—¡Ah, ah! ¡Sí, sí, sí! —Muñeca ríe, mirando y señalando hacia lo alto.

¿Qué la pone tan contenta? Nuestros ojos siguen la dirección que indica su mano. ¡Sorpresa! Allá arriba, instalado en la cima de un elevado y corpulento caucho, apoyado con la espalda a su tronco, está un atlético personaje... ¡Seguramente el muchacho *sape* que debía venir a buscarnos!

¡Muy bien, Muñeca! Hay que levantar la mirada, elevarla hacia el cielo, no tenerla siempre fija en la tierra. Lo entienden también los morochos, que reconocen entre carcajadas:

—¡Nos hemos equivocado de instrumento! ¡Hacía falta un binóculo, un largavista, un astrolabio!

El indígena desciende ágilmente la considerable altura, deslizándose de una rama a otra. Cuando llega al suelo y se yergue frente a nosotros, vemos que no es un joven, sino un hombre cercano a los cincuenta años, de rostro apegaminado, cuyos músculos ya no tienen la dureza de la juventud, pero aún vigoroso y bien parecido. Su comportamiento no es insólito entre los habitantes de la selva y de la Gran Sabana: primero observan sin ser vistos, luego, si es conveniente, se manifiestan. Esto, además, es muy indicado para una persona que, como él, se llama *I-Korona*. ¿Saben qué quiere decir *I-Korona*? “Sombra”, y a la vez, “alma”.

—Porque —nos explicará él más tarde— nosotros distinguimos entre cuerpo y alma: al alma le decimos *I-Korona*, sombra o doble. Así nos enseñó nuestro creador *Kaelen*, y nos recuerda nuestro *Karipu*, o *chamán*.

Es acertado. Son profundos estos *Sape*, no hay duda.

Saluda a mi padre, sonríe a mamá y a Muñeca ofreciéndoles una miel bien cerrada en una taparita. A nosotros los muchachos nos ordena autoritariamente que carguemos con lo que queremos llevar. Pasamos a la canoa lo indispensable, Superloro brinca a mi hombro, subimos todos, empieza la travesía fluvial hasta el territorio *sape*. Nos alejamos en la corriente impetuosa, sin miedo, confiados en la altiva protección de nuestro guía. La espuma salta alegre, como dándonos la bienvenida, saco la mano y toco el agua, está fresca y

cristalina. Uno después del otro él salva los raudales, pequeñas cascadas que forman piedras y leños atascados en las corrientes desde tiempo inmemorial. A pesar de la reducida estatura se ve imponente, como un pequeño dios antiguo de pie en la canoa, manejando con destreza la pértiga con que se impulsa, afincándola en el fondo del caño arenoso y fuerte, en las rocas. Su largo cabello gris ondea llevado por el viento y es tan delgado nuestro guía, que no pareciera tener la fuerza de que hace gala, dirigiendo tan hábilmente nuestra embarcación a través de rápidos y recodos de río, cada vez más torrentoso. Vemos desplazarse en la orilla, a lo largo del curso de agua, un extraordinario paisaje: loros de colores encendidos entre altos árboles de un verde intenso y brillante, guacamayas que pasan graznando hacia lo lejos, parvadas de conejos montaraces, rebaños de chigüires, y todo bajo un cielo de un azul intenso, sin una nube en el horizonte, surcado continuamente por varias clases de aves.

El viaje es largo, casi un día entero, pero maravilloso. Papá se siente feliz. Con su cámara apretada al pecho observa incansable el majestuoso paisaje, y frecuentemente la levanta y la dispara dándonos apresuradas explicaciones:

—¡Miren, un ceibo! Y ese es un bucare, ¡qué flores tan rojas! El de la izquierda es el árbol del pan. ¡Allá, un poco más abajo, hay varios mereyes!

Nos provocaba bajar y recoger la fruta rojiza y amarilla.

—¡Allí va una manada de araguatos, fíjense en su pelaje color bermejo tan característico! ¡Oigan cómo chillan!

Hasta el medio del río, por donde navegamos, por encima del fragor de la corriente llegan los gritos y chillidos de esos gruesos monos ululantes, algunos de los cuales nos acompañan mientras otros...

—¡Fíjate, Rafael, están tomados de la mano! —exclama mamá sorprendida—. Parecieran danzar.

Observo que, dándose la mano, los grandes araguatos rodean un grueso árbol mientras ejecutan una suerte de extraña danza. Sé que muchos investigadores han dedicado años a estudiar el modelo social de la vida de los araguatos, los clanes que forman. Los campesinos refieren haberlos visto reverenciando a determinados árboles, aquellos que más frutos les brindan. Algunos indígenas afirman que ellos son casi gente, que adoran al sol y le rinden culto al caer la tarde. ¿Será que pronto va a oscurecer?

Un sol rojo y reverberante se deja ver sobre nuestras cabezas y al rato pareciera ocultarse entre nubes que también se tiñen de rojo, dando al paisaje un raro fulgor.

Mor silba algo y Ocho le contesta, mirándome como para indicarme algo.

—¿Qué dicen? Dejen ya ese idioma de silbidos. Me tienen cansado —les reclamo.

—Queremos explicarte que ese es el sol de los araguatos. De allí proviene el nombre que se le da al baile de ellos.

—Es cierto, es el sol de los araguatos —comenta nuestro guía señalándolo— que presagia las crecientes.

Mientras tanto, nos hemos dado cuenta con asombro que los araguatos tienen una gran variedad de aullidos, distinto uno del otro.

—Debe ser su propio código secreto —apunta Mor.

—Habla el detective de la selva —ironizo.

—Pero sí, es un código, realmente —nos aclara nuestro padre—, mediante el cual los distintos clanes se diferencian y comunican y así reconocen su ubicación desde lejos.

—El que más grita debe ser el jefe del clan —afirma Ocho convencido.

—Pues creo que te equivocas. Las que más gritan son las damas. La araguatas, buscando novio, revelan su posición dentro del clan e indican en qué árbol están.

—Copia este método para buscar novia, Filatelio... si no son suficientes las que has conocido en este viaje —me sugieren burlones mis dos ceritos.

—¡Cópienlo ustedes también que no tienen ninguna! —les replico un tanto molesto.

Esto hace que den por terminado el altercado, designándome con un nuevo, chistosísimo nombre que hace quedar el anterior como un apellido:

—¡*Araguato Tuponken!*

Tenemos que taparnos los oídos, porque una ensordecedora algarabía nos trastorna. Hasta Superloro se queda completamente callado, pues no puede con tanta competencia: los araguatos o monos aulladores se despiden del sol poniente, dejando la huella de su mítico baile en los negativos de papá.

Poco después, algo que se mueve en la otra orilla llama la atención de nuestro fotógrafo, que manteniendo el equilibrio como mejor puede, acciona su cámara: quedarán grabados dos grandes báquiros, que indiferentes a nuestra presencia siguen tomando agua y resoplando.

Nos adentramos en la selva. Va oscureciendo siempre más, entre la espesa vegetación las estrellas relucen cada vez más cercanas. La canoa, tallada por el mismo *I-Korona* en un grueso tronco ahuecado con la técnica del fuego, es profunda y cómoda. Nos sentimos seguros, resguardados. Arrullados por el vuelo de los pájaros y el rugido de la corriente dormitamos un poco. Pero insistentemente va interrumpiendo mi sueño un suave canto de flauta. Alzo la cabeza, miro.

Entre la tupida vegetación del margen derecho de la orilla, veo una sombra pasar, breve, elusiva, seguida de un cortejo de animales que desde la embarcación no logro distinguir pero, que por su avanzar felino, a brincos, me parecen feroces: pumas, dantas, cunaguaros o quizás tigres. Quien va con ellos es un ser extraño. Camina sigiloso, avanza suavemente. ¿Será un indígena, o bien alguna especie de ser o ente desconocido, una criatura rara de la región? Tal vez el cansancio me hace ver visiones, espejismos entre la espesura. Cierro los ojos, me vuelvo a dormir, esta vez profundamente. Por fin, cerca de la desembocadura del caño *Karun*, rodeado de áreas de cultivo, alegrado por una vegetación exuberante, *Oroytepe* nos recibe.

Hemos llegado de verdad, verdad. Saltamos a tierra, algo entumecidos. ¡Qué frío en *Oroytepe*! Nos penetra hasta los huesos. Parece haberse cernido sobre el lugar el clima lluvioso de la selva tropical.

Al borde de una extensa área bien barrida hay una sola casa grande, de estructura rectangular, con los extremos semicirculares. El techo, recubierto con caña brava, posee forma cónica. Las paredes están hechas con cortezas de palma temiche seccionadas, colocadas en posición vertical, y amarradas entre sí mediante bejucos, lo que les da la apariencia de un enrejado. Entramos. Estamos impresionados. Otra vez dormiremos en una vivienda fabricada por los indígenas, junto con ellos. Y estos *Sape* son pocos, pero auténticos. No se les entiende nada cuando hablan, y ellos tampoco entienden español. Sólo nuestro guía conoce algunas palabras.

Apenas *I-Korona* entra a la vivienda, se reúnen todos alrededor de él, gesticulan, parecen querer darle una noticia. Algo pasó

en su ausencia. ¿Qué? Debe ser algo más importante que nuestra llegada, porque por un buen rato nadie nos hace caso. Papá trata de averiguar de qué se trata, pero *I-Korona* y su mujer *Akito*, con semblante satisfecho sólo le hacen comprender en el escaso español que conocen, que fue algo bueno, una presencia o visita, parece, que les ha alegrado mucho.

—¿Reciben ustedes visitas? —pregunto— ¿Son muchos los que logran penetrar hasta estas lejanías?

—Muy pocas veces —afirma el *Sape*, y pronuncia con propiedad ciertas palabras que ya domina: explorador, antropólogo, misionero.

—La presencia de criollos no es nada nuevo para ustedes, entonces —prosigue—. Alguno vino hoy?

—No, no, no —afirman negando hasta con las manos—; nadie, nadie, nadie —pero están contentos, y por los amplios gestos que hacen, entiendo que de ningún criollo se trata, pero posiblemente de alguien mucho más ligado a la comunidad.

—Anoche, mientras íbamos por el río —me atrevo a comentar— divisé a lo lejos una figura extraña, rodeada de animales salvajes. ¿Quién era?

—Es un *Sape* legendario —contesta trabajosamente *I-Korona* ayudándose con gestos— un chamán que se acerca a nuestra comunidad. Siempre, siempre nos recuerda resguardarnos y preservar nuestra fauna, nuestro ambiente y sobre todo nuestra cultura. Lo llamamos el “Chamán de los Cunagueros”.

—¿Fue él quien los visitó?

Ninguna respuesta.

—¿Y ahora no está? —insisto— Quisiera verlo, conocerlo.

—No, se fue. Él no se deja ver por los extranjeros. Sólo por nosotros, los *Sape*.

Los *Sape*... pero, aquí no hay mucha gente. Cuento a los habitantes: son catorce. Con nuestra familia, la comunidad experimentará un sensible aumento: esta noche, por todo, seremos veinte.

Y ahora sucede un hecho extraño. Al entrar papá y mamá, todos los reciben con normalidad, con alegría y cierta timidez. Cuando paso yo, con mi loro al hombro, me miran con curiosidad, y a Maigua con cariño. Pero a los morochos, ¡con qué atención, con qué asombro los observan! Un poco sorprendidos ellos también, Mor y Ocho caminan lentamente, coreados por un murmullo de admiración. Los

Sape, especialmente los niños, se les acercan, les tocan la cara, los ojos, la boca, levantan las manos hacia el cielo y van murmurando con entusiasmo algunas palabras cuyo sentido a mí me suena así:

—¡La misma cara, los mismos ojos, la misma boca! ¡Todo repetido! ¡Magia, magia!

—¿A qué se debe tanta conmoción con mis ceritos? —le inquiriere a papá, algo preocupada, mamá Carmen.

—Hija, entre los indígenas no existen gemelos. Es posible que las comunidades que visitamos anteriormente, los *Warao*, los *Kariña*, los *Pemón*, hayan atisbado algunos, pues tienen mayor contacto con los criollos y no se extrañaron tanto. Pero los *Sape*, tan retirados, tan alejados como están de todo, jamás vieron gemelos. ¡Por eso se sorprenden, hasta se asustan! Voy a hablarles.

A papá, siempre tan detallista y preciso, le costó mucho explicarles que en varios pueblos es frecuente ver gemelos idénticos, hasta les hizo un dibujo en el suelo tratando de aclararles, aunque creo que nadie lo entendió, que los gemelos provienen de un solo óvulo, y que por esto tienen rasgos comunes, se parecen tanto. De todas formas, logró que los *Sape* se tranquilizaran, les sonrieran a nuestros dos ceritos, y hasta empezaran a hablarles. A este punto, yo pongo atención. Ellos hablan rápido, rapidísimo, más rápido que cualquiera de nosotros —me parece— y deben tener un vocabulario muy limitado, porque repiten muchas veces las mismas palabras —me parece también.

—Hijo, no hagas juicios apresurados —casi me regaña papá, a quien confío mis suposiciones—, lo de hablar rápido es una impresión nuestra, porque no entendemos lo que dicen. Y en cuanto al vocabulario, estudios recientes han comprobado que el léxico común de los indígenas alcanza los 5.000 vocablos, casi el doble del criollo normal que apenas llega a las 2.500 - 3.000 palabras.

—¿Cómo va a ser? ¿Y en qué nos superan?

—Ellos conocen todos los nombres de los animales, los insectos, los peces, de los árboles, las flores, las raíces, que muchos de nosotros hemos olvidado o nunca aprendimos.

Reflexiono y recuerdo que en una clase de ciencias, a un novísimo profesor se le ocurrió pedirnos que dibujáramos diez distintos árboles comunes en Venezuela, con sus nombres... nadie lo supo hacer, la mayoría apenas llegamos a cinco... y los indígenas, en cambio,

podrían haber nombrado y dibujado por lo menos una veintena. Es algo para considerar...

He aquí que alguien se me acerca, tan silenciosamente que sus palabras me sobresaltan:

—¿Quieres comer?

De la mirada y de los gestos capto lo que la muchacha *sape* intenta preguntarme.

—¡Seguro que sí! —contesto entusiasta.

Tengo la certeza de que los alimentos serán buenos y abundantes. Los *Sape* son excelentes cazadores. Así lo indica la variedad de la carne que se está asando, y los arcos apoyados en las paredes, con gran acopio de puntas de flechas, algunas de las cuales tienen unas plumitas de piapoco de color rojo en el extremo inferior: punta lanceolada de bambú para cacería mayor; punta con hueso de mono y punta acicalada de madera para caza menor; punta de piedra en forma de corazón invertido, para la pesca.

Un niño que viste un guayuco mínimo que le deja las nalguetas afuera y se está entrenando como cazador, nos enseña la manera particular que tienen los *Sape* para amarrar la cuerda de los arcos: la tensan bien estirada, y luego colocan el extremo sobrante a lo largo de la madera, enrollándolo en dos vueltas cada cierto espacio para así sujetarlo con mayor fuerza. Los arcos y flechas, trata de explicarnos, los usan también para la captura de peces grandes. En cambio no vemos aquí ninguna cerbatana. ¿Acaso por lo espeso de la selva?

Alineados en el piso y colgando del techo observo también los manares, cedazos hechos de bejucos y de tiras de cañas entretejidas, que ya habíamos observado entre los *Pemón*, pero que aquí tienen mayor importancia y variedad. A su fabricación dedican varias horas diarias los mismos varones, valiéndose diestramente de manos y pies, y luego los truecan por instrumentos de trabajo en pueblos del Bajo Paragua, como tratan de explicarnos con una mímica valiosa y muy comprensible. En efecto, a la puerta de la vivienda había visto a un anciano en extraña posición, entre encorvado, doblado y agachado, manoseando unos bejucos. Me había llamado la atención su cabello de niebla, color de humo, con la tonalidad casi plateada de las nubes tormentosas. Ahora entiendo: estaba tejiendo un manare. Los *Sape* de avanzada edad se ocupan de labores que requieren menos fuerza, como la cestería. Observo además los bastones sonajeros utilizados

como instrumentos de percusión en las fiestas, elaborados con una caña de bambú a la cual le sujetan un puñado de pezuñas de báquiro.

La jovencita que me había interpelado regresa trayendo en una tapara una copiosa porción de carnes de diferentes animales, báquiro, picture, perdiz, codorniz acompañadas de batata y casabe, bien asadas, aromáticas, destinada a mi persona.

—¿Seré capaz de comer todo esto? —me pregunto. Pero voy a tener un ayudante... Al oler el apetitoso aroma, Superloro abrió las alas, desplegando sus más hermosos colores. En un vuelo impresionante, que a todos maravilló, se posó sobre el dorso de mi mano con un graznido de satisfacción, y empezó a picotear trocitos de rica carne:

—Rrrr... Rrrr... Superloro Rrrr... Rrrr... A comer, a comer...

Los niños *sape* observaban divertidos, y yo tuve que rendirme ante la astucia de mi querido amigo alado que me disputaba los mejores bocados.

—¿Qué carnes son? —trato de averiguar— ¿Qué animales cazan ustedes?

I-Korona, nuestro guía, pendiente de todo, ayuda a mi anfitriona a contestar. ¡La lista es larga!

—Báquiros, dantas, venados, acures, lapas, paujies, pavos, guacharacas o gallinas de monte, grullas, piapocos, guacamayas, palomas, cachicamos, morrocoyes, babas...

—¡Cuánta variedad! ¡Pero a ese paso podrían acabar toda la fauna!

—Jamás lo haríamos —responde serio *I-Korona*—. Sólo cazamos ejemplares adultos, y en temporadas en que no estén criando, ni en períodos de reproducción.

Deduzco que ellos conocen bien todos los animales, y saben cuándo y cuánto cazar, sin perjudicar su entorno.

Vuelve la joven, y me ofrece una totuma llena de agua bien fría, seguramente recogida de algún manantial. Superloro se me adelanta y empieza a beber de la totuma, con satisfacción.

—¿Cuál es tu nombre? —le pregunto mientras tanto, despacio, claramente. No puedo evitar sentir su olor fresco a tierra llovida, a flores silvestres. Le sonrío y mis hermanos me observan con picardía. Ella comprende y sonrío también.

A continuación me indica mi loro (que aletea complacido por la atención), luego deniega expresivamente con las manos y con la cabeza. Me señala una mariposa nocturna, y enseguida después me muestra con insistencia una pluma azul. Entiendo. Aquí, la mayoría de los nombres que se les dan a los niños son de animales. Por esto a ella la llamaron Lora, o Lorita quizás. Pero, entre ellos el nombre no es permanente, puede cambiarse en el transcurso de la vida adolescente o adulta. Así, ella se cambió el de Lora por el de Mariposa Azul.

Es un acierto. Mariposa Azul le queda perfecto a esta joven tan ágil y graciosa, y más en este bosque donde todavía revolotean mariposas, ya casi desaparecidas en las grandes ciudades.

—¡Si yo pudiera hacer lo mismo! —comento con los morochos—. Quitarme ese extravagante Filatelio y llamarme, por ejemplo, Cachicamo Bravo, Chigüire Peludo o Báquiro Gritón.

Estoy entusiasmado con la idea. Ellos se burlan:

—¿Y acaso esos nombres no resultarían aún más extraños en nuestro ambiente?

—A ti te sentaría mucho mejor el de “Tucán Enamorado” —apunta Mor—, ¡con lo mujeriego que eres!

—El nombre científico es *Tucanis amoratis* —se ríe a carcajadas Ocho, burlándose de su propia invención.

—¡Ya me la pagarán! ¡Encontraré un nombre especial para ustedes!

¡Qué lástima, me cuesta renunciar a mis aspiraciones de renovación onomástica, por lo menos en lo que a la fauna silvestre se refiere! Aprecio esta costumbre indígena. Darles a los niños un nombre cualquiera, provisionalmente, y dejarlos libres de adoptar el que quieran en la edad adulta. Estoy seguro de que, entre los *Sape*, todos están satisfechos con el suyo. Lo comento con mis padres y hermanos, insisto en que yo también debería tener la libertad de llamarme Báquiro o Chigüire. No recibo apoyo, están demasiado pendientes de la cena que comen con gran apetito. Sólo recibo el consuelo burlón de los morochos:

—Cállate, no busques otro nombre. Ya te hemos rebautizado nosotros ¡*Tuponken* es el que mejor te queda, el propio, hermano!

—Y si lo rematas con *Araguato*... mejor aún: ¡*Tuponken Araguato*, perfecto!

A continuación mis dos ceritos se transforman: ya no son más Mor y Ocho, sino dos simpáticos araguatos que saltan y chillan sin cesar.

La comida, a base de carnes variadas, legumbres cultivadas en el pequeño conuco, y casabe fresco elaborado día a día por ellos mismos, es sabrosísima. Bien preparada, bien cocida, tierna, succulenta.

—¡Qué bien hemos comido! —le agradezco a la joven.

Ella se regocija. Evidentemente es la encargada de los alimentos. Le agrada ver su esfuerzo reconocido, y el manjar preparado, consumido con entusiasmo. Me dice algo que enseguida el guía me traduce:

—Quiere saber si te gusta el pescado, para preparártelo mañana. Por la madrugada saldremos de pesca.

—¿Ustedes pescan frecuentemente? ¿Y de qué manera?

—Los peces grandes, con arco y flechas. De vez en cuando, organizamos una pesquería con barbasco. También, a veces, usamos anzuelos con hilos de nylon, que nos traen algunos visitantes.

Los morochos apoyan mi curiosidad:

—¿Qué clase de peces se consiguen en estos ríos?

—Aymara, morocoto, coporo, bocón, curbinata, payara, surapire, curimata, cotumare, lau lau, pámpano, caribe, bagre... —la enumeración parece no tener fin.

—¡Qué variedad, y en plena selva! ¡El mejor hotel turístico en cualquiera de las grandes capitales del mundo, no podría ofrecer tantas exquisiteces!

—¡Los *Sape* son pocos, pero comen mucho! —comentan los morochos— ¡Y están en lo cierto! Además de la carne, hay los productos del conuco que hemos observado al llegar, cultivado con esmero: yuca amarga y dulce, mapuey, ñame, ocumo, auyama. Estos sabrosos alimentos se acompañan con la bebida fermentada elaborada en base al líquido que suelta la yuca amarga, que ellos saben cocer y preparar para que pierda su toxicidad. A mí también me la ofrecen, me parece muy fuerte y me hace toser, pero no me queda más remedio que declarar que es excelente. Creo que esta bebida es la misma que nos ofrecieron los *Warao* y los *Pemón*, y me extraña que tenga también un nombre parecido, *kasiri*. Es la única palabra que presenta similitud en todas las etnias visitadas hasta ahora, cuyas lenguas, sin embargo, son de origen diferente. ¿Por qué será? ¿Proviene de una tradición

ancestral común a todas ellas? ¿Quizás los indígenas americanos tuvieron también, como algunos pueblos occidentales y según reza la Biblia, un único idioma común, y luego la confusión de las lenguas? Todas estas interrogantes me intrigan, pero no sé explicarlas, ni responderlas.

Desaparecen Mariposa Azul y las demás mujeres, dejándonos desconcertados. Los varones permanecemos en el amplio espacio donde nos han servido la carne, las hortalizas y el licor. Algunos *Sape* sacan su rollo de tabaco, que ellos mismos cultivan, y se lo colocan entre el labio inferior y los incisivos. La de masticar tabaco es una de las pocas prácticas extrañas, casi repulsivas que he encontrado entre los indígenas. Sin embargo, esto los ayuda a conservar los dientes que les duran hasta edades avanzadas, en perfecto estado y sin caries. Además, me parece que no la siguen sino algunos ancianos, a quienes de tanto chupar y mascar, el labio inferior se les hincha y ensancha dándole al rostro una rara expresión. Más tarde averiguaré que la costumbre del tabaco, así como la del yopo, es antiquísima y respetada. Pero masticar estas plantas, si bien preserva sus dientes, les oscurece la sonrisa, al ennegrecer toda la dentadura.

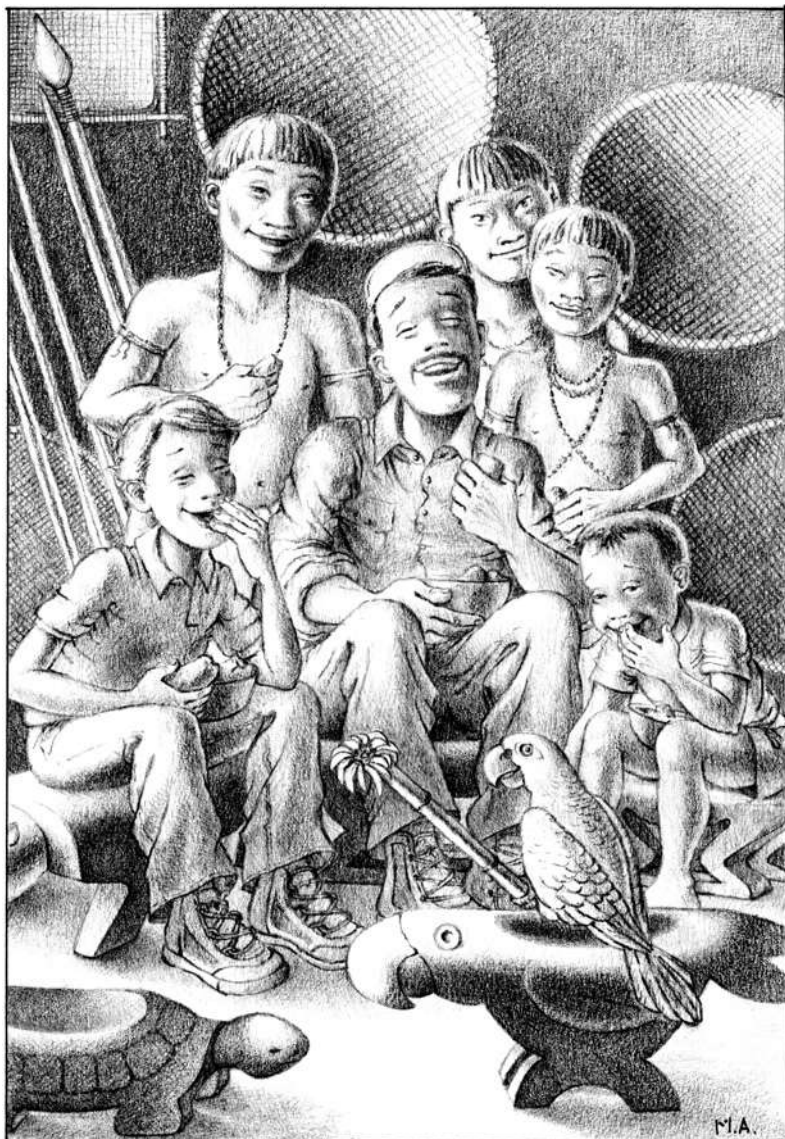
Entre los *Sape*, el consumo de los alimentos obedece a un ritual. Los varones comen primero, en el centro de la vivienda, servidos por la mujeres. Ellas lo hacen luego con los niños, en un rincón, pero teniendo a su disposición las mismas comidas, inclusive el *Kasiri*, y además miel silvestre y fruta para los más pequeños: cambur, plátano, piña, caña de azúcar.

Aquí también, a los niños se les trata con cariño y consideración, son bien atendidos y tomados en cuenta. Se cree que si se les castiga o reprende duramente, los ancestros podrían cobrarles gravemente a los padres la falta de paciencia. ¿Y saben de qué me he enterado? Hay un enorme respeto por la propiedad. Se considera que los artefactos pertenecen siempre a la persona que los ha fabricado. Pues bien, cuando el productor ha sido un niño, los padres no pueden disponer de ese objeto (sea un juguete, un arquito, un banco, un chinchorro, una maraca) sin consultárselo previamente, sin tener su consentimiento. ¿Qué les parece? ¿No es cierto que nosotros, que nos creemos tan superiores, tenemos aún muchas cosas sobre las cuales reflexionar?

Qué tal si yo le dijera a mamá:

—Mamá, no se te ocurra echar a la basura esa colección de hojas secas, de monstruos recortados, caracoles, piedras de río, arañas de monte, serpientes y sapos disecados. ¡Son de mi producción! ¡Personal y sagrado!

—¡Pero cómo van a ser de tu producción —se indignan los morochos— si no te cuestan ningún trabajo! Sólo los recoges. Lo que



habría que respetar son nuestros juguetes, zancos, perinolas, gurrufíos, botas gigantes, trompos, yoyos, pelotas de trapo, que nos hacemos nosotros mismos con tanto esfuerzo y tesón, en lugar de reírse de ellos y despreciarlos, como a veces hacen nuestros progenitores y hasta tú mismo, ilustre *Tuponken*...

¡Por una vez, me ganó el redondito número ocho!

—¿Se han fijado en los bancos? —inquire papá.

Una vez trabada la amistad, esta noche o mañana, él empuñará su cámara y le tomará fotos a todos y a todo. ¡Ni los bancos se salvan! Y seguramente empezará por aquellos sobre los cuales estamos sentados, realmente interesantes. Hasta ahora, sabíamos que los indígenas acostumbran sentarse en chinchorros, sobre alguna estera, en el piso desnudo, o en rudimentarios taburetes. No teníamos noticia de que existiera entre ellos tanta disparidad de forma en los asientos. Aquí, vemos que al lado de algunos bancos que tienen las acostumbradas dos o cuatro patas, sin elemento adicional, hay otros que presentan formas de animales: la tortuga, el cachicamo, la lapa. Los miramos bien. ¡Maravillosos banquitos! ¡Son unos artistas, estos *Sape*, en el tallado de madera! Mientras tratamos de decírselo, un detalle desvía nuestra mirada y de repente nos echamos a reír todos, huéspedes y anfitriones: Supermudo se ha conseguido un banquito en forma de loro. Y desde allí, erguido y grotesco, agitando con la patica izquierda (como todos los loros, es ambidiestro) un bastón sonajero encontrado en la vivienda, impresionante porque en la punta tiene sujetas unas pezuñas de báquiro, nos llama tratando de captar nuestra atención con unas palabras extrañamente coherentes:

—¡*Sape*, loro, *Sape*, música, música!

¡Bravo y valiente amigo, aquí se le despertó su sentido de identidad! A fin de cuentas, esta es su selva. ¿Será algo pasajero, o realmente relaciona y comprende lo que dice? Quisiera hacer algo para averiguarlo, pero un compromiso conmigo mismo me obligó a dejar mi asiento (en forma de báquiro, de casualidad), para dar un paseo fuera de la casa. Enseguida después, me dirijo al espacio destinado a los chinchorros en los cuales mis hermanitos, cansados por el viaje y por tanto ajetreo, acaban de acostarse. Yo también lo hago. Estoy rendido, la abundante alimentación me da una sensación de pesadez. Los chinchorros de bejuco de curagua, suaves, de huecos pequeños, son mullidos y frescos, están hechos de una palma especial

que combate el calor de los días más ardientes. El tejido es ancho, de huecos separados para que el aire circule libremente, y son tan holgados que en ellos caben hasta dos personas. El parloteo de las mujeres me adormece. Cierro los ojos. ¿Saben qué sueño? Que soy un *sape* llevado a trabajar a una mina de diamantes. Escarbo en el fango, muevo la *surruca*, especie de cedaza, por largo tiempo con la espalda doblada, encuentro piedras grandes y brillantes, me dan dinero por ellas, compro ropa, artefactos, escopetas, motores fuera de borda.

Pero no estoy contento. Siento que me falta algo, que este tipo de vida no me atrae. Así que arrojo todo al río, y escapo en curiara hacia mi pueblo, hacia *Oroytepe* donde, desde la espesura, me observa el Chamán de los Cunagueros, el protector de todos. Oigo su flauta selvática, me saluda con la mano, sé, siento que es mi amigo. Rugen los cunagueros a lo lejos, la selva entera se abre a mi paso. Al verme, Mariposa Azul que prepara en el fogón un aromático corroncho asado, me grita:

—¡Regresaste, profesor Báquiro, por fin regresaste!

¡Cómo me agrada que me llame Báquiro, y aún más, “profesor”!

Al alborEAR siguiente, los morochos se ríen cuando les cuento, muy engreído, la parte relativa a Mariposa Azul:

—¡Modérate, *Tuponken*, no es sino un sueño, tú no eres un *sape*, y menos, profesor!

No es sino un sueño. Pero... ¿si en alguna forma se realizara? Me sentiría satisfecho. ¡Cuántas cosas lograría hacer! Junto con Mariposa Azul, podría evitar que la cultura *sape*, tan debilitada en estas últimas décadas, se convirtiera en una mera reminiscencia. Me empeñaría en revivir su antiguo idioma, con el fin de que no pasara jamás a formar parte de la mitad de las 6.000 lenguas entre mayoritarias y minoritarias que se hablan actualmente en el mundo, destinadas a desaparecer en el transcurso de este siglo, según un informe presentado recientemente por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura.

—Es auténtico —les aseguro a mis hermanos que me miran entre admirados y extrañados—, esta noticia ha salido hace poco en la prensa.... Lean los periódicos... culturícense, actualícense, queridos repollitos...

—¡Cállate, palillo, orejón, *Tuponken Araguato*! —me gritan, con ademán de saltarme encima. Trato de defenderme de ellos mientras papá, participando jocosamente en la competencia de sobrenombres, nos retrata con una buena frase:

—¡Entre los tres, el palillo flacuchento y los dos bogotes redonditos, hacen cien!

—Cien, cien, cien —lo apoya Superloro.

Sigue surgiendo el sol y nos quedamos embelesados. ¡Qué lindo es un amanecer en la selva! Miles de pájaros despiertan y cantan tan fuerte que no se escuchan nuestras palabras. Papá acciona la videocámara y dispara la cámara. No puede perderse ese reflejo de un rosa tenue que se filtra por entre la enramada. Mamá, contemplándolo, suspira. Papá la retrata a ella también con los ojos perdidos en la lejanía hacia las luces de la aurora.

—Cien, cien, cien —sigue repitiendo Superloro fascinado por esa palabra tan fácil.

Los morochos se desconciertan y yo, el número uno, los dejo a ambos un tanto sorprendidos, mientras con mi loro encaramado en la cabeza camino veloz hacia el sol que triunfa, proyectando la fantasmagórica sombra de un larguirucho adornado por un exuberante sombrero de plumas.

Palabreo del Chamán al pensar en Filatelio

*He visto el rostro de mi hermano, sus ojos de lince joven,
dos puntas finas de flecha, brillando en la oscuridad.
He visto a mi hermano, calibré sus piernas y sus brazos,
su torso niño. He apreciado su cuerpo delgado, nervioso y duro,
semejante al del ciervo núbil, que tiembla en la espesura.
El hijo de mi padre es solitario como yo y tiene una rara intuición
para ver las cosas, para adivinarlas y sentirlas.
Quizás mi hermano podría ser chamán como yo, y líder de su pueblo.
Tiene la rara condición del silencio,
cuida muy bien sus palabras,
y a la luz de las hogueras lo puedo ver meditando,
pensando, solo y reflexivo.
Mi hermano es un venado
bebiendo agua del pozo siempre alerta, intuitivo.
Pero otras veces ríe y es como el zorro de monte.
La sonrisa de mi hermano brilla como el filo del machete,
como la punta de las lanzas, y suena como las piedras del río.
Mi hermano es un zorro alerta y pensativo.
Él quiere encontrarme, pero yo ya lo encontré,
he observado su rostro sereno en la hamaca,*

*su mirada perdida en las nubes
que puede abarcar, en este claro de cielo.
Es imposible hermano, venado brillante y sabio,
joven venado de risa sonora.
Es imposible que tú y yo seamos más hermanos
que la palma y el cielo, la brisa y las mariposas,
Pero te quiero, joven zorro chamán, venado incierto,
quisiera tenerte contra mí, hacerte escuchar el canto del piapoco.
Y coronarte de plumas de guacamayo,
ofrendarte claros colores, contarte antiguas historias,
iniciarte en el arte de las plantas, de las hojas que dan la vida.
Tú podrías ser chamán como yo, niño-venado,
hermano zorro de ojos de lince y risa de río entre las piedras.*

Los *Yekuana*, pobladores de la niebla

—¡Papá es un gran organizador! —exclaman Mor y Ocho, señalando en el cielo un punto refulgente que se acerca precedido por un ruido que, de suave, se va haciendo estruendoso.

Están felices. Por primera vez en nuestra vida volaremos. Mis dos ceritos no pueden ocultar su inquietud y para regocijo de todos nosotros deciden pedir a Superloro unas lecciones de vuelo:

—Oye Superloro, tú que conoces el poder de los vientos: ¿qué hacer si el avión se desvía por alguna tormenta?

—Dime Superloro, y no te hagas el mudo, ¿cómo haces para mantener el equilibrio en el aire?

No hay respuesta, pero, tal vez contagiado del entusiasmo por el próximo vuelo, el loro se alborota, extiende y agita las alas, como si en efecto estuviera enseñando a volar a mis hermanos. Ellos, felices, imitan su aleteo con los brazos y revolotean alrededor de nosotros entonando la canción del italiano Modugno que han aprendido de los pequeños comerciantes ítalos, nuestros vecinos en El Valle:

*Volare, ah ah
cantare, ah ah ah ah
nel blu, dipinto di blu
felice, di stare lassú.*

Yo me percato que con el transcurrir de los días, pelean menos. Aún más, lo que dice Mor parece convencer a Ocho, y viceversa. Quizás se han dado cuenta de que su constante afán por contradecir, por tener siempre la última palabra, carece de significado ante la inmensidad de la naturaleza, frente a la espontaneidad de los indígenas.

—Todo está arreglado —constata siempre serena mamá, a la vez que con experta mirada revisa nuestro indispensable equipaje: su maletín, los aparatos de papá, la ropa de Muñeca envuelta en la cobijita rosada de la buena suerte y colocada en la cesta que le regalaron los *Sape*, los mapires de sus tres hijos varones. Lo otro, lo habíamos dejado a orillas del río Paragua, en el Jeep.

Para llegar a los *Yekuana* tenemos que seguir el viaje en avión: cruzaremos la porción de selva donde no hay caminos transitables. Ni siquiera Tío Jeep que siempre nos lleva a todas partes con su potencia, puede con esas trochas selváticas, impenetrables y traicioneras, donde el terreno es fangoso y correríamos el peligro de atascarnos. Tampoco son confiables los ríos, en cuyos lechos correríamos el riesgo de quedar presos o ser llevados por la corriente.

—¿Preparados sus morrales?—inquire papá.

—Morrales y mapires listos.

—¿Nada tirado, sino doblado y ordenado?

—Nada tirado, todo doblado y ordenado —contestan enfáticamente los dos ceritos a una sola voz—, y nosotros, recibén bañados en las aguas frescas y espumosas del caño.

—Eso se nota —acoto yo—. Pero, los chigüires no se caracterizan por tener orden en su guarida.

—¿Y qué tenemos nosotros que ver con eso?

—¡Ah, que yo ya encontré un nombre zoológico especial para ustedes!

Me miran atónitos.

—Esa afición que tienen ustedes por el agua —prosigo— indica sin duda que pertenecen a la familia *Hydrocaeri hidrocuiri*.

—¿Qué familia es esa?

—Chigüires silvestres, con un nombre latín recién inventado por mí. Y debería escribirlo en mi agenda, para no olvidarlo.

Una risa de Maigualida hace que los morochos frunzan el ceño y despechados se alejen silbandito, mientras la niña y el loro los saludan con su nuevo sobrenombre: *Hidrocaeri hidrocuiri*.

El punto que Mor y Ocho acaban de divisar en el cielo se avecina rápidamente. El intenso zumbido del motor resuena en extraños ecos, rebotando entre la selva y la sabana. El helicóptero de la Fuerza Armada Venezolana enfila hacia el claro al borde del cual está Oroy-tepe, hacia nosotros. La comunidad *sape*, alborozada, se acerca para recibirlo.

—¡Ahí viene, ahí viene! —nos parece que dicen.

Aterrizaje perfecto. Un apretón de manos entre el piloto y mi padre, un abrazo y una rápida entrega de bultos a *I-Korona*, un saludo a mamá, una palmadita a Muñeca, a nosotros un ¡hola! cordial y una invitación a subir al espacioso helicóptero.

—Pero yo lo he bautizado “Helipájaro”, no lo olviden —nos informa enseguida, jocoso, el aviador, con un vozarrón cordial—. Es uno de los más grandes, ustedes son una familia numerosa.

Detallamos al que será nuestro piloto y, por supuesto, compañero de viaje y aventura. Es corpulento, alto, imponente, roja la cara mo-fletuda, entrecano el cabello ondulado. De fuerte complexión y jovial presencia, algo en él nos atrae, tal vez su sencillez, su naturalidad.

Ya estamos a bordo del Helipájaro, como lo llama su conductor, por la habilidad con que se desplaza por el cielo. Es un moderno helicóptero rojo brillante, holgado, que nos cautiva desde que lo vemos por primera vez. Listos para despegar. Pero...

—¡El loro, el loro! —grito.

Miro mi hombro: ¡Supermudo, mi Superloro querido, no está! Los morochos me ayudan, con su acostumbrada exageración, a revisar cuellos, hombros, espaldas y bolsillos de todo el mundo.

—¡Mudo, Mudo, Mudito, Supermudo, Superloro, habla, afuera, ven! ¿Dónde estás?

Nada. ¡Supermudo no aparece!

La angustia me atenaza el pecho, dedos afilados de congoja re-secan mi garganta, siento las lágrimas refrenadas golpear mis sienes y hervir en mi cabeza. ¡Dejar a mi loro, solo en la selva! ¡Jamás! Me quedará con él.

Miro fijo al aviador. ¿Entenderá? Entiende. El zumbido del motor da paso de nuevo al majestuoso silencio del bosque. Y he aquí que

entre la sorpresa y admiración general, tras la hélice, caminando pausado y orgulloso a lo largo del motor se va acercando Superloro, a la vez que cacarea, dificultosamente pero con gravedad:

—¡Burr, frío! ¡Burr, frío, burr!

Luego de pasar encopetadísimo frente a nosotros, sin ni siquiera saludarnos, penetra por la ventanilla del piloto y va a acomodarse con la mayor imperturbabilidad en la cesta de Muñeca, donde se hunde apresuradamente en la célebre cobijita rosada. La euforia es general. Valiente loro, ¿quería acaso llevar a cabo el viaje encaramado en el eje de la hélice?

—¡Adiós, adiós, Coronel! —gritan desde abajo los niños *sape*, que ya conocen al simpático personaje que suele frecuentarlos.

“Adiós” parece ser la única palabra española que conocen bien.

¡Por fin en el aire! ¡No todos los días se presenta la oportunidad de volar, además en un helicóptero, y para completar con el patrocinio de la Fuerza Armada Venezolana!

Noto que es constante la colaboración que la Fuerza Aérea ofrece a los indígenas. Este Coronel, originario de Maracaibo, ciudad célebre por los nombres disparatados de sus habitantes, tiene al igual que yo mismo, un nombre insólito. Pero el suyo lo es aún más: se llama Anficción. Anficciones son los representantes de las naciones en los congresos para la amistad. Nombre significativo, y bien llevado en este caso: en efecto, les ha traído a los *Sape*, de parte de su general, sal, medicinas, granos, frascos de vitaminas.

¡Nos estrenamos hoy como aviadores! ¡Sensacional! Suspendedos en el aire. Arriba, el sol, el espléndido sol tropical que todos los días nos ampara. Y abajo, ¡qué panorama! La selva, en oleadas de árboles apretados, casi abalanzándose los unos sobre los otros.

—Miren, es maravilloso, ¡no todos los árboles tienen el mismo color!

—Allá, aquella mancha oscura, ¿serán cedros?

—Y a la izquierda, casi rojos, deben ser bucares.

—Los araguaneyes, ¡cuántos!

Parecen una isla de oro, los araguaneyes en la selva. Luminosos, puros. Saludamos desde el cielo, con júbilo, nuestro árbol nacional. Una neblina ligera se desprende de los bosques y de los matorrales. Es la humedad que pronto, en el aire tibio y en los rayos calientes del astro rey, se desvanece. Ya nos acercamos, llegaremos en pocos minutos.

Es corto el viaje aéreo, única forma de llegar a los hijos de *Wanadi*, a los valientes *Yekuana*, igualmente conocidos, según ellos mismos se denominan, como *Maquiritare*, hombres del río, y a veces como *Piaroa*, señores de la selva, según el nombre de una etnia cercana. ¡Tantos nombres para una sola etnia! Por eso es que los criollos se confunden, no logran identificar a nuestros indígenas, y este no es el único caso...

La topografía de esta zona, escenario de sus mitos de creación, la constituyen en gran parte los raudales *Atures* y *Maipures*, los rápidos y las cascadas de otros ríos, el bosque pluvial y las escarpadas formaciones montañosas de piedra arenisca que cubren el área. La selva húmeda o selva nublada, hábitat ancestral de esta etnia, es un territorio misterioso y lujuriente. Una densa vegetación esconde infinidad de ranas y sapos de varios colores, los más venenosos del mundo, y un constante rumor de aguas cayendo se confunde con el delirante parloteo de los pájaros. Entre todo el paisaje, enseñoreándose de árboles y flores, de helechos y caídas de agua, penetra la niebla, suave pero constante, envolviéndolo todo, dando a la gente y a las cosas un halo de irrealidad. Debido a estas características topográficas que establecieron los límites de la colonización española, durante mucho tiempo este vasto territorio situado en la margen derecha del Orinoco no fue explorado.

—Hay *Maquiritares* también en sitios más accesibles —explica papá—. Son los de los pueblos *Anei'ña*, “de abajo”, es decir los abajeños. Pero al contacto con los criollos, los brasileiros, las misiones de diversos credos, con infiltraciones de todo tipo, han perdido sus características propias que en cambio conservan éstos, los “de arriba”, los *Yujuru'ña* o arribeños, es decir los que se han ubicado en las cabeceras de los ríos, en el territorio de la niebla.

—Miren —nos señala Anfiction Pimentel—, desde aquí pueden observar el Macizo Guayanés, una de las formaciones más antiguas de la corteza terrestre de Venezuela y del mundo.

Contemplamos las espectaculares montañas de caídas muy pronunciadas, características de la zona, curiosamente erosionadas. Ante este paisaje sobrenatural, no puedo evitar evocar el *Mundo perdido*, esa gran obra de Arthur Conan Doyle que papá me regaló en mi cumpleaños. Como en la novela, pareciera que de cada monte fuera a surgir un dinosaurio.

—Durante los períodos desérticos de la historia del planeta, el viento depositó grandes cantidades de arena sobre esta base. Con el tiempo, esta capa casi continua se asentó y, después de desplazarse, sufrió fisuras a causa de las presiones de su propio peso y de la erosión —nos explica el Coronel. A continuación pregunta—: ¿Conocen ustedes la composición del Macizo?

Mor y yo escarbamos desesperadamente en el “disco duro” de nuestra memoria, sin dar con el dato. Ocho anota un punto a su favor:

—Está compuesto principalmente por rocas ígneas, granitos y rocas metamórficas, gneis, cuarzo.

¡Bravo Ocho! Nuestro honor de estudiantes está salvado.

—¡Excelente! —aprueba el Coronel—. Observen ahora al horizonte, los picos más altos.

Uno a uno los indica, haciendo dar a su Helipájaro unas volteretas que encantan a Muñeca y a Superloro, a la vez que aterrorizan a mamá. Nos señala también el altiplano del cerro Druida, que alcanza 2.400 metros de altura. ¡Cómo destacan las altas cimas, en el claro del cielo y bajo el esplendor de la mañana! ¡Cuánta razón tenía nuestro poeta Leoncio Martínez, mordaz crítico del general Juan Vicente Gómez y por eso varias veces encarcelado, al celebrar en todos los estribillos de su poema, “el claro sol de mi país”! Recito una estrofa:

*¡Ah, quién sabe si para entonces,
ya cerca del año 2000
esté alumbrando libertades
el claro sol de mi país!*

Por una vez los ceritos no me echan bromas. Se conforman con bostezar y lanzarme un:

—¡Basta, *Tuponken!*

Anficción, fascinado, me aplaude:

—El tercer milenio ya nos ha alcanzado y la libertad parece consolidada en nuestro país. También está llegando a los indígenas el momento de su valorización y superación. Por eso luchamos todos.

Se hace un silencio sugestivo, sobrecogedor. De pronto, un silbido como de perico ligero o de mono aullador rompe el hielo:

—¡Fiu, fiu!

Otro silbido similar le responde, un tanto más grave:

—¡Fiuó, fiuó!

—Caray —expresa admirado nuestro piloto—, así silban los *yekuana* para encontrarse en medio de la niebla. ¿Será que viene algún *Yekuana* con nosotros?

—¡Fiu, loro, loro, yo, yo, fiu...!

Superloro reclama sus derechos como *Yekuana*, y todos lo celebramos.

Pronto, nuestro piloto nos alegra con otra sorpresa:

—Yo también soy poeta —confiesa—, compongo versos y a veces canto, mientras vuelo. Esta afición me viene en parte por los Pimentel, ya que mi abuela era familia de Francisco Pimentel, el gran Job Pim, poeta y humorista, vehemente opositor del general Gómez que lo encerró por casi diez años en las peores cárceles del país, y en parte por un abuelo italiano, capitán de altura, que se estableció en Maracaibo. Saben, yo soy Anfiction Pimentel Napolitano.

¡Qué mezcla tan potente, maracaibero e italiano! Como para demostrarlo, con su poderosa voz de tenor nuestro piloto entona:

*¡Sobrevuelo la tierra
de esta gente valiente!
Desde Zulía a Guayana,
del oeste al oriente.*

Buenas intenciones y buena voz, aunque los versos, a mí personalmente, me parecen un tanto pasaditos de moda. ¿Se lo digo?

—Capitán... —empiezo vacilante.

—Capitán, no —me corta tajante—, Capitán era mi tío, el valeroso Luis Rafael Pimentel Agostini que participó en la expedición del *Falke*.

—Coronel... —vuelvo a empezar.

Pero él, otra vez me interrumpe con vehemencia:

—¡Atención! Debajo de nosotros, lo estamos sobrevolando, ¡el cerro *Yekuana*! De él emergieron, según la leyenda, los antepasados de esta etnia.

El cerro *Yekuana*, el cerro *Autana* y el cerro *Sipapo*, que no logramos distinguir, desempeñan un papel importante en los mitos de creación de los *Yekuana*.

—¿Conocen la leyenda de *Autana*? —nos interroga papá.

—¿Te refieres al cerro?

—Según la leyenda no es un cerro. Es el tronco cortado de un árbol gigante.

—¡Qué impresionante!

—Sí. Según los *Yekuana* se llamaba “el árbol de todos los frutos”, florecía con toda clase de frutos y flores, pero también daba peces y aves. En aquella época no había que sembrar ni cazar.

—¡Qué extraño! —reflexiono— ¿Y cómo fue que lo cortaron?

—En aquel entonces los hombres vivían felices con los frutos de la tierra, y los animales también. Pero al cabo de un tiempo, comenzaron las peleas. Cada quien quería más frutos para sí y para su gente. *Wanadi*, desde el cielo, castigó la codicia de los humanos y de los animales. Envío a un guerrero de fuerza sobrenatural, capaz de derribar un tronco tan gigantesco, el cual cortó el árbol.

—¡Qué horrible, pobre árbol!

—Cuando cayó todos los frutos se desparramaron por la tierra. Así nacieron el plátano, la yuca, el *pijiguao*. Los peces cayeron en los ríos y las aves se fueron al cielo. Y sólo quedó el árbol trunco, *Autana*, símbolo de lo que pudo ser una vida sin esfuerzo, para los que perdieron todo lo que poseían, por no haber sabido apreciarlo y compartirlo.

—La palabra “*yekuana*” con que se denomina los más antiguos habitantes de esos cerros y de sus alrededores —nos aclara papá— deriva de las raíces *ye*, palo de madera; *cu*, agua; *ana*, gente. Significa por tanto “los del palo en el agua”.

Así se autodenominan ellos, pero entre los criollos se ha generalizado el nombre *Makiritare*, vocablo de origen *Arawak* que significa exactamente “gente del río”, dirigido en conjunto a lo que se han aglutinado en grupos de filiación *Caribe*.

—¡Notable! ¡Cómo amplía nuestros horizontes este acercamiento al mundo indígena! ¡Cuántas realizaciones, ideas, pensamientos nuevos encontramos, y todo tan lógico! —los morochos, que entre los dos completaron este denso párrafo, hablan con una seriedad que impresiona.

—Y cómo resalta nuestra ignorancia —agrego levantando la voz, pues el ruido del motor es ahora tan fuerte que nos cuesta oírnos— frente a las concepciones cosmogónicas y cosmológicas, tal

como lo dirían mis maestros, tan ordenadas y hasta organizadas de nuestros indios! ¡De todos ellos!

—Los *Yekuana* —comento más adelante haciendo gala de algunos conocimientos adquiridos en mis lecturas— son unos mil quinientos, agrupados en unos treinta poblados a lo largo de los grandes ríos y sus tributarios: el Ventuari, con el *Wasata*, el *Wota* y el *Jurumato*; el *Cunucunuma*; el *Padamo*, el *Cuntinamo*; el *Cuara* con el *Erebato*; el *Chajura* y el *Canaracuni*; el Paragua y el Orinoco —lo he recitado todo sin cortar la voz, para admiración de los dos ceros.

—Hasta aquí está bien, pero ¿cómo se localizan geográficamente los *Yekuana*? —nos emplaza el Capitán, cuyo vozarrón supera sin esfuerzo el zumbido del helicóptero.

—Quizás por las coordenadas geográficas, 3^{era} y 5^{ta} de latitud norte, 63^{era} y 63^{era} de longitud occidental —aventura Mor, que evidentemente ha consultado los mapas del Coronel.

—Quizás... sería dificultoso y poco manejable, para el viajero común.

—¿Por la división política? —inquire Ocho.

—Veamos. Estarían parte en el estado Amazonas, parte en el estado Bolívar, y hasta, imagínense, hay un pueblo en territorio brasileño... Algo complicado, ¿nos les parece?

—Sí, ¿pero entonces?

—Entonces, para ubicarse utilizan los ríos como sinónimo de área o región. Por ejemplo, en la desembocadura del caño *Wajuna* con el río Ventuari, hay un caserío. El pueblo se llama *Wajunana* y sus habitantes son los *Wajunañancom*. ¿Está claro?

—Hiperclaro, completamente diáfano, inteligente y original además de práctico. Hasta podríamos hallarlos en Internet: www.wajunañan.com —acota Mor regocijado.

—Sin contar el atractivo de los trabalenguas —refuerza Ocho con un silbido de admiración.

Entre la maleza, rodeada de caños, se va divisando una llanura bastante amplia, de forma ovalada, con escasas edificaciones. Hemos llegado al poblado. Helipájaros aterrizan, sin detener el motor. *Matawanadi*, *Avenaja* y *Menaue* acuden, fuertes y alegres, con sus amplios guayucos de intenso colorido, varias bandas de algodón en los brazos, delgados collares de muchas vueltas en el pecho. Me impresionan su tipo de pintura. No sólo el cuerpo luce de un rojo luminoso:

la mitad de su rostro, de la nariz a la barbilla, brilla de un negro hollín. Con esto, no se sabe cómo es su boca, si están serios o sonríen. Son un poco enigmáticos, estos *Yekuana*. Superloro, avispadísimo, baja de primero y se coloca en el hombro de *Matawanadi*, que lo recibe con familiaridad. Ellos hablan un poquito español y saben leer y escribir, como otros muchachos *sape*, porque en una oportunidad los enviaron a un campamento de misioneros que se estableció en las cercanías con este propósito. Las muchachas, en cambio, no pudieron aprender nada, a ellas no les fue permitido alejarse del pueblo.

Nos ayudan a descargar. Pimentel Napolitano les tiende la caja con sal, aspirinas y otros medicamentos, siempre de parte del General, y vuelve a levantar su nave, a la vez que entona otra épica canción que a mí personalmente tampoco acaba de gustarme:

*Por el aire me voy
con mi ave de fuego,
a otras tierras amigas
encamino mi vuelo.*

Hemos salido al alba, el vuelo ha sido breve. Es aún temprano. El casco de la selva ensombrece el poblado que se está desperezando. *Justa*, llaman los *Yekuana* a su pueblo: un espacio circular abierto que después de haber abatido los árboles, han despejado de toda vegetación. En el medio, la gran casa comunal, *atta*, de base redonda y techo cónico. Esta casa cónica o puntiaguda, con sus diecisiete metros de diámetro, es realmente algo espectacular. Su arquitectura, sorprendentemente racional, parece ser una particularidad de la construcción *yekuana*. Tiene una curiosísima forma de cúpula rebajada, coronada por una punta o aguja cónica que llega a doce metros de altura. La armazón está formada por un conjunto de palos largos y flexibles, de varios centímetros de diámetro, que sostienen la cubierta de hojas de palma mediante una trabazón de bejucos. Allí adentro caben todos, pues es capaz de alojar a unas sesenta personas, las cuales pasan la mayor parte de su tiempo dentro de ella. En el centro hay el *annaca*, especie de salón de fiestas, el cual se utiliza para las comidas, para recibir visitas, bailar y para las actividades que exigen un espacio grande, como asar un báquiro, exprimir la pulpa de la yuca rallada, tostarla ya convertida en mañoco. Alrededor, están los *asa* o departamentos de

las familias, cada uno con sus chinchorros, pertenencias personales y el fogón.

Cerca del *atta* surge una pequeña construcción también redonda y cónica, el *lororo*, lugar de reunión de las mujeres, cocina o casa de trabajo para elaborar diariamente mañoco y casabe, sus principales alimentos. Más allá, se ven las pequeñas huertas donde cultivan algodón, caña de azúcar, tabaco y algunas plantas medicinales, en lo cual los *Yekuana*, aún más que otros indígenas, son expertos. Los conucos están más lejos, a una media hora de camino. Rafael, entusiasmado, aprovecha el poco movimiento, la ausencia de neblina y la luz favorable para tomar unas buenas fotos de conjunto. Está ocupadísimo con sus trípodes, cámaras, lentes, teleobjetivos y otros recursos tecnológicos.

Mor y Ocho salen de expedición para observar las plantas curativas. Regresarán asombrados de tanta variedad y exuberancia.

Carmen y Muñeca se encaminan hacia el *lororo* con dos muchachas *yekuana*: *Wayasuri*, menuda y agraciada, de largo cabello azabache, con un ceñido guayuco y varios collares bien tallados; y la esbelta y siempre alegre *Mereka*. Ellas les brindan tortas de casabe y yuca sancochada, que constituyen la comida básica *yekuana*, con ruedas de piña.

Si *Wayasuri* es agraciada, *Mereka* es realmente esplendorosa. Grandes ojos rasgados de mirada hechizante, cabello larguísimo que la envuelve como una nube flotante en su espalda, formas armoniosas que recuerdan las del ciervo, risa fresca y musical como la del río entre las piedras. Presiento que no me va a ser fácil olvidarla. Mientras persisto en mirarla extasiado, se reúne con nosotros *Menaue*, con el rostro pintado de negro brillante. Evidentemente también está prendido de ella, y al advertir mi admiración me confía en tono jovial:

—A mí también me gusta contemplar a *Mereka*. Y hablarle. Siempre, siempre la miro y le hablo.

Pero, ¿cómo lo hace?

Yo no sabía que los *Yekuana* eran grandes poetas, pero he aquí que el joven, a la manera *yekuana*, apartándose unos pasos con pie de gato, comienza a susurrar en lo que debe ser la manera típica de la etnia, sin gesticular, sin mirar ni a ella ni a nadie en la cara, un largo monólogo, seguramente un poema a la hermosura de la muchacha. Me acerco, me fijo bien, trato de grabar algunas palabras, además del nombre,

Mereka, que tanto se repite. Si los indígenas confían, guardan y transmiten todo mediante la memoria, ¿por qué no puedo hacerlo yo? Mis esfuerzo y mi obstinación darán resultado porque al volver a Caracas, rebuscando en la computadora de la Biblioteca Nacional todo sobre los *Yekuana*, encuentro un librito hermosísimo, muy pequeño, de apenas 10 x 6 centímetros, con la portada representando un ciervo sobre piedra, muestra del arte *Piaroa*, escrito por el viajero italiano Giorgio Costanzo. Se titula *Poesie degli indios Piaroa*, a quienes él califica como “sonrientes poetas de la selva”. En las primeras páginas encuentro, vertido al italiano, el poema dedicado a *Mereka* que yo oí, y que ahora puedo reproducir aquí, vertiéndolo a mi vez al castellano:

*La luna es para el hombre
que espera,
el sol para la canoa
que remonta el río.
El agua es para todos los hombres de la selva.
Pero la mariposa roja
es para Mereka.
Mereka, la doncella que amo,
Mereka, que cosecha la yuca
y cuece tortas de casabe.
Mereka es luna, sol, agua, mariposa.
Bailo contigo, Mereka.
Tu mano
es como el tierno fruto
de la palma.
Tu pie
es como la semilla del algodón
ligero y silencioso.
Tu aliento
tiene el sabor de la piña,
pero tu boca no tiene espinas.
Ven conmigo
en la selva,
ven con Menaue
ven conmigo
sobre las cálidas piedras del río;*

*yo veo la luna en tus ojos,
tu seno es de miel.
Contigo la vida será dulce
será dulce.*

Algo cansado, quizás por el susto que me hizo pasar Superloro, me acerco a las dos jóvenes y me apoyo de espaldas en uno de los palos que sostienen la casa. Veo que *Wayasuri* le ofrece a mamá un asiento, de una línea tan actual que llamaría la atención en el Museo de Arte Moderno. Esto para mí constituye otra sorpresa. Lejos de la civilización, sin necesidad de utilizar los útiles e implementos de que disponemos nosotros, los naturales logran unas realizaciones artísticas de tanta pureza y creatividad que lo dejan a uno estupefacto. ¡Qué sobresalientes artesanos, qué artistas son!

Ni *Wayasuri* ni *Mereka* hablan castellano; el idioma de los *Yekuana*, como la mayoría de las lenguas indígenas del área caribeña, proviene de la familia *Caribe*, de muy difícil comprensión. Sin embargo, ellas se entienden con mamá y con Maigualida. Unas hablan *yekuana*, las otras español, se comunican... ¡y lo más extraordinario es que yo puedo seguir el diálogo!

—¿Qué haces tú en esta casa, *Wayasuri*? —es la pregunta de mamá.

—Trabajo todo el día.

La expresión y los gestos no admiten otra interpretación.

—¿En qué consiste tu trabajo?

—Nosotras las mujeres, rallamos la yuca, preparamos alimentos, elaboramos las tortas de casabe. Mira, es lo que estamos haciendo. También los niños nos ayudan —señala a dos, un varoncito y una niña, de unos cinco o seis años, muy atentos a su trabajo.

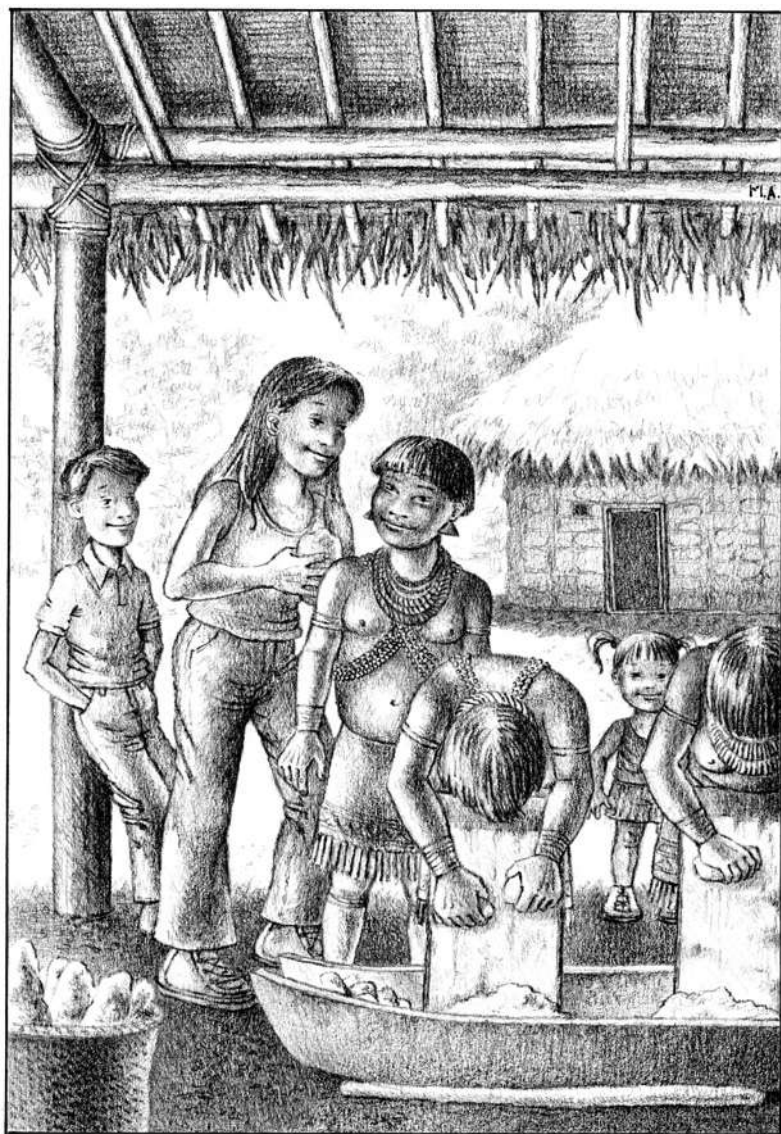
—¿Los niños también colaboran?

—Sí, varones y hembras. Mientras son pequeños y aún no ayudan en la caza y en la pesca, tienen que aprender y colaborar en todo.

¡Es una lección para nosotros, esa integración de sexos y edades a los trabajos caseros!

—Cuando terminamos —continúa— hilamos el algodón en el huso, y luego lo tejemos en el telar.

Mientras habla, nos muestra todo esto.



—Con la tela hacemos nuestros guayucos, y las bandas que llevamos en los brazos y en las piernas.

Miramos a los niños pequeños, que llevan tantas que parecen fajados, como lo hacían con sus críos nuestras abuelas, o quizás tarabuelas.

—Cuando el sol está alto y ya se disipó la niebla —nos explica indicándolo— ayudamos a los hombres a fabricar los rallos.

Enseña con orgullo un desfile de rallos apoyados en una petaca o *canoa* volteada. ¡Qué eficientes los rallos de los *Yekuana*! Son célebres en todo el territorio nacional. Ya los habíamos visto entre los *Sape*. El rallo les sirve como principal producto de intercambio, ya que muchas comunidades vecinas han perdido el arte y el oficio implícito en su elaboración, y recurren a ellos para conseguirlos. Los observamos de cerca, los palpamos, los examinamos mientras ella trata de explicarnos:

—El rallo se hace con una tablita de madera, a la cual se le incrustan pedacitos de piedra bien escogidos que recogemos en el cerro *Autana* (aquí está el secreto, pienso yo), que luego se recubren con resina y se dejan secar.

—¿Y estos dibujos? —pregunto, observando que las partes superiores e inferiores de los rallos llevan diseños de tipo geométrico.

—Los trazamos nosotros mismos con resina mezclada con tintes, para darle colorido, y a veces los tallamos.

Es la misma técnica que utilizan para tallar los sellos de madera con que se pintan la cara y el cuerpo, lo que hacen frecuentemente, sobre todo en fiestas y ceremonias. A la tinta la llaman *Keraeu*, es de color rojo intenso. La preparan con las hojas de una enredadera que secan al sol, luego pulverizan y mezclan con aceite de seje, resina negra y onoto, y dicen que además de adornarlos, los protege contra las picaduras de insectos. Estos dibujos, todos de tipo geométrico, los veremos en tallas, cestas, máscaras, objetos de madera y en pinturas faciales.

—¡Fíjate en los collares que hacemos, los zarcillos, los brazaletes!

Mereka le pone a mamá un collar al cuello. ¡Le queda precioso! Completa el ajuar con unos zarcillos en forma de triángulo, a la vez que explica:

—Así, en forma de triángulo, los hacemos para las mujeres. En forma de media luna, para los hombres.

Nos muestra también varias pulseras para brazos y piernas. Los adornos masculinos se distinguen de los femeninos porque llevan plumas y dientes de animales, que los de mujer no pueden ostentar. Nos enseña uno, impresionante, de dientes de báquiro. Tiene que estar destinado a algún *chamán*, suponemos. Vemos que los niños de

ambos sexos lucen un collar con dientes de chigüire, considerado un amuleto protector.

¡Qué suerte que *Mereka* no insista en ponerme a mí los zarcillos de media luna! ¡Quién sabe qué otro sobrenombre me pondrían entonces los morochos! Nada gracioso... Pero sí quiere que mamá se lleve unos, hechos por ella, y un collar.

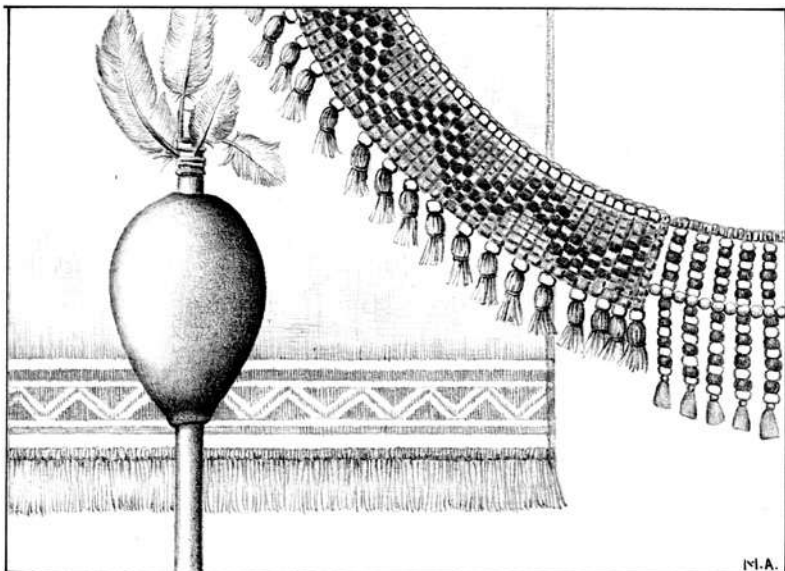
—Linda, linda —creo que dice, y la señala a las demás mujeres, que asienten con la cabeza.

Mamá, de cabello negro y ojos oscuros, tiene en la mirada dulce y profunda algo que la hace parecer a las indias *yekuana*, a las *sape*, creo que a todas las indígenas. Y seguramente hay algún aborigen en nuestro pasado, en nuestra familia. Me gustaría descender, por ejemplo, de los *Yekuana*, y poder decir:

—Mi tatarabuelo era un *yekuana*, hombre de los remos, de los ríos. Me ha transmitido mucho de su mundo, cultura y raza. Por mis venas corre sangre india.

No lo sé con exactitud, pero siento que es así. Hay un nexo, entre los indígenas y nosotros, más fuerte que el de simpatía y afinidad. Todos somos venezolanos, provenimos de los mismos aborígenes, compartimos la misma tierra, somos una misma familia.

—¡Los guayucos, mira los guayucos! —Muñeca, interrumpiendo mis reflexiones, me indica varios, que las *ykuana* han sacado de



una cesta, o *wōwa*, para mostrarlos. ¡Qué bien trabajados! De algodón y con diminutas cuentas de mostacilla, de llamativos colores, con bordados simétricos y franjas de lo más graciosas. Para completar, colgados al ruedo, llevan adornos hechos con frutas de bejuco salvaje, en forma de campanita, a los cuales llaman *shiriyoca*, y que a cada movimiento de la mujer producen un sonido musical.

—Maigualida, Maigualida —le ofrece *Mereka*, encantada con su nombre—, ponte uno, ponte este.

La niña lo hace, satisfecha. Despojada de su formal trajecito caraqueño-citadino, con este guayuco se siente libre, fresca, feliz.

—Se llama *muaju* —le explica nuestra amiga.

—Mira mi *muaju* —me sonríe coqueta Muñeca—, ¿te gusta?

¡Espléndido! Admiro la sencillez de mi hermanita, que corretea comodísima con su guayuco. Tengo mucho que aprender de ella. Yo aún no tengo ese espíritu de adaptación, ese valor de enfrentar cambios inesperados. Miro melancólico mis *blue jeans*, ajados, descoloridos, calientes.

Las *yekuana* enseñan ahora los guayucos para hombres, más grandes y sin franja, los collares para ellos, los zarcillos y... ¡qué extraordinario!

—Una hamaquita portabebé —explica *Wayasuri* con sus expresivos gestos, a la vez que llama—: ¡*Cadío, Cadío!*

Llega mamá *Cadío* con su hijito *Cayuwai*, y nos da una demostración del uso de la hamaquita. ¡Una gran solución para las madres que quieren trabajar o trasladarse sin dejar a sus críos! Nos recuerda los *wayares* de los *waraos*, esas cestas tejidas, especie de “portabebés” indígenas. Sin embargo, estas hamaquitas son distintas, más frescas y livianas, se podría decir “más elegantes”. Por cierto, durante todo este proceso de demostración, *Cayuwai* se las ha arreglado para no perder los lindos juguetes que aprieta en sus puñitos, y que nos enseña, él también: son animalitos de madera, una tortuga, una iguana, un cachicamo, un loro; bien pintados, ahuecados y rellenos con semillas de parapara o peonía, de manera tal que los niños pueden apretarlos por el pico o por la cola y agitarlos como maracas.

Mientras tanto, Muñeca muy satisfecha con su guayuco nuevo, corretea por los alrededores. Junto a un enorme helecho, al borde del campamento, ve una ranita azul, bellísima. A punto está de tocarla, cuando Superloro alza el vuelo y le cae sobre la manita extendida,

graznando durísimo. A los gritos de Muñeca todos corremos, inclusive papá que deja su trípode abandonado.

—¡Superloro la mordió! —advierte Mor.

—No —exclama papá suspirando hondo—, le salvó la vida. Estas ranas de colores matan al sólo tocarlas, porque su piel exuda una secreción tóxica.

Impresionados, todos escudriñamos los alrededores, pero ya la ranita había desaparecido a ras de la hierba.

—¡Uuu... uuu...! —silba Mor— ¡Qué peligro!

—¡Uuu... uuu...! —responde Ocho— ¡Y que lo digas!

—¿Cómo sabría Superloro que esa ranita es peligrosa? —pregunto lleno de curiosidad— es un loro amazónico, pero criado en Caracas, en la ciudad.

—Es su herencia, su memoria genética —explica papá reflexivo—. Los animales, por un instinto que llevan en sus genes, saben que los reptiles o los batracios de colores brillantes son venenosos. Esos colores son una advertencia. Hay muchas de estas ranitas, azules, de rayas rojas, rosadas y amarillas, todas temibles, escondidas en la selva. En realidad no son agresivas de por sí. Son bastante huidizas, no se acercan a la gente, no atacan a nadie, a menos que se les provoque.

—¿Pero cómo es posible, tan pequeñas y tan peligrosas? —se extraña mamá, aún asustada.

—El origen de su peligrosidad radica en que se alimentan de escorpiones y hormigas venenosas. Como no pueden procesar las toxinas de estos animales, las sudan, liberándose así de ellas. Pero si las toca la gente, los humanos, el veneno les penetra por la piel, por la epidermis, lo que acarrea un riesgo grande. Hay que cuidarse de ellas, hijos.

Una vez pasado el susto y vuelto todo a la normalidad, las dos jóvenes nos traen y enseñan la variedad de cestas que elaboran: la *wöwa*, tejida por ellas, el *turi* o *catumare*, tejido por los hombres, y las lindas *canwa* o *petacas* de exóticos decorados, con las mismas figuras geométricas en las cuales predominan el rojo y el negro. Las tinturas son de origen vegetal: el rojo se extrae de las hojas de una bignonia o de la semilla del onoto, y el negro de la fruta del árbol identificado como genipa americana. La cestería *yekwana* no sólo se exhibe en el Museo de Bellas Artes de nuestra capital, sino que

tiene renombre mundial, obtuvo reconocimientos en exposiciones realizadas en Europa, y bien los merece por la amplísima variedad de formas: en campana, rectangulares, oblongas, imitando relojes de arena. En ellas se aprecian tigres, monos y caimanes, entretejidos en sutil armonía con las fibras que tan bien saben trabajar.

Alrededor de nosotros, compenetradas con su labor, otras *ye-kuana* están confeccionando cestas, collares, hamacas y... trampas.

—¿Trampas? —nos extrañamos.

—Sí, construimos trampas para animales mayores, tigres, báquiros, pero sobre todo para capturar pájaros como el piapoco, la guacamaya, el pajuí.

—¡Qué gente tan ordenada y trabajadora! —comenta mamá. Luego le pregunta a *Wayasuri* con voz y gestos—: ¿Qué hacen afuera? ¿Afuera de aquí, de la casa?

Ella, después de un momento de duda, entiende:

—¿Nosotras las mujeres?

—Bueno, las mujeres y los hombres, si es que ellos trabajan —ambas ríen.

—Vamos, ven conmigo —*Wayasuri* le tiende la mano, Muñeca y yo las seguimos.

El sol brilla alto. Hay mucho movimiento en el poblado. Encontramos a papá, atareadísimo con sus fotos. Proseguimos hacia los conucos por una red de senderos que, partiendo desde la gran casa, atraviesan la selva. Es a través de esos senderos, casi invisibles, que los Piaroa se comunican con las demás etnias, pues debido al gran número de rápidos, cascadas, zonas pedregosas y a la estrechez de los caños, se ven obligados a recorrer grandes distancias a pie, hasta que el río reúna las condiciones para navegar, arrastrando o cargando sobre sus cabezas, hasta en número de seis, las escasas canoítas y curiaras que tienen y utilizan sólo en la época de lluvias.

—Aquí en los conucos, primero trabajaron los hombres, para talar y quemar secciones de la selva, y fue duro. Ahora somos las mujeres quienes cultivamos en ellos varios productos necesarios —este es seguramente el sentido de lo que sigue explicando *Wayasuri*, con expresiones y ademanes muy claros.

—Nuestra amiga sería una gran actriz —insinúa mamá.

—Por cierto, una excelente actriz, ¡pero de cine mudo, o de pantomima! —bromeo.

—No te rías, Filatelio, esto es algo valioso. Fíjate, durante este viaje, nos estamos especializando todos en el lenguaje gestual. ¡Y creo que es un logro, una conquista, algo que nos hace crecer!

Mamá tiene completamente razón. Aplaudo sus palabras. Hemos aprendido algo muy especial, la importancia del lenguaje gestual. Es una forma muy efectiva de comunicación y los indígenas, que a veces deben hablar con pueblos de otras lenguas para comerciar, lo manejan a la perfección. Una mirada intencionada, un movimiento de hombros, una sonrisa, un gesto de un dedo o una mano, dicen a veces más de mil palabras.

Por otra parte, también apruebo lo dicho por la joven *Piaroa*, que coincide con lo que yo he leído sobre la mitología indígena, y es citado por los antiguos cronistas: debido a que la mujer pare, ella es llamada a cultivar la tierra, tiene el don y la misión de hacerla producir.

Wayasuri nos enseña que la mayor parte del conuco se siembra con yuca de las dos variedades, dulce y amarga. La amarga se utiliza únicamente para hacer el casabe, pero antes es preciso extraerle el *yare* o jugo venenoso. La dulce se consume hervida o asada. Los conocimientos de los indígenas en relación a este vegetal son ancestrales, como los del maíz. Los *Caribe* trajeron desde las Antillas la yuca a la tierra firme, cuyos habitantes antes centraban su alimentación en torno al maíz. Pero hay muchas otras siembras. Una a una las señala, y mamá se esfuerza en reconocerlas:

—Ají, plátano, piña, apio, auyama, ocumo, batata, ñame, mapuey, maíz, caña de azúcar... —las dos siguen, y ya han mencionado más de veinte... Me siento un poco avergonzado. Todas estas verduras, importantes, nutritivas en su estado natural me son totalmente ajenas. No podría distinguir la siembra del ñame de la del ocumo, ni la del mapuey de la de la yuca, a pesar de haberlas oído nombrar en mi casa, cuando mamá prepara el sancocho criollo, y a pesar de haberlas individualizado recientemente, cocinadas entre los *Pemón*. La mayoría de mis compañeros, pienso, tampoco las conocen.

—Y lo de allá —agrega la india con cierto desdén, indicando algo en un rincón del conuco— lo trabajan los hombres.

—¿Qué es? —mamá desde lejos, no lo distingue.

—Es el tabaco —le aclaro yo, que lo he reconocido enseguida.

Le indico a mi mamá esa planta rastrera, no más alta de un metro, con grandes hojas verde oscuro recubiertas de suave vello o pelusa, que ellos tanto aprecian. El tabaco es autóctono de América y los naturales lo consideraron siempre una planta sagrada. Muchos lo masticaban, otros picaban las hojas finamente y las fumaban en grandes pipas. Se dice que algunos indígenas lo llamaban *tobako*, palabra que sin embargo no existe en todas las lenguas de América, y de allí vendría el nombre que le dieron los españoles a la planta. Fumar tabaco tiene, entre ellos, fines ceremoniales: afirman que el humo posee poderes curativos, que a través de él puede conocerse el futuro de la persona que lo fuma. Lo consultaban en tiempo de guerra y aún lo consultan cuando van a cazar, para saber si tendrán suerte o correrán algún peligro.

Ahora recuerdo que una vez en la que hablábamos de los *Yaruro*, papá me mencionó la quema que hizo Ezequiel Zamora de todos los campos donde se cultivaba el mejor tabaco. ¡A lo que pueden llevar la violencia y la exasperación, si no se sabe controlarlas!

Ante la expresión ceñuda y despreciativa de *Wayasuri* Carmen ríe, y trata de hacerle comprender que algo hay que consentírsele a los hombres. Nuestra amiga no está del todo convencida, es posible que piense, sin decirlo, que además del tabaco o mezclándolo con él, los *Yekuana* hacen uso de los alucinógenos, especialmente del *yopo*, esa mezcla de semillas, miel y corteza de árboles silvestres, que absorben por la nariz con un instrumento apropiado. Sin embargo parece apreciar la actitud conciliatoria de mamá porque, después de titubear un poco nos indica con sigilo otras plantas: son las mágicas, cultivadas sólo por los hombres, y las medicinales, sólo por las mujeres.

Mamá se muestra especialmente interesada. Ella, como enfermera, comprende que aquí no hay ningún artificio ni engaño, sino algo que está basado en una antigua sabiduría. *Wayasuri*, experta en plantas curativas, es la heredera, en su pueblo, de los secretos de las especies medicinales, los cuales se transmiten por línea materna. Muy cerca una de la otra, observando atentamente las plantas, hablando a gestos o en voz baja, Carmen y *Wayasuri* parecen dos hermanas. Se intercambian experiencias, secretos curativos. Más tarde, mamá sacará de su maletín pastillas, jarabes, píldoras y pomadas para entregárselas a *Wayasuri*, luego de abundantes aunque

mudas explicaciones, consciente de que estarán en buenas manos. Nuestra madre se irá de aquí con hojas, plantas y semillas que transportará con gran cuidado y luego comentará con los médicos del hospital donde trabaja, profesionales que han estudiado años en la universidad, y apreciarán el valor de esa contribución medicinal. He notado que frecuentemente *Wayasuri* y *Mereka* llaman a mi mamá, en lugar de Carmen, *Cawaruwa*, palabra que seguramente significa “amiga”; y así es, colegas, amigas, hermanas, son ellas. Para que las tres puedan seguir disfrutando tranquilamente su encuentro, me llevo a mi hermanita:

—Vente, Muñeca, demos un paseo. Vamos a saludar aquellos perritos que vimos al pasar.

Allá nos dirigimos. ¡Qué lindos perros, de buena raza! Nos tomamos con Rafael, sacándoles fotos.

—Ya averigüé para qué crían estos perros. ¿Ustedes lo saben?

—¡Para jugar! —grita Muñeca.

—Para compañía o protección —opino yo.

—Nada de todo eso —nos explica papá—, son perros cazadores, entrenados para perseguir dantas y venados, para localizar cuevas de lapas y manadas de báquiros. Así como sus rалlos, los perros de los *Yekuana*, descendientes de los perros autóctonos que según relataba el misionero Padre Gumilla denunciaban por el ladrido el tamaño de la presa, son muy apreciados. Cuando quieren hacer trueques, consiguen cantidades de cosas.

—¡Lo menos que esperaba yo encontrar entre los indios, era una escuela para perros! ¡Hasta a eso se dedican, y conocen cómo hacerlo! —mi sorpresa va en aumento.

—Sepan que uno de estos animalitos bien entrenado en las “escuelas de perros” locales, puede ser trocado por una escopeta. Con varios de ellos obtienen hasta un motor fuera de borda.

—¿Y ningún cambio es desfavorable?

—Los que hacen entre ellos mismos, no. Nunca se engañan, ni se disgustan.

—¿Cómo lo logran?

—Esto sucede por el gran espíritu de solidaridad que tienen los aborígenes. Son una sola gente, lo comparten todo. Pertenecer a la etnia, poseer destrezas tradicionales, producir, constituyen su riqueza, su bienestar.

Reflexiono de nuevo sobre el inmenso patrimonio espiritual y moral de estos indios. Quizás no exista (aún tengo dudas), o por lo menos nadie haya visto el fabuloso Dorado, ni el legendario lago Parima que tenía la misma profundidad y extensión, emblemático de la cercanía de Angostura, tan recordado en las canciones *Flor peregrina* y *Canción del lago Parima* del criollísimo Quinteto Contrapunto. Pero ¿qué mayor riqueza que sus ideas, sus tradiciones, su imaginación, sus capacidades? ¿Acaso el oro puede valer tanto? ¿Si ellos tuvieran oro, serían tan trabajadores, tan organizados?

Observamos bajo el cobertizo, unos veinte cachorros bien cuidados, bien alimentados. Pronto, el suave tintineo de las *shirivocas* anuncia el arribo de *Cadío* y sus hermanas que traen comida y agua a los perros, limpian el piso, los acarician, juegan con ellos. Cuando estén grandes —aprendo— los llevarán de cacería. Entre los *Yekuana* la caza mayor, especialmente la del báquiro, es una empresa familiar: marido, mujer y perro. El perro localiza la presa, la enrumba hacia la orilla del río y allí el hombre con su compañera, lanza en mano, la esperan y la matan. Los *Piaroa* poco utilizan el arco y la flecha, cazan con lanzas o con cerbatanas de varios tamaños y todas con dos tubos, uno externo y otro interno. El extremo inferior de los dardos está envuelto en algodón, y en la punta superior le untan el curare, el secular veneno indígena a base de plantas que ellos mismos producen y que es considerado de muy buena calidad. También para la pesca las parejas salen juntas, y a menudo llevan a los niños.

Cerca del cobertizo de los perros se encuentra otro tipo de construcción cónica, siempre de palma: es el *ruode*, la casa de los hombres, donde guardan las máscaras y los instrumentos sagrados que utilizan en su gran fiesta, a la que llaman *sari-warime*. Estas máscaras, *warime*, grandes, redondas, son impresionantes. Nos impactan y asustan. Las hacen de un tejido grueso cubierto con una capa de arcilla, sobre la cual trazan, en negro con resina, en blanco con arcilla y en rojo con onoto, unos ojos y una boca desproporcionados, pavorosos, rodeados de sus típicos dibujos lineales. Cubren toda la cabeza o sobresalen de ella, mientras dos capas de hojas de palma esconden el resto del cuerpo, una la parte superior y otra la inferior. Pensamos que este desfile de bailarines cubiertos desde la cabeza hasta los pies con sus enormes máscaras, agitando el palo zumbador que llevan en la mano, deben ser terroríficos. Las máscaras y atuendos quizás reflejen el temor a

peligros sobrenaturales, que según algunos antropólogos juega un rol importante en la mitología *Piaroa*.

Al entrar la tarde me acerco a la *annaca* para consumir la balanceada comida que ellos mismos preparan y, reunidos, saborean con satisfacción. Los *Yekuana* se alimentan bien y en forma correcta: por eso se ven tan saludables, fuertes y activos. Con respecto a las dietas de los demás indígenas encuentro una novedad: la variedad de jugos preparados a base de frutas silvestres o cultivadas (*curuba*, *curucurito*, *chiquichique*, *pendare*, *tupirito*, *guamache*) que acompañan los alimentos. También a Superloro le fascinan, y dale que dale con su piquito, bien agarrado con sus patitas en la orilla, dos deditos adelante y atrás los otros dos, uno más largo y el otro cortito, absorbe laboriosamente todo el contenido de la totuma que le han ofrecido.

Se me suman papá, mamá y sorpresivamente el coronel Anfiction, que luego de cumplir otros encargos de su General, repartiendo mensajes, géneros y medicamentos, ha regresado a buscarnos más temprano de lo que esperábamos:

—Joven, tan silencioso, ¿qué te pasa, le haces la competencia a tu loro?

En efecto Supermudo, aferrado a mi hombro derecho, ha vuelto a su costumbre de no hablar.

—¿Dónde están tus hermanos? —se extraña—, ellos siempre aparecen a la hora de las comidas.

No habíamos reparado en la ausencia de los morochos. Demasiado larga. Salieron temprano para una breve excursión, ya incumbe la tarde, debían haber regresado. El Capitán y mi padre intercambian miradas y se levantan, dirigiéndose apresuradamente hacia el helicóptero. La selva es oscura, peligrosa. Extraviarse en ella es un riesgo muy grande, es fácil perder el sentido de la orientación, y luego resulta casi imposible salir sin ayuda. Hay engañosos cursos y pozos de agua, fieras, insectos ponzoñosos. Carmen, angustiada, pide ir a bordo, papá la disuade y la calma, pero yo, confiándole a ella Superloro, corro tras ellos, los alcanzo mientras se aprestan a ir en busca de los excursionistas. El helicóptero explora la zona. La apretada vegetación casi no permite ver. La expresión preocupada de papá ha comenzado a angustiarme. Hago un esfuerzo por distinguir algún movimiento, algún color, alguna sombra, allá abajo. Pero sólo pájaros pasan rozando los árboles.

¿Qué había sucedido? Caminando y curioseando, los dos ce-
ros, siempre en busca de aventuras, se habían alejado bastante del
campamento. Esta vez las tendrían, y grandes. Llegaron a un des-
campado con maleza alta y pocos árboles. Más allá la selva densa,
impenetrable.

—Mejor devolvámonos —aconseja Mor, haciendo ademán de
detenerse.

—No te preocupes. Vamos por buen camino. ¿Sabes que he de-
sarrollado un sexto sentido, como el de los indígenas? Conmigo estás
a salvo. Y creo podemos encontrar algo impor...

Aún Ocho no había terminado la frase cuando, al pisar un terrón
de hierba que lucía fresca y revuelta, los dos muchachos se sintieron
presos, envueltos en una manta de fibras vegetales, izados violen-
tamente hacia la copa de un yagrumo: habían caído en una trampa
india, de las muchas que hay en la selva, preparadas hábilmente, des-
tinadas a atrapar báquiros, lapas y hasta venados, disimuladas entre
la hierba, y aprisionadas con tierra, para que al pisarlas se disparen
hacia arriba con la presa. Enseguida después del sobresalto inicial, se
dieron cuenta de que estaban atrapados. Intentaron soltarse, pero era
inútil, aquella fuerte malla de fibra estaba diseñada para no permitir
el escape.

—¡Tremendo guía que eres tú! —recreminó Mor— ¿No tenías
un sexto sentido, como los indígenas, para predecir problemas y ac-
cidentes?

—¡A veces me falla! —se defendió Ocho—. Pero tranquilízate.
Pronto vendrán a buscarnos. Papá que fue guardia de fronteras, cono-
ce la región y sus acechanzas.

—Tú consuélate con eso, pero yo no lo creo. Estamos perdidos,
antes de que nos encuentren, algún jaguar nos devorará.

—¡Nunca! Esta trampa es alta, está fuera del alcance de las fieras.
Y la verdad es que es bien cómoda para dormir, parece una hamaca.

—Sí, una hamaca para báquiros.

—Podría dormir aquí tranquilamente —dijo Ocho tratando de
hacerse el valiente—, si no fuera porque me está empezando a dar
hambre, y que por lo gordo que estás tú, casi no cabemos.

—Podríamos intentar llamar con nuestros códigos personales,
en silbidos —propuso Mor.

—¡Buena idea! Seguro nos escucharán desde lejos y vendrán a rescatarnos. Vamos a silbar como el piopoco.

—¡Fiu... Fiu... uooooou!

—¡Fuuuuo a a a!

—Nada.

—Espera un rato. Tal vez vienen en camino.

—Vamos a imitar al arrendajo.

—¡Juui... juui!

Pasaron varios minutos, pero ni un solo ruido les respondió.

—Oye, parece que aquí nuestro arte no sirve de nada.

—Es lógico. ¿No ves que estamos rodeados de silbidos de pájaros, de loros, de serpientes, de monos?

Colgaban uno encima del otro, suspendidos sin remedio. La luz del día disminuía. El sol se posaba horizontal sobre los altos árboles, y entre la maleza miles de grillos empezaban a revolotear con un chirrido ensordecedor. Una extraña sensación de ingravidez se apoderaba de ellos. Anonadados se adormecían, resignados a su suerte, cuando oyeron un rugido cercano.

—¿Escuchaste eso?

—Claro que lo escuché. Eres tú fingiendo ser un tigre. ¡Qué mal lo haces! ¡No sólo como guía, sino también como imitador te morirías de hambre! No creas que me asustas. Si piensas que en un programa cómico de televisión te aceptarían, estás soñando, es más, ni siquiera sabes...

La furiosa perorata del indómito Mor fue interrumpida por un gruñido amenazante, cada vez más fuerte y más cercano, que pareció rodearlos, envolverlos en un hálito salvaje. Los grillos callaron de repente. Un olor fuerte y agrio impregnaba el aire. Atisbando entre las lianas divisaron un tigre joven, corpulento, de grandes pintas negras que avanzaba hacia ellos mostrando sus aterradores colmillos. Ante el inminente peligro de morir en forma terrible, en las fauces de aquel animal que ya se disponía al ataque, los dos muchachos cerraron fuertemente los ojos y se abrazaron estremecidos, temblando.

Los sobresaltó un rugir brutal, de fiera herida, una lucha a muerte. La bestia se defendía de un atacante, pero éste pronto la dejó sin vida, con un certero tajo en la garganta. La sangre teñía la hierba fresca. Se oyeron pasos cercanos, rumor de una fuerte

respiración humana. Inesperadamente, sintieron de un solo tirón rasgarse su prisión vegetal y cayeron al suelo aturridos.

Frente a ellos, se erguía la majestuosa figura de un indígena. Alto, al viento la larga cabellera, coronado de rojas plumas de guacamayo, rodeado de cunagueros que olfateaban inquietos la maleza, un poco más lejos. Reunía con prisa hojas secas y arbustos. Se oyó el frotar y el chasquido de los palos que despiertan el fuego, y de pronto se levantó una columna de humo, acrecentada por las ramas verdes que le iba agregando.

Los morochos permanecían atontados. Aún temblando trataron de incorporarse para agradecer a su misterioso protector, pero al buscarlo con la vista se dieron cuenta de que se había esfumado entre la espesura, sin dejar huella alguna. Sólo acertaron a ver cómo las ramas bajas se movieron, cuando se perdieron entre el follaje los rabos de los cunagueros.

El ruido del avión les sacó de su estupor. El viento de las aspas dispersó el acre humo. Mor y Ocho alzaron la vista hacia lo alto, desde donde los llamaban.

—¡Es papá, es papá, te lo dije! —gritó Ocho saltando— ¡Aquí, aquí, papá!

El helicóptero descendió con gran estrépito en aquel descampado. Rafael pudo abrazar a sus dos arriesgados retoños.

—¡Nos salvó un indígena, acaba de irse! —dijo Mor señalando hacia la selva—. Lo acompañaban muchos cunagueros.

Con los faros del helicóptero iluminamos el espacio circundante, pero no logramos divisar nada más que árboles y grandes hojas brillantes.

—Pero él estaba aquí, él nos liberó con un cuchillo, él prendió el fuego.

El Coronel examinó la trampa y vio la huella de un objeto afilado, que la atravesaba transversalmente.

—Parece que alguien la hubiera desgarrado con un cuchillo o un puñal —sentenció—. Alguien los sacó de aquí, Rafael, ellos solos jamás hubiesen podido soltarse.

—¡Y nos salvó de un jaguar enorme que quería devorarnos! Lo mató con su cuchillo de caza.

—¿Esta no es una película de Tarzán que ustedes vieron? —pregunto yo, escéptico.

—¿Pero dónde están los cunaguaros, dónde está el tigre? —se extrañaba el Coronel mirando a su alrededor. No había rastro de los cunaguaros, ni del cuerpo del tigre. Hasta la fogata se había extinguido completamente.

Papá permaneció callado, pensativo. A lo lejos, la selva lo invitaba a adentrarse en ella, a apoderarse del secreto que guardaba. Yo también, a pesar de las bromas que les hice a los dos “ceritos” asustados, empiezo a pensar que algo, o alguien, los liberó.

En el pueblo *yekuana* nos recibieron con alegría. Comimos con apetito, pero rápidamente, lo que nos habían guardado. Debíamos apresurarnos, el sol se acercaba al ocaso.

—Después de todo, nunca me desesperé, nunca perdí la calma —nos confía mamá—, sabía que ellos aparecerían en cualquier momento. Mis dos hijos más traviesos tienen un ángel o espíritu bueno que los protege.

Noto que papá, aunque le duela contrariarla, está a punto de aclararle el peligro que corrieron y el mal rato que nos hicieron pasar. Pero no es el momento de comentar su aventura. ¡Seguiría una larga reprimenda para los incautos, y un pesadísimo sermón para nosotros! Decido desviar de inmediato la conversación, secundado por el colaborador Pimentel Napolitano:

—Hablando de espíritus y seres especiales, ¿conocen ustedes el origen de los *Yekuana*? —empiezo, mientras el Capitán me anima con la mirada—. El sol que como el cielo es sobrenatural, dejó caer sobre la tierra tres huevos mágicos. Dos cayeron correctamente, se abrieron, y de ellos surgieron *Wanadi*, el padre o héroe mítico de los *Yekuana*, y su hermano, que representa el bien.

Me doy cuenta de que he logrado captar la atención de la pequeña audiencia, y prosigo después de una pausa estratégica:

—Pero el tercer huevo se magulló sin abrirse. *Wanadi* entonces lo tiró a la selva. Con esta segunda caída el huevo se partió y dejó salir, lleno de resentimiento y odio, a *Cajushava*, que representa el mal y es generador de los espíritus malos y de los demonios.

—Es una leyenda interesante —reconoce Anfiction poniéndose de pie. Y agrega, despertando la hilaridad de los jóvenes—: Cuidado cuando coman huevos: si se les caen, nacen los demonios.

La crisis ha sido superada. Recogemos solícitamente nuestras cosas, de las cuales cada vez tenemos más, por los hermosos y variados

regalos que nos hacen nuestros generosos amigos: cestas decoradas con pájaros, maracas, collares y totumas para beber. Abordamos el helicóptero. Debajo de nosotros, los *Yekuana* saludan con mesurada seriedad. Superloro está quieto en mi hombro, sin hablar, ni chillar.

El viaje, también esta vez, es corto. Papá no habla, quizás aún contrariado, y dedicado a ordenar sus películas. Esta va a ser una jornada muy intensa. En el mismo día, dejamos a los *Sape*, visitamos a los *Yekuana* y nos dirigimos hacia la zona que habitan los *Jodi*.

Entre ellos pasaremos la noche que ya se acerca y los dos días siguientes. El Capitán va a esperarnos, para llevarnos a la próxima etapa en plena selva orinoquense, entre los numerosos y sorprendentes *Yanomami*.

Desde el aire, nuestro experto piloto nos señala los límites del territorio habitado por los *Jodi*, visible en el crepúsculo: la serranía de Maigualida al este, el *Kaima* al norte, el Cuchivero y el Parucito al oeste, el *Majagua* y el *Asita* al sur.

Muñeca y mamá están felices. A mi hermanita la hemos llamado siempre Muñeca, porque su verdadero nombre, Maigualida, no le agradaba. ¿Cambiará de idea? Se lo habíamos puesto justamente por el deseo de tener un nombre indígena en la familia, de acercarnos a aquella región donde bulle la vida de nuestros aborígenes. Y ahora, por fin, podemos ver el cerro Maigualida.

—¡Mira, Maigualida, tu cerro!

La expresión satisfecha y enternecida de Muñeca nos indica que de ahora en adelante aceptará su nombre.

—¡Papá, papá, tómale una foto!

Inmenso, erguido y desafiante, alzado frente a ella en toda su majestuosidad, el cerro Maigualida recorta su figura contra la luna enorme que ya ha aparecido frente a nosotros.

—¡Maigualida, Maigualida! —grita mi hermana entusiasmada.

Rafael apunta la cámara y capta la foto, mientras el piloto detiene un momento su aparato. Estamos detenidos en el aire. Como un inmenso colibrí el helicóptero interrumpe el vuelo, se mantiene en el vacío, agitando sus poderosas hélices. ¡Cómo nos gusta este helicóptero, qué fácil se maneja, qué seguro se siente uno en él!

—Coronel —pregunta Mor—, ¿qué debe hacer uno para ingresar en la Fuerza Aérea?

Palabreo del Chamán para Maigualida

*Nombre de cerro el tuyo, donde amaneces siempre,
con tus laderas verdes, abriéndote a la vida como la flor del yagrumo.
Cabecita de claro esplendor, coronada de brillos solares,
signo de luz el tuyo, signo de amplia claridad el de tu nombre.*

*Hermanita dorada y pequeña
como un lirio que estrena sus colores,
hermanita que duermes aún en el regazo de tu madre,
he ideado suaves canciones para arrullar tu sueño.*

*Mi hermana es pequeña y clara como la mañana,
mi hermana es espuma de río, aroma de íntima flor,
de fruta fresca,*

*mi hermana es un conejito blanco
que se arrebuja entre el colchón de la hierba crecida.*

*Duerme hermanita hermosa, duerme y sueña,
yo velaré por ti siempre,
cruzaré los ríos crecidos por ti,
y subiré al árbol del pijiguao
para ofrecerte dulces frutos.*

*No temerás al danto ni a la tormenta,
ni a la cascabel traicionera,
porque yo estaré contigo,
clara hermanita luminosa,
nombre de cerro el tuyo,
signo de luz el tuyo.*

Los *Jodi*, guardianes de la selva

Se llaman *Jodi*, palabra que puede traducirse como “hombre” o “gente”, pero también son conocidos como *Chicano* o *Shikana*, *Waruwaru* o *Yuana*. Viven en las zonas altas de la cabeceras del Cuchivero, estado Bolívar, y en la cuenca de los ríos Iguana y Majagua, estado Amazonas, donde ocupan el área selvática. Su cultura no tiene parangón en los pueblos vecinos, su idioma tampoco, por lo tanto se catalogan como pueblo independiente. Se considera que la población total actual alcanza apenas unas cuatrocientas personas.

Para llegar hasta ellos, nuestro súper piloto Anfiction sobrevuela una especie de océano vegetal. En un giro diestro, se coloca de forma que podamos apreciar mejor el panorama. La verde extensión bajo el helicóptero da la impresión de un inmenso mar, con ondas parecidas al oleaje marino.

—Pero no es posible —reflexiono—, estamos muy lejos del mar Caribe. Aquí hay algo raro. En este momento, oigo unas voces alteradas:

—¡El mar! ¡El mar! —grita Muñeca.

—¡A la playa! —se entusiasman Mor y Ocho.

—Ya, ya, ya —canturrea Superloro que ha escogido para posarse el espaldar del asiento del piloto, en el cual se mece en un alarde de equilibrio.

—Despierten, hijos, ese mar que creen ver abajo, ese inmenso mar verde azulado, ¡es la selva! Por ahora guárdense las ganas de bañarse —nos alerta, con su habitual ironía, nuestro padre.

—¡Así que eso era! —reconozco, aún extrañado.

—¡Qué paisaje! ¡Miren las bromelias! —exclama mamá detallando un árbol gigantesco que junto a su copa exhibe una gran bromelia abierta.

—Sí —asiente papá, preparando la cámara—, las bromelias más exóticas, las orquídeas más raras están aquí.

—Hasta dicen que hay un bosque de orquídeas cantoras —agrega Anficción.

—¡Cuéntenos de ese bosque!

—Afirman las narraciones *jodi* que los hombres que oyen el canto de esas extrañas flores se quedan para siempre en la selva, enamorados de ellas.

—¿Cómo hacen para seducirlos?

—Parece que los llaman con sus propios nombres, y así despiertan en ellos una pasión irresistible.

—¿Será verdad?

—Quién sabe... pero es cierto que algunos aventureros no han regresado jamás.

Esa selva enmarañada, profunda, que pocos logran penetrar, es el territorio de los *Jodi*. Es tan difícil llegar, acceder a esa urdimbre de árboles milenarios que ha sido por generaciones refugio ideal, última guarimba donde poder vivir a salvo del asedio de los invasores. Y quizás fue lo que los preservó hasta ahora de la total extinción.

Afortunadamente, el Coronel conoce los alrededores de estas inhóspitas regiones, y luego de un breve vuelo logra detener su Helipájaro al borde de un jagüey.

—No se alejen —nos recomienda papá.

—¿Acaso estos indígenas son peligrosos?

—De ninguna manera. Son ustedes los peligrosos. Peligrosos para la tranquilidad de todos, perdiéndose y necesitando de los demás a cada rato. Manténganse cerca, a la vista, no se las echen de exploradores ni de baquianos. Aquí no hay poblados, la selva es cerrada, las

pocas viviendas son difíciles de distinguir, caen las sombras, dentro de poco será noche profunda.

—Si alguien se pierde, ¿cómo se va a orientar?, ¿cómo lo vamos a encontrar? —subraya mamá preocupada, a la vez que aprieta la mano de Maigualida, que desde que vio su cerro aceptó su verdadero nombre con entusiasmo, y se esfuerza por pronunciarlo completo y sin error.

Nosotros los muchachos, aunque ya le tenemos confianza al ambiente y a los naturales, para no preocupar a nuestros padres procedemos en apretado tropel. Y tal como lo hizo mamá con mi hermana, estrecho con la mano derecha las patitas de Supermudo afincadas en mi nuca, dos deditos orientados hacia delante y dos, el largo y el cortico que sería el pulgar, hacia atrás.

Pimentel Napolitano nos guía. Caminamos un rato, pero de los indígenas... ni rastro.

—O me equivoqué yo, o se mudaron ellos —comenta Anficción con su acostumbrado buen humor—. La verdad es que se esconden tan bien que es problemático encontrarlos. Muchachos, esto que van a ver, poca gente lo ha visto. Los *Jodi* han tenido escaso contacto con los criollos. Desde los tiempos de la conquista se refugiaron en estas regiones boscosas de donde nunca salen. Lograron escapar del asedio español y otros peligros y acechanzas, y viven aún completamente aislados. La zona que habitan no ofrece posibilidades de penetración fluvial: los ríos, que como ustedes saben constituyen las mejores y frecuentemente únicas vías de comunicación en estas regiones, están obstaculizados por una serie continua de saltos y raudales, o por enormes árboles caídos que los taponan y los desvían, haciendo imposible la navegación. ¡Consideren, jóvenes, que aquí los árboles alcanzan alturas de hasta cuarenta y cinco metros!

—¡Cómo va a ser, eso es casi imposible! —exclama Mor.

—Parecen árboles de frijoles mágicos —agrega Ocho—; si subimos, tal vez veremos que ahí están el gigante y el castillo del cuento *Juan y las habichuelas mágicas*.

—No —añade papá—, lo que encontraremos es otro mundo, es decir otro ecosistema. Es el de la copa de los árboles que en lo más alto está compuesto por una fauna distinta: pájaros, monos pequeños y ciertas clases de insectos.

—¿Y después, más abajo?

—Viene otro sistema, intermedio. Allí viven monos más grandes, pajiés y guacharacas. Después sigue otro, habitado por pájaros y lagartijas, a veces algunas culebras y así hasta llegar al suelo. Cada uno con su propia fauna y flora.

Deseoso de aportar él también sus conocimientos, el Coronel prosigue, dándole a su voz un tono confidencial y secreto:

—El grupo hacia el cual nos dirigimos, fue observado por primera vez apenas en 1942 y desde entonces, muy pocas veces ha sido visitado.

—¡En pleno siglo XXI, con televisión, computadoras, Internet, vuelos interplanetarios, teléfonos celulares y otros innumerables avances tecnológicos, hay aún gente tan alejada, excluida y relegada como los *Jodi*! —Mor, con el apoyo de Ocho, expresa el asombro que yo mismo experimento.

—¿Y qué podríamos hacer por los *Jodi*? —exclamo de pronto, consternado por la idea de su exigua población, de su automarginamiento de la vida del país.

—Depende de lo que llamamos “hacer” —me risposta papá en tono irónico—. Muchas veces tratando de ayudar, se “desayuda”.

—Yo me refiero a poder proporcionarles algunas de nuestras comodidades, por ejemplo la ropa que los abrigaría, los zapatos, medicinas para cuando se enfermen, libros para leer, diversiones, juegos.

—Un DVD, una computadora —agrega Mor.

—Una camioneta Toyota —completa Ocho.

—No exageren —interviene mamá— esos objetos más bien podrían trastocar su mundo, cambiarles su esencia.

—Claro, se crearía una línea de quiebre en el tiempo —ríen Mor y Ocho.

—¡Cómo se ve que ustedes ven muchas películas de televisión! ¡Tienen ya los ojos cuadrados! —remato yo.

—¿Qué podríamos hacer por los indígenas, que fuera algo útil, que a la vez que los acercara a las ventajas del tercer milenio, permitiera salvaguardar su cultura, preservar sus tradiciones y su ambiente? En esto, deberíamos participar todos nosotros, asumiendo cada uno un deber, una tarea, una responsabilidad directa y cumplirlos con ahínco y constancia.

—No es tan fácil —reflexiona papá— hacer algo por nuestros indígenas, respetando su libertad física e intelectual. ¿Somos capaces, en nuestro mundo tan materialista, de ayudar a otros, sin ningún objetivo relacionado con nuestros propios intereses?

Proseguimos en silencio, ahora uno detrás del otro en fila india, a tropezones, por esa trocha de monte oscura, invadida por follaje y ramas, cavilando sobre las palabras de papá. Algo se ha hecho por los indígenas, es cierto, pero... ¿todo se ha hecho bien? ¿Todos han actuado desinteresadamente? ¿Han tenido como fin principal el bien de ellos? Y... ¿qué es exactamente el bien de los aborígenes? ¿Quién puede contestar, quién puede decir cuál es el bien de los indígenas, sino ellos mismos?

Un suspiro de alivio del Coronel interrumpe lo que pudiera haberse convertido en la base de un manifiesto en pro de nuestros naturales:

—¡Allá, allá está la vivienda! Los entrego y regreso a mi Heli-pájaro. Volveré a buscarlos.

A mí me cuesta verla, sólo con esfuerzo logro distinguirla. Es una morada sencilla, que no resalta en la vegetación: una armazón de palo, cubierta por un muro-techo construido con hojas de palma seje. No se ve habitante alguno, pero apenas el Coronel y Rafael lanzan llamados propios del lugar, sonidos guturales, roncacos, que imitan el grito de los monos en celo, un *jodi* aparece, bien proporcionado, erguido, de aspecto solemne y apacible subrayado por tiras multicolores que le adornan las muñecas y los tobillos. Admiro el brillo rojizo de su piel pintada de onoto. Sobre su pecho se cruzan tres collares de distintas medidas y hechuras: el más corto, de brillantes semillas negras; el mediano, elaborado con plumas de guacamayas; el más largo, alternando pezuñas de animales combinadas con picos de ave.

Los rasgos de su cara, su misma expresión, me parecen diferentes de aquellos de los indígenas que hemos observado hasta ahora: los encuentro más abiertos, más serenos. Su mirada refleja afabilidad, pureza, calidez, una apacible armonía. Guardo mi impresión para mí mismo, y me dispongo a seguir silenciosamente nuestro grupo al que el *jodi*, el único de esta comunidad que maneja algunos rudimentos de

español, después de presentarse con su propio nombre, el de *Ongua*, ha invitado a entrar.

Lo que no nos esperábamos era que todos los *Jodi* huyeran despavoridos al llegar nosotros. Algunos se alejan corriendo. Otros, acorralados, se arriman en un rincón y se estrechan, casi protegiéndose. Los niños empiezan a llorar, las muchachas se tapan los ojos. Esa reacción es la más fuerte de las que hasta ahora la presencia de mis hermanos morochos había despertado en los grupos indígenas. *Ongua* empieza a hablar rapidísimo, como tratando de calmar a su gente, y a nosotros nos explica:

—Nunca habían visto morochos. Yo sí, porque una vez fui a un pueblo de misioneros. Pero ellos creen que tus hermanos traen un espíritu maligno que los castigará.

Luego de tranquilizar a los suyos dándoles la mejor explicación que pudo en su lengua, *Ongua* nos invita a comer. La cultura indígena es estructurada, tiene sus propios cánones. La etiqueta *jodi* —como deduzco por nuestro recibimiento— exige que a los visitantes gratos se les ofrezca comida inmediatamente a su arribo...

Después de tantos sobresaltos y emociones, este refrigerio nos cae de lo mejor. Nos atienden en la amplia cocina donde se reúnen la esposa, *Kaima*, el hijo mayor, *Patomu*, y *Mitu* y *Hoga*, las hijas aún niñas de nuestro anfitrión, que están asando en la brasa sobre un entramado de ramas, aromáticos cangrejos de río, carne de *picure* y trozos de yuca envueltos en hojas de plátano. Notamos con regocijo que forma parte de la familia también un bebé, el último hijo de *Ongua*, que aún no camina y está casi todo el tiempo al pecho de su madre. Tiene el cabello hirsuto, hispido, y sus ojos rasgados parecen interrogarnos mansamente. Mamá quiere cargarlo un rato y luego se lo pido, para tenerlo yo también en brazos. Estrecho ese bebé de grandes pupilas inocentes, aspiro el olor montaraz de su pelo, su piel limpia, olorosa a hierbas, a musgo. Se lo devuelvo a *Kaima*, quien me sonríe con calidez. Observo que todos los miembros de la agrupación llevan guayucos. Los de los hombres, de algodón, tienen forma rectangular y ellos se los amarran a la altura de la cadera mediante un cinturón de fibra o una correa tejida de cabello humano; los de las mujeres son iguales pero más pequeños; los niños llevan sólo una tirita. Usan mucho estas tiras o tiritas que se colocan también alrededor de las muñecas y tobillos, compuestas por algodón

y cabello humano, indistintamente de hombre o de mujer. Como ambos sexos lo tienen tan largo y tan sano, es fácil reunir las hebras completas y trenzarlo para hacer adornos, pulseras y cinturones. Papá me insta a que me fije en los collares que quizás se han puesto para dar un carácter de fiesta a nuestra visita. Los hay de semillas negras de parapara, rojas de peonía, marrón oscuro de ojo de zamuro, en forma de pez, de semicírculo, imitando tortugas. Los más llamativos están conformados por plumas, alas o picos de pájaros y pezuñas de báquiro recortadas en fragmentos de un centímetro. Algunos *jodi* tienen el lóbulo de la oreja atravesado por un canuto de caña o de colmillo de caimán, que entrelazan con una aguja muy afilada de hueso de mono.

La comida se inicia con una sabrosa sopa de plátano rallado, y para calmar nuestra sed, miel y jalea de las colmenas diluidas en agua. Entre ellos, la caza es fundamental, el plátano es el principal producto agrícola, la recolección de frutas de palma y la pesca de cangrejos tan abundantes en los caños pedregosos después de las crecientes, son importantes, pero la miel silvestre que recolectan es el alimento más apreciado y más codiciado.

La alimentación de los *Jodi* es variada, tal vez eso es lo que mantiene su vivacidad, su carácter entusiasta. En ella encontramos también aquellas costumbres extrañas para nosotros que ya conocemos: comen gusanos de muchas variedades, inclusive orugas que desprenden de la corteza de los árboles o ensartan en un palo puntiagudo introducido entre las ramas y hojas de pequeños arbustos; disfrutan sobremanera unas arañas grandes, que yo ya había observado entre los *Pemón* quienes las llaman arañas pollito por su sabor a pollo, de las cuales saben extraer el veneno con gran habilidad para que no haga efecto al comerlas, lo que hacen después de asarlas sobre hojas de higuera silvestre.

Admiramos, apiladas en un rincón, las vasijas de barro que elaboran los *Jodi*, armoniosas, anchas en su parte central, más estrechas en la boca, adornadas por un borde que luce una decoración exterior punteada. Las moldean con la arcilla roja y fuerte que se da al borde del río, las secan al sol y luego las cuecen en simples hornos de piedra y leña. Como todos los indígenas, ellos también aprovechan el fruto del taparo para hacer las totumas, que tienen la función de platos, vasos y cucharas, y que aquí, esta tarde, van y vienen constantemente: salen

vacías hacia el fogón y regresan llenas de diferentes víveres aderezados con caracoles y camarones de río. Reina animación en el ambiente, entra la oscuridad, el frío se cuela en la vivienda, nos arrimamos al fuego.

Entre el humo de la hoguera, en la semipenumbra de la noche que cae, el joven *Patamu* se acerca tocando suavemente una armónica flauta, lo que nos despierta una remembranza lejana. Detallamos su cuerpo delgado pero firme que se recorta en la habitación, su reluciente cabello largo, sus bellos collares y atavíos de plumas, sus ojos de mirada enigmática. Al escuchar el cautivante sonido, nos vienen a la memoria otras notas similares. En el mágico tono de la melodía se nos antoja un presagio, quizás una señal tan esperada.

Al son de la flauta esta noche tenemos hasta teatro: lo protagonizan unos actores de excepción. Son los animalitos silvestres que los *Jodi* capturan en sus salidas de recolección y cacería, y luego domestican y crían como compañeros de juego para los niños: monos, *picures*, chigüires, pavas, loritos, periquitos, perdices, grullas, tucanes, lechuzas, pájaros carpinteros... ¡Un zoológico completo! ¡Aquí hay que abrir bien los ojos, porque nadie habla español!

Dirigidos y ayudados por *Patamu* y las dos niñas *Mitu* y *Hoga*, los animalitos se lucen con sus mejores gracias y habilidades: saltan, bailan, saludan, hablan y cantan, se persiguen entre ellos, entablan cómicas luchas, luego se abrazan entre sí y con sus amiguitos *jodi*.

¡Increíble! El espectáculo es de primera. Aplaudimos y nos reímos hasta más no poder, especialmente cuando Superloro toma parte en la representación, volando y girando de un hombro a otro mientras tiritita:

—¡Hola, hola! Superloro, Superloro, ¡rrr, rrr! ¡A jugar, a jugar!

A este punto un loro real muy parecido al nuestro reclama su rol en el espectáculo, se acerca a Superloro con las alas abiertas y baila también girando sobre sí mismo. Muy entusiasmado al ver a otro de su especie, Superloro despliega su copete amarillo y como iniciando una amistad, lo saluda:

—¡Hola, hola, Superloro, hola, brr!

Su homólogo colega plumífero no se queda callado:

—¡ÐΔðÖöŸ€!

La respuesta del otro loro en el habla *jodi*, deja al nuestro con un aire de desconcierto. Ladea su cabecita como queriendo escuchar

mejor, y a todos nosotros nos da un sentimiento de pena, casi de vergüenza.

—¡Tú no entiendes eso, pana! —le susurro, yo también mortificado, y para consolarlo le tiendo mi dedo, a la cual brinca de inmediato, y empiezo a mecerlo rascándole la coronilla.

—Pobre loro, tan selvático, viviendo con una familia de caraqueños que los han desarraigado de su ambiente —reflexiono—, si volviera aquí tal vez recordaría su idioma nativo.

Me había dado cuenta de que hacía rato *Ongua* miraba con extrañeza a Superloro. Parecía querer decir algo. Por fin se decide:

—¿Cómo tienen ese loro con ustedes? ¿De cuál comunidad lo sacaron?

—¡No, de ninguna! Lo traemos de Caracas, vive allá con nosotros.

—¡Pero no creo que haya volado hasta allá! ¡Y sé que en Caracas no hay loros!

—Nos lo trajo un amigo *yukpa*, estaba pichoncito y todo picoteado. Se había caído del nido. Yo me encargué de él, lo crié con cariño, le di tetero, luego papillas, lo tenía siempre cerca de mí, luego empecé a volar y hablar, y se quedó en familia.

—¿Qué sabe decir tu loro?

—Muchas cosas.

—¿Como qué?

—Por la mañana me llama fuerte: “¡Buenos días Telio!”, y así me despierto con rapidez para ir a la escuela.

Ongua se ríe a carcajadas mostrando sus dientes blanquísimos. Para mayor sorpresa, Superloro empieza a reír también, imitando la risa del *jodi*, y todos lo imitamos durante un buen rato.

Papá había conseguido durante la comida el beneplácito de nuestro anfitrión *Ongua* para tomar fotos, y ya ha disparado los primeros flashes para familiarizar con ellos a nuestros nuevos amigos. Los repetidos fogonazos dirigidos a los extraordinarios actores confieren al ambiente un halo de luminosidad que nos conforta. Es muy tarde, Superloro bosteza estruendosamente acompañado por Maigua y las hijitas de *Ongua* a la vez que grita, muy atinadamente: “¡A dormir, a dormir!”. Es la señal, *Kaima* nos lleva a una vivienda ubicada detrás de esta, que ya tiene encendidos dos fogones. Alrededor de cada uno

están suspendidas en forma de triángulo varias hamacas de algodón, sencillas y espaciosas.

Nos enseña las de su familia, las de las niñas y del bebé colgadas por encima de las grandes. ¡Qué tierna esta costumbre! ¡Mamá Jodi duerme con sus hijitos al alcance de la mano, y si se caen, caen sobre ella!

A continuación nos indica nuestros chinchorros, cerca del otro fogón. No falta uno mínimo para Maigualida, que se recuesta enseñuida apretando entre los brazos un monito tití que las niñas Jodi le han prestado, haciéndole comprender que es sólo hasta mañana. ¡Es suficiente para ella, que no se esperaba una sorpresa tan extraordinaria! Se duerme abrazada a la pequeña criatura de hermosa melena leonada y quizás sueñe con pertenecer a una selvática familia de estos diminutos seres, siempre encaramados en lo alto de los árboles.

Yo también me acuesto. Solo, porque Supermudo ha encontrado de su completo agrado uno de los dos postes verticales alrededor de los cuales está enrollada horizontalmente la fibra con que han elaborado mi chinchorro, reforzándolo luego con tiras transversales. Allí, refugiado en lo más alto, se queda muy a gusto, bien dormido, escondida su coronada testa de loro real en el hueco del hombro.

Para protegernos del frío, nos enrollamos en nuestros lechos colgantes que bien sirven de cobija. El fuego arderá la noche entera, alimentado oportunamente por una sombra silenciosa: *Ongua*, nuestro bondadoso anfitrión.

Chisporrotea el fuego, pasa un ave nocturna de ligero vuelo, se oye el bramar de un venado en celo. Una flauta, desde lejos, se va acercando. Presto atención, la oigo siempre más y más cercana, melodiosa, fuerte, casi como un grito. Me incorporo y advierto que al mismo tiempo lo hace papá. En silencio, tratamos de penetrar con la mirada la penumbra de la choza que la débil fogata no logra vencer.

Es él, el Chamán. Siento mi corazón acelerarse cuando presiento su paso. Destellos de luna rebotados de las estrellas encienden chispas alrededor de su figura. ¡Es él, el Chamán! Clava en mí sus ojos amarillos como las pupilas de los cunaguaro y yo bajo los míos, inmediatamente. Contempla largo rato a mi padre, que a su vez lo contempla sin hablar, a mis hermanos y a mi madre dormidos. No se borra el gesto fiero y pensativo de su rostro. Luego se aleja con su séquito felino, lleno de una majestad impalpable, como con una corona invisible

en las sienes. Flota en el ambiente un almizcle agri dulce, el olor que tanto temen las lapas y los *picures*, el rastro del cunaguaro, cazador incansable, señor de la selva y los ríos. Mantengo cerrados los ojos, entre esperanzado y temeroso de que volviera sobre sus pasos y nos hechizara con un ademán o con un conjuro de sus labios.

Me vienen a la memoria las palabras de *Ongua* cuando apenas acabábamos de conocerlo:

—¿Les llegan visitantes?

—El que siempre viene por aquí es nuestro *jodi* sagrado, el Chamán de los Cunaguaros.

—¿Y quién es él?

—¿Que quién es él? Un *jodi* sobrenatural, mágico, con poderes divinos. Su flauta tiene cualidades curativas, su presencia hace fructificar la tierra. Su palabra hace crecer en nuestros corazones el amor por lo nuestro, por nuestras tradiciones, por nuestra gente. Él nos visita con cada luna llena, baja de su morada celestial y nos brinda el calor de su protección especial.

No logro volver a conciliar el sueño. Pulso la ruedita que ilumina el cronómetro, que después del nombre estrambótico me regaló con especial cariño mi abuelo de Maracaibo, ese bello artefacto de brillante niquelado del cual me siento muy orgulloso, no tanto por su elegancia, sino porque mide el tiempo con absoluta precisión. La una, las dos, las tres de la madrugada.

Por fin, me quedo realmente dormido.

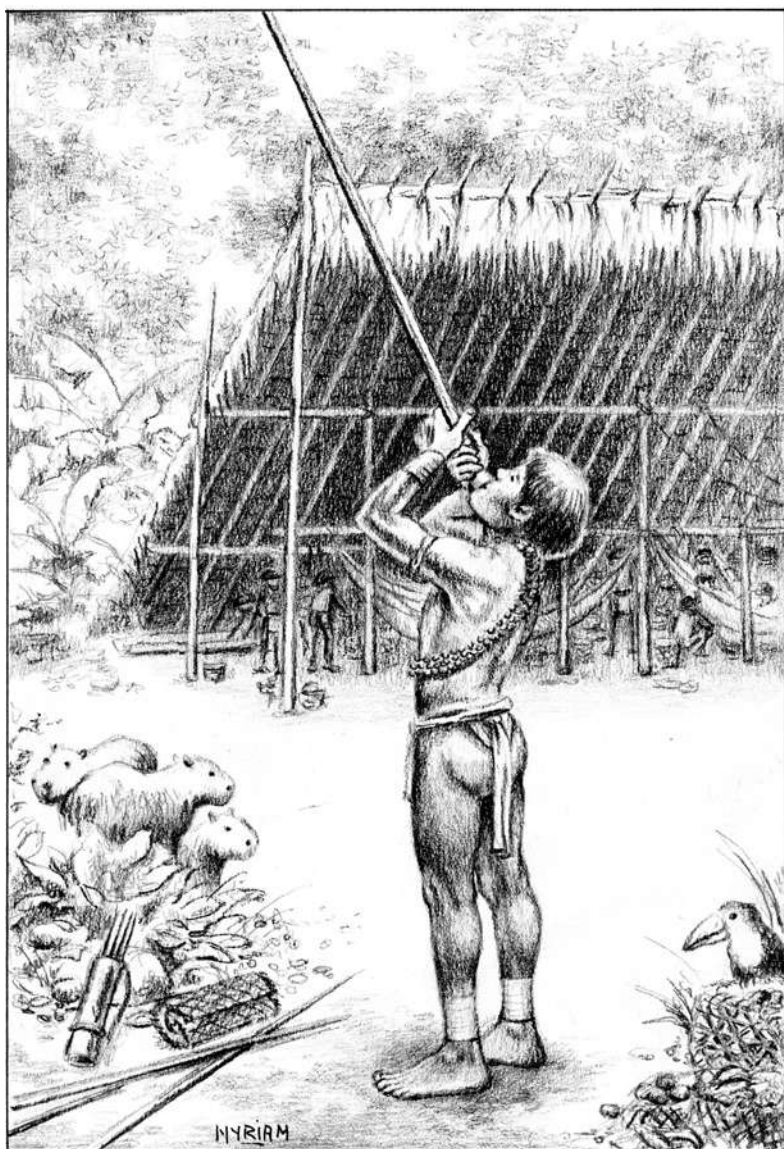
Me despiertan los graznidos de Superloro:

—¡Hola, hola, buenos días, a comer! —y nos invade el aroma del café recién colado en el fogón de la cocina por Carmen, que siempre carga un cucurucho en su equipaje para complacer a papá, que tanto aprecia su cafecito mañanero. Me senté junto a papá y al jefe *jodi*, que conversaban en voz baja, gravemente, y tomé con ellos café con miel en una totuma honda.

—Creo que tuve una pesadilla ¿verdad papá?

—Tal vez Filatelio, tal vez —murmuró en voz muy baja como arrancado de sus hondas meditaciones. Y luego—: Filatelio, ¿de qué hablas?

Me conformo con la respuesta. Respiro hondo. Me siento descansado, fortalecido, como pocas veces. Papá ya empieza a traficar con las películas. Aprovecha el frescor del amanecer para tomar fotos



del interior de la vivienda, de los instrumentos, que están apoyados en el piso o colgados de las paredes en gran orden y limpieza. Los *Jodi* no poseen arcos ni flechas. Para la caza de animales mayores utilizan lanzas con puntas de metal y a veces de piedra, y para los pequeños las cerbatanas, que vemos alineadas en el suelo a lo largo de la pared de

fondo de la vivienda, equipadas con una buena cantidad de dardos apretados en los carcaj. La cerbatana es un arma silenciosa, y si los cazadores fallan en acertar debido al reducido tamaño de las presas, ardillas, monos, pavos y pájaros, tienen la oportunidad de volver a disparar con el mismo dardo.

—Pero no siempre se preocupan en rescatar los dardos que no han dado en el blanco, y cuando éstos se agotan, elaboran otros de inmediato, con varillitas del monte que aguzan con extrema rapidez y destreza —remarca mi progenitor—. Observa bien las cerbatanas, Filatelio —me pide a continuación—, para que me ayudes luego a comentar las fotos que tomamos.

Así lo hago, y le transmito en voz alta mis observaciones mientras él cambia los rollos:

—Estas cerbatanas tienen cuatro partes —empiezo—. La boquilla es bastante ancha, para que los cazadores puedan soplar introduciendo los labios en ella —me aclara papá.

—Luego está la caña interna, después el tubo externo —prosigo yo— y el cuarto elemento es un tubito que recubre y protege unos quince centímetros de la caña interna, el cual sobresale en el extremo opuesto de la boquilla. ¡Qué bien las detallé, me felicito yo mismo!

—¿Qué longitud tienen por todo las cerbatanas?

Calculo rápidamente. ¡Son bien largas!

—Me parece, que pueden alcanzar los tres metros —aventuro con cierta duda.

—Los alcanzan.

—¿Y los dardos? Míralos, pero no los toques.

Así lo hago. Sé que no debo tocar los dardos, porque sus puntas están frecuentemente untadas con curare, ese terrible y misterioso veneno vegetal de los indígenas, que los cazadores aplican en forma líquida, mezclado con saliva. Cuando se solidifica lo ablandan mediante fuego, para que no merme su acción instantánea, que paraliza y mata las víctimas.

—Varían, papá, entre treinta y cuarenta centímetros. Creo que están hechos de corteza de seje.

—Muy probable. Aquí casi todo lo hacen con la palma seje.

—Pero el carcaj —continúo después de examinarlo bien— es un trozo de caña gruesa de bambú, abierto arriba y cerrado abajo en

forma natural por un nudo de la caña. Y ahora dime, padre, ¿qué es esa lanilla?

Papá se acerca con una nueva película y toma de cerca algunas vistas del carcaj que yo estoy describiendo, a la vez que me explica:

—En la parte inferior del carcaj, más abajo del nudo, se almacenan las lanillas de ceiba que usan para la elaboración de dardos nuevos.

Contempla luego las puntas de las dos lanzas, largas, ellas también, al menos unos tres metros, y comenta:

—Fíjate hijo, las puntas metálicas de estas lanzas las fabrican con hojas de machete o cuchillos afilados.

—¿Y cómo las consiguen?

—Mediante trueque, que una vez al año en alguna expedición, sorteando selva y río, llevan a cabo con asentamientos criollos ofreciendo sus cerbatanas y las vasijas que tanto nos llamaron la atención ayer. Por cierto, voy a fotografiarlas ya.

Después de retratar las vasijas salimos, mientras los morochos empiezan a desperezarse, despertados por el vuelo desordenado de Superloro que en su prisa por seguirme, al lanzarse del poste de madera se ha enredado entre tantos chinchorros.

Una vez afuera, a la luz brillante de la mañana divisamos otras habitaciones de hojas de palma, algunas con techo de caña brava. Ayudo a papá que quiere montar el trípode, a traer otros lentes.

—¡Buenos días! —la vocecita de Maigualida acompaña dos sonoros besos.

Poco después, varios muchachitos *jodi* se nos acercan de entre las hierbas altas donde habían estado escondidos, observándonos.

—¿Acaso nos tienen miedo, papá?

—Seguramente están asustados. Es un miedo ancestral, originado desde hace siglos, desde la época de la conquista, cuando tuvieron que refugiarse en esta lejana zona de la selva, de la cual jamás salieron, para salvarse del asedio español y de los traficantes de esclavos que compraban y vendían indígenas, raptándolos en sus lugares de origen, con métodos crueles. Más tarde los explotaron cruelmente, obligándolos a trabajar para ellos, también los criollos recolectores de pandare, caucho y balatá, hasta que se empezó a recurrir a la fabricación de productos sintéticos. Por eso es que en la actualidad quedan sólo

pocos centenares de *Jodi*, que viven fieles a la tradición, pero ocultos y recelosos.

—Será lento y difícil volver a ganar su confianza.

En eso vemos que Maigualida les tiende a los niños unos caramelos que le ha dado mamá. Ellos la interrogan con una mirada seria y desconfiada. La niña los desenvuelve, introduce uno en su propia boca, y les ofrece los demás. Al fin extienden la mano y los aceptan. Su rostro se suaviza en una sonrisa.

—Quizás —me contesta papá— establecer la comunicación nos sería más fácil si lo hiciéramos, en el comienzo, a través de los niños.

Ahora papá les está tomando fotos. Muñeca, con su guayuco *yekuana* y los collares de semillas de peonía que le han puesto, no obstante sus ojos claros y sus ricitos rubios, se confunde entre ellos, parece una indígena también. ¿O acaso lo es? A lo mejor, como yo pensaba antes, lo somos todos. ¿Todos los americanos somos indios? ¡Pero lo cierto es, que todos los indios son americanos! —exclamo en voz alta.

A esta conclusión que me alegra, se agrega el entusiasta consentimiento de los morochos que acaban de llegar. No se quieren quedar atrás y cantan:

*Pajarillo verde, qué te puede dar un indio
pajarillo verde por mucho que yo lo quiera
ay ay ay ay una cesta de cangrejos
pajarillo verde, y eso será cuando llueva.*

—¿Saben que esa canción era el himno de los antigomecistas? —se sorprende papá.

—¡Nosotros no somos políticos! —exclaman a dúo los morochos—, y la música no tiene partidos.

Por una vez, celebro su agudeza. ¡Acertaron!

Este compartir con los indígenas ha constituido un gran aporte a nuestro crecimiento como familia. Han cesado las controversias, las peleas, las rencillas antes tan frecuentes, especialmente entre los dos ceritos.

Seguimos observando a los niños *jodi*, libres y sueltos en sus cordones, con las nalguitas al aire. Juegan con un aro que han elaborado con presteza amarrando un bejuco. Uno de ellos lo lanza en un espacio abierto. Los demás, corriendo, tratan de atravesarlo con un

palito. El que lo logra de primero, se convierte en el lanzador, y el juego continúa... Da gusto ver cómo se entretienen, con esa diversión tan sencilla y sana.

—¡Míralos cómo gozan! —subrayan los morochos.

Un poco retirados, al borde de la choza, unos muchachitos un poco más grandes se entretienen entre juego y trabajo, entre cantos y gritos, elaborando en conjunto trampas para pájaros, y algunas para animales mayores.

Papá sigue sacando fotos, muy compenetrado. El enfoque de su cámara cambia sólo cuando se acercan, casi marchando en una ordenada cuadrilla, unos jovencitos que empuñan lanzas no tan largas, hechas de una variedad de bambú, con puntas de la misma madera, bien afiladas. Comprendemos que no se trata de un juguete, sino de un instrumento de caza, quizás previo al definitivo. No se detienen y siguen a paso acompasado hacia el bosque, después de saludar cariñosa y burlonamente a los niños. Tengo la impresión de que van a practicar las diversas técnicas de la cacería. Me gusta imaginarlos ensayar la imitación de los cantos de pájaros, un recurso para atraerlos. O bien ocultos en un mirador cuyos costados han cubierto con hojas de palma o platanillo, cerca de un árbol frutal donde caen frutos maduros que sirven como alimentos a varias bestiecillas, a las cuales acechan. O quizás preparándose para apresar un venado, al cual como mínimo hay que velarlo toda la noche, y los muchachos aguardan en vilo para no espantar al animal hasta que antes del alba él mismo se acerque.

Mor y Ocho no resisten la tentación. Uno de ellos, adelantándose algunos pasos, comienza a silbar como un tucán en la espesura. Largo y vibrante, el sonido los alcanza. Los adolescentes hacen más lento su paso y nos observan asombrados. El otro morocho inventa un silbido de paují fuerte y certero que hace que la marcha *jodi* se detenga por completo. Han comprendido. Los miran y les sonríen con simpatía. Luego reanudan su procesión, no sin antes repetir a la perfección los silbidos de los morochos, como un saludo alegre.

—¡Parece que nos entendemos! —exclaman contentos los dos ceritos silbadores.

Me comentan que han averiguado que los jóvenes *jodi* deben además ejercitarse en la cacería del báquiro, que se considera un asunto estrictamente individual, y es muy arriesgada. El cazador

empieza por aprender a localizar las manadas, guiándose por el fuerte olor característico que despiden esos mamíferos, o caminando a través de la selva hasta hallar huellas, pistas, plantas pisadas o quebradas, excrementos que indiquen en qué dirección se desplazan. Es seguro que encuentran emocionante esta actividad, en la que se ven obligados a encaramarse con agilidad a los árboles, trepar como monos o lagartijas y desde allí acechar al animal como si ellos mismos fuesen pumas, o cunaguaros. Cuando deciden atacar su presa, se ocultan con sigilo detrás de un grueso tronco, a fin de treparlo inmediatamente en caso de ser descubiertos y desde allí poder disparar sus lanzas, pues el báquiro es un animal sumamente peligroso por su fuerza y voracidad.

Ungua nos tenía una sorpresa: en días anteriores a nuestra llegada habían hallado en el tronco de un árbol, en plena selva, ¡una colmena completa! La habían guardado para obsequiárnosla y recogerla junto con nosotros. Para buscarla salimos todos juntos, hombres, mujeres, ancianos y niños. Los *Jodi* caminan contentos, anticipando el banquete que se van a dar, pero en el más completo silencio para no asustar a las abejas. Nos indican que así debemos hacerlo también nosotros, y así se lo hago comprender a Superloro, que en esta ocasión debe volverse de verdad Supermudo. Al caer la tarde, llegamos hasta el tronco de árbol que protege la colmena completamente callados, en un clima de suspenso y de exaltación. He aquí que se adelanta un indígena especial, el encantador de abejas, que sabe de este arte milenario. Con movimientos de una lentitud extrema, lo que es esencial para no perturbarlas, muy despacio se aproxima y valiéndose de un palo largo, una especie de pértiga, logra bajar el panal y depositarlo en tierra cuidadosamente. Actúa con tanto sigilo y tanta cautela que sus movimientos parecen en “cámara lenta”, según el decir de papá. Los demás se retiran unos pasos y él con gestos y conjuros, siguiendo técnicas antiguas que lo protegen de las terribles picaduras, espanta con humo a las abejas que huyen a buscar otro refugio. Nosotros nos apartamos también, expectantes. Luego quiebra el panal y a continuación, entre voces y cantos, tiene lugar el más delicioso festín. Comemos la miel allí mismo y nos llevamos las abundantes sobras a las casas. Los niños embadurnados y hartos de miel y jalea, con su característica varita atravesando la nariz, juegan y ríen gozosos, mientras los mapires

repletos de taparas cargadas de miel anuncian el fin de la jornada. Volvemos al poblado felices de haber participado en tan exquisita y singular excursión, y sin que nos picara ni una sola abeja.

Por cierto, no imaginaba la suerte que en la madrugada siguiente me tocaría. Al despuntar el día, *Patomu* y sus primos me hicieron señas de seguirlos y de adentrarme con ellos por un sendero boscoso. Adelantaban sigilosos, inclinados entre la maleza, tratando de no hacer ni el más leve ruido. Y yo los imitaba expectante e impresionado, sintiendo que estaba viviendo una de las más interesantes experiencias de mi vida. ¡La cacería del báquiro!

Había aceptado feliz, despertando la envidia de mis hermanos, a quienes no les habían ofrecido participar en la aventura, por entrañar considerable peligro. ¡Pero yo no veía el menor riesgo! Caminábamos por la selva, eso era todo, y cuando apareciera un báquiro, lo flecharíamos o le arrojaríamos la lanza. Me habían dado una lanza a mí también para defenderme en caso de necesidad y yo trataba de llevarla al igual de mis amigos *jodi*, muy ufano.

El grupo se dispersa de pronto. *Patomu* y dos muchachos avanzan rápidamente y se encaraman en lo alto de un bucare frondoso, a unos cincuenta metros de nosotros. Otros se quedan conmigo. Todo eso me desconcierta.

Sobreviene un ruido hosco, gruñidos y jadeos. Un extraño tropel, unos raros rugidos... Salieron del bosque inesperadamente, rompiendo ramas y hojas, dejando un rastro abierto en la espesura. Los báquiros nos embestían. Eran varios, grandes y oscuros, amenazantes. Los veíamos galopar hacia nosotros gruñendo y cuando me percaté de sus enormes colmillos corrí hacia el árbol con los demás, sintiendo su fuerte aliento en mis talones. Muy oportunamente me tienden la mano y me hacen subir, mientras la manada golpea el tronco con horrendos topetazos y agudos gruñidos.

Súbitamente un báquiro cae herido de muerte. Luego un segundo, y otro más. Son los machos más viejos del grupo. Las certeras lanzas de los *Jodi* los han matado en segundos entrando por el cuello, donde es menos densa la piel del animal. Los demás huyen hacia la selva, mientras nosotros al fin bajamos del árbol. Mis compañeros cortan varas gruesas, y de ellas amarran sus tres presas, atándolas por las patas traseras y delanteras: así es más fácil transportarlas. Pero pesan bastante. A mí junto con *Patomu* nos

toca cargar el báquiro más pesado de todos. Entramos en la aldea triunfantes y todos nos salen a recibir, regocijándose al pensar en los festines que tendrán en los siguientes días.

Al despuntar, alta en el cielo, Véspero, la estrella de la tarde, aseado y pulcro en su uniforme se presenta puntualmente nuestro Anficción, que ha pasado las noches en el helicóptero y las horas del día explorando los alrededores, y persiguiendo las hermosas mariposas rojas típicas de la región. Ha logrado apresar algunas y las guarda con cuidado en una taparita que él mismo había arrancado de un árbol, vaciado y perforado con agujeros pequeños para llevárselas a su General. ¡Es la hora de la partida! Debemos reunirnos y aprestar nuestro equipaje.

—¿Estamos listos? —pregunta en efecto.

—Estaríamos, pero... mamá no aparece.

—Vamos a darle un compás de espera —ofrece cortésmente el Coronel—. Mientras tanto, si las tienen, puedo aclararles algunas dudas. Me temo que no les habrá sido tan fácil conversar con los *Jodi*, que no conocen el español.

—Conversar no, ¡pero nos hemos entendido muy bien! —exclamamos satisfechos, al recordar el maravilloso teatro animal, la apasionante excursión en pos del panal de abejas y yo, personalmente, la impresionante cacería del báquiro. El más exaltado y feliz es nuestro fotógrafo Rafael, quien ha logrado fotografiar y filmar, en blanco-negro y en colores, las extraordinarias secuencias, y se lo relata con detalles al Coronel.

—Así se habla, o mejor se hace —aprueba Anficción—. ¿Entonces no hay preguntas?

—Preguntas sí tenemos, por lo menos nosotros —habla Mor en nombre del número Ocho—. ¿En esa selva tan intrincada y solitaria, ¿no salen fantasmas? ¿Por aquí no hay narraciones fantasmales?

—No es exactamente el tipo de preguntas que me gusta contestar, pero voy a complacerte —consiente el Coronel, dando a su vozarrón unos tonos tenebrosos—. En las selvas cercanas a los dominios de los *Sape* y de los *Jodi* se habla de la leyenda de *Marwadi*. Es un ser mítico, vive en el agua de donde pocas veces sale. Cuando uno lo encuentra en la floresta parece muy cariñoso, te da una cesta a medio tejer y te pide que la termines.

—¿Y después? —preguntamos en suspenso.

—Si la terminas bien, te encierra en ella y te lleva para comerte.

—¡Qué susto! ¡Me da escalofríos!

—Entonces hay que tejerla mal —acotan los morochos a una sola voz.

—Exactamente —confirma el Coronel—. Al ver el trabajo mal hecho el *Mawadi* se molesta mucho, te grita, te lo quita, se dedica a arreglarlo, y tú puedes aprovechar el momento para huir.

—Pero por si acaso, no queremos aprender a tejer cestas —se comprometen, convencidos, los morochos.

—Y no han oído hablar del tigre *Uruturú*?

Al parecer, el Coronel tiene un repertorio fantasmal insospechado.

—¿Qué animal es ese?

—Es un tigre raro, que al decir de los ancianos se transforma a veces en persona, en piedra del camino.

—Esto no me está gustando nada —murmura Ocho.

—A mí menos —puntualiza Mor.

—El *Uruturú* se acerca poco a poco al hombre que atraviesa la selva y se convierte en hombre también. Le da conversación, le cuenta un relato y después se lo come, convertido de nuevo en jaguar.

—Mejor no cruzar la selva solos, entonces —concluyo yo.

—¡Es sólo una leyenda! —ríen los morochos pero súbitamente se sobresaltan al oír un resoplar que resulta ser el graznido de Superloro, lo que yo aprovecho para burlarme de su nerviosismo.

A todas estas, mamá sigue sin aparecer.

—Ve tú, búscala, llámala —me insta papá.

Me acerco a un techito de hojas de palma, donde me parecía haber visto dirigirse a Carmen con una *jodi*, pero una escena inesperada me hace retroceder. Mamá, sentada en un chinchorro, con un niño en los brazos, arropado en la cobijita rosada de Maigua, trata de calmar su llanto y proporcionarle algún alimento en uno de los teteritos de los cuales se proveyó antes de salir, “para cualquier emergencia”. A su lado, el maletín de enfermera de campo está abierto. De cuclillas en el suelo una indígena, guiada por su voz, prepara con mucho cuidado otro tetero, disolviendo algo en él.

Experimento ahora la misma sensación que me embargó entre los *Yekuana*, al observar a mamá junto con *Wayasury*, con *Mereka*: a

pesar de la franela de algodón, los pantalones de dril, las medias tobilleras, los botines de cuero, mamá pertenece a este mundo indígena. Ella, y la *jodi* envuelta en sus collares de rojas semillas y su breve guayuco de hojas, son hermanas, ambas son las madres del pequeño *jodi* llorón, quizás enfermo.

Mamá me ve, me llama:

—Filatelio, ¿nos vamos?

—Sí, mamá, nos tenemos que ir —susurro casi avergonzado por interrumpirla. Suavemente, le entrega el niño ya dormido a la indígena. Las últimas recomendaciones se las da en un cariñoso murmullo. Recoge el maletín. Salimos.

—¿Qué estabas haciendo? —pregunta papá.

—Dándole a su amiga *jodi* una clase de medicina —contesto yo por ella.

—¿En qué idioma? —se informa la voz irónica de Mor.

—En el idioma de las madres —susurra Carmen.

—¿Qué?

—Sí, sabrán que además de varios idiomas, el alemán, el francés, el italiano hay varios lenguajes: el de los músicos, el de los enamorados...

—¡Ese es el tuyo, siempre pendiente de las muchachas! —me agreden los morochos al unísono.

—El de los borrachines, el de los payasos, ¡ustedes! —replico yo.

—¿Pero mamá, ese era el mismo que hablabas con *Wayurami*? —Ocho, entre serio y burlón, quiere puntualizar.

—El mismo, el de las mamás.

—¿Qué tenía el niño, estaba enfermo, de qué? —indaga papá.

—Una gran calentura y tos. Aquí las noches son frías, y el niño está recién nacido.

—¿Cómo lo curó? —pregunta curioso el Capitán—. Estos indígenas son muy cautos en lo que atañe a sus críos. Aunque ellos las tomen, no les gusta darles a sus hijos nuestras medicinas.

—Lo sé. Lo curé con hierbas de *Wayurami*, mi amiga *yekuana*.

—¿Es posible? —esta vez me sorprendo yo— ¿Ya sabes preparar las hierbas medicinales, y aplicarlas?

—No —sonríe mamá—, no tanto. Pero se las enseñé a la madre, y con esto me gané su confianza. Luego, al bebé le preparé un tetero de flores de manzanilla y le disolví una aspirina infantil

adentro, haciéndole ver que esto era lo mismo, y que tenía el mismo efecto que las hierbas. Como ella comprendió, le enseñé a preparar otros teteros con los mismos ingredientes. Estoy segura de que la fiebre se le quitará en pocas horas.

—Caramba, doñaíta, con sus conocimientos y su psicología —dice el Capitán— sería usted una valiosa ayuda para cualquier antropólogo. ¡Cuente usted con toda mi admiración!

—No es nada importante —se defiende azorada.

Nosotros sabemos que sí lo es. Mamá tiene muchas cualidades y aún más: dedicación, amor y deseo de ayudar.

Precedidos por el Coronel, recorreremos el camino a la inversa, hacia el helicóptero. Esta vez, algunos *Jodi* se nos unen, silenciosos, pero solícitos y colaboradores. Los sentimos amigos. Sabemos que les gustaría volver a vernos. Que esperan algo más de nosotros, algo más que una simple ayuda, temporal: quizás aprobación, colaboración, afecto, una mano permanentemente tendida hacia ellos, que los acerque a nosotros sin forzarlos, sin arrancarlos de sus tradiciones.

Al poco de haber levantado el vuelo, un rumor lejano pero impresionante nos hace enmudecer. Papá y mamá se miran como si supieran algo que nosotros ignoramos, pero a la vez sorprendidos.

—¿Qué es ese ruido, como rugido misterioso? —pregunto.

—Es ciertamente un rugido, el rugido de *Kanaima*, la voz de nuestra fascinante catarata, la más grande del mundo, una de nuestras maravillas. Nuestra ruta no la incluye, pero protegidos por las condiciones atmosféricas favorables, sus amigos, Helipájaro y yo mismo les hacemos este regalo.

—¡El salto Ángel! Gracias, Coronel —gritamos todos.

—¡Ángel, ángel! —apoyan Muñeca y Superloro.

—En realidad esta caída de agua se llama *Churún Merú*, es así como la denominan los indígenas, lo que significa algo como larga cabellera. La creen formada por los cabellos de un ser humano y le atribuyen un significado sagrado. Nunca se le acercan demasiado, la contemplan desde lejos con veneración.

Asimismo lo hacemos nosotros, desviándonos a unos cuantos kilómetros de la impresionante cascada. Nos queda el recuerdo de este inolvidable paisaje venezolano, comparable a los de las maravillas del mundo, y el deseo de volverlo a ver.

Mientras volamos hacia otras regiones, donde una inmensa red vegetal se extiende por kilómetros, y la nubosidad a veces se convierte en llovizna punzante, hosclos pensamientos cruzan por mi mente. Las acciones dirigidas hacia nuestros aborígenes, no pueden ser improvisadas. Cualquier viaje, exploración, intento, acción o decisión, deberían estar basados en estudios de las condiciones humanas, en reflexiones con fundamentos científicos... ¿Quiénes son realmente los llamados a acercarse a ellos, a dirigirnos a nosotros en la colaboración que se les quiera prestar? ¿Los gobernantes? ¿Los políticos? ¿Los misioneros? ¿Los maestros? ¿Los antropólogos? Quizás un equipo interdisciplinario formado por todos éstos, pero con la participación de algunos representantes de los mismos indígenas. Deben ser personas comprometidas a fondo, identificadas con las necesidades de esta gente, de esta grandiosa naturaleza. Como el Chamán de los Cunaguaros, que ha tendido lazos de comunicación entre estas culturas, se ha convertido, con su consentimiento, en vínculo entre ellas, en puente de confluencia de tantos sueños e inquietudes, y ha tratado de llamar a un despertar de las razas y etnias indígenas.

Palabreo para Carmen

*Carmen es morena y menuda,
como las piedras brillantes de los ríos
son sus ojos color de miel
húmedos y lentos al posarse sobre las cosas,
como pájaros o pétalos de flores.
Carmen es criolla, pequeña y suave
como las hierbas del camino.
Ella habla con voz leve
como la brisa de la tarde.
Ocupa el lugar de mi madre y es como ella,
callada, breve, exacta, hermosa,
según la imagen que tengo guardada,
según la imagen
que ha viajado en el tiempo para mí,
a través de dibujos que mi padre me dio
diciendo: "Esta es tu madre".
Y se veía una mujer en plenitud lunar,
con el embrujo del puma en la mirada.*

*Carmen no tiene su sonrisa,
esa sonrisa de flores y frutas
que se ve en la imagen de mi madre.
Pero la siento cercana,
su piel de hierba me recuerda
la piel de nuestra gente.
Siento su voz amiga
y presiento
que también su imagen
quedará presa en mi memoria.*

Los *Yanomami*, hijos de la luna

Nos embarga la emoción. Algo así no habríamos podido ni siquiera imaginarlo. No sé si lograré describirlo, o al menos, relatarlo.

Habíamos llegado al territorio *yanomami* luego de un vuelo bastante largo, al oscurecer. Al borde del caño donde nos deposita el Coronel, una canoa nos espera, con dos jóvenes a los remos. Noto que papá los mira sorprendido, con cierta aprensión.

—No puedo llevarlos más cerca, no me sería posible aterrizar, la selva es demasiado tupida. Pero no teman, confíen en ellos —lo tranquiliza Anficción.

Yo entiendo la recomendación de Anficción. Sin embargo, también comparto la preocupación de papá.

Antiguamente los *Yanomami* eran un pueblo de tierra firme, desconocían el arte de la navegación. Recorrían la selva a lo largo de rudimentarias trochas, atravesaban los caños equilibrándose en pasarelas de lianas. A veces, por cortos trechos, se dejaban llevar por la corriente en troncos huecos de palmas, o construían balsas con tallos de plátanos o con maderas livianas ensambladas entre sí. Con el tiempo, han aprendido a manejar curiaras, a tallar canaletes, han empezado a aventurarse por aquellos ríos selváticos parecidos a acuáticos caminos. El Amazonas, llamado pulmón vegetal del mundo por sus

intrincados bosques interminables, plenos de una inmensa diversidad de fauna y flora y constantemente amenazados por la invasión del hombre, está surcado por centenares de vías fluviales que constituyen la única forma de comunicarse entre los poblados asentados en lo espeso de la selva o en las riberas de los ríos. Los indígenas que se desplazan por ellas tienen que conocerlas perfectamente para internarse en la espesura sin correr el riesgo de extraviarse.

Al acercarnos a la embarcación nos anima la actitud responsable y cordial de *Xoto* y *Makobi*, dos hermanos de buena disposición que han cursado en la Misión Católica la primaria y dominan el español.

Xoto es más alto y fornido, sus músculos destacan brillantes, sus ojos son agudos y penetrantes. *Makobi*, en cambio, es más delgado, de cuerpo armonioso y mirada apagada, parece que estuviese recordando en sueño paisajes melancólicos.

El corte de cabello típico de los *Yanomami*, dejándose una tonsura en la coronilla o en la fontanela de la cabeza, costumbre parecida a la de los monjes franciscanos pero anterior a la penetración misionera, presta a ambos un aire de seriedad, de solidez, que inspira confianza. Nos saludan, ayudan a mamá a acomodarse en la canoa y luego:

—Adelante, *ihuri*, sube —le dicen sonriendo y tendiéndole la mano a Maigualida, que se adelanta escoltada por papá.

Los morochos aprovechan enseguida para aprender la palabra *ihuri* y su significado, “pequeño”, que se utiliza tanto para las cosas como para los seres vivientes, plantas, animales, humanos. Acosan a los remeros con preguntas y averiguan también que de los niños pequeños se dice que son *mojodi*, o sea que no saben, son inocentes. De los niños grandes, que son *mogave*, sagaces, saben lo que hacen.

Nosotros, el número 100, entonces, somos *mogave*. ¿Y ellos dos? Ellos son *huya*, hombre, como papá. Mamá es *moko*, mujer. El viejo es *wero pata* y la vieja *surwe pata*, pues *pata* significa maduro, adulto, importante. Aún más bonitas son las palabras que se usan para los bebés, a los cuales no dan enseguida nombre propio. Un bebé recién nacido es *a shatio shoave* (aún mama). Luego se vuelve *aterekou*, camina en cuatro patas, al año *auprao*, se para, y por fin *a pata waikiwe*, ya es grande, corre, juega.

Mientras nosotros nos impresionamos con la amplia gama de palabras para designar las edades y mis hermanos las repiten con deleite, Superloro ha estado con la oreja aguzada, muy atento, como

escuchando. Repentinamente nos asombra gritando, con las alas abiertas:

—¡Hola! ¡*Pata, pata*, Superloro, *pata*!

—¡Qué brío, bravo, Superloro! —lo aplaudimos.

Muy cómodos en la embarcación consumimos una sabrosa ensalada de palmito y yerbas aromáticas recogidas entre los *Jodi*, enriquecidas por ruedas de huevos de iguana ofrecidos por los mismos, y conversamos con nuestros guías mientras nos transportan hábilmente hacia el campamento cruzando a través de una red de caños y pequeños riachuelos, casi todos techados por un inmenso tejido vegetal de lianas, hojas y bejucos.

—¿Cómo encuentran el camino en este laberinto y en tanta penumbra? —les pregunta Mor.

—Los *Yanomami* siempre encontramos el camino —afirma *Makobi*, el menor de los hermanos—. Los cursos de agua son nuestros amigos.

—¿De veras? ¿Por qué?

—Porque no sólo nos permiten movilizarnos, sino que en ellos hallamos nuestra principal fuente de sustento, nuestra dieta preferida.

—¿Y en qué consiste esa dieta?

—Bagres, cachamas, camacutos, camarones y cangrejos de río, abundantes en la temporada de lluvia, y también muchos *kerepes*.

—¿Saben qué son los *kerepes*? —puntualiza *Xoto*—. Son peces muy pequeños, pero sustanciosos, no tienen casi espinas, ni escamas. Nos gusta mucho agregarlos a la sopa con caracolitos de río y camacutos.

—Pero los *Yanomami* no son navegantes, no viven al borde de los ríos, no habitan en embarcaciones...

—No, después de navegar por los ríos y visitar a veces los poblados de otros indígenas, siempre volvemos a nuestra selva, que nos envuelve y nos protege.

—¿Los protege? ¿De qué, de las fieras?

—En parte, pero sobre todo de los criollos, que para nosotros son una amenaza no sólo por la posible dependencia a la que nos someten, sino por las enfermedades que traen consigo.

—¿Y los que no son *Yanomami*, qué hacen si se pierden por aquí? —pregunta Mor, impresionado por esa navegación zigzagueante, cubierta de hojas, más verde que azul.

—A veces pasan trabajo, pero ellos también tienen sus recursos.

—¿Cuáles recursos? —estoy sorprendido.

—Dicen los mineros criollos que si uno se pierde en el Amazonas, al oír el canto del pájaro campana, encontrará la salida.

—¿El pájaro campana? ¿Cómo es ese pájaro? ¿Cómo canta? —Ocho manifiesta una gran curiosidad.

Papá, conocedor y familiarizado con la zona y su fauna, trata de satisfacerla:

—El pájaro campana es un ave blanca característica de los bosques amazónicos, del tamaño de un loro pero con un copete de caca-túa. Tiene una voz armónica que pareciera reproducir fielmente el tañer de una campana con su repique alto y melodioso. Recuerda el suave, melancólico sonido de las campanas del Ángelus.

Noto que Mor y Ocho tienen su característico brillo pícaro en la mirada, el mismo de cuando se confabulan para hacer alguna travesura. Como me encuentro cabeceando, cierro los ojos e intento descansar. Poco después, yo mismo creo escuchar el canto del pájaro campana. Me sobresalto:

—¡Papá rápido, prepara la cámara! ¡Un pájaro campana!

Pero al momento otro supuesto pájaro campana que es Ocho, le responde al primero, que era Mor, cuya figura se balancea entre los colores del crepúsculo en el borde de la canoa, despertando el regocijo de los dos remeros. ¡Otra broma de mis dos ceritos!

—¡Bravo! —los alaba *Makobi*—. Así mismo canta ese pájaro. Es bien difícil imitar su canto tan melodioso. Sólo lo saben hacer los arpistas locales.

—¡Bravo, bravo! —refuerza *Xoto*.

Toda la familia se siente orgullosa por esta alabanza, y al ver que mis hermanos ya incorporaron a su amplio repertorio ese hermoso canto amazónico.

Empieza a caer la noche cuando llegamos al campamento. *Shabono*, lo llaman ellos: un gran techo de forma circular, algo ovalado, cerrado en la parte de afuera hacia la selva con paredes de hojas de palma, palos y nudos de fibra vegetal, abierto hacia adentro a un patio común donde se derrama la luz y donde, como dicen ellos, “se juega la vida cotidiana”: se realizan las fiestas, se reciben las visitas intercomunitarias y ejecutan las danzas colectivas, se celebran las victorias, se

despide a los muertos. El poblado circular no es simplemente un lugar de residencia: es un círculo mágico entre el hombre y la naturaleza, refleja también la organización social, el orden cósmico y expresa una visión simbólica del tiempo y del espacio.

Al asomarnos al patio, un espectáculo extraordinario e inesperado nos sobrecoge: es la celebración del *pijiguao*, una clase de palma que produce un fruto considerado festivo y simbólico por los *Yanomami*: cuando madura y lo recogen para cocinarlo y convertirlo en manjar, es cuando se reúnen, hacen fiestas, bailan. Pero es a la vez un rito: el *reahu-mou*, en el cual los *Yanomami* ingieren las cenizas de sus muertos, para acogerlos dentro de sí y darles vida en la eternidad.

Llantos y plañidos nos estremecen. Protegidos por la penumbra, nos adentramos en el *shabono* tratando de no perturbar a los indígenas que, sumidos en su recuerdo y en su dolor, parecen no advertir nuestra presencia. Colocamos el equipaje bajo la porción de techo que *Xoto* nos ha asignado, al fondo, adyacente a los objetos de uso diario, ollas, tabaco, racimos de plátanos, detrás de seis chinchorros destinados a nosotros alrededor de un fogón prendido. Nos sentamos en una estera en el borde entre el espacio techado y el descubierto en el cual están prendidas algunas fogatas, que, como sabremos después, es el espacio ceremonial donde se libran sesiones de curación, de iniciación chamánica y donde lo sagrado se incorpora a la vida cotidiana. Mamá acuesta en su regazo a Maigualida, igual hago yo con Superloro en todo el tope de mi cabeza. Agrupados alrededor de nuestros padres, inquietos y asombrados asistimos a la sorprendente ceremonia que se desarrolla ante nosotros.

Es la hora del acercamiento a los difuntos. Adultos y niños se reúnen en círculo, desnudos como es costumbre entre los *Yanomami*. Algunos llevan los atavíos ceremoniales y los adornos sagrados. Todos están pintados, mejor dicho embadurnados o coloreados en caras y cuerpos, de negro y de un fuerte color ocre, con reflejos rojizos.

Entre ellos, los colores poseen una lectura simbólica: el negro y el rojo son sus dos matices fundamentales de ornamentación, el rojo simboliza la vida y el negro la muerte. El negro lo obtienen del caruto, fruta de un árbol muy alto, que consiguen a veces caídas a flor de la tierra, o también del carbón natural, que encuentran al escarbar superficialmente el suelo y lo extienden ampliamente por todo el cuerpo en señal de luto y dolor. También lo usan los guerreros y todo el que

esté dispuesto a matar. Las madres de los difuntos se hacen manchas circulares oscuras en la cara con la ceniza y las llevan como homenaje hasta que desaparezcan naturalmente. El rojo se obtiene del *naroa* u onoto, intenso colorante natural vegetal que sirve como repelente contra la plaga y para curar quemaduras e irritaciones. El rojo, asociado a la sangre y a la luna, manifiesta alegría, es un color pacífico y alegre, se utiliza para enamorar. El marrón o violáceo es índice de la transición entre vida y muerte.

En el amplio patio, ya coloreados completamente rostro y cuerpo, empiezan a bailar a la luz de las fogatas una extraña danza: alineados o casi, realizan carreras hacia delante y hacia atrás, avanzando y retrocediendo a la vez, con los brazos extendidos hacia los lados simulando alas, y hojas de palma en las manos que agitan y hacen zumbir delante de ellos: estas hojas simbolizan la presencia de los *hekura* o espíritus de la selva, que protegen y dan energía a los *Yanomami*. También los niños participan en el baile con el rostro y los bracitos embadurnados de arcilla blanca: parecieran pintados con la misma blancura plateada de la luna, empapados de la luz lunar. Bien proporcionados, rollizos, de pelo negro oscuro, grandes ojos brillantes, cachetes prominentes, los pequeños *yanomami* destacan entre los más bellos niños de Venezuela, que son todos hermosos.

Todos lloran o se lamentan desgarradoramente. Algunos empiezan a salmodiar y suben el tono de la voz hasta hacerlo a gritos. Cantan los *waya-mou*, cantos o diálogos rituales, especie de oraciones nocturnas que duran hasta el amanecer, durante los cuales hacen el elogio de los fallecidos cuyas cenizas se van a repartir en el encuentro. Las parientes las recogieron de las altas hogueras de brillantes llamas donde los *Yanomami* acostumbran quemar a sus muertos, y las han guardado en unas totumitas selladas con cera de abeja.

Al comenzar el rito, las vierten en una batea en la cual aún humea una sopa de plátanos verdes recién preparada. El plátano, que crece espontáneo en la selva sin estar sometido a ninguna técnica de cultivo, y que renueva el pacto del hombre con la naturaleza es el alimento de mayor consumo entre los indígenas. Revuelven la mezcla lentamente, mientras arrecian lamentos y lloros. Luego, alguien que por la autoridad y prestigio de que goza evidencia ser el *chamán*, dirigente moral de los *Yanomami*, también luce coloreado su cuerpo desnudo, llena de sopa una totuma más grande, y de ella toma pausadamente un largo

sorbo. La pasa a los más próximos, y uno tras otro conscientemente absorben las cenizas de sus muertos a los cuales deben la continuación de la vida, mezcladas con la sopa hecha con el fruto de la tierra, a la cual deben la subsistencia. Quisiéramos acercarnos a ese ser especial, con esa aura mágica, que es el chamán, pero su actitud distante y compenetrada nos detiene, mientras sus seguidores hacen esfuerzos para rodearlo y aislarlo.

Los llantos han cesado completamente, el silencio está tan bordado de gritos guturales, chillidos de monos, gorjeos de pájaros, ruidos de la selva húmeda, que parece un ente vivo, palpitante. Sin embargo, no se oye ruido humano mientras dura la ceremonia de absorción de la sopa. Sólo nos envuelven el viento, el eco de los pájaros en la selva, el repiqueteo del carpintero, según los *Yanomami* el que narra los mitos; y el rumor de la rama quebrada por los monos al preparar su yacijo para la noche.

Mamá con Maigualida dormida en los brazos, los morochos y yo mismo, seguimos sentados en el umbral del *shabono*, uno cerca del otro, estremecidos por una turbación nueva. Detrás de nosotros, papá, agazapado en la semioscuridad, rodea nuestros hombros. ¿Han pensado ustedes, alguna vez, en la muerte? Hoy, entre los indígenas *Yanomami*, yo me he dado cuenta de que, cualquiera que sea nuestro credo y nuestra religión, hay un lazo indisoluble, una continuidad permanente, entre la vida y la muerte, y entre la muerte y la vida.

Todos cercanos, todos juntos, casi al unísono, suspiramos, sintiendo la serena conciencia de estar vivos, unida toda la familia como un puño, recomfortándonos uno al otro con nuestro cariño, pero a la vez asomados al abismo insondable de la muerte como quien se asoma al borde de un pozo oscuro de la selva. Entre nosotros seis, siete con Superloro, hay una energía vital que nos mantiene unidos, una fuerza que nos vivifica y conserva con salud, amparados por el afecto mutuo. ¡Ojalá todas las familias pudiesen tener estos vínculos que vemos tan evidentes también en las comunidades indígenas!

La noche va cayendo con desgano. Agobiados de cansancio —el día fue tan intenso— nos dejamos caer pesadamente en las sutiles hamacas de lianas. Sin embargo, hacia el alba, un frío súbito nos hiere. Mi hermanita empieza a toser. Todos sentimos un nudo desagradable en la garganta. ¿Con qué cobijarnos?

En el territorio *yanomami* se nota aún más la gran diferencia que hay en ese bosque tropical perenne, entre la temperatura del día, sumamente caluroso, más de treinta grados, y la de la noche húmeda y fría, que desciende hasta los doce grados.

Pronto una sombra amiga se desliza hacia nuestro fogón, añade leña, atiza el fuego. Veo el celaje de sus largos cabellos al pasar, el cuerpo desnudo, armonioso y ágil. La llama nos apacigua, la tos se calma, reanudamos un sueño tibio y tranquilo.

El sol debe estar alto cuando los morochos y yo despertamos. El aire ya es caliente, hasta demasiado, pero el fogón continúa prendido aunque ya sin llamas. ¿Acaso no lo apagan nunca? A nuestro alrededor una hilera de chinchorros, más altos, más bajos, en triángulos, atravesados, se mezclan, se persiguen a lo largo del círculo que forma el techo del *shabono*. No hay gente en ellos. Todos se han levantado. Salimos al patio, donde papá ya conversa con varios integrantes del grupo, para familiarizarse antes de tomar las fotos.

Nos llama la atención la extensión de pinturas y la abundancia de adornos que todos llevan: más que todo plumas, ellos; y flores, ellas. Durante el viaje, papá nos había explicado que la pintura facial y corporal de los indígenas, así como sus atavíos simbólicos y ceremoniales, son medios de seducción y transfiguración espiritual. La belleza de los ornamentos, entre ellos, es el reflejo de la belleza de los espíritus, es energía.

Quisiéramos saber algo más al respecto, empezamos a preguntar, pero se acercan *Xoto* y *Makobi* que nos interrumpen para ofrecernos frutos de *pijiguao* afortunadamente ya cocinados, pues al estado natural son tan duros y resecos que ni siquiera Superloro logra romperlos con su pico aunque lo intente varias veces, y distintas taparitas llenas de miel, la cual puede ser dulce o agria, y de la cual tiene muchas variedades, que mezclan con agua.

Una lluvia recia se abalanza repentinamente sobre el poblado. Cobijados bajo el *shabono*, admiramos la fuerza de los relámpagos y al rato vemos que los indígenas atrapaban con los dedos, hábilmente, e introducen en totumas para comerlas con deleite, las hormigas voladoras que salen con la lluvia. Poco después observo que mis dos ceritos se han dado a la tarea de apresar y comer ellos también las hormigas voladoras. Cuando ven mi gesto de asombro, se exclaman:

—Parecen cotufas.

—¡Son exquisitas!

Afortunadamente la lluvia cesó cuando se disponían a darle a Muñeca algunos de estos inquietos volátiles. Me quedé pensando en el sabor que tendrían. ¿De verdad serían sabrosos? ¿Los comería mi hermano indígena? ¿Comería otros insectos?

—¿Se asustaron anoche? —*Makobi* se nos dirige a nosotros los muchachos.

—No, pero estábamos impactados. Aún lo estamos.

—Yo también. A pesar de asistir a esta ceremonia nuestra regularmente, cada vez me estremezco.

—Es un rito profundo y simbólico.

—Lo es. Me satisface que ustedes, siendo criollos, entiendan su significado.

—¿Sólo los *Yanomami* lo practican o también otras etnias?

—Los *Yanomami* son los únicos en practicarlo, por lo menos en los territorios amazónicos.

Callamos un rato, pensando en la trascendencia y en la antigüedad de esta costumbre. Mor rompe el silencio con una reflexión lamentablemente personalista y llena de pragmatismo.

—Aparte de que la absorción de las cenizas de los muertos es una impresionante tradición, creo que es conveniente, viviendo en este medio tan cálido, quemar a los muertos como hacen ustedes en lugar de enterrarlos.

—Yo también pienso que influyen razones higiénicas —insiste Ocho con el mismo desatino de su hermano—. Enterrar a los muertos en la selva, con el calor del trópico, podría dar lugar a una epidemia, ¿no es cierto?

—Quemar o enterrar un cuerpo sin vida viene siendo lo mismo —contesta *Xoto* un tanto resentido al advertir que las observaciones de los Morochos se refieren a los detalles, mas no al significado profundo de la ceremonia—. Para nosotros lo importante es que, quemándolos y absorbiendo sus cenizas, aseguramos su presencia, participación y continuidad en nuestra estirpe.

—Así lo percibo yo —interrumpo convencido—, pero quisiera preguntarte si todos lo aceptan, o si esta costumbre es motivo de críticas y menosprecio hacia tu gente.

—Esto —contesta *Xoto* muy solemnemente— debería yo preguntárselo a ustedes. ¿Qué opinan?

—Diría —respondo por todos— que la mayoría de los que desprecian a los *Yanomami*, a los *Piaroa*, a todos los indígenas tildándolos de irracionales, salvajes o inferiores, lo hacen por ignorancia, desconocimiento, ligereza.

La mirada de los dos hermanos, fija en mí con aprensión, me estimula a continuar.

—A mi juicio, nuestros indígenas no son inferiores, sino diferentes. Y tienen derecho a serlo, sin que por ello se les considere inferiores.

Xoto tiene un brillo húmedo en los ojos:

—Sigue, Filatelio —me dice, pronunciando mi nombre con solemnidad, como si dijera “profesor”.

Medito un instante, porque este es un discurso difícil. Estoy hablando de cosas importantes, que había vislumbrado antes, pero en las cuales pienso insistentemente de día y aún más de noche, desde que empezamos el viaje. Aprovecho el momento para confiar a mis hermanos y a mis amigos algunas de estas inquietudes:

—Creo además que en su pensamiento, hasta diría en su filosofía, los indígenas demuestran una intensidad y coherencia propias de una cultura antigua y sólida.

Cavilamos un rato. Los morochos con su habitual curiosidad quieren indagar más:

—¿Todas las comunidades *yanomami* son así como esta? ¿Hay muchas? ¿Dónde están ubicadas?

—Los *Yanomami* somos unos 10.000. Representamos el 5% de la población indígena de Venezuela, que según nuestra propia estimación sobrepasa las 500.000 almas que se contabilizaron en el censo del año 2000. Otros tantos pudiera haber en Brasil, pues nuestra etnia ocupa una extensión geográfica que se reparte en dos áreas de casi igual extensión entre Brasil y Venezuela.

Somos todo oídos. Parece saber más este joven aquí en la selva, que nosotros en la mismísima capital. ¡Nos avergonzamos de oírlo hablar con tanta propiedad, y de lo poco que sabemos!

—¿Con respecto a la totalidad de los habitantes de Venezuela, qué porcentaje representan? —me decido a preguntar yo mismo, porque comprendo que Mor y Ocho se sienten cohibidos.

—Considerando —prosigue *Xoto* alentado por el interés que ha despertado— que la población indígena representa aproximadamente

el 1,25% de la población total de nuestro país, nuestro porcentaje sería insignificante, apenas el 0,04 %. Pero...

—Pero... ¿qué? —estamos pendientes de sus palabras.

—Pero si hacemos un cálculo regional, nos encontramos con que en esta región, el estado Amazonas, la mayor parte de la población es indígena.

Su afirmación nos sobrecoge. No lo sabíamos, ni lo habríamos imaginado: en Venezuela, hay un estado poblado en su mayoría, por indígenas. ¡Eso es notable, y de gran importancia!

—¿Dentro del estado Amazonas, dónde están ubicados los *Yanomami*?

—Nosotros realmente no estamos agrupados, sino dispersos a lo largo y ancho del territorio, especialmente en las regiones del Alto Orinoco, Ventuari, Caura, Paragua, Cuchivero. Y además, algunos son caminantes.

—¿Acaso migran, se mudan de la selva? —exclaman al unísono los morochos, con su acostumbrado desplante.

—No, quiero decir que se desplazan dentro de nuestro territorio, estableciéndose en lugares aptos para levantar distintos conucos: plátano, mapuey, ocumo, batata, ñame, maíz.

—¿Y por qué tantos? ¿Por qué no siembran en un mismo conuco todos los vegetales?

—Porque las raíces como batata, ñame y ocumo, necesitan el suelo movido, aireado y arenoso; en cambio el plátano, cambur y yuca requieren un suelo compacto y perennemente húmedo. El riego también es distinto, para los plátanos es siempre mayor. Acostumbramos recoger dos o tres cosechas seguidas, y luego dejamos que la tierra descanse.

—¿Cómo es eso?

—Pues nos vamos de esa zona a otra y levantamos otros conucos, para que el lugar anterior regenere su suelo.

—Pero, si están tan esparcidos y constantemente se mueven —inquire Mor—. ¿Cómo logran ser fieles al pasado, a las antiguas costumbres?

—Porque lo que nos une no es sólo la tierra, sino nuestras tradiciones, nuestra propia cultura como gente, como pueblo —el cuerpo delgado de *Xoto* se yergue, su pecho se infla, su mirada se hace altiva cuando prosigue con voz firme—. Todos, todos nosotros, todos los

Yanomami mantenemos nuestras tradiciones. Es nuestro único y mayor orgullo.

Se nos ha acercado papá, que encuentra las palabras adecuadas para apoyar esta determinante declaración:

—Que defiendan siempre sus tradiciones *Xoto*, es nuestro deseo, y que no se dejen doblegar. Que reciban, ofrezcan, compartan, pero que sigan siendo ustedes mismos, los *Yanomami*.

—Así será —contesta *Xoto* con decisión, la mirada clavada en las pupilas claras de papá.

Percibimos que ellos dos se entienden, que todos nos entendemos. Una estrecha comunicación se establece entre nosotros. Es apasionante, sentirse tan unidos con alguien aquí en la selva, como a veces no nos sentimos ni siquiera en nuestra ciudad, con amigos aparentemente mucho más afines.

—Empecemos a salir a la selva —nos anima el joven— para que conozcan mejor nuestro ambiente. Regresarán los cazadores, volverá el aviador... y si no nos apresuramos no habremos tomado fotos, ni de los árboles, ni de los cazadores, y ni siquiera de los arcos, ni de las flechas...

Aprovechando la buena disposición y el ánimo sereno del momento, me atrevo a preguntar sobre algo que me apasiona:

—Explícame cómo hacen los arcos y las flechas, cómo los usan.

—Los hombres tallan los arcos con la madera de las palmas de *pijiguao* y *seje*, separan una astilla larga y estrecha utilizando machete y hacha, y luego la trabajan con la mandíbula inferior del báquiro.

—¡Pero de qué instrumento tan raro se valen! —interrumpe Mor.

—¡Y pregúntale qué piensa el báquiro! —asoma, burlón, Ocho, convirtiendo en risueña la expresión nostálgica de *Makobi*.

Xoto no les presta atención, de lo cual me alegro, y prosigue:

—Después pulen con cuidado la madera frotándola con hojas rugosas del árbol *pourouma*, y la embadurnan con una savia negra y espesa. Por fin, mediante un nudo simple la fijan al tensor que han elaborado con la corteza de una especie de *yagrumo*, la misma que utilizan para las cuerdas de los chinchorros.

—Todo a base de plantas, entonces —concluyo.

—Sí, las plantas son nuestras amigas. Nos ayudan en todo.

Es impresionante este vínculo de los indígenas con la naturaleza. Antes, los ríos. Ahora, las plantas.

—¿Y las flechas, cómo se hacen?

—Se hacen con el tallo de la caña brava, que cultivamos con este propósito. Se completan con dos elementos muy importantes, la cola y la punta. Por todo tienen más de dos metros de largo.

—¡Uy, qué grandes! ¿Cómo las llevan?

—Ya estamos más que acostumbrados —prosigue Xoto—, casi nacimos con ellas.

Está claro que la descripción de la flecha, esa inmemorial arma indígena, lo apasiona, porque continúa con énfasis:

—En la cola se le inserta un talón, hecho con madera del árbol “pata de grulla” y tallado con un buril que se amarra al extremo inferior de la verada con una cabuya untada con resina de paramán. La cola, para que la flecha se dispare, se direcciona y vuela bien, debe llevar dos medias plumas de paují, las cuales se le fijan con un hilo fuerte que se enrolla alrededor del fuste de la flecha, entre las barbas de las plumas.

—Supongo que las puntas son aún más importantes que las colas —ya casi me figuro ser un cazador indígena con su carcaj y sus flechas preparadas.

—De igual importancia, hay tres tipos: punta lanceolada con diferentes bambúes; puntas de arpón con una astilla de hueso afilada y sujeta a la madera de un arbusto apropiado; y puntas encorvadas de palma, que llevan muescas transversales para que se quiebren en la herida, de forma que el veneno se disuelva rápidamente en la sangre.

—¿El veneno dijiste? ¿De verdad?

Hasta este momento, teníamos la sospecha, pero no la seguridad, de que los indígenas aún hoy día usaran su típico y mortal veneno, el curare.

—Entonces, ¿todas las flechas están envenenadas? ¿Y con curare, supongo?

—Entre nosotros, sí, las puntas de las flechas se envenenan, y se endurecen con fuego.

—¿Pero no es peligroso cargar flechas envenenadas?

—Para eso tenemos el carcaj, que las contiene y aísla. Está hecho con un fragmento de bambú cortado de manera que uno de los tabiques transversales sirva como fondo. Cerramos la abertura superior

con una piel de animal, y lo llevamos colgado de un cordel sobre la espalda.

—¡Qué buena explicación! —aprueba nuestro padre—. Pero ahora, vamos en camino, aceleremos el paso.

Atravesamos el extenso patio donde las *yanomami* ya están trabajando, barriendo, limpiando, repartiendo la comida a los niños y arreglándose ellas mismas, para lo cual han reunido cantidades de flores frescas y perfumadas. Al lado de esta costumbre tan agradable, tienen otra bastante extraña para nosotros: se pasan constantemente por la cabeza, solas o una a otra, sus típicos peines de espinas, para despiojarse. Práctica quizás necesaria, pero...

Desde la mañana las indiecitas, especialmente las más jóvenes, están pintadas y llevan adornos. A la vez que recorremos el recinto, los detallamos. Predomina el color rojo, que al simbolizar la vida, manifiesta paz, alegría, también alude al amor, sirve para enamorar, indicar disponibilidad. Los adornos son muy importantes para esta etnia. Los llaman *pauxi*. La acción de pintarse se denomina *oni mou*, la de adornarse, *pauxi mou*. Hay adornos masculinos a base de plumas y pieles o huesos de animales, y adornos femeninos, de flores, tallos o ramitas de plantas. Los masculinos consisten en brazaletes confeccionados con piel de paují, de los cuales cuelga un plumón de pecho de tucán, o plumones de guacamaya azul o amarilla. Nos explican que para ceremonias oficiales los hacen de garza blanca real. Se embellecen además con coronas o cintas elaboradas con la piel del mono araguato o capuchino, tan frecuentes entre ellos, que se ciñen a la frente ajustándolas con hilos de algodón y completan con una vistosa diadema de plumones de águila o gavilán, y algunos con vistosos aretes.

—Mira, *Tuponken*, ¿por qué no aprovechas para que te abran las orejitas tan chiquitas que tienes y te pongan unos zarcillos?

Trato de perseguir a Mor para darle su merecido por lo que acaba de decir, cuando Ocho me grita, corriendo para que no lo alcance:

—¡No lo niegues! Tú querías ponerte zarcillos y un *piercing* en el ombligo.

—¡Mentirosos! ¡Serán ustedes!

Pero enseguida callamos y nos quedamos embelesados viendo algunas jovencitas hermosísimas en sus atuendos naturales. Y yo tengo una linda sorpresa: reconozco el largo y flotante cabello, las

piernas ágiles, el cuerpo cimbreante de la muchacha que avivó el fogón: es *Wasari*, la prima de *Xoto*. Me quedo rato admirándola, y quisiera quedarme más...

—Déjate de pájaro bravo —me comenta con sorna Ocho que ve el éxtasis en mis ojos.

Los adornos femeninos que observamos en estas jóvenes tan compuestas y agradables, consisten principalmente en varitas o palitos, que obtienen del bambú o de las ramitas finas de la planta *payoari*, las cuales siempre se conservan blancas. Los llaman *hiyo kasi husi kami* con ellos desde temprana edad se perforan las orejas, se los incrustan en el tabique nasal o bien en la boca, debajo del labio inferior, y los engalanan con hierbas y flores fragantes. A mamá, que se enteró y luego comentó todo esto, tales prácticas le recuerdan la acupuntura.

Mamá y Maigualida se sienten felices entre las indígenas. Se intercambian flores, aspiran juntas su perfume, se ayudan a colocárselas detrás de la oreja, en el cabello, alrededor de las muñecas. Más tarde las acompañarán a los conucos donde van diariamente para cultivarlos. Podemos dejarlas sin contemplaciones, estarán muy entretenidas.

—¿Por qué a ustedes mucha gente los llama *waika*? —le pregunta Ocho a nuestro guía al adentrarnos finalmente en el tupido bosque.

¡Fabuloso que pregunte eso al empezar la marcha! A mí también me interesa, quiero averiguarlo.

—Este nombre se ha generalizado, pero no es correcto, lo consideramos despectivo. Nosotros somos *Yanomami*, lo que significa “ser humano”. Nuestra etnia comprende varios subgrupos: *Yanoama*, *Sanema*, *Yanam* que son variaciones regionales del gentilicio común. Algunos antropólogos nos han dado nombres ficticios, más bien románticos, como “hijos de la luna”, tal vez a causa de que en estos bosques poco penetra el sol, más bien los ilumina la blanca luz de la luna, o de que estamos siempre pendientes de ella: sus fases nos indican cuándo podemos cortar los troncos para nuestras casas, cuándo sembrar y cultivar. Ella, para nosotros, es hasta más importante que el sol. En cambio, *waika*, propiamente, significa “extranjero”, perteneciente a otra comunidad.

—O sea, algo así como el “musiú” que usamos en Caracas para quienes nacieron en Francia, Alemania, Italia, es decir, fuera de Venezuela.

—Casi, casi...

—Entonces —puntualiza Mor— aquí en el *shabono*, los *waika*, los musiú, seríamos nosotros, no ustedes.

—Pues dije “casi, casi”, porque el término *waika* no se aplica sino a los integrantes foráneos de otros grupos indígenas.

—¡Ay, qué embarque! —dramatiza Mor en una de sus payasadas— ¡ni *yanomami*, y ni siquiera *waika* puedo ser yo!

Interrumpe nuestra risa un aleteo de Superloro que desde su acostumbrada posición, aferrado a mi hombro nos advierte que algo extraño le llama la atención. Miro alrededor y no veo nada, cuando:

—¡Allá, allá arriba!

Papá ya está disparando su cámara.

Con una velocidad sorprendente, utilizando dos pares de estacas amarradas en forma de tijeras que apoya a las espigas del árbol, un muchacho escala una altísima palma de *pijiguao*. Al llegar al tope despega un ramaje rojo, bien maduro, y vuelve a bajar, ágil y seguro, con el mismo sistema y la misma velocidad.

¡Extraordinario, nuestros amigos *yanomami* son unos acróbatas!

—¡Bravo! —le grito cuando aterriza.

Nomai, un compañero de escuela, de navegación y cacería de *Xoto* y *Makobi*, se nos acerca, ofrece la fruta a papá y nos tiende con optimismo burlón las estacas a los morochos y a mí:

—¿Quieren probar ustedes?

Nadie se atreve a aceptar, junto con las estacas, su invitación a trepar el árbol.

¡Qué vergüenza! Nosotros, que nos consideramos tan superiores, no podríamos hacer eso ni siquiera practicando un mes entero. Y pensar que yo tengo la medalla de deporte de mi escuela... Pero de nuestro atletismo adquirido, al atletismo natural de los aborígenes... vale, ¡qué distancia!

¡Cuántas cosas ganamos y cuántas perdemos con la civilización!

A un ruego de mi padre, afortunadamente sin comentarios irónicos sobre nuestra incapacidad por hacer lo mismo, *Nomai*, pequeño, enjuto, de expresión altiva y fiera empuña nuevamente sus estacas para repetir la escalada. Está a punto de salir. Pero he aquí que una

pequeña tormenta se desata cerca de mi cuello. Con un breve vuelo a plumas desplegadas, Superloro me abandona y se prende del hombro del *yanomami*. Lo sigo con la mirada.

¡Arriba! ¡Abajo! ¡Extraordinario, más rápido que un ascensor de los ultramodernos! He verificado el trayecto de subida en mi reluciente reloj cronómetro que tanto me ha servido en este viaje:

Altura de la palma: 20 metros.

Tiempo empleado: 12 segundos.

Velocidad: X

Aplicando la fórmula: $V = \frac{d}{t}$

donde V = velocidad, d = distancia, t = tiempo, me da:

$$V = \frac{20 \text{ m.}}{12 \text{ seg.}} = 1,6 \text{ m/seg}$$

Esto es: 1,6 metros por segundo.

¡Un récord! ¡Una marca olímpica!

Superloro regresa a mí, satisfecho, y frota el pico contra mi mejilla, como diciendo:

—¡Ajá! ¿Has visto?

—¡Felicitaciones, campeón, lo lograste, hoy te mereces plenamente tu nombre, Superloro!

Seguimos caminando. La vegetación se vuelve aún más espesa. Aumenta el calor. Todo el territorio *yanomami* está surcado por una densa red de ríos y caños más o menos importantes que desembocan finalmente en el Orinoco, nuestro máximo curso de agua, sagrado para muchas etnias, soñado por tantos aventureros y exploradores, que como una inmensa arteria vital cruza el territorio venezolano fecundando todas las tierras que baña. El Orinoco nace en la zona *yanomami*, dicen que en un apartado rincón de una remota montaña llamado “el raudal de la desolación”, o “el raudal de la tristeza”, y cuando sale de allí tiene todavía un tamaño reducido: cerca de Manaviche 44 metros, en Platanal 122, en Ocamo 180. En sus riberas tienen asiento muchas comunidades indígenas, viven multitudes de aves, reptiles, mamíferos y podría ocultarse entre el musgo, esperando un pie desprevenido, la mortal acechanza de la raya, temible pez dotado de un poderoso veneno, peor que el de la culebra. Pronto llegamos

a un riachuelo, o más bien un caño, pero ellos nos indican su fondo de piedras oscuras, afiladas, recubiertas de un musgo resbaloso que hace el vadearlo difícil y además inseguro, porque podría ocultarse entre ese mismo musgo la mortal acechanza de la raya, peligroso pez dotado de un poderoso veneno, peor que el de la culebra. *Xoto* extrae de entre el herbazal donde estaba guardada, una pequeña curiara, nos invita a cruzar las aguas. Nos apretamos en ella, pero *Nomai* no lo hace. Desde la orilla con un guiño y una mueca le tiende el dedo índice a Superloro, que feliz se traslada a él.

—¿Te quedas? —pregunta sorprendido Mor.

—Vente con nosotros, vamos —le ruega Ocho.

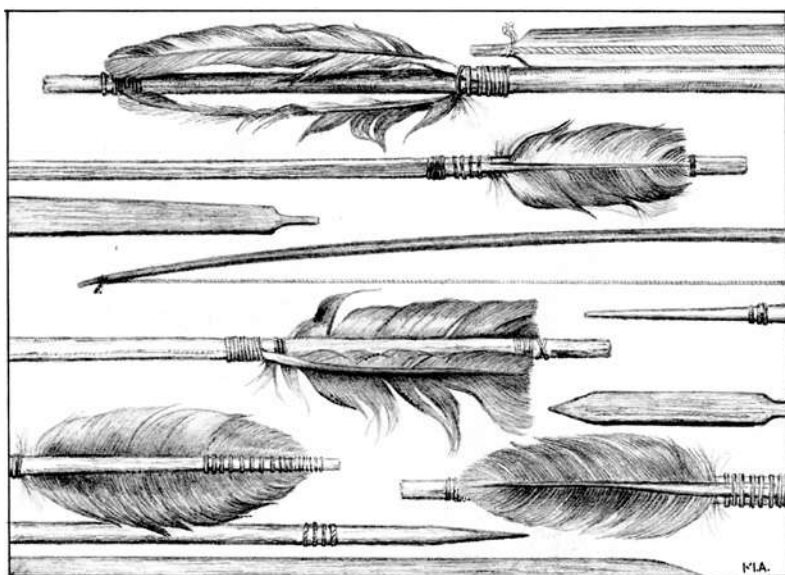
—¿Qué vas a hacer con Superloro? —indago yo, algo inquieto.

Los jóvenes se ríen con ganas. Son bien alegres, estos *Yanomami*, y parece que les gusta burlarse de nosotros. *Nomai* no aborda la canoa. En cambio, con su acostumbrada rapidez y desenfado... ¡se encarama en un puente aéreo! Es un sutil, liviano e inconsistente puente de lianas tendido altísimo sobre el río, que ninguno de nosotros había visto, pero que él, con el loro al hombro, cruza ágilmente llegando a la otra orilla mucho antes que la canoíta. Papá apenas tuvo tiempo de accionar la cámara. ¡Y menos mal que ya sabe que entre estos sorprendentes *Yanomami* debe tenerla siempre lista, cargada y en posición!

—Tu loro se portó como un perfecto *yanomami* —me dice *Nomai* a señas al devolvérmelo, cuando desembarco—. ¡Está aceptado entre los nuestros!

¡El loro sí, pero yo... yo... un as de la escuela en atletismo, aquí, en el Amazonas, frente a los *Yanomami* me siento con la ligereza y rapidez de... casi diría un morrocoy, una pereza o un elefante!

¡Qué calor caminar en la selva! Hoy seguramente el termómetro sobrepasa los treinta y cinco grados. No hay sol, porque los rayos no logran penetrar la densidad de los árboles, pero el aire es tórrido y húmedo. Papá y yo nos quitamos la camisa, proseguimos con sólo los pantalones. Los incorregibles morochos aprovechan el momento para reforzar que el nombre *Tuponken* me queda siempre más apropiado. Entiendo bien por qué los indios usan guayuco o viven desnudos. En las horas del día no se soporta ninguna indumentaria encima de la piel. Todo se vuelve un tormento ardiente y acuoso sobre el cuerpo.



Ahora unas voces guturales, unos coros con ancestrales resonancias serpentean por entre la vegetación.

Ééé ara shinaki wai
Shinaki wai,
makekeratiai
Makekeratiai ééé

Riehe, riehe, riehe
Momonaki riehe
Riehe, riehe, riehe
Momonaki riehe

Ōniwē, ōniwē
ōniwe
ira siki ōniwe,
ōniwē

Prai rē, prai rē
Yēpi thē wēri
Pashoyaki rariwei ke,
Rariwei ke

Son las voces de algunos cazadores que van recorriendo otro sendero, en dirección distinta a la nuestra. Han salido temprano en la mañana para explorar una zona de la selva, en un radio entre diez y quince kilómetros, y regresarán al comienzo de la tarde, con la necesidad diaria de carne asegurada. Entre los aborígenes, la caza es un proceso complicado, casi un rito, que tiene reglas y modalidades que hay que respetar.

La caza consiste en primer término, en rastrear los animales por muchas horas. Mientras se desplaza, el cazador está al acecho, atento

a cualquier movimiento repentino: localiza el mínimo ruido, observa las huellas, examina los frutos que han mordido los animales, para identificarlos. Los animales grandes como la danta, el báquiro, el oso hormiguero, son los más difíciles de encontrar y de cazar, pero justamente son los más apreciados. Especialmente llama la atención la caza de la danta cuya carne es muy apetecida porque tiene siete sabores distintos, dependiendo de la parte del cuerpo que se coma. La pierna o pernil sabe a cerdo, las patas delanteras a venado, los lomos a carne de res, los costados a pollo, mientras las costillas tienen un sabor que recuerda la carne de chivo o cabra. Las orejas y trompa tienen un exquisito gusto a pescado y la panza o falda, lo que llamaríamos la barriga del animal, sabe a gallina. Para cazarla, los indígenas se sumergen en el agua, porque la danta refresca su cuerpo dentro del río y hasta duerme allí. Es una cacería peligrosa porque ella corre siempre en línea recta y si por casualidad nota al cazador, arremete hacia él y lo atropella causándole a veces heridas mortales. Más frecuentemente, casi a diario, cazan picures, pequeños roedores provistos de mucha carne parecidos a la lapa, para lo cual se apostan sobre una plataforma montada en las ramas de un árbol, y también algunas lapas. A los cachicamos y caimanes los capturan en sus guaridas soplando humo de tabaco o de hoguera dentro de la cueva con una especie de canuto o tronco hueco, hasta que el animal se asfixia. Para atraer a las grullas frecuentes en los ríos que, blancas o grises, pueblan los cursos de agua, imitan el grito de sus pichones. Para engañar a los tucanes, utilizan señuelos que pueden consistir en un manojo de plumas coloridas y dos palitos imitando un pico. Son diestros en cazar con dardos la gallina de monte y la perdiz colorada, al amanecer, cuando se posan sobre las ramas. Tienen un método especial para el paují, lindísimo pájaro nocturno negro, de plumas tornasoladas y arrogante copete: cuando canta y lanza un lúgubre lamento, que parece un gemido de dolor; ellos dicen que “llora” y salen en su búsqueda agitando tizones delante de sí para alumbrar el camino.

—Pero hemos oído que los tizones encendidos tienen algo que ver con el más allá —comento después de escuchar con atención la larga explicación, casi diría lección, que sobre la caza nos han dado conjuntamente *Xoto*, *Makobi* y *Nomai*.

—¡Ya saliste tú, intelectual fallido, con tus cosas exotéricas! —me critica Mor.

Pero *Xoto* me da la razón:

—Los tizones prendidos tienen también la finalidad de ahuyentar los malos espíritus, capaces no sólo de espantar la caza, sino hasta de capturar el alma del cazador.

—¿Qué malos espíritus andan por aquí? —pregunta al unísono el número Ocho con poco respeto.

Al principio no quieren contestar, pero luego consienten en mencionarlos, y nos enteramos de que el *Kaiporá*, el *Mapinguare* y el *Abaxá* son esos seres míticos, animales irreales del mundo cosmogónico *yanomami* de los cuales los cazadores deben defenderse para salir con vida en la selva.

Los *Yanomami* son cazadores natos, la caza es sin duda la actividad a la que los varones se dedican con mayor entusiasmo, y que más interesa a los jóvenes y a las mujeres, quienes, aunque no los acompañen, oyen con deleite la narración de las expediciones de cacería, de dónde encontraron y de cómo ultimaron los animales. La carne es para ellos un alimento sustancial. Toda la comunidad *yanomami* se siente insatisfecha cuando tiene que consumir un producto vegetal básico sin acompañarlo con carne.

Presto atención a los coros de los cazadores y me sorprende la monótona repetición de algunas palabras. En uno de ellos resuena *riehe, riehe, riehe*.

—¿Qué cantos son esos? Parecen conjuros, palabras rituales —inquiero con interés.

—¿Será alguna fórmula mágica, un hechizo? —se agitan mis hermanos.

—Son versos rituales, fórmulas para cazar. Ellos concitan el éxito de la cacería, o lo agradecen —nos responden.

Bonitas, bonitas, bonitas
las flores del momo
son bonitas
son bonitas.

Más tarde averiguaría que el primer canto contenía una alusión a la cola de la guacamaya, *shinaki wai*, mientras el último, cuyas repeticiones me intrigaban, constituía una invocación a la linda flor de una planta mágica, el *momo*, que tiene la propiedad de favorecer y proteger

a los cazadores, cuyo fruto venenoso se recoge del suelo y se hace secar sobre una estera cerca del fuego para poderlo comer. Puede interpretarse así:

Hay entre los *Yanomami* una veneración especial por las plantas, a las cuales creen poseedoras de encantos. Para mejorar su puntería, los cazadores recurren a ellas: en la punta de las flechas colocan bulbos secos de plantas del género *Cyperus*, silvestres o cultivadas por ellos.

Un ruido hace que nuestros guías se detengan, se queden en suspenso. Un crujido de ramas quebradas y una flauta que vibra con opaca sonoridad, como río lejano, captura nuestra atención. En silencio, con reverencial delicadeza, nos señalan un punto distante bajo los árboles. Casi confundido entre lo espeso e intrincado de la selva, lo vemos pasar. Sus largos cabellos flotan en el viento, su paso ágil semeja al de los cunaguaros que lo siguen. Pronto desaparece. Sólo queda el recuerdo alucinante de su imagen.

—¿Quién es? —susurra Ocho aún sobrecogido.

—El Chamán de los Cunaguaros —aclara *Nomai* orgulloso—. Es un *yanomami* especial, un sabio. Dicen que es hijo de la luna llena. Que domina los vientos, los ríos, la selva.

—¿Dónde va? —inquiere Mor.

—Viaja visitando todas las etnias. Nos habla en nuestra lengua de los tiempos antiguos, del legado de nuestros ancestros. Insiste en que debemos unirnos, todos los indígenas, conocernos, intercambiar entre nosotros y con ustedes, los criollos.

—Creo que tiene razón —suspira Mor.

Seguimos avanzando, aún excitados por la fascinación del misterioso *yanomami* selvático. Pienso que seguramente es el mismo personaje del que nos han hablado en otras etnias. Pero debe haber una confusión entre ellos, algo que yo no distingo. ¿Hay varios chamanes, uno por cada etnia? Y si hay uno solo, ¿cómo puede ser a la vez *warao*, *kariña*, *yekuana*, *jodi*, *yanomami*? Dicen que es un *warao* mágico, un *pemón* sagrado, un *yekuana* legendario. ¿Cómo podré dilucidar este misterio? Probablemente no es ninguno de ellos, es uno y múltiple, hay una gran confusión respecto a él.

Nos cruzamos con otro grupo de cazadores, que a indicación de *Xoto* se detienen para permitirle a papá tomar fotos. Aprovechamos para observarlos de cerca y cuando se alejan reiniciando su camino,

acosamos a nuestros guías con preguntas sobre detalles que aún no nos habían sido aclarados:

—¿Por qué tienen arcos tan grandes y flechas tan largas?

—Es por lo espeso de la selva. Hay que darle trayectoria a la flecha, por eso es larga, y el arco tan grande. Y también porque, si no da en el blanco, será más fácil encontrarla. La flecha del arco no debe perderse, ya que se considera una extensión casi humana de la persona misma.

Las flechas tienen un gran valor, son una prolongación del cazador. La flecha que se pierde va directo al inframundo, es un paso menos del cazador en la tierra, lo acerca más a su muerte, disminuye su tiempo de vida. Por eso cada cazador debe seguir con la vista la dirección de su flecha y recogerla. De ellas sólo se cambian las puntas cuando se dañan.

Cuando cada joven sale de la pubertad y entra en la adolescencia, se le dan sus propias flechas, las que lo acompañarán toda su vida. Muchas veces él mismo ayuda a los mayores en su confección. Se le otorgan en un acto ceremonial con música y comida. Si las perdiera todas, no sería un buen cazador, y se estaría quitando muchos años de vida.

—¿Sucede muchas veces que las flechas no den en el blanco? —es Ocho quien pregunta.

—Depende de quien dispare...

Es tan pícaro la intención de *Nomai* al mirarlo a él, después a Mor y luego a mí, que todos estallamos en risas.

El camino, la conversación, la alegría, nos han dado un hambre atroz, que los frutos que recogimos a lo largo del camino, *cauyaro*, *guamache*, *chiquechiqui*, no alcanzan a calmar. Pero estos indios son tan tenaces, resistentes, que no nos atrevemos a decir nada. Qué ridículas sonarían en esta verde vorágine preguntas por el estilo de:

—¿A qué hora almuerzan ustedes?

O bien:

—¿Nadie ha traído merienda?

—¿No habrá por ahí un pasapalito?

O peor:

—¿Qué tal si nos detenemos a hacer un picnic, a pellizcar algo?

En la selva hay problemas mayores: la subsistencia, la integridad, la defensa. Y percibimos también que, entre ellos, las

intenciones son dominantes. El objetivo que persiguen les hace sobrellevar cualquier esfuerzo.

Sentimos alivio cuando *Xoto* nos comunica:

—Dimos muchas vueltas, pero no estamos tan lejos del *shabono*. Cruzaremos de nuevo el caño, y allá vamos para comer con los demás. Ya es la hora. Luego, cuando oigamos el motor del helicóptero, los acompañaremos al manantial del caño.

Los *Yanomami*, como la mayoría de los indígenas, hacen una sola comida importante diaria, a media tarde, al regreso de los cazadores.

—Seguramente habrán cazado mucho —se entusiasma Ocho—. Ellos deben ser sobresalientes en la caza también. Traerán un gran botín. ¡Veremos báquiros, dantas, lapas, chigüires, cachicamos!

Nuestros amigos entrecruzan una mirada. Luego *Makobi* nos habla con seriedad, casi reprochándonos:

—Quizás no vean lo que se imaginan.

—No importa —se disculpa Mor, avergonzado—, yo creía que los *Yanomami* eran buenos cazadores, pero quizás, en cambio, sean buenos pescadores, o agricultores.

—No es por esto. Los *Yanomami* somos excelentes cazadores. —aclara *Nomai* con firmeza—. Hay otras razones.

—¿Cuáles?

—Entre nosotros no está permitido cazar más de lo que se pueda consumir. No se caza por cazar, sino para alimentarse. Por lo tanto, la caza no es copiosa, sino apenas suficiente.

Quedamos impactados.

—Entonces —indaga el Mor, casi tartamudeando—... si ves pasar cerca de ti un grueso báquiro... y está a tu alcance... y tienes la flecha preparada... y piensas que será un gran orgullo contárselo a tus amigos... pero sabes que ya has cazado bastante, ¿entonces no le disparas?

—No.

La contestación, seca y altiva, que confirma una regla de la que teníamos algunas nociones, pero que no imaginábamos tan estricta, nos hace sentir a todos pequeños e ignorantes.

¡Cuánto respeto en esta costumbre indígena! Respeto hacia la selva, hacia la vida, hacia el hombre y los animales. Nunca cazar más de lo que se puede consumir: esto se llama ser verdaderos cazadores. Esto debe ser, lo intuyo ahora, el espíritu de la caza: practicarla para

subsistir, no como lo hacen algunos de nosotros, en nuestras civilizaciones modernas, para destruir, o para alardear. ¡Qué mundo tan interesante este de los *Yanomami*! No nos atrevemos a seguir preguntando, recorreremos el regreso en silencio.

Un apetitoso olor a carne chamuscada, a parrilla, nos guía hacia el *shabono*.

—¡Apresurémonos, ya la comida está lista —grita al unísono el número Ocho.

—Aún no, pero lo estará pronto. Nosotros cocinamos la carne durante bastante tiempo para que no quede rastro alguno de sangre.

—¿Pero por qué si la carne al natural, semicruda, es tan sabrosa?

—Lo hacemos por razones de higiene. La carne de animales salvajes tiene parásitos que podrían enfermarnos. Al cocinarla bien eliminamos esta posibilidad.

—¿Cómo lo saben? —me pregunto a mí mismo, y así mismo me contesto—. Indudablemente por una sabiduría ancestral, innata.

Al vernos llegar, los *Yanomami* dan muestras de alegría, algunos se acercan. Mi hermanita, toda adornada con flores, junto con algunos chiquillos del lugar está jugando y alimentando con pétalos de cayena una hilera de morrocayos.

—El morrocoy es muy respetado entre los *Yanomami*, pues lo consideramos portador de sabiduría, es un *hekura* o ente tutelar, espíritu animal protector aliado de *Omao*, nuestra principal divinidad —nos explican ante nuestra extrañeza.

—¿Cuáles son los animales *hekura* de *Omao*?

—La anaconda, *buío* o serpiente de agua, la madre de los ríos, *hekura* de las aguas femeninas; el morrocoy, portador de sabiduría; el pájaro carpintero, el historiador de los cielos; el caimán, patrullero, centinela del Apure; el zamuro blanco o zamuro real, jefe máximo de todos los *hekura* animales.

—¿Y cuáles son entonces los animales perjudiciales?

—Hay la gigantesca araña, *fado*; las hormigas *shifõ* que habitan el árbol *kouponera* y que tienen el poder de neutralizar el dolor de la picadura de la araña, si se las aplica y se les deja morder la parte picada, el alacrán y las serpientes que con sus punzadas matan al indígena por los caminos de la selva. En agua dulce el pez raya, venenoso, el pez caribe, que devora a quienes caen junto a ellos y el *candirú* que se introduce en la uretra humana y luego abre las branquias

provocando la muerte, por eso los *Yanomami* nunca orinan en los ríos.

—¡Ajá! —me dirijo a los repollitos—. Fíjense... ni en las piscinas y ni siquiera en los ríos. Cero contaminación. Hay mucha higiene aquí.

—Nosotros nunca orinamos en la piscina —me contestan ofendidos y retruecan, malintencionados:

—¡Eso va contigo, *Tuponken*!

Al vernos llegar, los *Yanomami* dan muestra de alegría, algunos se acercan. *Notowe*, la hermana de *Wasari*, que está amamantando a un robusto niño ya grandecito, nos invita a sentarnos cerca de ellas dos y de mamá y Maigualida. Lo hago con gran entusiasmo cautivado por la gracia y serena belleza de *Wasari*, que pareciera notar mi admiración, sonriéndome con cariño, lo que me deja todo confundido y casi me quita el apetito, dando paso a las concebidas bromas fraternas:

—¿Acaso te embobó el *Kaiporá* de la selva?

—¿No puedes ver una falda sin perder la razón?

—Si no quieres tu carne, dámela a mí. Hoy me siento especialmente antropófago.

Me entero de que aquí a los niños, además de consentirlos mucho como en otras etnias aborígenes, los amamantan hasta los tres, cuatro años. Nunca les pegan, o si lo hacen es tan sólo con la mano o con un puñado de hojas, “para que no les duela”. Se les ve a todos sanos, robustos, alegres aunque, a mi parecer, muy pendientes de las apariencias, algo ambiciosos, a veces revoltosos, y las niñas, sumamente coquetas. Hay que reconocer que a las muchachas se les ve impresionantes, con sus armoniosos cuerpos desnudos cruzados por hilos de algodón, como en un boceto de estudio de proporciones realizado por Leonardo Da Vinci, adornadas con brazaletes de piel de pájaro y pendientes de plumas de aves de vivos colores. Algunas llevan collares con bulbos secos o trozos de maderitas perfumadas, mezclados con dientes del zorro guache, considerados amuletos para evitar enfermedades y acelerar el crecimiento. Las niñas pequeñas lucen espléndidas con flores frescas y aromáticas en el lóbulo perforado de sus orejas y madejas de algodón sobre el pecho, con palitos en el tabique nasal, varillas finas sin corteza en las comisuras de los labios. Además visten con soltura un mini guayuco prensadito y arruchadito de lo más gracioso, que subraya sus movimientos

ágiles y naturales, como cuando juegan con los trompos fabricados por ellos mismos con frutos de palma o con las pelotas que recaban de las vejigas de los osos hormigueros. Los niños, niñas y jovencitos tienen la cara frotada o pintada con diversos afeites, entre los cuales predomina la arcilla blanca o el zumo rojo del caruto, un pigmento violeta que obtienen masticando las hojas del árbol *Picramnia*.

Estos cuidados corporales, adjuntados al atractivo de su pelo negro azabache, brillante, bien cortado en la frente o con cuidadosa tonsura, al cual a veces pegan plumones blancos con el látex del árbol del caucho, los hacen parecer unos hermosos muñecos de teatro o de cine. No desmerecerían al lado de los siete enanitos de Blanca Nieves, ni de ella misma, ni del príncipe, ni de los personajes de *Fantasia* y otras películas de Walt Disney. ¡Y sin necesidad de que los especialistas los maquillaran, lo hacen ellos mejor!

—¿Por qué dices entonces que son ambiciosos ellos, coquetas ellas, si en realidad te gustan, Filatelio? ¿Será por envidia? —me pregunto siempre a mí mismo.

Lo pienso. Más bien es por simpatía, por admiración. No debo permitir que me embargue aunque sea un mínimo asomo de envidia, ante estos seres tan felices, ingenuos y puros en su vida natural.

Aún no han comenzado a comer, la carne se está asando en los fogones. En el centro, uno de los cazadores se esmera en cortarla y picarla cruda, en trozos.

—¿Qué hace, corta él solo toda la carne para asar? —es la voz de Mor.

Pregunta estúpida, claro, demasiado superficial. No hay nada, entre estos indígenas, que no tenga una lógica profunda, me he dado cuenta. *Makobi* aclara:

—No, Mor, lo que él hace es repartir la caza entre los cazadores que no han cazado.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Pues, cuando se sale a cazar, hay quien lo logra y quien no, siempre sucede. Pero la cacería se considera de todos, no del que la consiguió. Por eso, en la repartición participan también quienes no cazaron y sus familias.

No tenemos tiempo de comentar tan apropiada distribución, porque se acerca *Xoto* con unos atractivos trozos de asado, envueltos en

esas hojas tan especiales que a la vez que sirven de olla, condimentan, salan y le dan a los alimentos un toque especial.

En la selección y preparación de estas hojas, ellos son maestros: en ninguna otra comunidad, hemos encontrado en la carne un aroma y un sabor tan grato como aquí. También las totumas en las que nos sirven miel agria mezclada con agua, tienen un olor grato: puede ser por las hojas rugosas con que las pulen, las mismas que usan para las flechas. Empezamos a comer con gran apetito. Nos damos cuenta de que estamos en el grupo de la familia del cazador que distribuía la carne. Pero qué extraño, todos comen, menos él... y debe tener hambre, porque de vez en cuando se acerca a la parrilla donde se asa la yuca y se lleva algunos trozos a la boca. ¿Cuál será el motivo de su actitud?

—Claro que aquí —me confiesa en voz baja Ocho, que tiene la misma curiosidad— no se puede preguntar: “¿Está en dieta? ¿Sufre de acidez? ¿Tiene el colesterol alto?” ¡Se vería bastante ridículo!

—Ya lo creo —contesto riéndome tanto, que casi me atraganto con la carne.

Pero *Makobi* se ha dado cuenta, por la mirada, de nuestra curiosidad.

—¿Les intriga que el cazador no coma? —y nos explica—: Él no puede comer nuestra comida porque entre los *Yanomami*, ningún cazador debe comer de lo que ha cazado.

Estamos mudos de sorpresa.

—Es así —asevera nuestro padre—; observen que hay otros cazadores que no están comiendo.

Es cierto.... Casi ninguno de los hombres jóvenes come... En los grupos familiares, alrededor de los fogones, comen los viejos, los muchachos, algunas mujeres con sus niños, pero ellos no... Están sentados o de pie, firmes, supervisando a sus familias...

—¡Pero cómo va a ser, entonces qué comen, se van a debilitar, después de tanto esfuerzo en esa caza tan pesada, se enfermarán, se van a morir de hambre! —Ocho está tan preocupado que hasta deja de morder su trozo de lapa.

—¡No! —*Xoto* lo tranquiliza—, no es para tanto. Ahora les aclaro. Ningún cazador come de lo que él ha cazado, porque no le es permitido matar para alimentarse a sí mismo. Puede matar, es decir cazar, sólo con el fin de alimentar a su familia, a su gente, a quien depende de él, y por cuya subsistencia es responsable.

—¿Mas entonces, qué quieres decir, el cazador no come nada? ¿Cómo es posible? —Ocho se muestra alarmadísimo.

—Cálmate, amiguito. No puede comer de lo que ha cazado, pero sí de lo que han cazado los demás.

—¿Y los demás le dan?

—Claro. Los demás le dan lo que nosotros llamamos “la porción del cazador”. Ya van a ver.

Es cierto. Una vez servidos los viejos y los niños, algunas mujeres sacan de los fogones los últimos pedazos de carne envueltos en sus cucuruchos de hojas, y los llevan a los cazadores.

—¡Por fin, ellos también se alimentan! Me había percatado de que tenían hambre y eso me tenía angustiado —reconoce Ocho a la vez que, desaparecida la preocupación, vuelve a atacar con entusiasmo su pata de lapa.

¡Qué carne más tierna, qué buen sabor! Han repartido yuca, batata y plátanos para acompañarla, y una fresca bebida a base de agua y miel. No me extraña que, con esta buena dieta, los *Yanomami* se vean tan llenos de energía, saludables y activos.

—¿Qué tal —pregunto a *Nomai*, quien ha venido a sentarse cerca de mí triturando un tremendo trozo de báquiro con sus dientes blancos bien alineados—, qué tal los problemas de salud, por aquí, entre ustedes?

—Mira a tu alrededor, amigo —contesta guiñándome el ojo.

Es simpática, esta costumbre de los indígenas. En lugar de contestarte, te sugieren la forma de llegar tú mismo a la respuesta o conclusión correcta.

Una rápida mirada al grupo me confirma lo que a primera vista ya había notado: aspecto saludable, salud excelente. Pero también me ayuda a comprender las razones: lactancia prolongada por parte de madres sanas y bien nutridas, ambiente sereno, sin contaminación, ejercicio, alimentos frescos, variados, abundantes, vida sobria.

La voz de mamá interrumpe mis pensamientos:

—Quién tuviera esta carne en Caracas —suspira—. ¡Tan jugosa y tierna, fíjense qué bien la come mi niña!

Basta con verla. Tiene la cara llena de jugo de carne y trocitos de hojas... se asemeja a una *yanomami* embadurnada ella misma.

¡Y de los *Yanomami* parecemos tener el apetito, hoy, todos nosotros, hasta Superloro! Va picoteando las hojas que envuelven la carne

y luego la yuca, con tanta insistencia que parece que en la gran totuma de la cual se ha apoderado no va a quedar nada.

—¡Déjalo tranquilo! —exclama *Nomai* al notar mi azoramiento—. Aquí, a los animales los queremos y consentimos mucho. Él, además, su comida se la merece: ¡es un loro trepador!

Se levanta, le tiende una rama, y Superloro acude a su llamado. Se miran el uno al otro, frente a frente. Yo los observo a los dos, igualmente fieros, altivos, bravíos. El indígena con sus grandes pupilas oscuras, Superloro, con el pico ladeado, como siempre hace, y su pupila derecha fija, entrecerrada, con expresión hosca, ceñuda...

Es claro que pertenecen al mismo medio, a ese ambiente húmedo y boscoso, generador de gente altiva, animales feroces y de grandes ríos. Siempre lo he sabido, mi loro es de aquí, es verdaderamente un loro real de las florestas amazónicas. Por eso se encuentra tan a su gusto. ¿Y si quisiera quedarse para siempre? Tendría derecho.

—¿Lo quieres? —le pregunto a *Nomai*.

Dentro de mí, me preparo:

—Si lo quiere, se lo doy. Lo dejo en libertad, o con el dueño que le corresponde.

Sin embargo, la amargura me agobia. Por suerte, el joven me tranquiliza en todo sentido:

—No, qué va, qué dices, si quiero uno me lo consigo, ¡de loros está llena la selva! Muchos niños tienen su pichón de loro, yo tuve uno cuando tenía tu edad. Pero ahora me dedico a otras cosas.

Prosigue animado:

—Me gusta entretenerme con el tuyo, con Superloro. A lo mejor por simpatía hacia ti.

Estas palabras me llenan de contento, y las que siguen de alborozo:

—Además, cuando los animales de la selva, especialmente los loros, se encariñan con una persona, no hay manera... no se los puede separar... eso es natural. Tu loro, Filatelio, siempre te seguirá a todas partes, sabrá encontrarte donde quiera que estés.

¡Doble alivio! Mi conciencia está tranquila, y no tengo que temer ninguna infidelidad por parte de Superloro. Éste, con cierta intuición, se desprende en la rama que le ha ofrecido *Nomai*, y me llama estrepitosamente:

—¡Hola, hola, Telio, Telio!

¡Qué feliz me siento! Me dirijo hacia mis padres para comentar con ellos la actitud de *Nomai* y de Superloro. Ellos están empaquetando en una cesta, junto con nuestras pertenencias y enseres, la carne salada y las tortas de casabe que nos han obsequiado nuestros anfitriones. Ayudados, o más bien dirigidos por algunos indígenas, envuelven todo en hojas y amarran los paquetes, luego las cestas, con hilos, cabuyas y cuerdas, en fabricar todo lo cual los *Yanomami* son especialistas. Preparan hilos de gran solidez con las fibras de *curagua* y para amarrar usan el bejuco de *mamure*. Las mujeres hilan el algodón y los hombres fabrican las cabuyas y cuerdas. Hemos visto cómo retuercen los hilos sobre sus muslos con un movimiento de la mano en posición plana: las tiras de las que se componen las cuerdas las amarran a un soporte fijo, las humedecen con saliva o con agua, las retuercen una a una y luego las trenzan juntas. En cambio para hacer los tensores de los arcos y las cuerdas de los chinchorros, consideran más adecuada la corteza de una especie de *yagrumo*.

—El Coronel ya debería estar aquí —observa mamá, terminando ya de empaquetar.

—Ya va a llegar —le contesta Rafael con aplomo—. Y si no llega, nos quedamos. Techo tenemos. Y comida... ¡hasta demasiado! Cuéntame, ¿cómo te fue con tus hierbas?

Mamá lo mira... Hay un dejo de pesar en su mirada brillante.

—Bien... y no tan bien.

—Explica.

Pero ella, en lugar de explicar, se dirige casi regañando a *Nomai* y a *Xoto* que se le han venido aproximando:

—Hemos visto mucho *yopo* en las huertas.

Mamá está molesta porque en los conucos, además del cultivo del tabaco que a ella poco le gusta, ha encontrado en abundancia aquella hierba extraña que ya conoce, el *yopo*, y le han informado que los hombres la fuman, o mejor dicho la inhalan soplándola, en parejas, el uno en la boca o nariz del otro, con mucha frecuencia. Este es en efecto el método. Uno frente al otro y los demás en círculo, aspiran la hierba soplándola a través de un largo tubo vegetal hueco, una especie de pipa o canuto; la reacción no es inmediata, pero en pocos minutos el que inhaló el *yopo* parecerá un ser sin alma, anulada su conciencia caerá en una suerte de trance misterioso que lo atonta y debilita. Mamá se ha dado cuenta de que, durante o después de la fiesta del

pijiguo, los *Yanomami* han estado inhalando *yopo*. El *yopo* es una droga, piensa ella, y como tal dañina, pues disminuye la fuerza física y mental y puede llevar a la adicción y a la decadencia.

—El *yopo*, al que llamamos sagrada planta milenaria, es una costumbre muy antigua, como toda nuestra cultura —interviene pausadamente el mayor de nuestros amigos—. Son muchos los que la practican entre los indígenas, no sólo los *Yanomami*. Pero no hay que considerar al *yopo* como una droga, por lo menos no una droga al estilo civilizado. Es algo distinto.

—Hay respuestas que llegan antes que las preguntas —sentencia papá, recordando a uno de sus escritores preferidos—. No te alteres, Carmen, reflexiona. La cocaína o la heroína, lamentablemente presentes en los países occidentales, son sustancias nocivas, drogas que alteran la conciencia, y no sólo eso, sino que dañan el cerebro y a la larga destruyen poco a poco al individuo. El *yopo*, en cambio, produce un estado alterado en la mente de quien lo usa, pero en ningún caso perjudica el organismo. Además, el *yopo* se usa con fines religiosos, como un tránsito espiritual y místico del indígena, que beneficia a la comunidad. En cambio drogas como la cocaína o la heroína, cuyo tráfico además es vergonzoso porque genera grandes riquezas a gentes sin escrúpulo, engañan con falsas promesas de lucro perjudicando gravemente a muchos, y hunde en la desesperación a tantos jóvenes incautos y a sus familiares, se consumen con una intención banal, por perversión, por ocio y sin ninguna finalidad ulterior.

Xoto agrega casi titubeando, quizás buscando las palabras:

—Escúchame a mí también, amiga. La hierba del *yopo* es tenida por medicinal, se la aprecia y respeta, no se comercia, no se compra, ni puede venderse. Cada quien tiene el derecho de usarla, por su propia decisión y responsabilidad. Como lo entendemos nosotros, en este uso no debe hablarse ni de droga, ni de vicio, ni de tráfico. Quizás, en cambio, de reflexión, de magia, de religión. Y tampoco produce adicción, se sabe que muchos *yanomami* van a trabajar a las ciudades y están años sin probar el *yopo*, y sin que eso les cause inquietud.

*Dicen que hubo, no hubo nada
me voy pa'l yopo de madrugada.*

—Creo que también lo usan los *Yaruro* y los *Kariña*, como algo normal, inocuo —agrega papá, y con la intención de tranquilizar a Carmen tararea la copla oriental:

Inspirados, irrumpen los repollitos con la primera parte de la canción, algo que parece una décima *warao*:

*Mis tres hermanos queridos
se los llevó la corriente
dice un indio tristemente,
¡qué caso tan dolorido!
Marchamos todos unidos
a bañarnos sin temor
Vino el río en su furor,
se los llevó muy ligero
cuando desaparecieron
cuál no sería mi dolor...*

Todos callamos pensativos. “¡Qué lástima —reflexiono— que ni siquiera los indígenas, en su lejanía y pureza, estén exentos de costumbres y usos perjudiciales! Sin embargo por eso mismo, por esos peligros que nos acechan en todas partes, también entre ellos y no sólo en los países industrializados, los siento aún más cercanos, más hermanos nuestros”.

Papá tiene una buena ocurrencia para alegrar el ambiente. Pasándole cariñosamente un brazo alrededor de los hombros le pregunta a mamá, un poco en broma y un poco en serio:

—Y el curare... ¿lo encontraste?

Los *Yanomami*, que conocen diferentes venenos extraídos de plantas tanto silvestres como cultivadas, poseen según se dice, el secreto del curare, la poderosa poción con que aún hoy en día untan sus flechas para dar muerte segura a los animales que cazan y a sus enemigos. Al parecer, nadie ha logrado descubrir, hasta ahora, esa fórmula. Ellos son ciertamente quienes mejor lo preparan, los que más lo usaron y todavía lo usan, aunque sabemos que en tiempos de la conquista fue utilizado por otras etnias y representó un arma terrible que causó estragos entre los conquistadores.

—Especialmente en los Andes y en la conquista del valle de Caracas muchos de los soldados murieron por flechas envenenadas

—recuerdo con aire profesoral—. Hasta a Ambrosio Alfinger le pasaron la garganta y lo mataron con una de esas flechas untadas de curare.

—¡A curarazo limpio, querrás decir! —acota jocoso Mor, mientras Ocho finge haber sido alcanzado por una flecha indígena, y cae cómicamente al suelo, arrastrando y volteando unas taparas de agua. ¡Qué pena, qué torpes somos los civilizados!

Afortunadamente, hoy día los *Yanomami* se sirven muy poco de las flechas envenenadas. En expediciones guerreras las utilizan sólo cuando están seguros de alcanzar al adversario. Le dan mayor uso en la caza para derribar ciertos animales como los monos, pues el veneno actúa sobre su sistema nervioso relajando sus músculos y haciéndolos caer a tierra. Sin esto, una vez muertos, permanecerían agarrados a las ramas más altas de los árboles y el cazador tendría que subirse a ellas arriesgándose a perder la presa.

—Claro que encontré la planta del curare —contesta mamá—, me explicaron bastante sobre esta hierba... sobre las arañas monas, venenosas, con que mezclan las hojas... pero el secreto de su preparación no me lo revelaron. Me enseñaron la liana que lleva ese nombre a la que añaden cortezas y grandes hojas en formas de corazón, de un verde muy brillante y gusto amargo. Me dijeron que el secreto de la fabricación del curare se transmite por herencia, preferentemente de padre a hijo, y esta actividad está unida al resto de las actividades chamánicas.

—¡Mejor, mucho mejor así! —opina cáustico papá—, sería muy peligroso tener una esposa que conoce la preparación del curare y...

—¡Qué raya, papá! —nos alarmamos nosotros haciéndole señas de callarse.

Mamá, indignada, quiere reclamarle esa broma pesada cuando un zumbido en el aire advierte el arribo del Coronel. Sobrevuela el *shabono* y enfila hacia el sitio de aterrizaje. Nos despedimos dirigiéndonos apresuradamente a la canoa, seguidos por nuestros guías. Ahora que los conocemos, podemos distinguir los audaces puentes aéreos de los *Yanomami*, tendidos en lo alto a lo largo del río, de orilla a orilla, como pasarelas vegetales, casi invisibles en su verdor, que no habíamos sido capaces de ver al llegar.

¡De cuántos recursos han sabido proveerse con su esfuerzo, habilidad y constancia, nuestros indígenas!

Aprovechamos la navegación de regreso para que los dos hermanos nos cuenten el origen del fuego, tan importante para cocinar, calentarse, alumbrarse.

—El fuego fue robado sorpresivamente por los *Yanomami* al caimán que lo tenía en la boca —empieza *Xoto*.

—¿Cómo?

—Por engaño. Le hicieron abrir su bocota, diciéndole que querían oír su voz, que era muy bella —*Makobi* subraya esa respuesta con una mímica comiquísima.

—El fuego les permitió cocinar los alimentos que antes comían crudos, luego hizo posible la agricultura enseñándoles la tala y la quema, les permitió calentarse por la noche, alumbrarse en la oscuridad, cremar los cadáveres —hay satisfacción en la voz de *Xoto*.

—Pero desde entonces —continúa *Makobi*—, los *Yanomami* nos hemos vuelto mortales, debido a la maldición del caimán que se enfureció, porque le había robado el fuego. Por esa misma maldición, nos volvimos vulnerables a las enfermedades, las cuales viajan con el humo.

Como aún falta por llegar al manantial del caño, los *Yanomami* nos complacen con otra leyenda sobre el origen del tabaco, descubierto por Rabipelado.

—*Nosiriwē* caminaba por la selva llorando de hambre —empieza *Xoto*.

Nuestros repollitos subrayan la narración con gritos y sollozos.

—Se encontró primeramente con los *Arimari* quienes para satisfacerlo le dieron frutas de las que ellos comían, pero su hambre no se calmó y siguió llorando hasta encontrar a Rabipelado que comía frutas *kayu*. Él se las dio, pero eran insípidas. Para calmar su necesidad de tener algo mejor en la boca, Rabipelado le proporcionó una gran mascada de tabaco. —*Nosiriwē* la colocó en su labio y comenzó a alegrarse: la cabeza le daba vueltas y se alejó escupiendo de contento. Cada vez que su saliva tocaba el suelo se transformaba en una mata de tabaco —terminó *Makobi* acompañando el relato con su alegre y sugerente mímica—. Por eso se dice que el tabaco que descubrió rabipelado, lo hizo proliferar *Nosiriwē*.

Quisiera ahondar más en el tema, pero los remeros están dedicados a acercar lo más posible la canoa a la orilla. Anfición Pimentel Napolitano ya ha aterrizado. Subimos uno a uno en el espacioso

helicóptero, con nuestra habitual torpeza de ciudadanos. Debajo de nosotros, los jóvenes agitan los brazos en un enérgico saludo. Nos elevamos, observamos el *shabono* que se ve apenas, un punto insignificante en la selva.

¡Qué milagro, la vida humana donde pareciera no haber sino presencias vegetales y de animales feroces! ¡Una vida tan compleja y tan estructurada! Con su bien y su mal.

Otra vez me asalta la duda:

¿Cuál es el bien, y cuál es el mal para nosotros y para los indígenas?

Junto con esa duda, resuenan en mis oídos los cantos de cacería de los *Yanomami* imitados por los morochos que silban:

Ōniwě, ōniwě
ōniwe
ira siki ōniwe,
ōniwě.

Pintada, pintada
pintada,
la piel del tigre está pintada
pintada.

Prai rě, prai rě
yěpi thě wěri
pashoyaki rariwei ke,
rariwei ke.

Baila, baila
baila grulla,
los monos marimondas
gritan, gritan.

Hōrema thě
koroshi wai
kěkěa praroima
kě kě kě.

La paloma
la paloma,
el trasero de la paloma
es chiquito.

Rěrěi, rěrěi,
Rěrěi
hetu yaki
shii rěrěi.

Brillante, brillante
brillante
es la tragavenado
y reluce.

Ééé ara shinaki wai
shinaki wai,

Ééé, la cola de la
guacamaya

makekeratiai
makekeratiai ééé.

está arriba,
arriba, ééé.

Así estamos nosotros, como la guacamaya, arriba, bien arriba en el cielo, rumbo hacia otros fabulosos pueblos indígenas.

Palabreo del Chamán cuando oye a los morochos silbar

*Mis hermanos son dos paujies alados,
brillantes y certeros.*

*Mis hermanos silban entre las ramas,
como el paují de terciopelo y oro,
como el tucán en la espesura.*

*Mis hermanos son gemelos,
nacieron el mismo día, de la misma madre.*

Tienen el mismo rostro repetido

No se ve eso aquí, entre los indígenas.

*Debe ser algo mágico, porque sus silbidos se comprenden,
sus voces y cantos de llamada están unidos
por un vínculo extraño y especial.*

*Me enorgullecen mis dos hermanos pájaros,
mis hermanos dobles, sus silbidos ágiles, ardidados, vigorosos.*

*Mis hermanos, hijos de mi padre son dos paujies,
saltan como el alcaraván y la camaza,
cantan como el cucarachero y el chirulí.*

*Visten de fiesta la tarde,
saltan y ríen en la espesura*

*con sus rojos guayucos, con sus alegres cuerpecitos,
como el agua cristalina de las quebradas.
Golpean mis oídos como el sordo tambor del sapo
cuando llega el invierno, como el chirrido de la rana platanera
cuando florece la macolla, como el mato de agua
cuando hay creciente y brincan el pavón y la cachama,
y bajo las piedras se esconden los camacutos.
Mis hermanos son dos lanzas de silbido,
dos azules agudos en una sola dirección,
sus silbidos son como el ají Caribe, picantes y gratos,
sus silbidos son bachacos bravos,
cada uno con su hojita de paciencia.
Mis hermanos son paujies,
son chicharras verdes, grillos enronquecidos,
sobre hojas de un verde lustroso
moviéndose con el viento de la selva,
sus canciones son pozos de montaña.
Mis hermanos son dos paujies,
sus silbidos son cantos dilatados,
sus pasos son los pasos saltarines de la lapa,
son iguales y distintos, sus espíritus se unen,
se trenzan y destrenzan formando una red.
Los hijos de mi padre son perdices en la hierba, gavilanes en el monte.
Yo podría cazar con ellos, domar esos paujies,
enseñarles el silbo de la iguana, dulce y delgado,
firme y prolongado,
el silbo fino, hipnótico,
con el que los animales de la selva
acuden a mi llamado y no tienen secretos para mí.
Caminaré en la selva aunque no me vean,
caminaré a su paso, bordaré su camino con silbidos
seré paují con ellos, estaremos juntos sin que lo sepan.
Y creerán que soy paují, paraulata montañera,
loro azul, perico ligero, pizcúa, pavita o torcaz.
Y creerán que quien silba es el arrendajo, el gonzalito, el cristofué,
y creerán que es el curiñatá y el picoeplata.
Caminaré con ellos entre lirios, entre orquídeas,
caminaré oculto como un paují solitario*

*entre las hojas del yagrumo,
entre el brillo de la sarrapia,
entre el verdor del alto currucay poblado de monos araguatos
que devoran codiciosos las frutas bermejas.
Y aprenderán a silbar en silencio su nostalgia de paujies lejanos,
me sentirán cercano aunque no me vean
y me sabrán hermano, y sangre suya,
viejo recuerdo que se hace presente,
que acompaña a los hijos de mi padre.*

Los Yaruro, centinelas del viento

Nuestro querido “Tío Jeep”, al que habíamos recordado frecuentemente en nuestro azaroso viaje en lo profundo de la selva, nos espera como un viejo y cordial amigo allá abajo, en la vía de acceso al territorio de los *Sape*, a orillas del río Paragua. Ellos lo han cuidado, y en previsión de nuestro retorno han renovado y ampliado el techo de palmas que habíamos encontrado la primera vez.

Aterrizamos con rapidez en un ocaso violento, lleno de luces fúlgidas y de relámpagos electrizantes. Abrazamos con una mirada afectuosa el helicóptero. El “Helipájaro” de nuestro querido Coronel va a ser difícil de olvidar para nosotros. Cómodo y capaz, con sus asientos tapizados en blanco y su exterior de un rojo vibrante, ya es una figura familiar para los González Uribe. Le hemos tomado mucho cariño, casi tanto como a Tío Jeep, y éste parece reclamarnos:

—¡Epa, muchachos, primero fue sábado que domingo!

Después de un saludo cariñoso, un fuerte abrazo y un agradecido “¡Hasta pronto!” a nuestro incomparable piloto Anficción, vamos enseguida a bañarnos en el caño que corre cercano. Ya con ropa seca y fresca comemos con gran apetito los espaguetis con salsa italiana, las salchichas alemanas enlatadas, los tostones y la yuca frita que bien se acompañan con las arepitas caraqueñas preparadas por mamá en la

hornilla a gas que forma parte del equipo... ¡la vida civilizada también tiene sus placeres! Acostados en los chinchorros, abrigados con nuestras cobijas, mientras papá revisa los mapas al claro de una linterna de acetileno comentamos el viaje y los recientes amigos:

—Creo que *Nomai* va a ser una gran persona.

—Y *Xoto* y *Makobi* también.

—Serán capaces de defender los valores y tradiciones de su comunidad.

—Y de acercarse entre ellos, de integrarse también a nosotros.

—Seguramente.

—¡Qué gran tipo, el Coronel! ¡Un extraordinario Comandante del aire!

—¡Cómo me gustaría ser Comandante, del aire o del mar! —dejo escapar, transportado en sueños.

—¿Y no te atreverías a ser Comandante en la sabana, como el general Páez, el osado guerrero al que llamaron el “Taita”, es decir el padre de los llanos? Él comandó un escuadrón formado por indígenas *Yaruro*.

La pregunta de papá me impresiona.

—¡Pues yo sí me atrevería! —contesto entusiasta.

—Papá, ¿cómo es eso? ¿En verdad Páez reclutó a los *Yaruro*? —los morochos parecen incrédulos.

—Él mismo lo cuenta en su *Autobiografía*: que tropezó en los llanos con indígenas, que los atrajo a la causa de la Independencia. Eran trescientos indios de Cunaviche, al mando de uno de ellos llamado Linache, a quien dio el grado de general de sus compañeros. Fueron luchas desiguales, porque los realistas tenían armas de fuego y los llaneros sólo lanzas y algunos machetes. Para que no se asustaran al oír silbar las balas, Páez les repartió raciones de aguardiente, quizás cocui, a aquellas tropas llaneras, acostumbradas a herir sólo babas y caimanes. Se volvieron tan audaces que se rasgaban la lengua con la punta de sus flechas, se bañaban el rostro con la sangre que brotaba de la herida y se lanzaban como demonios contra las trincheras enemigas (sobre las cuales algunos fueron muertos a machetazos) logrando la victoria. En páginas estremecedoras, relata también las penurias, privaciones y hasta hambruna que sufrió su ejército de llaneros, “los bravos de Páez” cuando estaba aún en ciernes.

Mor inquiére extemporáneamente:

—¿Cómo vivía, de qué se alimentaba esa gente en medio de tanta soledad?

—Siempre pensando en la comida —le acoto burlón.

Pero como yo también he leído, y varias veces, las memorias de Páez, puedo responder su pregunta con las mismas palabras del Centauro Llanero:

—Su comida era “un trozo de la res recién muerta asada al rescoldo, sin pan y sin sal, y el agua de la tapara la bebida, y la cama un cuero seco, y el zapato la planta del pie, y el gallo el reloj, y el juez la lanza”. Así describe Páez mismo aquella forma de vida.

—¿Y sabían montar a caballo? —inquiére Ocho.

—Eran excelentes jinetes y nadadores —responde Rafael—. Vadeaban charcos y ríos con la lanza entre los dientes, nadaban con un solo brazo para tener una mano libre con la cual tranquilizar a su querida bestia, protegerla, animarla a nadar contra la corriente, en una comunión con el animal, burlaban a los caimanes gritándoles para espantarlos.

—¿Burlar a los caimanes?

—Sí, los indígenas saben cómo hacerlo. Nunca se verá a un indígena mordido por caimanes, porque los ahuyentan con una técnica milenaria, les gritan y los hostigan con una especie de arpón o palo aguzado. Aunque en realidad —concluye papá— a los seguidores de Páez, criollos, llaneros o indígenas, nunca se les preguntaba si sabían cabalgar o nadar, sino que se los mandaban montarse y conducir como fuera la manada a buen recaudo o arrojarse al río y guiar al ganado.

—¡Qué temple, cuánta habilidad en esos *Yaruro*! —comento.

—Sí, ellos incluso ayudaban a aquellos oficiales que no supieran nadar a cruzar los cursos de agua, haciéndoles botes de cuero de ganado.

—Quizás los *Yaruro* fueron decisivos en los triunfos de Páez aquí en los Llanos.

—No sólo aquí —acota Rafael— ellos combatieron en el sur con el mariscal Sucre, y se dice que muchos de los soldados que fueron a Ayacucho, los famosos lanceros, eran *Yaruro*.

—Antes les decían “los bravos de Páez”. ¿Por qué después los llamaron “lanceros”?

—Enseguida que llegaron al sur de América fueron llamados “lanceros” por los españoles, porque en sus lanzas, las que hacían seis palmos más largos que las ordinarias y manejaban con habilidad, lograban ensartar hasta tres personas...

—¿Tan temibles eran?

—Figúrense que hasta les decían “los demonios”. El escuadrón de doscientos llaneros *yaruro* que Sucre llevaba con él, cuya presencia dejó pasmados a ecuatorianos y peruanos, decidió el éxito de la Batalla de Pichincha.

—Hablando de héroes y hombres de valor, nuestro combatiente del aire no ha querido detenerse aquí, ni siquiera apagó el motor —observa mamá.

—Voy a dormir a la orilla del mar —anunciaba apresurado—, otra misión me espera.

—¿Cuál será?

—¡Qué vida tan interesante! —comenta Mor.

—Y arriesgada —completa Ocho.

—Ustedes, ceritos, le han estado preguntando tantas cosas durante el viaje, que quién sabe si algún día me voy a encontrar con uno o dos hermanos en la Fuerza Aérea Venezolana... pues, me agradaría...

—Y si vas a ser antropólogo, doctor *Tuponken*, podríamos serte útiles.

—A mí me gustaron mucho los monos tití —Maigualida interviene en la conversación con entusiasmo— y también los demás monitos, las tortugas, las lagartijas, los pájaros.

—¡Qué bueno sería tener una hermana veterinaria!

—¡Cuánto me agrada ver —se contenta mamá— que la armonía, en nuestra familia, va en aumento! ¡Qué tranquilidad, no tener que sortear peleas entre mis hijos! ¿Cómo ha sucedido algo tan bueno?

No hay contestación, en realidad no lo sabemos, pero seguramente tiene mucho que ver en esto el contacto con los indígenas, con su manera de vivir y de pensar, su sobriedad, su solidaridad.

—¡Ya todos tienen el futuro arreglado! —se complace papá—. Ahora hagan el favor de dormir y dejarme descansar. A partir de mañana nos esperan largos trechos en jeep y este Comandante que les habla, aunque sólo sea de tierra y no tan extraordinario como Páez, necesita concentración...

—Sí, papá, sí, a dormir. ¡Y tú eres el mejor de los Comandantes! Buenas noches, Comandante de tierra.

Con tantos Comandantes dando vueltas en la cabeza, me entrego a una pacífica duermevela. Entonces se me presenta una figura conocida, familiar que me habla con voz ronca y cariñosa: ¡es Tío Jeep!

—Soy un Jeep proletario, viejo y un poco destartado, sin embargo estoy contento de andar con ustedes. He recorrido muchos caminos, ya estoy cansado, pero este viaje ha sido el más lindo de todos los que hice. Con la familia a bordo, tratando de encontrar a ese personaje mágico que es el hermano que falta, me siento feliz.

Desperté en la mañana y casi creí oír la voz de Tío Jeep, vi su carrocería azul, las cajas, cestas, morrales y mapires ya cargados sobre él, sus ruedas listas para el camino. Me puse a espolvorearlo un poco, afectuosamente, pero a nadie le conté que soñé con haber conversado con él.

Emprendemos la marcha temprano. Primero atravesamos un trecho de selva afortunadamente no muy extenso, por un trazado que sólo con gran optimismo podría llamarse vía. Tío Jeep ronronea con las asperezas y fragores del camino. Después de algunas horas salimos a campo abierto, a la inmensidad de la sabana. El recorrido que la prolongación de la estación seca nos permite librar a campo travieso, es largo y monótono. De vez en cuando un caserío, un rancho, un techo sobre palos retorcidos revela una presencia humana. Al borde de los corrales, grupos de llaneros descalzos vigilan sus reses sentados en un cráneo de caballo o en la cabeza de un caimán, como en los tiempos del general Páez, cuando esos eran los únicos asientos.

Maigualida empieza a gritar de alegría, indicando algo a veces en la tierra, a veces entre tupidas matas de sabana o sobre las piedras, que nosotros no logramos divisar. Superloro sí, porque celebra con gritos él también lo que la niña señala con el dedo. Al fin las vemos: lentas, majestuosas, con una decencia prehistórica, se deslizan suavemente en un cómico andar contoneado, para sorpresa y júbilo de mis hermanos:

—¡Las iguanas! ¡Sí, son iguanas!

No las lográbamos ver porque, así como los camaleones y otros rastreros, adaptan su piel al lugar donde están y se confunden con el paisaje. Con estas técnicas de camuflaje, las iguanas se defienden de

enemigos cuales culebras, boas, cunaguaros, gavilanes y demás predadores que constantemente las acechan.

Enseguida Mor comienza a silbar y Ocho se le une, con un silbido sigiloso.

—¿Qué hacen? ¿A quién imitan ahora? —pregunta mamá.

—¡A nadie! Estamos silbandito iguanas.

Seguramente mis hermanos investigaron algo sobre la estrecha relación de los indígenas y hoy en día también de los criollos, con estos reptiles. Los silban para atraerlos y cazarlos. Si es un *cherre*, es decir un macho, lo sacrifican aunque se defienda dando tremendos latigazos con la cola, y lo preparan tan bien para comérselo, que al estar cocido, sabe mejor que un pollo. Si es hembra, para no extinguir la raza le sacan los huevos que asados al sol son un manjar exquisito, luego le cierran la herida con destreza, cosiéndola con un hilo fino extraído de la palma y aplicándole hierbas cicatrizantes, y por fin la sueltan en el monte.

—¡Estamos en el Llano que describe Gallegos en *Doña Bárbara*! —apunto embelesado por la belleza del estero que acabamos de pasar, lleno de garzas blancas y corocoras rojas— ¡Miren cuántas aves!

—Y es también el llano que canta Alí Primera —agrega Mor. Y sin esperar, junto con Ocho se pone a tararear:

*Cunaviche adentro, llano adentro
cantando el llanero, cantando su suerte...*

—Pero por aquí no está el Cunaviche —corrijo irónico.

—Bueno, está cerca —tercia papá—. Por estos llanos corren el río Cunaviche, el Meta y el Arauca.

—¡Alí Primera los conocía! —insiste Mor.

—No sabía que les gustaran estos cantos tan venezolanos, que realmente son más de nuestra época —se sorprende mamá.

—En la escuela nos hablaron de él, de su interés por la cultura popular y por los Llanos.

El territorio de los *Yaruro*, también llamados *Pumé*, abarca principalmente el estado Apure. Tierras bajas, áridas, de escasa vegetación. Llanos de Apure: extensos, infinitos. Matorrales polvorientos y retorcidos, algún venado que escapa veloz, reses vagando en búsqueda de agua, manchas negras de zamuros al acecho, frecuentes y

numerosos rebaños de alborotados chigüires, los grandes mamíferos roedores que nos hacen reír con sus pelambres erizadas, su ruidoso chapoteo, los cómicos hocicos y sus ojillos achinados que parecieran preguntar: “¿Quiénes son ustedes?”. Más adelante bordeamos el río Apure, de sinuoso cauce y aguas doradas, casi amarillas, uno de los de mayor importancia de Venezuela, famoso por los grandes arenales de sus riberas donde desovan las tortugas, tan codiciadas por su carne y sus huevos, que hoy día se consideran una especie amenazada.

Hace tanto calor en el Llano, el sol resplandece tan fuerte, que un intenso sopor nos invade. Hasta Superloro ha dejado de hablar, inclusive de graznar. Sólo papá está alerta, y toma de vez en cuando un sorbo del café que mamá le ha preparado en un termo. No sabría decir con claridad si a veces se detiene, si la oscuridad sucede a la luz, o la luz a la oscuridad. Proseguimos interminablemente. Pienso en los árabes, los desiertos de África, los camellos, los monzones, vientos del desierto. Quizás esta zona se le parezca. Todo luce tan reseco, inhóspito y abandonado. La selva que dejamos atrás era calurosa, terrible, pero llena de vida. Esto parece, a trechos, inanimado, paralizante. Con tales pensamientos me entrego al sueño, hasta que, por contraste, la ausencia del movimiento y del ruido del jeep me despiertan.

—Hemos llegado —me alerta papá con unas palmaditas en el hombro.

Deberíamos haber arribado a la comunidad de los *Yaruro* del río Capanaparo, es decir ubicada en la parte central del estado Apure, atravesada por ese río. Es la zona *Pumé* más antigua y más desasistida. Las lagunas y los brazos muertos alrededor del Capanaparo y de sus afluentes (caño La Pica, caño Casanarito) constituían la zona llamada “montes”, o “matas de sabana”, buen escondite y refugio para los indígenas que en tiempos de la Colonia escapaban de la cautividad y esclavitud impuestas por los conquistadores y colonizadores.

Me asomo a la ventanilla. Está amaneciendo. Veo sólo llano y más llano.

—¿Hemos llegado? Pero... ¿dónde están los *Yaruro*?

—Fíjate bien, allá está su campamento.

Aguzo la mirada.

Llevados por el barinés, ese viento que sopla con fuerza día y noche incesantemente, unos granos de arena me bombardean la cara. Me protejo los ojos con la mano. Al aumentar la claridad, descubro

el “campamento”: algunas ramas frondosas y estacas de menos de un metro clavadas en la arena, que resguardan cestas, vasijas y otros enseres amontonados. Logro divisar algunas figuras humanas acostadas, que parecen dormir semienterradas en la misma arena. Su piel ha adquirido la misma tonalidad de la sabana, lo que hace difícil distinguirlas. Aquí y allá, unos toldos vegetales aún más pequeños, tendidos casi a ras del suelo, protegen a otros durmientes, quizás niños.

Bajamos los dos del jeep. Sólo algunos perros, atados a las estacas, advierten nuestra presencia y nos ladran con voz débil. La brisa azota. Es aún temprano, hace frío. Superloro se aferra con presión a mi hombro. Las ráfagas le desordenan las plumas. Estamos cerca de un caño. Vemos canoas encalladas en los bordes. En el agua varias tortugas prisioneras, amarradas a las embarcaciones con una cuerda que pasa a través de un agujero practicado en sus caparazones, o bien con las patas traseras atadas a las delanteras, hacen infructuosos esfuerzos por huir.

En lontananza, la brillantez de las sabanas del Capanaparo, que parecen no terminar nunca. Sólo, muy lejos, un muro de sombras: ¿acaso el piedemonte andino?

—No sé cómo pudiste encontrar esto, papá. No parece un campamento, sino un encantamiento, un espejismo en la inmensidad de la llanura.

—Así es, acertaste. ¡Irreales y perdidos, los *Yaruro*! Pero acerquémonos, se están levantando.

El despertar es silencioso, imperceptible. Figuras espectrales, criaturas casi irreales, del color de la tierra misma se agitan en su lecho de arena, se ponen en cuclillas, se sientan. Liberan los perros, que nos rodean. Algunas mujeres amamantan a los niños, otras se levantan, prenden el fuego. Todos se agrupan alrededor de las hogueras, los toldos desaparecen. Ha disminuido la violencia del viento, el frío de la noche se está convirtiendo en un calor asfixiante, seco.

Nos observan. Papá y yo nos detenemos. Siempre que se llega a una comunidad de indígenas, se la conozca o no, no es conveniente irrumpir en ella sin saber su reacción. De entre ellos, se adelanta *Hatchawa*, el jefe *yaruro* que papá conoció hace años, y nos recibe. Es viejo, camina lentamente, con paso gastado, trabajoso, le cuesta hablar. No hay saludos ni miradas de alegría, todos permanecen en silencio, como en meditación.

Por fin sé cuál es la etnia que mejor representa la condición nómada, o mejor dicho itinerante entre los indígenas: los *Yaruro*, por su forma de vivir. Ramas clavadas en la arena o pequeñas chozas rectangulares sin paredes y con techos de hojas de moriche que bajan hasta un metro del suelo, simples refugios para protegerse de la intemperie, de la humedad de la noche y, de día, del sol, son lo más parecido a una vivienda. No practican la agricultura, apenas cultivan huertos de verano a orillas del río, con algo de yuca, plátanos, cambures, ñame, ocumo, lechosas, unas hojas parecidas a las del tabaco. No poseen animales domésticos de los cuales alimentarse, sólo los flacos canes que los acompañan son sus resignados amigos. Consumen una sola comida diaria, a base de lo que puedan conseguir internándose en las matas de sabana, o sacándolo del mismo río, después que se levanta el sol. Utilizan la misma palabra, *aetaín*, para indicar la caza y la pesca, lo que ocurre también en otras lenguas. La canoa es su más preciada posesión, y dentro de ella caben todos sus bienes: el arco, la flecha, los enseres. Entre ellos, el término *noa* sirve para designar tanto la carne proveniente de animales terrestres, como la de animales acuáticos cuales babas, tortugas y chigüires que se solaza, siempre en remojo, en las riberas del río.

Papá obtiene el permiso de tomar fotos, yo me esmero por proteger la cámara del viento y de la arena:

—Vamos a retratar el equipo de cazadores, antes de que salgan a buscar el sustento.

Al comienzo parece cosa rápida: una flecha para chigüires y peces, un machete, si lo hay, un arpón o algún cuchillo. Para la caza de la baba y la captura de las tortugas el cazador se mantiene de pie en la proa de la *curiara*, mientras un compañero o la mujer, pues los *Pumé* nunca salen solos a pescar, maneja la embarcación. Utilizan un tipo de flecha-arpón constituido por una verada de unos ochenta centímetros y una punta desprendible de diez centímetros, sujeta por un cordón. El animal herido puede ser seguido gracias a la verada de la flecha que flota sobre el agua, y en el caso de las tortugas, se las puede capturar vivas. La baba herida, la matan con el machete o con algún cuchillo, el chigüire lo cazan con una flecha-arpón y salan su carne que así dura mucho más tiempo.

Sin embargo, poco después *Hatchawa* llama a uno de los más jóvenes del campamento para que le demuestre y explique a Rafael otras maneras peculiares de cazar, propias de ellos.

Tenía razón papá cuando nos hablaba de la diversidad de las etnias indígenas. En cada una de las que visitamos hemos encontrado algún rasgo particular, específico. Aquí, imagínense, ¡la técnica de camuflaje! Se usa para la captura de venados, garzas, gabanes y garzones, la cual se hace en grupo. Para cazar venados, los cazadores se colocan sobre la cabeza una especie de gorro inserto en un trozo de madera que imita la cabeza y el cuello del garzón soldado, y se pintan el pecho de blanco. Así pueden aproximarse hasta ponerse a tiro del animal al que no le ahuyenta la presencia del garzón. Cuando logran cazar un venado es una fiesta: tienen comida para un mes, de delicioso sabor y muy nutritiva, ya que salada o ahumada su carne se presta para preparar el famoso “pisillo de venado”, muy alimenticio y duradero. Para capturar la garza, el garzón soldado de exquisita carne y el gabán, se camuflan cubriendo sus hombros con plumas: Pero, los *Yaruro* sólo cazan aves cuando no han logrado hacerse de un buen venado o un chigüire.

Repentinamente recuerdo las clases de instrucción premilitar que han comenzado a dictar en mi liceo:

—¡Los *Yaruro*, expertos en el arte del camuflaje, serían excelentes profesores de artes marciales en mi aula! —le comento a papá.

Los morochos, que hace rato nos han alcanzado, aprovechan la oportunidad, se cuadran militarmente y rompen el silencio arrancando a silbar, por suerte en tonos bajos, que no hieren el ambiente, un gabán, aire muy popular en esta zona. Luego Mor canta suavemente:

*Ay, anda pa adelante gabán
anda pa lante garzón
mira que te están tirando
con pólvora y munición.*

Ocho, para no quedarse atrás, reposta también cantando:

*A mí me gusta el gabán
pero cuando está pichón*

*porque me como las piernas
las pechugas y el alón.*

Superloro, sumido en sopor después de tanto rodar, se espabila y extrañamente, contagiado con los aires militares comienza a recorrerme la espalda y los hombros en un acompasado paso marcial, marcando con sus patitas: un, dos, un, dos, mientras se une a la musical algarabía imitando el canto de los copleros del llano:

—¡Aaaaaaaaaaaaaa!

A continuación salen del campamento los ancianos en grupos de a dos. Se encaminan a pie o bien, siempre en pareja, suben a unas canoítas, reman ágilmente aguas arriba, desaparecen en las curvas del río. Todo esto en silencio, en un mutismo que es, quizás, sinónimo de reflexión, soledad y paz. ¿Son acaso estos *yaruro* los filósofos de la sabana? Unos filósofos indígenas, muy singulares, que en su desnudez material y actitud contemplativa, nos recuerdan a los antiguos pensadores del mundo asiático, tan herméticos, tan sabios.

—No les hablen a las mujeres —recomienda papá—. Podemos mirarlas, tomarles fotos, pero no hablarles.

Las mujeres *Yaruro* son muy tímidas y suelen esconderse. Quizás por esto se cree que existe un antiguo tabú, entre ellos, que prohíbe al hombre extranjero dirigir la palabra a la mujer *yaruro*, y a ésta contestarle.

—Hay que acatar sus costumbres —insiste—. Puede ser peligroso irrespetarlas. Filatelio, recuérdaselo e insísteselo a los morochos antes de que salgan a explorar y tremendear, como suelen hacer. Sólo mamá y Maigua podrán, si lo logran, entenderse con las *yaruro*.

Es algo tan extraño lo que nos refiere papá a continuación... como los fantasmas... como los espejismos, y sin embargo lo avalan muchos libros de crónicas y de historia. Los *Yaruro* tienen fama de extraordinarios brujos. Estas características se pusieron de relieve durante la Guerra de Independencia a comienzos del siglo XIX, y luego en la Federal que liderizó el mariscal Falcón a finales del mismo siglo, cuando los llaneros de Páez y los seguidores de Ezequiel Zamora invadieron esas tierras para refugiarse, luchar y sobrevivir. Aún hoy día, los criollos temen y rehúyen su compañía por esta extraña y tal vez aventurada creencia. Se ha dicho que el *yaruro* que

acompañaba a Ezequiel Zamora a todas partes, llamado el “Chingo Olivo”, era un brujo que pronosticó la muerte de Zamora y la suya propia dos semanas más tarde a manos de los mismos matadores. Zamora lo había elevado a la calidad de capitán, y le había regalado un anillo de azabache, que la tropa llegó a besarle respetuosamente, pues le rendía verdadera veneración por sus cualidades de vidente.

—Imagínate, papá —recuerdo en un sobresalto—, nosotros una vez hasta hicimos un cuadro escolar y el profesor nos mandó dibujar el anillo de hojalata del Chingo Olivo, el brujo de Zamora.

—Pues vean cómo se entremezclan el pasado y el presente, la leyenda y la realidad —constata papá—. También se oye decir, con o sin fundamento, que las mujeres *yaruro* utilizan sortilegios o pociones de hierbas mágicas para cautivar al hombre criollo, y hasta pueden dejarlo impotente si se muestra reacio a complacerlas.

—Ajá, Filatelio, tú que te las das de picaflor, mucho cuidado, no sea que te embrujen y te obliguen a quedarte por aquí —me espeta Ocho burlón.

—Y lo van a botar luego de la comunidad, porque ni siquiera sabe pescar, mucho menos manejar una lanza —completa Mor.

—¡Dejen ya el subdesarrollo, Ceritos gordinflones, culturícense y compórtense! Presten atención.

—De los varones de esta etnia —prosigue papá— se cuentan historias impresionantes: que un brujo *yaruro* hechizó a un criollo y lo sacó de su hacienda, haciéndolo enloquecer por medio de un brebaje misterioso preparado con hierbas y raíces que sólo ellos conocen; que a otro le hizo perder la razón por haber osado dirigirle la palabra a su mujer. Otras tradiciones les atribuyen una especial habilidad para amansar las fieras, y en verdad saben domesticar caimanes y babas, a los cuales llevan de mascota para que los protejan, costumbre que en los llanos de Apure todavía tienen las familias descendientes de ellos.

—¿Será cierto eso de que hablan con los animales?

—Es voz común que ejercen hábilmente la comunicación con los animales a través de la telepatía y que algunos de éstos, como los morrocayos, sus preferidos, logran advertirles de peligros y amenazas. Creen que estos quelonios, a los cuales atribuyen propiedades mágicas, pueden predecir tormentas y crecientes de río, además de

invasiones de extranjeros. Los mantienen amarrados a una cuerda larga cerca de su campamento y se esmeran en alimentarlos adecuadamente con hojas frescas, coloridas flores como las de cayena, y cambures, de los cuales son golosos y devoran en cantidades con avidez.

Detallando todo el grupo a la luminosidad del sol naciente, me percato que sobresalen las figuras de los más jóvenes: esbeltas, erguidas y fibrosas, tal vez por herencia, o por el mucho ejercicio: caminar, remar, cargar, montar caballo. Carecen, sin embargo, del porte erguido y de la altiva apariencia propios de los llaneros de Páez.

—Pero —me pregunto—, ¿dónde están sus corceles? No veo ninguno en los alrededores. Debe ser triste para ellos no tenerlos más. Los antiguos *Yaruro*, así como todos los llaneros, querían mucho a los caballos, desarrollaban una gran afinidad con ellos. Del mismo Páez se cuenta que cuando le hirieron mortalmente el caballo, le preguntó a los compañeros si estaban resueltos a vengar su muerte. Todos contestaron:

—La vengaremos —y así fue, por desgracia de los enemigos.

—¿Y hoy día?

—Hoy día, si acaso consiguen caballos los montan a lomo pelado, sin más riendas que las crines.

Al lado de los musculosos *yaruro*, lucen pequeñas y frágiles las mujeres. De color del barro con que hacen sus tinajas, con rostros anchos, altos pómulos y rasgos achinados, visten unas camisolas largas, de una sola pieza, que las abrigan del viento. Cargan a sus hijitos al pecho o a horcadas. No nos hablan, pero sonríen amistosamente. Hay cierta animación en el grupo femenino.

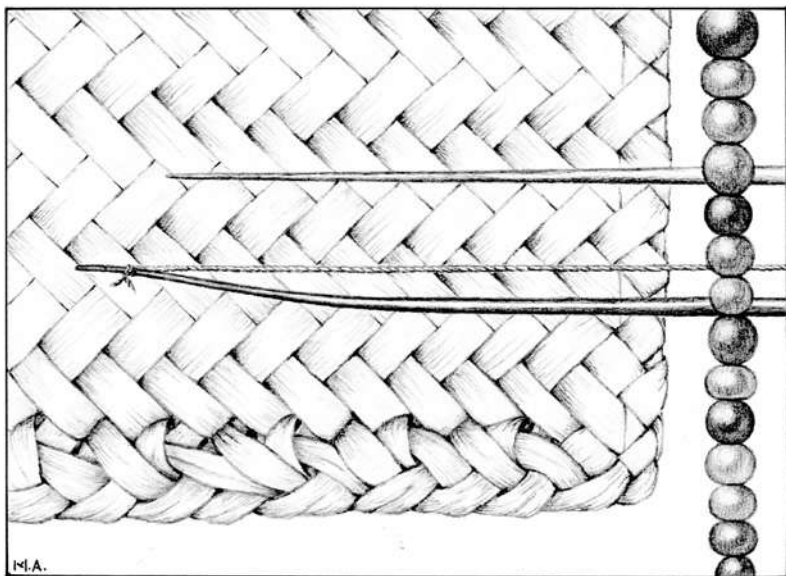
—¿Qué hacen, papá?

—Se preparan para salir. Ellas también realizan sus propias incursiones tierra adentro, para recoger frutas, hojas que utilizan con fines particulares y raíces comestibles. Tengo entendido que además de la arcilla con que fabrican sus lindas vasijas, buscan y recogen un tipo de arcilla procedente de los bancos situados a lo largo de los cursos de agua, que los provee de sal. Los *Yaruro* no tienen, como otras comunidades que visitamos, aquellas hojas y hierbas tan comunes en la floresta, que abastecen a los indígenas de sal y sales minerales. La obtención de la sal, que necesitan especialmente para conservar los alimentos, fue siempre para ellos un gran problema, y todavía lo es.

—Para ellos y para muchas otras etnias —agrego.

—Es cierto, y esto dio lugar entre los mismos indígenas a una de sus primeras y antiquísimas empresas comerciales, el tráfico de la sal. Figúrate que los cumenagotos de las costas de Paria utilizaban ese tesoro, que obtenían en las salinas de Araya, para sus intercambios con las etnias de la sabana y de la selva. La llevaban en grandes trozos, y la trocaban por veneno de los *Yekuana* y puntas de hueso o de piedra de los *Yaruro* y *Pemón*. Pero aprovechemos el momento y la luz —me insta Rafael—. Mira cómo se equipan, y ayúdame a retratarlas.

Cada mujer lleva varios collares y un cesto en la espalda, sujeto a la cabeza con un listón de tejido vegetal que le atraviesa la frente. En la mano, un palo para cavar. Con la abundante cabellera negra cubriéndole los hombros y sus críos a horcajadas, encajan perfectamente en



el marco de esas sabanas resecas y escuálidas. ¡Las fotos de papá van a resultar estupendas! Ojalá el hosco viento no las vaya a estropear.

—¿De dónde llega tanta ventolera? ¿No hay montañas que protejan?

—La llanura que habitan los *Yaruro* está enmarcada entre las estribaciones de los Andes venezolanos al oeste, y el río Orinoco y los montes de Guayana al este. Pero hacia el sur, donde los llanos se adentran hacia Colombia, sin elevación ninguna, está abierto el paso

al soplar de los alisios, vientos refrescantes y generalmente secos, que no producen lluvias sino que absorben el resto de humedad que encuentran a su paso. A esto se debe el aspecto desértico de la región.

—¿Por qué no buscan un lugar más guarecido, más acogedor?

—No tienen opciones. A lo largo de los últimos siglos, han sido despojados de las tierras que les pertenecían. Los cercos de los hatos, la presión de los hacendados, las amenazas con armas de fuego de los ganaderos, los han exilado de sus propios territorios.

—¿Pero no podrían encontrar un sitio al abrigo del viento?

—Prefieren el viento a los miles de insectos que anidan en los lugares estancados, atormentando la epidermis del hombre. Y prefieren la frescura de la brisa, a la terrible resolana del llano azotado por el sol. ¿Recuerdas nuestro reciente recorrido?

¡Y cómo! El aire pesado, el sudor, la somnolencia, los espejismos.

—¿Te impresionaron los espejismos, hijo?

—Sí, los comentamos con los morochos: nos parecía ver bosques colgados del cielo, caballos galopando en el aire, grandes lagos transparentes, ciudades con altos palacios, pozos de agua delante de las ruedas del jeep...

—...que iban desapareciendo apenas el vehículo se acercaba.

—Era una extraña sensación, que me hacía dudar de estar cuerdo.

En ese momento me asalta un recuerdo y una preocupación:

—Pero hay algo que vi, no sé si es espejismo o realidad, pues apenas lo pude divisar a lo lejos: un hombre en una canoa, remontando un curso de agua. Parecía un dios de la selva, un protector de la fauna fluvial con su larga cabellera y sus muchos collares y amuletos. Tenía tanta altivez que parecía reclamar con la mirada su espacio propio en la selva, su territorio ancestral, el lugar que perteneció a sus antepasados. Remaba con maestría y la embarcación surcaba rauda las aguas, partiéndolas en dos.

—Esas son las cosas que el calor, la fatiga y el cansancio nos producen a veces, Filatelio. Creemos ver cosas, figuras, personas, pero todo es como un delirio, un espejismo más —trata de explicarme mi padre. Luego reanuda su razonamiento.

—Entonces, agrégale a todo esto los insectos que nos habrían atacado si hubiésemos detenido el jeep: zancudos, mosquitos, jejenes, pegones.

—Y además —completo yo— los tábanos, los puri-puri y toda la minúscula fauna de esos bichitos que atormentaron al sabio Humboldt cuando recorría el Orinoco.

—¿Comprendes ahora por qué los *Yaruro* prefieren el viento, que aunque pueda parecer demasiado molesto para el bienestar humano, sin embargo hace la existencia soportable?

Volviendo a los espejismos, no he quedado convencido. La visión del canoero me persigue. Más tarde me apartaré con el anciano *Hatchawa* para confiársela y él, mirándome sonriente me explicó con su voz antigua, que parecía venir de la misma tierra:

—Es nuestro hermano Pumé, el Chamán de los Cunaguáros. Él vela por las tortugas, cuida las iguanas y los chigüires, protege los animales del río y también a nosotros.

¡Qué forma de vida extraña, la de estos indígenas! Miro su asentamiento, ahora casi vacío. También los jóvenes han salido, seguramente a cazar. Sólo unas cestas destartaladas, algunas estacas, harapos, totumas, vasijas para agua y hogueras apagadas denotan la cercanía de seres humanos... Los pocos que han quedado allí, los más viejos, reposan semidesnudos y semienterrados en la arena, bajo la sombra de la hojarasca, intentando protegerse del sol. Y el viento les arroja polvo y más polvo... pareciera la arena del olvido, la inmensa arena del abandono, que los cubre, los oculta, los disminuye en el paisaje y los convierte en habitantes de la soledad, vigías del viento barinés.

Vuelven, mortificados, Mor y Ocho que apenas han logrado encontrar unas tortuguitas a lo largo de su caminata.

—¿Pues, eso es todo? —les pregunto.

—Todo y nada.

—También nuestras fotos serán rápidas. ¡No hay mucho más que retratar!

Pero horas más tarde, cuando vuelven las mujeres por un lado y los pescadores y cazadores por otro, nos damos cuenta de que los *Yaruro*, realmente, no son gente tan simple como habíamos creído. Simples son en bienes materiales, pero profundos en su mentalidad, en su sentir.

Todo se anima. Han regresado cargados: babas y tortugas, peces de río, huevos y miel traen los hombres. Las cestas de las mujeres están repletas de hojas y de *changuango*, una raíz comestible que



se recolecta en la sabana. Se la ofrecen a Superloro, que la encuentra de su completo agrado, y con unos altos graznidos agradece la atención. La comida, única del día, es motivo de gran animación. Van a encender las hogueras para prepararla. Con excepción de los frutos, los *Yaruro* no comen nada crudo, cocinan todos los alimentos, asados, hervidos, cocidos a la parrilla. Observamos con atención. Sabemos

que varias comunidades indígenas encienden el fuego sin necesidad de fósforos, pero hasta ahora no habíamos asistido tan de cerca y al aire libre a ese procedimiento. Los *Jodi*, los *Yekuana*, los *Yanomami*, acostumbran más bien dejar las hogueras encendidas, y al momento de cocinar, las atizan. Aquí es distinto. La sutil arena esparcida por el viento apaga prontamente las brasas. Son los jóvenes los que tienen a su cargo, cada tarde, el oficio de hacer fuego. *Mbuae*, una ocurrente muchachita que a gestos ha logrado hacerme entender que su nombre significa “Estrella de la mañana”, se acerca con los dos palitos de madera, que utilizan todos los indígenas para este fin.

—¿De cuál árbol sacas esas varitas, *Mbuae*? —le pregunta mamá, siempre a gestos.

Mbuae le contesta algo que nos deja perplejos. Ella repite y repite los misteriosos sonidos, pero nosotros no entendemos ni una palabra. Es bien difícil la lengua de los *Yaruro*, definida por los antropólogos “una lengua aislada”, dice papá. Mamá no se rinde: con un arbusto dibuja en el suelo arenoso los palillos, luego unas llamas y por fin muchos árboles de distintas formas, señalándole los que están a nuestro alrededor. Ella ríe graciosamente, haciendo titilar las figurillas de azabache en forma de pequeñas tortugas que le adornan el cuello. Ha entendido. Se levanta y con el brazo extendido indica y nombra el *Kolorí*, árbol de madera dura que se encuentra en abundancia a lo largo de las riberas del Capanaparo. Es la planta más utilizada, aunque hemos sabido que también hacen fuego con astillas de otros árboles, como el guatacare, de varas durísimas, propio de la región oriental, que vimos entre los *Warao*.

—A uno de ellos le han hecho una incisión en la mitad —comenta mamá al observar los palitos de cerca.

Mbuae coloca en el suelo justamente ese palillo y lo mantiene en posición vertical entre los dedos de los pies, aprisionándolo para darle firmeza. Luego introduce el otro en la incisión, y lo hace girar con velocidad entre las palmas de las manos. La operación es rápida. ¡Zac! Salta la chispa sobre un montoncito de hojas y ramas secas preparadas de antemano, ella atiza la hoguera, avivándola con una hoja de palma moriche. Las llamas se levantan, las mujeres acercan unas raíces oleosas, especiales para avivar el fuego, y colocan las tortugas y babas más pequeñas sobre un entramado de palos unidos con fuertes bejucos, a manera de parrilla, hasta que sus caparazones, al tostarse,

se resquebrajan. Los hombres destazan las más grandes y pronto la carne blanca y jugosa hierve en una de las grandes poncheras de arcilla que ellos elaboran, esparciendo un delicioso aroma. Nos invitan a compartir su alimento, lo que hacemos gustosos, sentándonos en su mismo círculo. Un delicioso guiso, como de carne mechada, nos abre inmediatamente el apetito: es el típico “pisillo”, carne desmenuzada de venado guisada con hierbas, que nos sirven en tazones y platos de la misma arcilla. Ya que estamos todos cerca, miro alrededor y trato de contarlos.

—¿Cuántos *Yaruro* hay aquí? —me pregunto—. Unos treinta, quizás, reflexiono.

—¿Cuántos son los *Yaruro* por todo? —aprovechando la intimidad de la comida, le pregunto a *Hatcharwa*, que comprende bien el español.

Me mira con desaliento:

—Somos pocos, hijo... Y disminuimos al pasar de los días. Creo que no quedan más que unos doscientos *Yaruro* a lo largo y ancho de estos llanos. Dentro de pocos años, cuando ustedes quizás regresen, tal vez no nos encuentren, tal vez habremos desaparecido...

Comprendo su desespero. Las dificultades de existencia, las carencias, el abandono. En verano, el viento. En invierno, las lluvias que convierten el llano en una inmensa ciénaga y los obligan a abandonarlo, a refugiarse en lejanas e inhóspitas alturas. Luego, el acoso de los “rationales”, que así también los indígenas llaman a los criollos, el acecho de los hacendados que quieren arrebatarles sus tierras, las amenazas de los braceros que los obligan a trabajar, de los aventureros y forajidos que representan un peligro para los niños y las mujeres. A sus sufrimientos, a la permanente humillación en que han vivido se refiere Rómulo Gallegos en su novela *Doña Bárbara*, la cual tiene como telón de fondo el bravío llano venezolano, donde los *Yaruro* pasan a lo largo de la narración como figuras que el viento lleva.

Mi inquietud es grande. Tengo que manifestarla. Me dirijo a Rafael que se ha venido acercando:

—Pero papá —vacilo un poco dudoso—, estos *Yaruro* realmente no parecen los mismos que combatieron con Páez.

—Han perdido su antiguo esplendor, hijo, disminuidos, relegados, olvidados. Sin embargo recién ahora las leyes venezolanas

se están ocupando de ellos, y esperamos que se logren algunas que realmente los protejan.

Las humeantes ollas de barro llenas de diversos manjares muy aromáticos que colocan a continuación en el centro del círculo formado por nosotros en cuclillas, desvían poderosamente estos pensamientos. Algo raro me llama la atención: el contento de los dos ceritos es exagerado.

—¡Qué maravilla, mamá! ¡Estupendo, sensacional! ¡Esto sí nos encanta! —exclaman felices.

—¿A qué se debe tanto entusiasmo? —inquiero con aprensión.

Su euforia se debe a que, entre los *Yaruro*, no hay cubiertos: la comida se toma con los dedos y así mismo se lleva a la boca. ¡Y resulta incomparable! Aún no habíamos visto algo igual hasta ahora. Los demás cortaban sus alimentos con cuchillo, como los *Warao*, o se servían usando taparitas alargadas a manera de cucharas, como los *Pemón*, y algunos se valían de varillas de palma bien talladas y afiladas, como los *Yanomami*. Frente a una costumbre que encuentran tan atractiva, Mor y Ocho declaran con su acostumbrada exageración:

—¡Tenemos que volver a la naturaleza! ¡Aprendamos de los indígenas! ¡Pura mano! —grita Mor.

—¡Vámonos a pie! —bromea Ocho a la manera criolla.

—Desechemos los vicios de la civilización, empezando por los cuchillos y tenedores —concluyen juntos—. Al regresar a Caracas arrojaremos como desperdicios esos productos artificiosos de una cultura viciada...

—Perfecto —y ahí viene la ducha fría de papá—, puede arrojarlos todo el que se levante por la madrugada, salga hacia el Ávila o los valles de Aragua, y regrese cargando a cuestas suficiente comida para el día entero, mejor si para la familia completa.

A Mor y Ocho no les queda más remedio que callarse y seguir comiendo. Con esto se consuelan. ¡Y el consuelo es abundante! Hay huevos de baba y tortuga, de los cuales se sorbe el contenido. Pero lo que a todos nos fascina además del pisillo es la carne de la baba, la mejor de todas las carnes, excelentemente preparada. Le han quitado el rabo, porque aunque tiene fama de ser muy gustoso, parecido a la carne mechada, existe la creencia de que deja estéril al hombre.

—¡Caramba, los *Yaruro* están más adelantados que nosotros! ¡Ya encontraron un anticonceptivo masculino!

La salida de Ocho causa la risa de nuestra familia, que a duras penas logramos detener.

Mamá se acerca a las madres *yaruro* que están reposadamente sentadas o recostadas. Las mujeres, aquí, descansan después de la comida: no hay vajilla que lavar, ni corotos que fregar, ni mesa que limpiar. Ni siquiera es necesario barrer, como las demás comunidades indígenas hacen varias veces al día con rastrillos o con escobas hechas a partir de la hierba conocida como escobilla, para evitar los peligrosos alacranes, ciempiés y hormigas, sobre todo la golofa o jolofa, que es ponzoñosa y puede gangrenar el sitio donde pica.

—Pero los brujos *yaruro* saben conjurar ese veneno, ese peligro —afirma convencido el número ocho.

Síiiii... ¡pegaron una, mis dos ceritos!

—Es cierto que el viento, al transportar la arena, realiza la limpieza. Cuando un sitio está muy hollado, los *Yaruro* se trasladan a uno nuevo, fresco y aseado —reflexiona mamá.

—Se acabaron escobas, escobillones, coletos y haragán. ¿Será la liberación femenina? —canturrean los morochos a media voz.

A la vez que cantan se me acercan gateando, y me invitan a dar un paseo con ellos en esa posición. Comprendo al vuelo a quién están imitando. A los amigos *yaruro*, que al despertarse y después de comer nunca se ponen de pie, sino que se arrastran de cuclillas, de rodillas o a gatas de un lugar a otro, circulando con una destreza sorprendente, lo que también contribuye a que en su medio pasen desapercibidos y sea tan difícil verlos. ¿Acaso por una medida higiénica? ¿O no será más bien, pienso con indignación, debido a una prolongación de la ancestral costumbre de evitar, agachándose, los disparos, primero de los conquistadores, posteriormente de los hacendados?

Nos aproximamos a mamá, quien nos llama para hacernos conocer otro rasgo extraordinario de ellos. Son ambidiestros, trabajan igual con la izquierda que con la derecha, y para completar... ¡además de trabajar con las manos, también lo hacen con los pies! Nos recuerdan a los varones *sape* y *kariña*, que lo hacían esencialmente en el tejido. Pero la técnica de éstos, aplicada a cualquier labor, es mucho más veloz y precisa.

Un movimiento silencioso y continuo nos sorprende. Nos percatamos de que los integrantes del asentamiento, siempre sin levantarse, se alejan de las hogueras, se arrastran hasta círculos de arenas limpias

y contemplan con embeleso la puesta del sol. Los seguimos y nos reunimos con ellos, mientras el cielo se tiñe de matices rojos, rosados, violetas. Los *Yaruro* se alegran: estos bellos colores del ocaso, son la señal de que *Kuma*, la diosa creadora de todas las cosas, ha manifestado su complacencia. Con semblante satisfecho, las mujeres preparan algunos cigarritos delgadísimos con esas hojas silvestres parecidas al tabaco que recogieron por la mañana y manipulan con recato.

—¿Será acaso un rastro del célebre “tabaco de Varinas”, que gozó de fama internacional pero que se perdió a finales del siglo XIX, cuando el caudillo Ezequiel Zamora, por consejo del inseparable brujo “Chingo Olivo”, mandó a quemar los campos donde se guarecían sus oponentes? —aventuro, rebuscando en mis estudios de historia de Venezuela.

Este recuerdo, por la inhumanidad que trasunta, enfurece a mi padre.

—¿Y será cierto —insisto con terquedad— que algunos terratenientes tomaban puntería matando a los *Yaruro*, porque los estorbaban en su codicia por la tierra?

—Es posible que hayan sucedido éstas y otras barbaridades —contesta papá con tono de rebelión, siempre más molesto y resentido— porque en tiempos no muy lejanos no existía quien protestara por los atropellos a los indígenas, quien diera la cara por ellos.

Los adultos fuman un tabaco picado en pipas grandes fabricadas de barro, algunos directamente aspiran la hoja enrollada. Los niños juegan: imitan a los animales, roncan como el cochino, balan como cabras, corren a gatas como si fuesen perritos, salta, trepan, se persiguen entre risas. Se acerca la noche. Al insinuarse el brillo de la luna, se manifiesta una presencia nueva: el chamán o guía espiritual. Sabíamos que había chamanes en las comunidades que visitábamos, pero no se nos acercaban, ni se dejaban identificar, por temor, según nos informaron, a perder sus poderes y su fuerza al contacto con los “civilizados” o “criollos”. Donde los *Pemón* vimos desde lejos a uno, sentado en un banco con su perro al lado, que fumaba tabaco cerca de un enfermo. Otro lo habíamos visto entre los *Yekuana*, agitando la maraca para un niño recostado en una hamaca. Otro aún lo observamos desde lejos entre los *Yanomami*, mientras absorbía la sopa de plátano. Pero en ninguno de esos casos nos dejaron hablarles. Fue una lástima, nosotros lo deseábamos y los habríamos tratado con

mucho respeto, ya que sus éxitos en la lucha contra ciertas enfermedades son indiscutibles, y sabemos que, de todas formas, la ascendencia y acción del chamán entre los indígenas es benéfica, tenga o no éxito, logre o no curar.

Aquí, entre los *Yaruro*, nos explica *Hatchawa* que al percatarse de nuestra buena disposición e interés se muestra más comunicativo y logra expresarse en un español bastante corrido, hay chamanes hombres, y chamanes mujeres. Ambos son muy considerados y acatados, la vida del grupo gira a su alrededor, pues todos reconocen que son los más indicados para resolver o aliviar cualquier problema grave de salud o espiritual. El chamán hombre empieza su actividad relativamente joven. La mujer chamán, por el contrario, debe ser una mujer madura, con experiencia, que goce de autoridad. La llaman *Añikui*, “hermana menor”. Tanto los hombres como las mujeres antes de ser chamanes tienen que entrenarse para modular su voz, pues serán los cantores de la comunidad. El canto de la “hermana menor” se celebra al atardecer, y ella canta sola desde su chinchorro. Los últimos coros de la noche, en cambio, son dirigidos por un chamán masculino quien toca la maraca, único instrumento de acompañamiento musical utilizado por los *Yaruro*. Cada chamán, hombre o mujer, fabrica su propia maraca y la decora con grabados y dibujos geométricos o estilizados que simbolizan a *Poana*, la gran serpiente anaconda, a la diosa *Kuma*, un personaje femenino con los brazos extendidos, y a veces a *Acava*, un anciano arrugado a quien la mitología *Pumé* presenta como el hijo de *Kuma* y *Poana*. Este viejito es el encargado de iluminar el entendimiento de los que quieren convertirse en chamanes.

Esta tarde oficia una mujer, respondiendo al Chamán masculino oficiante. A medida que la oscuridad disipa los colores del cielo, un denso silencio se cierne sobre el grupo. Apenas llega el crepitar de la arena arrojada por el viento y, desde lejos, los gritos de los araguatos, la voz del zorro parecida a un ladrido, el rugido de algún jaguar, y me parece, el resoplido de las toninas en el río. Los *Yaruro* musitan una monótona salmodia, en un murmullo ronco y sostenido. De cara al suelo, tendidos, parecen encontrarse en una especie de trance, mientras la voz de la Chamán los guía por el mundo espiritual. No sé bien cuáles sean, pero me doy cuenta de que los embargan unos sentimientos intensos.

Un súbito agitar de maracas, vibrante y sutil, pero con un dejo de melancolía: la Chamán se incorpora en su chinchorro, se levanta, en toda la infinita sencillez de su cuerpo del color de la tierra, que parece brotado del mismo suelo. Enseguida se dirige a mi padre:

—¿Quién eres tú? —lo increpa, mirándolo fijamente—. ¿Yo sé quién eres!

Papá la mira con cierta inquietud.

—¿Por qué abandonaste a tu hijo? —lo interpela la *yaruro*, con mirada torva.

—No lo abandoné. Lo perdí. Lo busqué por todas partes, por todos los caminos y pueblos de la selva. Fue imposible encontrarlo.

—¿Y cómo vuelves ahora, después de tantos años?

—Encontré las fuerzas que había perdido en mi reciente familia. Ellos me dieron ánimos para emprender una nueva búsqueda. ¿Pero cómo sabes de mi hijo, cómo es que conoces mi vida?

—El mundo de los espíritus me reveló tu pérdida, vi tu rostro en el silencio de la noche. Y vi el rostro solitario de tu hijo, su paso lento por los bosques. ¿Estás dispuesto a enfrentar el pasado que tu hijo representa?

Sin esperar respuesta, enigmática, la *yaruro* se aleja de Rafael, su figura se pierde en las tinieblas que avasallan. En ese momento el Chamán hombre se adelanta, repica con fuerza sus propias maracas de tono grave y profundo, da inicio al coro nocturno. El grupo se le une. Se mezclan, movimiento y animación, melancolía y sensualidad. El canto que entonan refleja la angustia y el desaliento de estos indígenas, capaces de una vida completamente espiritual y sin embargo, ellos también, tachados con maldad e injusticia de “irracionales”, atropellados, humillados y despojados de las tierras que les pertenecen y cuyos productos son suyos por derecho ancestral.

De pronto todo cambia. Las maracas suenan insistentemente, su repiqueteo deviene agudo, casi alegre. Los gestos de los *Yaruro*, los brazos abiertos, levantados, parecen indicar algo, sus ojos mirar a alguien, sus palabras dirigirse a una presencia misteriosa.

—¿Con quién hablan, a quién llaman? —le pregunto, intrigado, al anciano.

—Evocan nuestro amigo, nuestro protector, el Chamán de los Cunaguaros, un *yaruro* especial —me responde en un murmullo.

Entonces... esa melodía opaca y constante invoca la figura del misterioso personaje de quien hemos oído hablar en todas las comunidades que hemos visitado: ¿un líder espiritual?, ¿un sabio ancestro indígena? Es él, ese chamán que les habla de paz y de unidad entre todas las etnias, y allende ellas, les trae un mensaje de solidaridad, de integración. Representa para ellos un símbolo del poder de sus antepasados, una evocación del dominio perdido, de la tierra de donde brotaron, como el agua, como la arena, pero a la vez la esperanza de un futuro mejor.

Según las descripciones que hasta ahora hemos oído, es un indígena puro: su cuerpo tiene el color de la arena, su pelo el del azabache, sus ojos amarillos el de las aguas del río Apure. Este hermético coro, que refleja lo que significa para ellos ese amigo y guardián especial, parece expresar nuestro propio sentir, todo lo que suscita en nosotros su figura mágica, su presencia inasible:

*¿Cuándo volverá nuestro hermano yaruro,
el gran Chamán de los feroces cunaguaros?
¿De dónde llegó con sus tigres, rodeado de luciérnagas?
¡Vino de la fresca brisa, de la llanura,
del río brotaron sus pasos!
Él camina en la espuma, sobre las piedras,
en el silencio de la noche.
De los bosques del cielo fue enviado
este sabio hermano yaruro
a confortarnos, a unirnos.
Nos dice que somos grandes,
como nuestros antepasados.
Que somos los dueños del venado
y de la noche,
de la montaña y de la flor salvaje
del zorro sabanero
del puma que ronda
del caimán que acecha.
Somos los señores de la sabana,
los amos de la tierra.
¡Vivan! —dijo— ¡Vivan bien en esta tierra!
Esta tierra es de ustedes.*

*Kuma los ama a ustedes.
Vivan, vivan bien en esta tierra.
Esta es la tierra de ustedes.
Eso dijo el Chamán de los Cunaguaros
nuestro hermano yaruro.*

Coro de la selva

*Allá van las guacharacas, entre las ramas bajas del yagrumo, del ceibo.
Llueve sobre el río y las ranas verdes, rojas, azules
como forjadas en el taller de los dioses salen de los pozos,
se posan sobre enormes hojas
que tienen la forma de un corazón.
Allá van las bandas de pericos, de guacamayos, de loros reales
llenando de fiesta el aire de la selva.
Allá van los colibríes como joyas voladoras
zumbando entre las flores que se abren
como hermosos labios de doncellas núbiles.
Somos los **Jodi**, amigos del mono y el terecay
somos los **Pemón**, que hablan con la tormenta
somos gente del agua, **Warao** de canoa y de sonrisa
somos **Bari** de ensueño, **Sape** de luna llena
somos **Yukpa** de la sierra, somos **Yanomami** de la selva
somos los **Yekuana** del país de la niebla
somos los **Kariña** de historia guerrera
somos **Warao** enemigos del olvido
somos **Yaruro** de arena y viento*

y nosotros, somos gente de la misma sangre del poderoso **Chamán**
mezclados con sangre de otros mares
pero estamos aquí con ustedes y amamos los caminos selváticos
las torrenteras secretas, las suaves hojas del **pijiguao**
la débil luz de la luna entre los altos árboles
el fuego de los astros
el viento que se lleva a los **Yaruro**
el relámpago que deslumbra a los **Wayuu**
el misterio que envuelve a los **Sape**
la lluvia que reverdece las grandes hojas
el sol de los venados fugitivos.
Nos llena una esperanza nueva
abrámosle camino a esa esperanza
ella abrirá paso hacia nosotros
entre la espesura de la selva.

Los *Wayuu*, descubridores de misterios

Resuenan en nuestros corazones los cantos nostálgicos de los *Yaruro* y las palabras agoreras de aquella mujer chamán que parecía conocer la vida de mi padre, cuando bien de madrugada, aún adormecidos, papá nos hace subir al jeep. Ya debemos dejar sus polvorientos y áridos territorios, emprender otra etapa.

—Este recorrido será muy largo —nos alecciona— acomóden-se lo mejor que puedan, traten de seguir durmiendo un rato.

No es posible. Junto con nosotros se ha despertado el Llano todo. Cantan los pájaros con tal algarabía que apenas si se oyen nuestras voces. Miles de flores se despegan de los árboles y emprenden el vuelo... pero ¡no son flores! Son las garzas llaneras, la roja corocora, la blanca chusmita, las de color de rosa. Mientras, el rocío aviva los olores de los mastrantales que trae la brisa desde lejos.

—¡Qué belleza! Deberías tomar fotos, Rafael.

Papá consiente pero no lo hace. Su objetivo es otro: fotografiar a los indígenas, captar sus rostros, sus expresiones, su modo de vida, su entorno más cercano. Apresar su esencia, la magia de sus miradas, los secretos de su mágico universo espiritual. No puede distraerse.

—¿Cómo es esa frase célebre que siempre nos repites? —pregunto.

—¿Cuál de tantas? —sonríe Carmen mirándolo. Papá es muy aficionado, lo sabemos, a los sermones, a las lecciones y explicaciones, y a las frases célebres. Estas últimas las conoce y las recita en su idioma original.

—La de Leonardo, papá, Leonardo da Vinci y las estrellas —los morochos vienen en mi ayuda.

—*Non si volta chi a stelle è fisso*. Es decir, ya lo sabemos, “no vuelve la mirada quien la fija en las estrellas”, o sea no volteo la vista quien persigue una estrella, no se distrae ni un momento, quien se fija una elevada meta.

—No se distrae quien tiene un alto objetivo —traducen libremente los repollitos.

Es así. Papá persigue buscar a su hijo y tomar las fotos. No hay lugar, por ahora, para amaneceres, ni paisajes, por hermosos que sean. En efecto, ha guardado todo su equipo en la parte trasera del vehículo como diciendo:

—Ahí te dejo por un buen rato.

—El recorrido será muy largo. Las etapas, breves —nos informa.

Lo sabemos. De los *Yaruro* a los *Wayuu*, pura carretera, puro carro. Atravesaremos los estados Barinas, Falcón y Lara. No nos detendremos en ningún grupo de naturales en estos parajes. No los hay.

—Papá, ¿no hay comunidades indígenas en estos lugares?

El vehículo avanza, surge el sol, el paisaje varía, a lo lejos se yerguen altos árboles, la vegetación se hace exuberante, empiezan a verse pequeños poblados dispersos, gente que lleva ganado, cabras.

—No, no las hay.

—¿Nunca habitaron esta parte tan bonita de Venezuela? —insistimos, observando la amplitud y magnificencia del paisaje, donde podrían haberse asentado satisfactoriamente.

—El que no las haya quiere decir que no las veremos, que no las habrá, pero no quiere decir que no las hubo, que nunca habitaron estas tierras.

La respuesta de papá es algo enigmática. Nos hemos dado cuenta de que así habla cuando algo lo preocupa, lo disgusta.

—Explícate por favor.

Rafael empieza, algo malhumorado.

—Las hubo y se extinguieron. Tal vez por su fiereza y su altivez, los indígenas que poblaban estas regiones fueron exterminados durante la expansión española en sus territorios. Eran los *Caquetíos* y los *Jirahara*.

Frunce aún más el ceño, carrasquea, se agita sobre el asiento del jeep y por fin prosigue:

—Me cuesta referirme a hechos de nuestra historia de los cuales, como venezolano y como ser humano, me avergüenzo. Pero quiero que conozcan esta triste verdad, que posiblemente en las escuelas no les hayan revelado en su totalidad y crudeza. Cuando llegaron los conquistadores a Venezuela, había aquí muchas etnias, muchas más que las que vimos y de algunas que quizá veremos en otro viaje. La población indígena que hoy en general resulta bastante escasa, era muy numerosa, y...

Alborotadísimos, lo interrumpen los morochos:

—¿Nos faltan muchas etnias por ver? ¿Cuántas? ¿Dónde están ubicadas? ¿Por qué no vamos a visitarlas ahora?

Un tropel de preguntas se abate sobre papá que a duras penas se las ingenia para responder algunas:

—Voy a mencionarlas, para que no me mortifiquen y no me reprochen. ¡Qué familia tan pasada tengo!

¡Claro que bromea! Sabemos que sin nosotros, jamás se habría animado a emprender este viaje.

—Mencionaré las que no vimos, pero quizás veremos en un próximo viaje...

—¡Promételo! —gritamos todos.

—Prometido —responde levantando las dos manos con tanto ahínco, que hasta Tío Jeep empieza a corcovear con júbilo.

Rafael rezonga, pero se nota contento por el interés que mostramos hacia esos indígenas que están tan cerca de su corazón.

—De las que faltan, las más numerosas diría que son: *Panare*, *Paraújanos* o *Añu*, *Hiwi* o *Jirwi*, *Sáliva*, *Baré*.

—¿Quedan lejos? Y ya que no nos llevas hasta allá, ¡dinos algo de ellas!

—Una de las que más me gustaría visitar con esta familia tan exigente, en un próximo viaje es la de los *Baré*, que están en el

Amazonas, casi en nuestra frontera con Brasil. En parte porque son numerosos, y en parte porque tienen fama de predecir el futuro con semillas y frutos secos. Los *Sáliva*, igualmente numerosos, ocupan un espacio en Guayana, al oeste del estado Bolívar. Los *Jiwi* o *Gua-jivos* están también en nuestra Orinoquia y hacia el sur sus dominios colindan con los de los *Sape* y los *Yekuana*. Los *Panare* habitan nuestras selvas de Guayana y Amazonas. Los *Paraujanos* o *Añu* vivían en palafitos alrededor del lago de Maracaibo. Quedan muy pocos, pero eran muchos hacia 1500, al punto que la vista de un pueblo palafítico en esas aguas azules hizo que Américo Vespucio, como ya les dije, denominara a nuestro país Venezuela, pequeña Venecia.

—¿Estás seguro que los mencionaste a todos?

—Pues no, de ninguna manera. Yo no soy una enciclopedia, tampoco he leído todo lo que hay sobre ellos, ni siquiera todos los cronistas. De paso, eran tantos que ni siquiera los cronistas los mencionan en su totalidad.

—¿Papá, y cómo eran los otros, los que desaparecieron? ¿Qué pasó con ellos?

—Aquí, en estas tierras del estado Falcón que estamos recorriendo ahora, que lucen secas, áridas, invadidas por bancos de arena, azotadas por ese viento que si bien refresca no da paz, habitaban los *Caquetíos*. Tenían una cultura avanzada, eran numerosos y poseían muchos adornos y dijes de oro, lo que despertó la codicia de los conquistadores. Tal vez por no querer ceder su oro, fueron exterminados.

—¿Por qué no quisieron compartir sus riquezas?

—Para los *Caquetíos* y para todos los indígenas el oro no significa riqueza, ni poder, ni fuerza, el oro es sagrado. No debe regalarsé, cederse ni comercializarse. Esa fue la verdadera razón de su resistencia a la codicia de los invasores.

—Yo he leído sobre los *Caquetíos* —intervengo orgulloso— y la leyenda del rey *Manaure*, que tenía fama de hombre sabio y era considerado un Dios por ellos.

—Sí, en el Zulía, cerca del Maracaibo están los pozos de la Cuiva donde se dice que vive su espíritu.

—¿Cómo? ¿Cómo es eso? —preguntan los morochos siempre entusiasmados.

—Dicen que si uno le pide: “Rey Manaure, Rey Manaure, dame tu limosna”, sale del agua una culebra amarilla y se convierte en un trozo de oro sólido —los complace papá.

—¡Vamos, pidamos —nos instan los morochos—busquemos ese oro!

A una señal adusta de nuestro padre, por fin se calman, pero se desahogan entonando un dueto clásico que rematan en forma muy personal:

*Por la cuesta de un cerro Coriano
iba un Caquetío que cantaba así:*

Ocho le contesta, improvisando una copla de rima pegada tan cursi que habría horrorizado a mi profesora de castellano y literatura:

*qué alegría
siente el alma mía
por la melodía
que silba el paují*

A continuación, los dos ceritos se dedican a silbar inspirados por el paují de la canción.

—También deben saber —sigue aleccionándonos Rafael— que este territorio del norte occidental de Venezuela es considerado por los antropólogos de una extraordinaria antigüedad. Estaba originalmente poblado por varias etnias, había culturas hermosas, complejas, y aún hoy se encuentran en Falcón, Lara y Yaracuy restos de cerámicas, estatuillas, ídolos y recipientes sagrados de los aborígenes. Investigaciones recientes han descubierto que en la región falconiana estuvo el asentamiento humano quizás más antiguo de la tierra. Se han calculado nueve mil años de antigüedad para las culturas de esta zona.

—¿Qué otras etnias se extinguieron? —preguntamos todos.

—Los *Jirajara*. Poblaban justamente el estado Lara, cerca de este camino que estamos cruzando, en los límites con Falcón y Yaracuy.

—¿Cómo eran?

—Los cronistas y viajeros cuentan que eran excelentes agricultores, cultivaban grandes sembradíos de maíz y ya preparaban arepas.

—¡Qué maravilla! —ríe Mor— ¿Reina pepeada o rellenas de carne mechada?

—No, las comían solas, con carne de cacería, y se sabe que a los conquistadores les gustaron desde que las probaron.

—¡A quién no! —concluyo recordando las ricas arepas de pernil, mis favoritas.

—¡Arepá, arepá, aquí, aquí! —canturrea Superloro al oír mencionar uno de sus manjares más apetecidos.

—Además —prosigue papá—, había la etnia de los *Caribe*, que tienen la fama, inmerecida quizás, de antropófagos. De ellos sólo queda un grupo en Belice, país centroamericano. Otros de sus descendientes, mezclados con criollos, son los *Kariña*. ¿Recuerdan que los visitamos?

—¿Rafael —pregunta mamá—, es cierto que los *Guaikerí* y los *Cumanagoto* fueron utilizados para extraer perlas, hasta que se extinguieron?

Papá se ensombrece.

—Lamentablemente los *Guaikerí* y *Cumanagoto* no pudieron resistir sumergirse tantas veces por tanto tiempo, y morían sacando perlas para los conquistadores.

—¡Qué explotación tan dolorosa! —protesta mamá.

Al tiempo que habla mi padre, me parece verlos, delgados, sombríos, lacios los cabellos, apagados los ojos, mustia la piel de tanto sumergirse en las aguas profundas del Caribe. Oigo gritos, desde los vageles, en la lengua de los invasores:

—¡Allí! ¡Allí hay un banco de ostras! Acércate, rápido.

Pero, ¿resistirá el buceador? Lo intenta y lo hace, llena un saco de ostras y sube al fin a la superficie, jadeante. Entrega la preciosa carga y se recuesta maltrecho. Pronto morirá, como tantos otros.

—¡Cuántas vidas perdidas por la codicia de las perlas! —deploro—. Con razón las perlas parecen lágrimas y en las poesías y en las canciones siempre las han relacionado. Pero también hoy día el cantar isleño refleja los riesgos de la vida del marinero, siempre en el mar. ¿Recuerdan el canto favorito de la isla: *Margarita es una lágrima*?

El tenue silbar de los repollitos, por una vez respetuoso y conmovido, subraya el tema margariteño de la Virgen del Valle.

*Virgen del Valle reina del Oriente
alza tu mano, no me abandones, no...*

A continuación, nos estremecen con el polo *El marino*:

*Cuentan que un día un marinero
se fue a la playa y no volvió más...
Se fue cantando en su velero
su copla triste quedó en el mar.
La historia dice que no lo vieron
cuando en lo inmenso del mar se hundió
sólo se sabe que salió un día
y que a la playa no regresó.*

Seguimos avanzando, acunados por el rumor continuo y fatigoso de Tío Jeep, que pareciera estar tan cansado del camino como nosotros, pero en el interior del vehículo hay un momento de reflexión, de respetuoso silencio.

—¡Anímense viajeros! —nos insta papá—, pronto estaremos en territorio *wayuu*.

La frase nos saca de nuestro letargo, nos da aliento. Estamos preparados para un nuevo encuentro, esta vez con una de las etnias más numerosas de Venezuela. Ocupan toda la península de la Guajira y su fama de bravos e intrépidos los acompaña.

—¿Qué han investigado ustedes sobre los *Wayuu*? —pregunta Rafael.

—Este... —balbucea Mor.

Ocho comienza a silbar una gaita zuliana haciéndose el desentendido y luego le dice ufano a Superloro, asentado sobre mi gorra:

—Vai, pues, primito.

—¡Ya comenzó a sentirse maracucho! —lo satiriza Mor.

Como todavía falta por llegar, reanudamos el interrogatorio sobre el pasado aborigen:

—Y en Caracas... ¿No había indígenas?

—Claro que sí —asegura mi padre—. Según los cronistas, el valle donde hoy se asienta la capital de Venezuela estaba poblado por los indios *Caracas*, de allí su nombre actual. Esta etnia, prácticamente extinta, convivía con los *Teques* de los altos mirandinos, comandados por *Guaicaipuro*, el líder absoluto de la resistencia indígena. En los picachos que dan hacia el litoral estaban los dominios de los caciques *Naiguatá* y *Terepaima*, heroicos guerreros. ¿Y qué decir de *Tamanaco*, *Guaicaipuro* y *Paramaconi*? Ellos eran verdaderos líderes indígenas y comandaban un ejército de flecheros que desde los cerros que rodean el valle de Caracas, opusieron fiera resistencia al invasor.

—¿Y cómo se extinguieron estas etnias? —pregunto con ansiedad.

—Pues también a sangre y fuego, durante la conquista. Es la triste verdad: estas etnias desaparecieron con la expansión europea. Los indígenas que no aceptaron la servidumbre impuesta, ni ser reducidos a esclavos, tenían dos alternativas: huir o morir luchando. Los que no pudieron o no quisieron retirarse fueron exterminados, tal vez por su fiereza, por no querer ceder los territorios en su totalidad a los conquistadores.

—Yo hubiese huido bien lejos —se apresura a comentar Mor, con espíritu poco aguerrido.

—Donde nadie me encontrase —corrobora Ocho, con la misma disposición.

—Pero no, no y no —rectifican ambos enseguida—, mejor enfrentarse a los invasores, defender nuestras tierras, la gente, nuestros derechos.

—Antes que huir, mejor morir luchando.

—¿Y eso ocurrió en todo nuestro territorio? —inquire Carmen, con preocupación y desaliento.

—Sí, en toda la costa del Caribe y aún tierra adentro. Algunos indígenas se escondieron en la selva, y son las etnias que actualmente vemos sobreviviendo a duras penas. Otros se enfrentaron y fueron exterminados.

—¡Fiu, fiuu!, ¡ay ay! —comenta Superloro quizás impresionado con el ambiente de recogimiento y dolor, escondiendo su piquito bajo el ala.

—¡Qué valientes! —observo con desasosiego.

—Todos ellos fueron derrotados porque aunque fuesen excelentes flecheros y buenos estrategas, con la pólvora nadie puede.

—¿Tenían ametralladoras los conquistadores? —se apresura Mor.

—¡Qué barbaridad! —comento con grave indignación—, tu incultura me ofende. En el siglo XVI, cuando ocurrió la conquista de Venezuela, se usaban los arcabuces, que eran como...

—¡Como una escopeta grande, *Tuponken!* —me interrumpe Ocho.

Todos ríen y se aleja por momentos el recuerdo triste, de las etnias extintas. Sin embargo, el viento se hace brusco y duro. Pareciera traer extrañas voces de batalla, remotos caracoles de guerra, y aún creo que resuena en mis oídos el grito de *Terepaima*, como diría nuestro cantor Alí Primera:

Terepaima, tu grito resuena en el monte...

Y rememoro, con el grito ancestral de una guarura indígena, al bravo guerrero de las montañas, con sus flechas certeras, presto a rechazar al invasor.

Mientras recordamos a nuestros antepasados aborígenes, el jeep devora unos 150 kilómetros de carretera recta, bien conservada, bien asfaltada: y he aquí la capital del Zulia, Maracaibo, la ciudad del petróleo.

Nos aproximamos al Puente sobre el Lago, que lleva el nombre del prócer zuliano Rafael Urdaneta, siempre fiel al Libertador. Luego de tantas trochas silvestres, puentes de bejucos, pasarelas de lianas, caminos de arena y pocas vías asfaltadas, nos quedamos pasmados ante la poderosa estructura de concreto y metal que se extiende sobre el lago y nos permite atravesarlo con toda comodidad. Me pregunto si en otros países sabrán que Venezuela cuenta con algo tan moderno y funcional, y que a la vez, en pleno siglo XXI, posee aún regiones hermosas, impresionantes, casi mágicas y todavía ignoradas, como las inmensas llanuras de la Guayana, los páramos soberbios de cumbres nevadas, las selvas amazónicas y La Orinoquia, maravilla natural en las entrañas del país, que sigue guardando los misterios con que soñara Julio Verne en *El soberbio Orinoco* y que tanto persiguieron aventureros como Walter Raleigh y Antonio de Berrío.

Los morochos me sacan de mis reflexiones cantando a voz en cuello una gaita llamada *Sentir zuliano*:

*Cuando voy a Maracaibo
y empiezo a pasar el puente
siento una emoción tan grande
que se me nubla la mente.*

—¡Cállense, ahora no es Navidad!

—En el Zulia se cantan gaitas todo el año, señor *Tuponken*.

—Pasemos por Maracaibo, papá, y quedémonos al menos un día para verla toda. Quisiéramos conocerla. Es la ciudad del petróleo, el oro negro, las empresas multinacionales, las torres perforadoras, las refinerías.

—No podemos —nos hace entender papá—, tenemos nuestro itinerario, nos están esperando. Recuerden el objetivo de nuestro viaje, este no es un viaje turístico. A Maracaibo iremos en alguna otra ocasión, cuando visitemos Mérida, Coro, Barquisimeto, Cumaná, tantas otras ciudades de Venezuela... y quizás de Colombia y Brasil.

Me siento alborozado. ¿Otro viaje? Aunque parezca un sueño irrealizable, quiero pensar que algún día, tal vez, ese otro recorrido podremos hacerlo con mi hermano *Aparicuar*. Si lo encontráramos, ¿sería mucho esperar que se incorporara a nuestra familia? Siento que hay una gran afinidad entre nosotros dos. Me asalta un gran deseo de conocerlo, abrazarlo, compartir con él.

Ante la negativa de papá a entrar en Maracaibo, los morochos se consuelan silbando y cantando a su manera:

*Maracaibo en la noche
pero ahora es de día
no la vemos para nada
ni siquiera al mediodía.*

El jeep enfila directamente hacia el territorio de los *Wayuu*.

—*Wayuu*... ¿por qué?

La pregunta de Maigua nos sorprende. En tan poco tiempo, ¿cómo se ha desarrollado el habla de la niña! Al salir de Caracas, apenas balbuceaba.

—Y ahora pronuncia frases completas, y con sentido... —observa Mor.

—Con más sentido que las tuyas —apunta Ocho.

—¡Ay, ay! —objeta mamá— ¿Acaso van a regresar las antiguas rencillas? Todavía no se ha acabado el viaje y ya vuelven los vicios...

—No, no —aseguran los dos a la vez—. Vamos mejor a tratar de...

—Contestar la pregunta.

—Empieza tú.

—No, tú primero.

Total, ni siquiera todos nosotros, el número 100 al completo, no podemos contestar. No sabemos de dónde proviene, ni qué significa la voz *wayuu*.

—Estos indígenas —aclara por fin Rafael, compadecido de nuestra algazara— se autodenominan a sí mismos “*wayuu*” en su propio idioma, el cual forma parte de la familia lingüística *arawak*. En Venezuela, Colombia y Brasil los llamamos guajiros.

—¿Y qué es guajiro? ¿Y por qué guajiros con la “ese” del plural, cuando las demás etnias indígenas no la tienen?

—Guajiro es una denominación geográfica, así se llama a quienes viven o pertenecen a la tierra guajira o también goajira. La “ese” del plural se le aplica a veces porque el nombre se ha españolizado. Son extraños, estos guajiros —prosigue papá, reflexivo— o *Wayuu* en su propio idioma. Están muy transculturizados. Casi todos son bilingües, hablan perfectamente *wayuu* y español.

—Y cuidado si inglés también.

—Y a lo mejor chino y japonés.

—No bromeen, ceritos, esto puede resultar verdad. ¡Con tantas sorpresas que nos han dado los indígenas!

—Y sin embargo —puntualizo yo resumiendo mis lecturas— su forma de vida, que no es como la de los demás indígenas, tampoco es como la nuestra.

—¡Qué raro! ¿Cómo es eso?

—Es porque su cultura es indo-hispana —comenta papá.

—¿Qué quiere decir?

—Quiere decir que desde los tiempos de la Conquista, mantuvieron su autonomía e independencia, pero a la vez aprovecharon e incorporaron elementos de la cultura española a su manera de vivir.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, el pastoreo. ¿No han visto los animales?

—Sí —contesta Maigua entusiasmada—, chivos, cabras, ovejas, caballos, asnos, burros.

—¡Hola, burros, burros, hola! —apoya Superloro.

Reflexiono sobre esta situación. La península de la Guajira, que conforma la punta más septentrional de la América del Sur, es árida y seca. En la parte occidental, que pertenece a Colombia, viven unos 20.000 guajiros. La parte oriental, que se asoma al golfo de Venezuela, es habitada por más de 100.000, que forman sin discusión el grupo indígena más grande de este país.

—¿Qué otra cosa podrían hacer sino pastorear? —comento en alta voz—. Creo que aún hoy día esta es su principal actividad, su medio de subsistencia.

—A mí me parece que debían hacer esto también antes de la conquista española —refuerza imprudentemente Mor.

Papá, mamá y yo mismo lo miramos burlones.

—¿Y con cuáles animales? ¿Olvidas que los caballos, vacas, burros, ovejas y chivos los trajeron aquí los españoles?

—¿Acaso pudieron hacer pastoreo con iguanas, lagartos, tigres, cachicamos y zamuros? —énfatizo.

—¡Qué fácil es equivocarse, si no se piensa antes de hablar! —conviene el morocho avergonzado.

Vamos a visitar la parte más representativa de esta antigua cultura: la Alta Guajira, en la parte superior de la península, cerca de los límites con Colombia. Desde la ranchería conocida por papá, han venido a recibirnos *Jashichi* y su sobrino *Ka'laírra*, para guiarnos. Los encontramos cerca de Castillete, ambos con sombreros de fibras de magüey tejidas. Sobre unos faldones, su vestimenta típica, llevan elegantes camisas de corte americano y bolsas adornadas con borlas suspendidas del cinto por medio de un fajín tejido con algodón, en las que suponemos guardan dinero y objetos pequeños. Nos proponemos conseguirnos algunas. ¡Cómo llamarían la atención en la escuela esos multicolores bolsos artesanales, equivalentes a nuestros koalas! Enseguida suben a nuestro jeep. Por supuesto, ¡hablan español perfectamente y con gran propiedad!

Mientras *Jashichi* se coloca adelante entre nuestros padres, nosotros nos encaramamos con *Ka'laírra* en nuestro sitio preferido: encima

de las cajas de equipaje, pegada la nariz a las ventanillas traseras del vehículo. Estamos contentos, porque el guajirito nos lo va explicando todo y con él podemos comentar, verificar o corregir ciertos datos comunes entre la gente o adquiridos en nuestras desordenadas lecturas.

—Sí, nuestra principal actividad es el pastoreo.

—¡Está a la vista!

—¡Pero hay muchas más reses! Se encuentran arriba, en los pastos. ¿No ven que por aquí todo es desértico?

Lo confirma la escasa vegetación formada por árboles desnudos, cactus, divideve y otros arbustos resecos.

—Se ve que no hay agua en esta región.

—No hay, sino la de lluvia. No tenemos ríos. Por eso cavamos pozos y más pozos. En la estación lluviosa se forman arroyos y quebradas, que se secan en el verano.

—¡Y ese calorón!

—Ese calorón siempre lo tenemos, y aún peor —suspira *Ka'laírra* abanicándose con su sombrero—. Vamos de los 28 a los 40 grados todos los días. ¡Sólo de noche refresca un poco!

—¡Ay, ay, ay! —Superloro, que parece haber seguido la conversación, se queja, acalorado.

—¿Llueve mucho?

—Cuando llueve, esto se vuelve un solo pantano.

—¿Cómo hacen, entonces?

—Es lo que yo también me pregunto. Nos las arreglamos. Pero luego nos gusta ver cómo todo reverdece, todo vuelve a la vida, y los animales pueden pacer bastante durante varios meses.

—¿A dónde nos dirigimos ahora, *Ka'laírra*?

—A nuestra ranchería.

—¿Está tu familia allá?

—Sí, es el clan de *Jashichi*, mi tío.

—¿Qué quiere decir *Jashichi*?

—Quiere decir “bravo”, bravo como un perro bravo. Y mi nombre, *Ka'laírra*, significa el “tigre” —agrega orgulloso.

—¿Es grande la ranchería?

—Unas cuatrocientas personas.

—¿En un solo rancho?

—No, en algo así como cincuenta ranchos.

—¿Es verdad que las viviendas de ustedes están hechas al estilo de las chozas de los aborígenes, con techos de concha de cují y paredes de barro?

Ka'laírra se ríe con gusto:

—Oye, tales chozas no las conoció ni mi abuelo. ¡Ya no existen! ¡Cuánta patraña cuenta la gente! Nuestras casas son tan modernas como las viviendas de Maracaibo o de Caracas. Y hasta más confortables.

A continuación nos confía:

—Mi hermano y yo tenemos una buena litera para dormir, una ducha con agua fría y caliente. Hemos decorado las paredes de nuestra habitación con afiches de los viajes de los astronautas, las olimpiadas, los carros de carrera, las supercomputadoras y los grupos musicales de rock y salsa.

¡Qué actualizados están!

—Y tu hermano, ¿es como tú?

—No, él es más pequeño y más calmado. Se dedica, o mejor dicho lo dedican al pastoreo.

—¿Es cierto —preguntan los morochos aún no completamente convencidos— que los guajiros no conocían el pastoreo antes de la llegada de los conquistadores españoles?

—Por supuesto que es cierto. Nos dedicábamos a la caza de armadillos, nutrias, lo que aún hacemos y seguiremos haciendo, usando arcos y flechas porque son armas más económicas que la escopeta. También practicábamos la pesca y la recolección. Si no teníamos animales, ¿cómo los íbamos a llevar a pastar?

—¿Y cómo consiguieron tantos animales?

—Pues más rápido escapa el ganado hacia afuera que hacia adentro.

—¿Qué?

Mis hermanos se quedan en la luna, yo creo captar el significado, y en efecto *Ka'laírra* nos lanza una mirada pícaro y aclara burlón:

—¡Los tomamos prestados!

—¿Cómo?

—Pues, se los sustrajimos a los primeros hacendados que se asentaron por aquí. ¿Acaso íbamos a esperar que nos los ofrecieran?

Esto ya no nos gusta tanto. Sustraer es una acción dudosa... Sustraer no es bueno, los demás indios no lo hacen. Estos guajiros, sí.

¿Por qué? ¿Se habrán visto obligados a ello? ¿O es un vicio inculcado en su raza? ¿Acaso lo consideran natural, acaso lo practican todavía?

Ka'laírra prosigue, con mayor seriedad:

—La aparición del ganado entre nosotros fue una consecuencia de la invasión de los blancos, hacendados, ganaderos, que establecían sus hatos en el territorio tribal guajiro. En esos hatos había ganado que se escapaba... los guajiros lo recibíamos con hospitalidad, y lo encerrábamos en nuestros propios corrales. ¿No te parece lógico?

—Bueno, no tanto, pero sí.

Ahora entiendo. Si las tierras guajiras pasaban a los blancos, el ganado de los blancos pasaba a los guajiros. Era algo bastante natural, me parece, en ese ambiente y en esa época, y resultó aceptable. El pastoreo trajo grandes ventajas para estas comunidades. Los chivos y las cabras, por ejemplo, son considerados una riqueza, pues proporcionan leche, queso, pieles y además son animales fáciles de sustentar y mantener. Los burros, por su resistencia, son un excelente medio de transporte y de carga en estas regiones poco habitadas. El ganado vacuno les permite comerciar con su carne. Los caballos les proporcionan facilidad de traslado, les dan prestigio. Todos ellos son excelentes jinetes.

La voz de papá pone fin a mis cavilaciones:

—Ya vamos a llegar, prepárense.

Ka'laírra nos invita:

—Los voy a llevar a ver los animales que cuida mi hermano menor.

El jeep se detiene ante una ranchería que, aunque alejada y solitaria, da la impresión de ser moderna y confortable. Algunos ranchos son de cemento, otros de *yotojolo*, una varilla sacada del cactus seco. Todos tienen su buen techo de zinc, enramadas de palma sostenidas por postes de alambre.

Ka'laírra se precipita del vehículo con tanta velocidad que sólo Superloro logra seguirlo revoloteando, a la vez que chilla:

—¡Hola, hola, a comer, a comer!

Los morochos ya están en marcha, mejor dicho, en carrera.

Yo le pido permiso a papá, entrego a mamá una Maigua muy triste porque quiere acompañarnos... Y mamá me devuelve una Maigua triunfante que, obtenido el permiso, se encarama sobre mis hombros y me incita:

—¡Corre, corre, llegaremos primero!

En efecto, aventajamos a los morochos rezagados en explorar los alrededores, dejamos atrás a Superloro sorprendido, abordamos a todo tren una bajada, y por no haberlo visto a tiempo, derrumbamos a *Ka'laírra* a la vez que caemos sobre él y vamos rodando juntos un buen trecho cuesta abajo.

Bueno, ahora voy a decirles que estos guajiros no son tan dóciles, ni tienen muy desarrollado el sentido del humor. *Ka'laírra* creyó que esto había sido intencional. No hubo manera de hacerle comprender que perdí el equilibrio porque venía cargado con la niña y que de todas formas, no era sino un juego... Empezó a dirigirme entre dientes algunos improperios:

—¡*Kusina!* ¡*Alijuna!*

El término *kusina*, que anteriormente designaba un grupo indígena enemigo de ellos, hoy significa extranjero, quizás salvaje. *Alijuna* quiere decir “no indígena”, y también puede ser despreciativo.

Yo, por mi parte, le espeto con fuerza:

—Bruto, tapado, bicho...

Casi nos caímos a golpes...

Menos mal que la presencia de Muñeca, que reía y me aseguraba: “Tú corres mejor que un burro”, la voz burlona de Superloro: “Hola burro, hola burro”, y la llegada de los morochos asustados: “¿Qué hubo, se escapó el ganado?”, pusieron una nota cómica y aplacaron los ánimos. Pero todavía pienso quién pudo haber sido el individuo que pocas horas después, mientras yo estaba ensimismado admirando las constelaciones, desató cerca de mí una chiva brava que me agredió cayéndome encima a topetazos. Me dejó tan mal parado que tuve que acostarme clandestinamente sin poder dar las buenas noches a nadie, y di vueltas en la cama hasta la madrugada a pesar del bálsamo de tigre y de las hierbas medicinales que mamá se preocupó por aplicarme en sitio delicado... ¿Quién habrá sido, qué creen ustedes?

Por fin llegamos al pastoreo donde *Sawawa*, el hermanito, ya está reuniendo el ganado.

—¿Vas a regresar tan temprano? —le pregunta *Ka'laírra*, algo extrañado.

—Pensaba hacerlo. Los animales ya comieron bastante. Y yo, aún sin almorzar. Hoy, ni tú ni nadie me dio relevo.

—Por estar buscando a estos —contesta *Ka'laírra* señalándonos con poca amabilidad, aún resentido.

Nosotros estamos confundidos, pero *Sawarwa* nos salva con una frase solidaria:

—¡Hola gente! ¿Y ustedes almorzaron?

—Todavía no, ¡y con este calor, nos estamos desmayando!

—Lo mismo digo yo. Vengan, aquí tengo algo que les aliviará.

A la sombra de uno de los escasos árboles de la región, devoramos los dividive, las frutas del cacto y una fresquísima patilla, producto del conuco que el mismo *Sawarwa* cultiva ahí cerca, mientras supervisa el ganado. Con la dulzura de las frutas, hasta *Ka'laírra* se suaviza:

—Miren las reses. ¿Ven cuántas? Tenemos más de quinientas cabezas. Fíjense en la marca que todas tienen.

Las enseña en algunas de las bestias: dos círculos concéntricos, alrededor de un punto.

—Esta es la marca de nuestro clan, los Jaya, Gómez, que así nos llamamos los de la ranchería. Por aquí todo el ganado está marcado de manera que no se confunda.

—De otra forma, sería muy difícil cuidarlo —apoya *Sawarwa*. Por el tamaño y la voz se nota que es un niño de poca edad.

—¿Lo llevas también a otras partes?

—Seguro, cuando aquí se termina el pasto nos vamos para otro.

—¿Y tú te consideras un pastor?

—¿Un nómada?

Las preguntas son de los morochos. La contestación es de lo más apropiada:

—No, ni pastor ni nómada. Yo soy un guajiro andariego.

—¿Te la pasas en eso todo el día? —le pregunta Mor— ¿Cuántos años tienes?

—Tengo seis.

¡Apenas seis años y atendiendo tantas bestias!

—Aquí los niños trabajamos desde chiquitos, desde los cuatro años, aunque sea recogiendo leña o trayendo agua —informa con seriedad *Sawarwa*—. También elaboramos y utilizamos hondas para cazar aves, y sabemos poner trampas para atrapar animales pequeños, como lagartijas o iguanas.

—Temprano en la mañana —nos explica *Ka'laírra*— yo lo ayudo en los corrales de la ranchería. Me encargo de los caballos y mulas,

mientras él atiende a los chivos y ovejas. Otros ordeñan las vacas. Barrremos el corral y limpiamos los animales, vamos al pozo para que tomen agua, y luego él se los lleva donde haya hierba para que pasten. Tiene que cuidarlos, con el fin de que ninguno ande solo por entre los arbustos, ni se pierda, ni se quede sin pastar.

—¿Tú no lo acompañas?

—Antes, este trabajo lo hacía yo. Pero entre nosotros es costumbre que de eso se encarguen los más pequeños de la familia, a partir de los cinco, seis años.

—Y yo lo hago bien —asegura *Sawawa*—, siempre estoy alerta, sé dónde están el trupillo y las mejores hierbas, lo más cerca posible del rancho.

—¿El trupillo?

—Es una especie de cují, cuyas hojas y vainas consumen el ganado bovino y caprino. Las vainas son muy importantes en la estación seca, ya que al digerirlas las bestias obtienen parte del agua que necesitan. Y te diré más, con esas vainas la madre de mis hermanas prepara una excelente sopa.

—¿Quién es la madre de tus hermanas? —me extraño.

—Por supuesto, es mi mamá. Lo que pasa es que es costumbre, entre nosotros, no utilizar términos directos de parentesco, sino nombres de figuras cercanas.

—¿Y qué es eso del relevo que dijiste antes?

—A veces viene alguien para relevarme, así puedo ir a la casa a almorzar completo, y descansar un rato.

—¿Y si no viene nadie?

—Pues no hay relevo —sonríe— ni almuerzo. Como hoy...

—¿No comiste desde el desayuno?

—No, sólo me quité la sed con frutas.

—¿Por qué no ordeñas algún animal y bebes la leche?

Responde con sorna:

—Bueno, sólo si fuera a morirme de hambre... Pero no acostumbramos hacer eso, a los animales se les ordeña al regresar al rancho... Y además, hoy desayuné.

—¿Qué desayunaste?

—¿Cómo, qué desayuné? —la pregunta le extraña— Lo de siempre: una totuma de chicha, un pedacito de queso de cabra y papelón.

—¿Con eso estás desde la mañana?

—Desde la madrugada —puntualiza *Ka'laírra*—, con eso estamos todos. ¿Y ustedes?

Casi nos da vergüenza enunciar los elementos de nuestro acostumbrado desayuno criollo:

—Huevos, caraotas, arepas, pan tostado, nata, jugos de fruta.

—¡Buen provecho! —celebran los hermanos guajiros— Pero... ¡A que nosotros les ganamos en la cena!

Y así fue.

Regresamos a las rancherías en un solo gran grupo, vacunos, ovinos, mulas, caballos y muchachos. El primer cuidado fue para el ganado: algunos hombres en guayuco, a torso desnudo, ordeñaron las vacas por segunda vez, luego las dejaron sueltas. Las mulas y caballos fueron introducidos en los corrales, y los animales jóvenes aún lactantes en otros más pequeños, con grandes paredes de cactus. Se nota que los *Wayuu* los atienden bien, y saben aprovecharlos para su subsistencia.

En efecto, en el centro de la larga mesa alrededor de la cual nos sentamos en sólidas sillas de cuero de vaca, está dispuesta tanta variedad de quesos y tan sabrosos, que no se ven ni en los mejores mercados de las ciudades: quesos blancos, amarillos, duros, suaves, de mano, de cabra, de chivo, al ajo, a la pimienta, cuajada, el célebre *kojosu* o leche fermentada, mejor que el yogurt citadino. Todo esto acompañado por platos humeantes de yuca, sorgo, frijoles, jojotos, tortas, arepas y arepitas, bollos. Y para completar, unos pollos carnosos y de buen sabor. ¡Qué diferencia con los pollos criados artificialmente, llenos de agua, que consumimos en la ciudad!

Sin embargo más que la comida, nos llama la atención la integridad y pulcritud de los *Wayuu* alrededor de la mesa, y la prestancia de las mujeres. Sobre las coloridas faldas de flores, tan típicas en los hombres guajiros, ellos llevan camisas criollas de mangas largas, y anchas fajas tejidas en llamativos colores. Ellas visten, todas, el traje típico llamado “manta”: unas batas muy amplias, largas hasta el suelo, para cuya confección se necesitan varios metros de tela, prensadas en torno a la cintura y con holgadas mangas. Estas “mantas” en telas de gran colorido teñidas con los célebres tintes *wayuu* en tonos violetas, verdes, amarillos, rojos, anaranjados, distintas las unas de las otras, son una fiesta para los ojos, y las Guajiras las lucen con una soltura envidiable. Algunas llevan pañuelos o vistosas bandas de colores

cruzando su frente. Completan el ajuar zarcillos, brazaletes, collares de muchas vueltas y las características sandalias adornadas en la parte delantera con motas o pompones de lana, generalmente rojos. Éstos protegen los dedos de sus pies de las espinas y otros objetos cortantes, además de tener un valor estético.

Las damas lucen tan elegantes que casi nos intimidan. Todos pensamos: ¿cómo se las arreglará mamá, con su escasa ropa toda ajada? Cuando llegamos, en la ya débil luz del atardecer, no la vemos entre las mujeres, y mientras comemos, empezamos a cavilar:

—¿Dónde estará mamá, se habrá escondido por pena, será que no va a presentarse en la cena?

Al rato nos extraña la familiaridad de Superloro con una guajira. Juega con las anchas mangas de su traje que le llegan hasta la muñeca, le conversa, se deja mecer en su dedo tendido.

—¡Qué raro! —exclamamos, hasta que nos damos cuenta, los cuatro hijos a la vez, de que aquella señora es mamá, y corremos a abrazarla.

Resulta que Carmen, al llegar, se había puesto una falda y una camiseta blanca, lo mejor de su equipaje, que nunca quiso lucir entre los otros indígenas porque le parecía “demasiado ciudadano”. Pues aquí se encontró con que, según papá, aquello no estaba a la altura de la vestimenta de sus anfitriones. Fueron entonces los dos juntos a uno de los talleres de la ranchería, donde las mujeres hilan en telares y tejen con agujas. Allí él le compró a ella una deslumbrante manta guajira, con caprichosos zarcillos y fantasiosos collares de semillas negras y piedras pulidas, que cambiaron por completo el aspecto de nuestra madre.

En este momento nos sorprende una pícara pregunta de *Ka'laírra*, que nos guiña el ojo:

—¿Cuál les parece la más bonita de mi ranchería?

—¡Difícil contestar! —admito.

—Seguro que esta noche vas a soñar que eres un *wayuu* poderoso, dueño de pozos de petróleo en Maracaibo, pero de golpe te cansas de todo y regresas a tu rancho donde espera “ella” envuelta en su manta y sus collares —inventa Mor.

—Nosotros no actuamos así —objeta *Ka'laírra* que ha captado la intención.

—¿Y cómo, entonces?

—Pues nos llevamos a la mujer. Es nuestra, nos ha costado cara.

Habíamos oído de esta costumbre guajira, pero creíamos que pertenecía al pasado, como las chozas.

—Veo que están mal informados... No habrá tal vez chozas, pero lo otro existe, lo bueno y lo malo.

—¿Y lo de comprar a la mujer, es bueno o malo?

—Bueno, bueno, por supuesto, como todo lo que se refiere al sexo femenino... Además no se trata de comprarla realmente. Es costumbre que cuando uno quiere llevarse por esposa a una joven hermosa y trabajadora, debe obsequiar a la familia de ella con algún regalo.

—¿Como qué? ¿Flores? ¿Manjares? ¿Joyas?

—No propiamente... una o dos docenas de vacas sirven mejor al caso, de verdad... y mejor si van acompañadas por algunas cabras, ovejas, ron, algodón...

—¿Y si uno no tiene vacas?

—¡Ay, ay, si no hay vacas, el matrimonio no se hace!

¡Qué divertido es *Ka'laírra* con sus razonamientos pícaros y filosóficos a la vez!

Me gustaría preguntarle acerca de la venganza, la terrible venganza guajira, que aunque sea casi siempre el último recurso cuando fracasa la negociación, ha diezmado familias enteras, y que se renueva en cada generación. Pero no me atrevo... tengo presente su reacción y el episodio aquel de la caída... banal, pero significativo.

Después de la cena nos reunimos todos en la *lumá*, la enramada que se utiliza para descansar, conversar y recibir visitas. Nos sentamos en los tures de cuero de toro negro bajo el refrescante techo de *yotojoro* y palma, porque van a llegar los *jayéechi*. Se trata de algunos hombres, ancianos, adultos y jóvenes que recitan los *jayéechi*, o cantos tradicionales del pueblo guajiro. Es una ceremonia austera y grave, pero a la vez propiciadora de una extraña calma y serenidad. ¡Imagínense que hasta el ganado doméstico figura en esas canciones épicas! ¡Qué desaliento no poder entender lo que dicen! Mi frustración aumenta cuando pienso que el *wayuu* es uno de los idiomas indígenas que más fácilmente se podrían aprender porque este pueblo es muy accesible, y hay tantos guajiros, casi la mayoría de la etnia, trabajando y estudiando en nuestras ciudades! Transmitir su propio idioma a la juventud citadina los beneficiaría también a ellos,

les impediría olvidarlo, como lamentablemente les está sucediendo a muchos, que no lo han enseñado ni siquiera a sus hijos y nietos.

Los morochos piensan lo mismo:

—¡Qué necios fuimos en no hacerle caso a papá, cuando nos decía que estudiáramos por lo menos un idioma indígena antes del viaje!

¡Y nosotros, siempre ocupados con el béisbol, los patines, la Internet! ¡Por eso perdimos la oportunidad!

—El béisbol y los patines no son malos —papá nos ha oído— son deportes, y tienen su valor. Internet es un medio de información y una fuente de conocimientos. ¿Pero saben ustedes distribuir su propio tiempo, de manera que les alcance para todo? En cuanto a la oportunidad, si aún quieren, no la han perdido. *Jashichi* me dijo que un sobrino suyo, *Epieyu Pushaina*, está estudiando Idiomas Modernos en el Instituto Universitario Pedagógico de Caracas. Él sería un magnífico profesor para ustedes.

¡Qué buena noticia! Esto nos alivia un poco la amargura de oír algo que parece tan interesante y emocionante, y no entender nada! Ni siquiera *Jashichi* y *Ka'laírra* nos pueden ayudar.

—No podemos traducirles —dice *Jashichi*— los *jayéechi* son muy complicados. Son la expresión fundamental de la cultura *wayuu*, como si dijéramos nuestros propios libros de ética e historia.

—Sobre nuestras tradiciones no tenemos nada escrito. Todo se transmite de generación en generación mediante los *jayéechi* —agrega *Ka'laírra*.

—Pero ¿por qué no tienen nada escrito? —el que pregunta es Mor, y se lo agradezco.

Yo también estaba pensando hacerlo pero no me decidía. Las culturas de los naturales tienen momentos de tanta dignidad que uno no se atreve a importunar:

—¿Por qué ustedes, que parecen ser más despiertos, más transculturizados que los demás indígenas, no le han dado forma escrita a su historia, tradiciones, patrimonio cultural?

—La nuestra es una lengua puramente oral. No existe la escritura. Todo se confía a la memoria.

¡Qué contestación más sencilla, y extraordinaria a la vez! Estas son las grandes contradicciones, inexplicables. En pleno siglo XXI, con viajes interplanetarios, electrónica, computadoras, celulares, existe

una comunidad indígena tan desarrollada y consciente como muchos grupos de criollos. Mantienen celosamente el recuerdo de su pasado, mitología, procedencia, conflictos, migraciones, hazañas, y el de sus héroes; los *ayútsbio* o sacerdotes, lo transmiten fielmente... pero, ¿no lo saben escribir! ¿O acaso es que no quieren hacerlo? Porque, cavilo, ellos saben escribir y leer el español, pero no su propia lengua... Casi no lo comprendo, es inexplicable.

—Sin embargo, puedo decirte que en estos últimos años los antropólogos han inventado, para la nuestra y otras lenguas indígenas, una escritura paralela, que les permite tomar notas y luego publicar sus observaciones y vivencias entre nosotros, en nuestro idioma, y luego traducirlas al castellano. Ya hay algunas obras publicadas, especialmente narraciones —aclara el joven guajiro, y exclama con rabia—, ¡pero es frustrante pensar que casi todo lo nuestro lo han recogido, escrito, publicado, los demás, esos *alijuna*, no nosotros mismos!

—¡Eso vale para ti! —observan los morochos—. Si quieres ser antropólogo tienes que aprenderte bastantes idiomas para poder conocer a cada comunidad, ¡y hasta las escrituras ficticias!

—Por supuesto —*Jashichi* considera esto normal—. ¿Qué antropólogo serías si no hablaras nuestro idioma? Los improvisadores no nos sirven. Nos visitan especialistas de muchos méritos, de varias nacionalidades, que están investigando el origen y las manifestaciones de nuestra cultura. Todos ellos comprenden y hablan la lengua *wayuu*.

¡La faena que me espera no es poca cosa!

—¡Hay luna llena, hay luna llena! —se acerca *Ka'laírra*, que repite dirigiéndose a nosotros los muchachos—: ¡Amigos, hay luna llena!

Me da la impresión de que quiere añadir algo más, trato de animarlo.

—Hay luna llena... ¿y qué más?

—Con la luna llena, si tenemos suerte, podemos ver el reflejo de *Jepirra*, el cielo de los *Wayuu*, en las arenas del río... —y luego de titular un poco, agrega—: ¿Quieren ir?

Nos ponemos en camino aceptando con el mayor entusiasmo, contentos con esta proposición que nos va a acercar al mundo espiritual, legendario, de los *Wayuu*. Muchos de ellos conservan esta tradición ancestral y dicen ver, durante el plenilunio, un reflejo del más allá. Sus muertos más queridos bajan de *Jepirra*, el cielo o paraíso, y se

acercan a las márgenes del río para saludar a los familiares a quienes a veces anuncian sucesos futuros, si tendrán un buen año o si la sequía será fuerte.

Marchamos durante media hora en una impresionante soledad, acompañados por *Ka'laírra* y dos muchachas, *Urimana* y *Karuna*, que al caminar sobre la arena dejan la huella ondulante de sus largas y coloridas mantas. La luz de la luna es tan clara y brillante que permite ver claramente los alrededores. El río es pequeño, apenas un arroyo, con riberas arenosas de color ocre brillante. Nos sentamos allí y comenzamos a observar.

—Mira, mira —exclama Mor—, ¡un *wayuu*, veo su rostro!

—Es una mujer —objeta Ocho—. ¡Viene en un barco!

Como no logro ver nada, callo. Creo que están mintiendo. De pronto surge de la arena una forma caprichosa. Se dibuja una figura de mujer: joven, sonriente, bellamente ataviada.

—¡Es la hija de mi madre! —grita *Ka'laírra*— ¡Hola, hermana! En *Jepirra*, los nombres de los muertos no se mencionan.

Desde el cielo *wayuu* la muchacha sonríe al hermano y lo saluda con cariño. Se llamaba *Walika* y murió hace un año, según me entero luego.

El río, que se llama *Burate*, parece detener sus aguas. Se hace un silencio profundo. *Ka'laírra* se incorpora, tiende los brazos hacia la imagen femenina, la cual intenta acercarse a él, pero de pronto, desaparece. Vuelve el chapoteo de las aguas, un búho canta a lo lejos. *Urimana* y *Karuna* emprenden el regreso, con *Ka'laírra* entre ellas. Todos caminamos en silencio.

La luna aún estaba alta en el cielo, cuando oímos rugidos distantes, luego acallados por el eco de una extraña melodía. Creo comprender el sentido de las frases concitadas que las dos muchachas dirigen a *Ka'laírra*, en las cuales sólo distingo la palabra "*Oramán*".

—Es él, ya volvió, debemos apresurarnos, quizás reúna a los *Wayuu* esta misma noche, vamos, rápido.

—¿Quién, quién es, quién toca la flauta con tanta maestría?

No nos contestan, aceleran el paso. Súbitamente una figura se recorta delante de nosotros, al contraluz de las estrellas. La tupida cabellera adornada por plumas esconde su rostro, desde su pecho serpentinadas de collares lanzan brillantes reflejos. El mágico instante se eterniza. Arrecian los rugidos, una manada de tigres y cunaguaro atraviesa la vía, indiferente a nuestra presencia. Cuando tratamos de

aproximarnos, dirigirle la palabra, el misterioso caminante ha desaparecido. Nuestros amigos *wayuu* prosiguen aún más apresurados, las jóvenes han recogido sus largas faldas para poder correr. No nos hablan, no contestan nuestras preguntas, se alejan de nosotros al divisar el rancho.

Después de esto no les cuento más nada, porque fue cuando, al demorarme en el patio de la ranchería para meditar admirando el paisaje nocturno, sucedió lo de la chiva... prefiero callar e irme a dormir.

Despertamos temprano con la intención de visitar los talleres de los guajiros, donde hay maestros, capataces, obreros y aprendices. *Jashichi* y su sobrina *Yuraima*, una hermosa joven de ojos esplendorosos y delicada facciones, nos acompañan. Están muy bien organizados: aunque sean pequeños, no tienen nada que envidiarle a la fábrica de zapatos que ha montado un italiano en El Valle y que se considera un modelo, ni a los telares del español, ni a la fábrica de camisas del portugués, ni a la pantalonería que tiene mi padrino en La Yaguara, sitio donde he observado actividades parecidas a estas.

¡Esto parece una colmena! Son las seis, empieza la jornada. En los cobertizos los guajiros llegan, saludan,... ¡y manos a la obra!

—¡Cuántos telares! ¿Y por qué son diferentes? —se extraña Mor.

—¿Chico, no ves que aquí están especializados? Tienen telares de distintos tamaños según lo que quieran producir: hamacas, de tejido muy tupido; chinchorros, de tejidoabierto, parecido a una red; fajas de hombres, fajas de pensar el sobrecincho. Y además, también suelen tejer adornos para caballos, mulas y burros. Es un buen negocio, son muy requeridos —papá se luce.

—Estamos pensando ampliarnos y abarcar también el campo de adornos para mascotas, perros, gatos, conejos, pájaros —agrega, complacido, *Jashichi*.

¡Qué buena idea! —me regocijo— voy a conseguir para mi loro una de las cintas de algodón con las que se amarran las alpargatas, tipo zapatillas, tan comunes en la Guajira. ¿Pero él la aceptará?

—Y en los otros cobertizos, ¿qué hacen?

—Montones de cosas: mantas, cobijas, alfombras.

—Y ahora, vengan a ver a las alfareras.

Mientras los telares son operados por hombres y mujeres jóvenes, las alfareras son todas mujeres mayores, envueltas en unas mantas que nos parecen viejas y descoloridas, comparadas con las que llevaban

las guajiras de la ranchería. Deben ser batas de trabajo. En efecto las ancianas trabajan afanosamente, como presionadas.

—¡Fíjense qué lindas vasijas elaboran! ¡Con qué sugestivas figuras las adornan!

Nos damos cuenta de que a mamá le gustaría mucho tener una de aquellas vasijas para su cocina, pero en este momento, frente a *Jashichi* y su sobrina, no nos atrevemos a comprarla para no ponerlos en la difícil situación de tener que regalarla. Pronto su entusiasmo se calma, cuando una de las artesanas le precisa, con toda naturalidad:

—Nuestras vasijas tienen mucha demanda, ya que se utilizan especialmente como urnas funerarias.

Mamá renuncia enseguida al deseo de tener una. ¡Está resuelto el problema!

Proseguimos hacia el cobertizo del cuero y de la madera. Allí producen bolsos, zapatos, collares, y también los *lanía*, es decir, talismanes o amuletos.

—¿Serán efectivos de verdad?

Aseguran que sí y nos proveemos de algunos para el resto del viaje, prometiendo que tendremos cura y confiaremos en ellos, como nos exigen.

—Y ahora, continuamos para las fábricas de queso, aquí cerca —nos insta papá, con su cámara en plena acción.

¡Qué variedad de quesos y de gente ocupada en elaborarlos, envolverlos, despacharlos!

—Nosotros somos regulares productores de queso —explica el maestro *Jayaliqui*, con una modestia que nos impresiona—. Vendemos anualmente varios quintales.

—¿Todo ese queso lo hacen aquí?

—El que se vende, sí.

—¿Y los tapices, los lindos tapices guajiros, multicolores, que adornan las casas de Venezuela y Colombia, y han sido llevados al extranjero?

—Más retirado tenemos el taller. Es un taller-escuela, donde algunos ancianos enseñan a los más jóvenes, para que no se pierda el arte de nuestros antepasados.

—También tenemos talleres modernos —agregan— con instrumentos y máquinas que nos ahorran mucho trabajo.

—¿Cómo lograron montarlos? —pregunto.

—Pues —*Jashichi* y *Ka'laírra*, que nos han alcanzado, para sustituir al tío quien al llegar al último se retiraría llevándose con él a nuestros padres, se intercambian una mirada cómplice— con créditos del Estado. No somos los únicos. Varias empresas los han recibido.

—¿Y los devuelven?

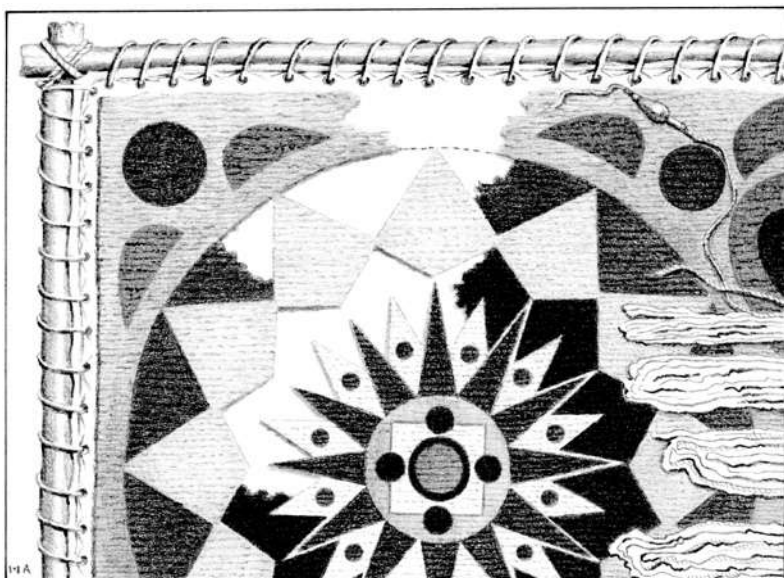
—Los devolvemos puntualmente —contestan a una voz, intercambiándose una sonrisa socarrona.

Papá, como nos confiará después, empieza a sospechar que esos modernos talleres son una avanzada criolla, y que algunos funcionan como pequeñas empresas capitalistas. Por eso indaga:

—¿Y los otros productos se elaboran todos aquí mismo? Es decir, ¿la gente es empleada aquí para trabajar, o trabaja también en su casa?

Recordamos haber visto, a lo largo del camino, algunas mujeres sentadas o en cuclillas, ocupadas en hilar con el huso y tejer con agujas. Elaboraban con un tipo de crochet carteras de varios tamaños, para hombres y mujeres, y también las bolsas típicas en forma de redes que usan para transportar ollas, recipientes de agua y objetos.

—Entre nosotros lo que se acostumbra es el *yanama*, o labor comunitaria. Pero algunos guajiros, especialmente las mujeres, trabajan en la casa, y nos traen su producción que se les compra.



Esta aclaratoria nos inquieta. Nos da la impresión de que no hay libertad de trabajo entre los guajiros, como la había en todas las otras etnias. ¿Acaso entre ellos existe la explotación? ¿Habrá grupos de explotadores que monopolizan la industria guajira, en perjuicio de los más humildes?

—¿Qué hacen luego con todos estos productos? —indago.

—Tenemos vendedores, que llevan la artesanía guajira a Maracaibo, a Caracas, a las islas del Caribe.

Nosotros mismos recordamos haber visto, en varios sitios de nuestra ciudad y especialmente en Las Mercedes, varios bancos con tapices, fajas, trajes y sandalias Guajira.

—O también —prosigue *Ka'laírra*— los llevamos a Maicao —se ríe guiñándole el ojo al encargado del taller.

¡Maicao, en la frontera con Colombia, que ellos cruzan a menudo! Este nombre, que ya conocíamos, nos suena a aventura, a modernos filibusteros, a contrabando. En Maicao se consigue whisky, cigarrillos, perfumes, rifles, armas, ¡hasta droga! Viene de las frescas montañas cercanas a la altiplanicie bogotana, donde se cultiva marihuana y coca, plantas propias de las frías alturas. Sabemos que en varias áreas de la península Guajira se trafica con marihuana junto con cocaína y otras sustancias narcóticas, de las cuales ilegalmente se envían grandes cantidades al extranjero por vía aérea y marítima. ¡Hay tantos pequeños puertos en La Guajira, y más de cien pistas de aterrizaje clandestinas!

Maicao, así como Maracaibo, alberga dos poblaciones *wayuu*: una residente y otra flotante, que va en busca de trabajo, atención médica, a veces contrabandeando o huyendo de sus enemigos. Es decir, son fuentes de empleo, y refugio. A ambos lados de la frontera venezolano-colombiana hay tiendas que proveen a los indígenas de alimentos, rollos de tela, cigarrillos, kerosene, linternas. Los propietarios, mestizos y bilingües, dueños de empresas comerciales y del transporte con camiones, tienen importantes conexiones y por eso, ventajas económicas y políticas.

Empezamos a convencernos de que los *Wayuu* son algo manipuladores. Lo cierto es que algunos de ellos son relativamente pobres, viven al margen de la mera subsistencia. Otros, en cambio, poseen bienes considerables, que provienen de la ganadería (el número de cabezas de ganado que poseen, es el indicador de su riqueza), de

actividades comerciales y del contrabando, que practican desde la colonia. Nosotros mismos, en el trayecto, observamos cómo la mayoría de los guajiros monta mulas o burros, pero algunos jinetean altanaramente excelentes caballos, gozando de la admiración que aquí se le profesa a la figura romántica del guajiro que cruza sus tierras con hidalguía cabalgando un pura sangre adornado con fajas, bolsas y bandas multicolores, y quizás armado, o con un manto de algodón o seda sobre los hombros. Otros, en fin, poseen camiones y toda clase de vehículos. Deben existir entre ellos remarcables desigualdades. ¡Esos guajiros se las saben todas! Son realmente distintos de los demás indígenas, tan diáfanos y apacibles. Tenemos la sospecha de que demasiado acercamiento a la civilización, ha contaminado esta etnia. Quisiera hacer un comentario mordaz, pero el recuerdo de las coces de la chiva loca me calla a tiempo.

Los morochos, que nos han precedido, nos llaman con alegría hacia el último cobertizo, donde hay instrumentos musicales: desde el típico vibráfono que utiliza como caja de resonancia la cavidad bucal, hasta el *talirai*, violín guajiro, pasando por numerosas flautas, y el tambor de piel de oveja o de cabra en ambas caras, llamado *káaschi*.

Y ahora, ¡otra novedad! ¡Este impredecible *Ka'laírra* es un músico de primera! Con el vibráfono y con el *talirai* nos da una demostración de virtuosismo que nos deja impresionados. Celebro esta habilidad, que merece toda mi admiración, con palabras de elogio. Pero él las recibe con gran humildad:

—No es nada, todos nosotros lo sabemos hacer.

—¿Saben tocar así los 100.000 guajiros de Venezuela, y los 20.000 de Colombia? ¡Serán ustedes un pueblo de pájaros!

—Pues casi lo somos, todo buen guajiro es un virtuoso —y asomándose fuera del cobertizo—: ¡*Sawawa*, ven, acércate para que te oigan!

El pequeño *Sawawa*, que pasa por ahí cerca con su ganado, viene hacia nosotros. Tiene en la boca un vibráfono y lo toca tan bien como su hermano.

—Oye, *Ka'laírra* —me atrevo a dirigirle una pregunta que hace rato me venía dando vuelta—, ¿qué haces durante el día, mientras tu hermano pasta el ganado?

—Acompaño a mi tío en todo —nos explica—. Así aprendo. Entre nosotros, como habrán visto, no hay escuelas.

—¡Qué comodidad, qué alivio! —subrayan los morochos.

—No tanto, porque los que nos enseñan son nuestros tíos, y éstos no se cansan nunca. Con ellos no hay receso, ni días libres, ni vacaciones! A mí me dejan flojear un poco ahora para acompañarles a ustedes, pero luego...

—¿Entonces ese rol de educador corresponde al tío, y no al propio padre?

—Dentro de nuestra organización tradicional, de tipo matrilineal, el hermano de la madre es el responsable de la educación de sus sobrinos. Es porque a través del tío no hay duda sobre la descendencia sanguínea directa. El hermano de tu madre tiene tu misma sangre, eso es indiscutible.

—¿Y el padre, no se siente desplazado?

—El padre, a su vez, tiene otros sobrinos a quienes educar.

—¿Qué te enseña tu tío?

—¡Todo y de todo! Es necesario que yo conozca los trabajos que se desarrollan en los talleres, para poderlos dirigir algún día: por tanto, soy tejedor, talabartero, lechero, quesero, alfarero, músico. También tengo que ser buen nadador y excelente jinete, con el mejor estilo. Luego debo saber de ventas, compras, cálculos, porcentajes, intereses, en fin todos los rudimentos del mercadeo, y oigan, aquí no está permitido ayudarnos con calculadoras ni con computadoras: ¡puro cerebro y rapidez! Además, es preciso conocer los clanes, su ubicación, las carreteras, los caminos, los árboles, los animales, hasta el cielo con las estrellas. Debo añadir que me imparten nociones de medicina, botánica y química aplicada.

—¿Tantas cosas?

—Eso y más. También debemos aprender los *jayéechi*, dominar el idioma español, la geografía de Venezuela, su historia, lo mismo que las de Colombia, la cuestión de los límites, los tratados. Sabrás que recientemente se ha traducido y publicado la *Constitución de la República Bolivariana de Venezuela* a nuestro idioma autóctono, el *wayuunaiki*, y debemos conocerla en los dos idiomas, y de memoria.

Empieza con énfasis:

—*Tu Laulaasukaa Putchi Sulu'u Oumainwaa Mulu'usukalu Woliwariaana Wenesueela...*

Lo escuchamos atónitos ¡Y eso que no hay escuelas! Pero no ha terminado:

—Para colmo —agrega—, ahora mi tío ha decidido complementar la formación de los jóvenes guajiros con algunos idiomas extranjeros. Cuando regrese mi primo, que fue a la capital a estudiarlos y luego quizás viaje al exterior para perfeccionarlos, tendré que fajarme yo a aprender unos cuantos, comenzando por el inglés, siguiendo por el chino...

Se aprieta la cabeza entre las manos, y da muestras de desmayarse. Nuestros brazos, prontamente y entre risas, lo sostienen.

—¡Qué buenos amigos! —reconoce animado.

—¿Y tu hermanito? —pregunto con curiosidad.

—Después de mí, le tocará a él. Lo mismo. Aquí no se salva nadie. Siempre habrá otro hermano pequeño para el ganado, o si no un sobrino, o un nieto.

—Queremos saber algo más. En esta sociedad de tipo matrilineal, como tú mismo dices, ¿qué tipo de educación reciben las mujeres?

—También las educan, aunque no les enseñan tantas cosas. Sin embargo para ellas la vida es más dura, porque no les dan libertad de salir a ninguna parte.

—¿Cómo se las arreglan para encontrar marido? —pregunto yo, recordando que mis compañeritas de escuela asocian la libertad de movimiento que les proporcionan los estudios, con la posibilidad de conocer a los jóvenes.

—Oye, Filatelio, aquí tenemos unas fiestas tan buenas que si vienes, hasta tú conoces a la chica de tus sueños y te casas ahí mismo.

Se me presentan enseguida la sonrisa invitante, la cabellera azabache, los grandes ojos fulgurantes de la hermosa *Yuraima*:

—¿Qué fiestas? —pregunto con interés.

—La chicha maya, el *Ayonajá* y el *Kóulayawaa*, o baile de las cabritas. ¡Qué nota! ¡Vengan algún día!

¡Quisiéramos poder aceptar la invitación!

Los morochos y yo confabulamos un rato. Como vemos a *Ka'laírra* en tan buena disposición, pensamos preguntarle por algunas cosas que nos intrigan.

Empieza Mor, directo:

—¿Qué es eso de la venganza guajira?

El joven, sin titubear, nos mira de frente:

—Es que aquí, no se le perdona nada a nadie. Ni ofensa, ni abuso, ni desprecio. Nada a nadie, ¿me oyes? Ni se le perdona, ni se olvida.

—¿Ni siquiera entre ustedes?

—Empezando por nosotros. La muerte se paga con la muerte, es la ley guajira. No se olvida ni se perdona. El que no venga su propia sangre, no es *wayuu*. Los guajiros cobran con la vida cualquier afrenta, y si alguien les mata a un ser querido o éste muere por negligencia debida a alguien, esa persona lo paga con la muerte. Sólo a veces, mediante negociaciones entre los clanes, se logra compensar económicamente algún hecho de violencia. Pero a la vez tenemos otra tradición: los mismos guajiros deben pagar con dinero en efectivo cada gota de sangre que alguien derrame por su causa. Si en una riña, el perdedor resulta herido por un rasguño o un puñetazo, al vencedor guajiro le corresponde cancelar una suma cuantiosa o regalarle una vaca. Así mismo, si hay algún accidente.

Y después de una pausa que nadie interrumpe:

—¿No han visto, camino hacia acá, la quema de un rancho? Bueno, eso lo demuestra.

Habíamos visto, en realidad, unas llamas a orillas de la carretera, detrás de una empalizada de cactus y cardones, pero no habíamos pensado que se tratara de una vivienda en llamas, y menos que el fuego fuera intencional.

—A mí no me parece eso muy cristiano —objeto finalmente.

—No será cristiano —*Ka'laírra* es tajante—. Pero es guajiro.

Esta frase manifiesta el orgullo de ser *wayuu*, que ellos tanto cultivan.

—Y resuelve muchos problemas —agrega después de un ligero titubeo.

—Aunque crea otros.

—Yo en cambio creo que los aleja —insiste, y nos observa desafiante.

No hallamos qué decir. No estamos suficientemente preparados para argumentar con los indígenas. Todos, y especialmente estos guajiros, tienen una fe absoluta en sus tradiciones, y las defienden aunque sean discutibles. Para poder razonar con ellos habría que tener conocimientos firmes. Sería necesario haber captado su mundo espiritual y su identidad. Me voy dando cuenta de que ser antropólogo no es nada fácil. Haría falta una sólida preparación, en muchos campos, y

una gran inteligencia. O quizás tener la viveza —recuerdo con cierto regocijo— de aquel marabino que, según una noticia publicada en el diario *Panorama* que había comentado papá antes de iniciar el viaje, visitaba distintas comunidades guajiras, les buscaba pleito, se hacía dar golpes y puñetazos, y al quedar herido reclamaba su pago. Siempre lo obtenía, llegando así a reunir millones.

—Hemos sabido que últimamente los *Wayuu* han formado escuadrones de vigilancia, un cuerpo de policía especial llamado “*Poliwayuu*”, ¿es verdad?

—¡Verdadita! —enfatisa *Ka’laírra*— Y es un cuerpo muy eficiente, que ha tenido gran aceptación. Los vecinos están satisfechos porque antes había tremenda delincuencia y la vigilancia era demasiado costosa e ineficaz.

—¿Y ahora, las cosas mejoraron? —pregunto con curiosidad.

—Todo ha mejorado. Nos pagan poco, pero nos ganamos el respeto y el cariño de la comunidad. El escuadrón “*Poliwayuu*” hace constantes rondas diurnas y nocturnas en monopatines o en pequeñas bicicletas, con una linterna y un rolo de madera.

—¿Qué te parece? —dice Mor— no necesitan ni las armas de reglamento.

—Con nosotros los guajiros, los hampones no se meten. Nos temen. Nosotros somos uno, el que ofende o agrede a un *wayuu*, lo paga con su vida.

—Acuérdate del “ojo por ojo” —replica Ocho.

Tal vez no sea el caso de hablar de eso, pero reconfortado por las sensatas explicaciones que el joven guajiro ofrece a tan curiosos episodios, me atrevo a lanzar la última pregunta:

—*Ka’laírra*, ¿quisieras hablarnos de *Waláa*?

—¿Podríamos verlo? —apoyan Mor y Ocho.

—¡Eso sí que no! —un grito, un salto hacia atrás, un puñetazo en el aire manifiestan su desagrado. ¡Y eso que dicen que los indígenas en general, y los *Wayuu* en particular no suelen ser descorteses, aún en caso de molestarse! Quizás esta reacción tan violenta se debe a la marcada aculturación del clan de *Ka’laírra*.

El *Waláa* es un fetiche de oro que influye en la suerte de quien lo posea, permitiéndole aumentar su riqueza y poder. De probable origen chibcha, lo utilizan también como árbitro de la guerra y de

la paz. Poseerlo da un inmenso prestigio. Sabemos que la familia de *Ka'laírra* guarda uno, grande, de oro puro.

—Eso sí que no —repite—. ¡*Kusina!* ¡*Alijuna!* —y luego en español— ¡Ustedes, extranjeros atrevidos!

Un poco apenados, ofrecemos una disculpa por nuestra osadía, y callamos definitivamente. Este incidente nos hace reflexionar. Los guajiros, quizás los más integrados a la cultura nuestra, que visitan las ciudades, cruzan frecuentemente las fronteras, se benefician de los adelantos tecnológicos, de las influencias financieras y políticas y hasta hacen sentir su presencia en la Asamblea Nacional, son los que más recelan de nosotros, los que menos confianza nos tienen, los que aún aprovechándose de lo que podamos ofrecerles, en definitiva nos desprecian.

¿Fueron siempre así o quizás anteriormente manifestaban ante los criollos la natural aceptación que aún subsiste entre los indígenas menos evolucionados?

¿La altanería, la malicia, la desconfianza que no existen en las demás etnias indígenas son propias de ellos? ¿O será algo proveniente de nosotros, de nuestra conducta, lo que contribuyó a formarlas y a fomentarlas a través del tiempo? ¿Cómo se podría superar esta situación, apaciguar esos sentimientos?

Estoy confundido. A pesar de que luego *Ka'laírra* se disculpa y nos ofrece amistad, sus palabras resuenan por largo tiempo en mis oídos:

—¡*Kusina!* ¡*Alijuna!*

Eso es lo que me ha dicho. Y aunque estos términos no sean siempre despectivos, pues su significado depende mucho del contexto, a mí me suenan como: “¡Extranjero, presumido, ignorante!”. Eso es quizás lo que soy, lo que somos muchos de nosotros los criollos, los civilizados, tan adelantados en nuestro progreso, pero incapaces de una verdadera y eficaz aproximación a la cultura de los indígenas, de valorizar lo positivo, de hallar las razones de lo que nos parece negativo, de merecer su confianza.

Coro wayuu

*Wayuu solitario en la planicie,
con el sol a mi espalda camino.
Soy con el cardón, con la tuna,
uno mismo con la arena y la distancia.
La luna en las noches
me alumbra el sendero de los espíritus,
la luz de los ancestros me guía
con el rayo del Catatumbo,
mientras mis toscas sandalias
dejan su rastro que el viento borra
sobre la arena infinita,
y mi hermosa mujer ondula a lo lejos
con su bata de colores que brilla
y vuela como una mariposa,
sobre el polvo fugaz de las estrellas.
Wayuu solitario soy, solo con la luna,
camino con mi sombrero de palma
y llevo mis collares y amuletos
para que los antiguos tiendan sobre mí
su sombra protectora.*

*Wayuu solitario en la llanura,
sediento y solo, calcinado de sol,
cansado de tanta lejanía
espero llegar pronto a mi casa
y saludar a mi mujer y a nuestros hijos
que me esperan entre balidos de cabras.*

Los *Yukpa*, señores de la sierra

A medida que Tío Jeep avanza hacia las frías y húmedas alturas de la Sierra de Perijá, en dirección de Machiques y luego de *El Tukuko*, entre los árboles del mágico y boscoso lugar comienzan a divisarse pequeñas figuras morenas, de rostro armonioso, ojos brillantes y luminosos, cargando cestas y fardos: son los *Yukpa*.

Papá disminuye la velocidad mirando a todos lados hasta que por fin, apoyado a la portezuela de un grueso vehículo oscuro reconoce a su antiguo amigo el maestro Javier Armato, quien luce para la ocasión un espeso sombrero decorado con semillas. Armato nos conduce hasta un caney donde nos hace aparcour nuestro viejo jeep, que dejaremos al cuidado de su familia. En vista de que el camino para llegar a la gente que nos proponemos visitar es largo y agreste, nos llevará en su moderno rústico este nuevo amigo *yukpa*, que es además diputado, representante de su etnia ante la Asamblea Nacional y cuyo nombre, Armato, nos encanta porque, como nos explica, es el de una clase de pececito de río.

La conversación estalla animada, ya que todos participamos con numerosas preguntas, para aprovechar los firmes conocimientos del docente:

—¿Es cierto lo que dicen los cronistas, entre ellos Fray Pedro Simón, que en toda esta región los conquistadores quemaron los poblados y masacraron a los indios?

—Así fue. Como ustedes sabrán, pues deben haberlo estudiado en la escuela, poco después de comenzar la invasión de los conquistadores, en 1528, los Reyes Católicos otorgaron a los Welser, una compañía de acaudalados banqueros alemanes, una concesión para explotar y poblar todo lo que se llamó “Nueva Andalucía” o “Provincia de Venezuela”, es decir desde el Zulia hasta Sucre.

—¡Pero era casi toda la parte norte del país!

—Exacto, y ellos aprovecharon muy mal sus derechos. Hubo entre sus emisarios algunos muy sanguinarios, como Ambrosio de Alfínger, que fue nombrado primer Gobernador y Capitán General de la Provincia de Venezuela. Entre 1530 y 1540 Alfínger devastó una amplia zona entre Maracaibo y Coro en su frenética búsqueda de oro y de especias, pues arrasó, para explorarlo, el sur del Golfo, que se suponía entrada hacia la especiería, hacia el fabuloso Mar del Sur. Dio muestras de tan extremada crueldad, que su alma quedó aprisionada en estas tierras. Dicen que su fantasma a caballo, en armadura, aparece en las noches, arroja la lanza con la intención de traspasar a quien encuentra a su paso, luego se hunde en alguna ciénaga y allí desaparece.

—¡Qué escalofriante! Me recuerda la leyenda del fantasma de Lope de Aguirre que aún recorre las playas de la Isla de Margarita. ¡Menos mal que es aún de día! —comento apoyado por el número ocho.

Un silbido agudo se cuela en nuestro vehículo. Otro lejano le responde.

—¿Quiénes son estos paujies? —pregunta mamá sabiendo ya la respuesta.

—No somos paujies, somos el espíritu de Alfínger y el de Lope de Aguirre —revelan los morochos tratando de dar a su voz un toque tenebroso.

—Entonces son los fantasmas de dos angelitos —comenta papá riéndose.

—Venezuela es tierra de fantasmas —reflexiono pensando en las muchas almas atormentadas que pudieran vagar por nuestra historia tan violenta y azarosa.

El *yukpa* prosigue:

—En sus expediciones, Alfínger reveló un cruel ensañamiento. Sus lugartenientes diezmaron a los indígenas, destruyeron sus asentamientos. Los pocos sobrevivientes se dispersaron en la oscuridad de la selva, se escondieron en lo alto de los montes, buscaron refugio en la sierra de Perijá, donde por siglos vivieron temerosos, aislados, resentidos, mientras sus avances en el cultivo y su cultura retrocedían.

—La conquista fue, entonces, algo terrible para ellos.

—Sí, lo fue, quizás aún más que para otros aborígenes. Es imposible referirse al acontecer indígena sin mencionar el trauma, la fractura que causó el arribo de los descubridores, y casi inmediatamente después de los conquistadores. Fue como un volver a nacer de mala manera, como el comienzo de una segunda existencia, reconstruida penosamente sobre las cenizas de la primera.

—¿Y en ese caso los *Yukpa* lograron levantarse, alguien los socorrió, los antiguos colonizadores, pobladores, misioneros se ocuparon de ellos?

—Sólo los misioneros capuchinos intentaron acercárseles, ya en la segunda mitad del siglo XVIII. Pero poco después el torbellino de las guerras de Independencia los obligó a clausurar sus misiones. Los indígenas subieron aún más arriba en las montañas, vivieron reclusos en los bosques, aislados del mundo, y cayó en el olvido el conocimiento de los habitantes del territorio *yukpa*, que se siguió considerando zona hostil, impenetrable. Se bloquearon los caminos por siglos, sólo tuvieron lugar contactos esporádicos, violentos.

Después de una breve pausa que no nos atrevemos a interrumpir por el impacto que nos causa tanta injusticia, Armato prosigue con evidente frustración su relato:

—En esa huida, en ese forzoso destierro se perdieron hasta las trazas de nuestra antigua cultura: objetos y tapices con significados mágicos y religiosos, telas y códices que representaban nuestra manera de escribir. Nosotros antiguamente tuvimos una escritura, un modo de transmitirnos mensajes. Aquello se malogró. Muchos, hasta estudiosos y antropólogos dicen que no había una escritura indígena —el maestro parece hablar con cierto rencor— sin embargo, los abuelos recuerdan desde los tiempos más remotos nuestros

códices, nuestro calendario, todas nuestras tradiciones escritas en alguna forma de grafía.

—Pero con la violencia de la conquista todos esos grabados y escritos pudieron ser quemados —acota papá.

—Y más aún porque usábamos para escribir hojas y tejidos vegetales y sobre ellos estampábamos nuestras historias con pigmentos sacados de piedra molida, semillas o bejucos colorantes.

—Claro —reflexiono—, las cosas vegetales arden mejor que otras en el fuego.

Javier guarda un silencio digno y contesta con una especie de suspiro, mientras también su potente rústico parece suspirar por esos caminos tan áridos.

—Después de los conquistadores, los ganaderos que nosotros llamamos *watía*, un término resentido que significa “no *yukpa*”, empezaron a acosarnos. Poco a poco, los *watía* colonizaron las tierras bajas expropiando a los indígenas, y no logramos frenarlos a pesar de defendernos con repetidos ataques en forma de incursiones.

—Así fue —corroborra nuestro padre—, los indígenas trataron de proteger sus antiguos territorios que los hacendados criollos, venezolanos, colombianos y hasta brasileros, usurpaban progresivamente en estas regiones, para convertirlos en hatos de ganado, al principio, y luego, hasta hoy día, en cultivos de coca, o en minas de carbón a cielo abierto.

El docente completa el relato:

—A mediados del siglo XX, los *waitía* ya habían alcanzado el río *Tukuko*, antiguo límite meridional del territorio *yukpa*, y llegaron hasta Machiques, la principal población. Mientras, los indígenas vivían, como en gran parte aún viven, en un nivel muy bajo de subsistencia. Con sólo los productos del antiguo cultivo basado en la tala y la quema, sin auxilio, sin poder practicar ni siquiera el trueque o intercambio, no podían asegurarse una dieta balanceada, ni siquiera suficiente.

—¿Qué siembran ellos?

—Mayormente maíz, luego yuca dulce, cambures, plátanos, caña de azúcar, ocumo para su consumo diario y en las zonas más altas el café, cuyo cultivo se ha incrementado hoy día por la gran demanda y posibilidad de comercio. Por eso también sufren el constante acoso de la codicia de los hacendados criollos, mientras a ellos

mismos, todavía apartados, aislados, el cultivo del café no les aporta casi nada.

—¿Pero la caza, la pesca, para proveerse de proteínas y grasas animales necesarias?

—Los *Yukpa*, que de por sí son de naturaleza pacífica y afable, estaban tan aterrados y deprimidos que dejaron de practicarlas. Se dedicaban tesonamente a la recolección de insectos, costumbre que todavía tienen, frutos silvestres y hojas para proporcionar a sus hijos la alimentación indispensable. No obstante, se hallaban desnutridos, atacados por varios males y deficiencias, en peligro de desaparecer.

—¿Cómo se supo eso, si estaban tan alejados, incomunicados?

—Así lo reportaron los Misioneros Capuchinos cuando lograron volver a ellos, en 1945, dos siglos después del primer contacto.

—Tal vez mejoraría la situación, en ese momento.

—En parte. Los Capuchinos fundaron una Misión en el *Tukuko* y reiniciaron su campaña. En los alrededores se establecieron varias familias formando un caserío de cierta importancia, que hoy día tiene unas sesenta viviendas con más de quinientos habitantes.

—Cuántos son ahora los *Yukpa*?

—Se calculan en unos 4.000. Ocupan cerca de 2.000 km², lo que da una densidad de 2 habitantes por km², ubicados en la serranía oriental de los Andes, en los valles de la vertiente venezolana de la sierra de Perijá, que limita al este con la cuenca de Maracaibo y al oeste con el valle del río César. Sus aldeas se pierden en el páramo, en zonas boscosas surcadas por ríos, a una altitud entre 500 y 3.000 metros. Algunos viven allende la sierra de Perijá, en territorio colombiano.

—¿Han logrado poner fin a la avanzada de los *waitía*?

—Al contrario. A los ganaderos criollos, sus fundamentales enemigos, se les agregaron los colombianos que pasan impunemente la frontera a cada rato para adueñarse de tierras venezolanas. Y peor aún, es vergonzoso reconocerlo, algunos indígenas transculturizados los explotan en la cría de ganado, en la producción de café u otros cultivos rentables, para enriquecerse e ingresar como empresarios a la economía del mercado regional, sin importarles violentar los derechos y aspiraciones de sus propios vecinos y familiares.

—¿La usurpación de las tierras *yukpa* siguió, entonces?

—Siguió y se afianzó.

—¿Y por qué las autoridades venezolanas no hicieron nada para frenar tanto atropello?

—Lo intentaron, pero quizás demasiado tarde. En 1961 se estableció oficialmente una reserva indígena que se extiende desde las estribaciones orientales de la sierra de Perijá hasta la frontera colombiana, y desde el valle del Alto *Tukuko* hasta el Río de Oro. Otros indígenas bajaron entonces de las montañas y establecieron sus poblados a menor altitud. Sin embargo, hoy día, ya entrado el siglo XXI, el atropello sigue.

—Maestro —quiere saber mamá—, ¿cómo han sido las relaciones de ustedes con los Padres Capuchinos?

—Se consideran positivas. Los *Yukpa* son una de las etnias que mejor se han llevado y aún se entienden con los misioneros. En la Misión del *Tukuko* los indígenas han aprovechado su lección de educación, trabajo, rescate de tradiciones, vida espiritual. Han sido bautizados, alfabetizados. Hablan español, leen y escriben, han completado la educación primaria hasta sexto grado estudiando como internos o externos en la Misión. Algunos laboran como jornaleros en la Misión misma o en las haciendas. Otros siguen estudios superiores en Maracaibo o Caracas, con becas y subsidios que les consiguen los Capuchinos: lo merecen, pues son jóvenes inteligentes, colaboradores, muy aplicados al estudio, hábiles en cualquier actividad, capaces de asumir responsabilidades.

Al considerar el caso de nuestro acompañante, nos percatamos de que su preparación ha ido mucho más allá. Él ha llegado a ser docente de Lenguas Indígenas en la Universidad del Zulia, participa en la vida pública como representante de su etnia, viaja a reuniones y congresos dentro y fuera del país.

Los *Yukpa* auténticos, primigenios, los que papá ha escogido como objeto de su estudio fotográfico y de nuestra visita, viven aún más lejos, mucho más arriba del *Tukuko*, en las laderas de la sierra de Perijá, entre nieblas y neblinas donde se llega sólo a pie o en bestia, después de horas y hasta días de camino, cruzando numerosos vados de ríos o varias veces el mismo, salvando barrancos y cañadas.

El vehículo rústico del maestro, mejor equipado que nuestro Jeep, con doble tracción, cauchos gigantes para pisar troncos y vadear charcos, nos ha llevado sin tropiezos cuesta arriba. Al

bajarnos de él, donde el camino se vuelve una estrecha trocha, divisamos enseguida algunas bestias de montura y varios indígenas provistos de fuertes bastones.

En el momento todo aquello nos pareció un tanto exagerado, pero después comprobamos que era lo más apropiado para nuestros cuerpos citadinos, tan poco acostumbrados a las largas caminatas, mucho menos en subida por escabrosas montañas y en medio de aquella agreste selva. Armato se devuelve prometiendo volvernos a buscar, mientras nuestros guías, que se nos dirigen en español y están trajeados como nosotros a la manera criolla, con pantalones, franelas con escrituras, chaquetas, y que sólo se distinguen por una variedad de sombreros que elaboran ellos mismos, nos acomodan en las bestias y se ponen en camino.

—¡Arre! —grita de repente Mor, sorprendiéndonos a todos, dándole en la grupa a su cabalgadura y a la de Ocho, que apuran el paso, nerviosas.

—¡Cuidado! ¡Es peligroso andar con juegos! Los animales pueden asustarse —les advierto.

—¿Los animales o tú? —me contestan con poca cortesía.

—Tengan calma, esos pobres burritos flacuchentos no pueden con ustedes, tan gordos —les grito.

—¡Qué burritos! ¡Son bravos corceles, estamos en el lejano oeste! ¡Arre! —insiste el número ocho, tratando de emular a los vaqueros tejanos o mejicanos.

Nuestros guías *yukpa* se muestran molestos por su atrevimiento y se esfuerzan por frenar las cabalgaduras. Miran a la derecha y a la izquierda, entre la selva, con aprensión. ¿Qué será lo que les preocupa? Al fin los morochos entran en razón y los cuadrúpedos, guiados con precaución, recobran su paso firme y cauteloso, que mantienen hasta que unas dos horas después, luego de un último recorrido a pie por una empinada cuesta apoyándonos en palos y bastones, llegamos a las pocas viviendas dispersas que conforman el caserío *yukpa*.

Mientras mis hermanos, agotados por el viaje y por sus travesuras, acompañan a la casa más grande del poblado a mamá y Maigualida que tienen frío y quieren descansar, voy con papá a tomar fotos de los alrededores. Una vez más puedo constatar cómo estos indígenas en su extremada sencillez se diferencian unos de los otros y poseen características propias, rasgos originales.

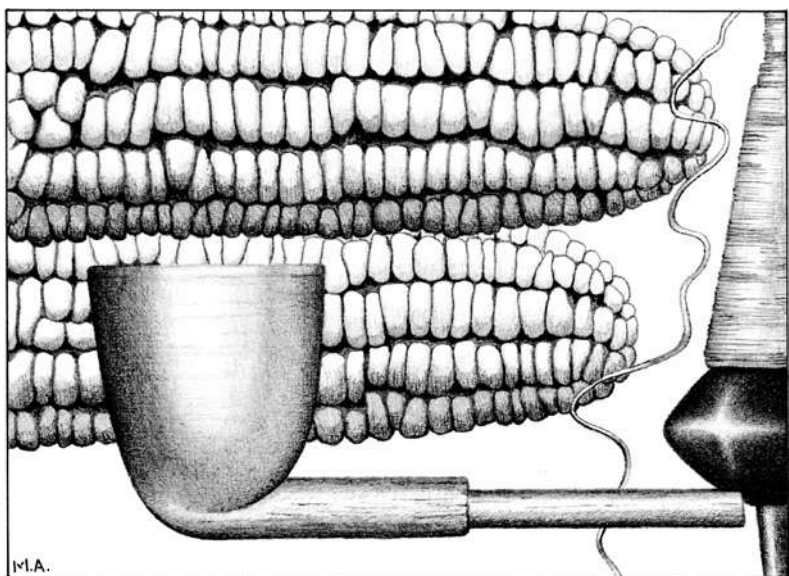
Los *Yukpa* habitan dos tipos de casas: la vivienda rectangular y el paraviento, que nos permitirán visitar y retratar, pues ya han sido avisados de nuestra visita.

La casa rectangular es amplia, alta, tiene techo de dos aguas, pisos de tierra y paredes de caña brava. Generalmente está rodeada por una simple empalizada de cañas o troncos de yagrumo joven, para defenderse de eventuales ataques de grupos vecinos, o más propiamente de los malos espíritus, ya que en la amplia cosmogonía *yukpa*, el viento, las piedras, el río, cada elemento tiene un poder y está conectado al más allá, al mundo sobrenatural de los espíritus. El paraviento, que puede medir dos metros de largo por dos de ancho y dos y medio de alto, es una estructura de hojas de plátano, cambur o cocuiza, orientadas de manera que corten la brisa y protejan del viento y del frío, amarradas a un sencillo enrejado de caña sostenido en ángulo de cuarenta y cinco grados por dos horcones. Se utiliza generalmente como abrigo temporal para las partidas de caza y pesca, pero puede ser semipermanente.

—Me fascinan estos paravientos, frescos, aireados, perfumados a hierba. Son viviendas de esencia poética, así como el alma de una casa siempre abierta para sus habitantes, y para los transeúntes —me dejo llevar por un arrebató lírico.

Papá, como yo, está contento de poder filmar y retratar el exterior y el interior de la original choza, disponible para todo el mundo, sin secretos, con una intimidad hecha de viento, aire y naturaleza: todo lo muestra, no esconde nada.

Observamos las cestas y los costales colgados de las vigas, así como los racimos de plátano, el pescado y la carne ahumada. Del techo bajan ristras de ají picante seco que utilizan para alejar a *Okatu*, el espíritu de la muerte. En un lugar resguardado están suspendidos enormes rollos de hojas de tabaco que almacenan allí después de haberlas secado y curado. Los *Yukpa* de ambos sexos y de todas las edades, incluso los muchachos, fuman con avidez. Para esto utilizan unas pipas que ellos mismos fabrican, pequeños recipientes de una arcilla gruesa y rojiza que modelan con los dedos en diversas formas, ensartados en una madera que llaman *tayko*. No hay chinchorros, sino una plataforma que levantan para dormir, y algunas esteras. Sobre una de ellas tendida directamente en la tierra junto a la pared, duermen dos bellas jóvenes, seguramente hermanas. Sentados



cerca, los padres observan sin interrumpirnos nuestra actividad, fumando ambos con aparente deleite las largas y voluminosas pipas de uso común.

Un fogonazo de la cámara fotográfica explota de repente con un ruido fragoroso, despertando a las muchachas:

—Cuidado, *Atashi* —alerta una tratando de incorporarse.

—Salgamos, *Iroka* —contesta la otra, levantándose rápidamente.

Nos acercamos para excusarnos. La familia comprende y acepta nuestras disculpas. Hablan bien español. Los padres, *Shukumo Opirashi* y su mujer *Ana Cecilia*, han egresado de la escuela de la Misión del *Tukuko* como maestros, y ejercen. Las hijas aún estudian allá como internas, han vuelto al hogar por unos días de asueto.

Atashi, más inquieta y curiosa, flanquea a papá para enterarse de los secretos de la fotografía. Sus padres la siguen. Quedamos en el umbral del sugestivo paraviento, *Iroka*, medio recostada, y yo mismo. Es muy hermosa esta *yukpa*. Su larguísima cabellera de un negro azabache, lisa y cortada irregularmente, en escalones, envuelve como un manto una figurita agraciada, rodea un rostro de una atractiva palidez. Ella parece ser coqueta, o por lo menos conoce las costumbres ciudadanas. Me tiende una mano pequeña, de uñas

rosadas y piel suave, indicándome que la ayude a levantarse. Así lo hago y quedamos frente a frente, en un halo de simpatía.

—*Iroka*, ¡qué lindo nombre!

—También Filatelio me gusta, es armonioso, original.

—¿Cómo lo conoces?

—Oí que tu papá te llamaba.

¡Qué suerte que no están mis hermanos y no me hacen pasar la vergüenza de recordarle mis otros nombres, Palillo, Orejón y, peor aún, *Tuponken*!

—¿No dormías?

—Casi, casi...

—¡Mejor así!

Pausada, dulce, *Iroka* va a ser la informante que yo deseaba. Siento que puedo hacerle con confianza las preguntas más importantes, más amplias, y que recibiré respuestas completas.

—¿Qué quiere decir "*Yukpa*"?

Fija en las mías sus pupilas encendidas. Titubea. Yo creo saber la respuesta. Las demás etnias nos han dicho que su nombre significa gente, hombre, persona, o algo relacionado con su propio ambiente o actividades. Recuerdo a los *Warao*: gente de canoa. Los *Jodi*: guardianes de la selva.

Es característica la voz de los *Yukpa*, queda, baja, sutil, sin ninguna estridencia ni guturalidad, completamente musical. Como en un soplo de flauta dulce, acaricia mis oídos una respuesta que me estremece:

—Nosotros los *Yukpa*, somos nosotros los humanos.

Ahora comprendo. Cuando en otras etnias me decían casi lo mismo: nosotros los hombres, nosotros la gente, nosotros los habitantes, se referían a eso justamente, tanto los *Yukpa* como los demás indígenas, son eso: seres humanos. En este momento recuerdo que una vez un niño *warao* me contestó, cuando le pregunté qué significaba *Warao*: "Significa estoy aquí". Es como decir estoy, soy, existo como ser humano.

Los humanos: los que existen, sufren, mueren. Nosotros los humanos: seres ligados a la tierra, a su gente, a la esencia de la vida. Me siento transportado, elevado. Yo no soy poeta, pero creo que *Iroka*, que todos los *Yukpa*, todos los indígenas sí lo son.

He quedado tan impresionado por estos pensamientos, que busco una vez más la opinión de papá. Él me oye con atención, me da la razón en todo, es más, me hace partícipe de una asombrosa definición de indígena que le diera el cacique *Guaricuto*, el padre de *Ashirama*, en sus primeros acercamientos:

—Indígena es un estado de conciencia que consiste en convivir en comunicación estrecha con la naturalidad.

Estremecidos, los dos nos abrazamos, pensando en el abuelo *Guaricuto*, en tantos otros sabios indígenas que conocimos, en nuestro hermano *Aparicuar*.

Se acerca la bulliciosa *Atashi*, también de hermoso cabello negro y resplandeciente mirada. Saldrá espectacular en las fotos que mi padre ha estado tomando.

—Rafael —le insiste ella, insinuante y cariñosa, abrazándolo—, ¿me las enviarás? Te daré un regalo bonito.

Afortunadamente papá es un hombre serio:

—Al final del año escolar, si pasas todas las materias, las encontrarás en tu escuela, en la Misión.

—¿Me lo prometes? —aunque un poco decepcionada, se vuelve a colgar del brazo de papá. Ante tan evidente acoso, estoy alarmado. ¡Tengo que darle relevo!

—Quisiera preguntarte algo, *Atashi*, para luego ayudar a Rafael a colocar las narraciones a las fotos. ¿Cómo practican ustedes la caza, y cuáles son los animales que cazan?

Atashi es inteligente y despierta, me da una respuesta que me aclara no sólo la habilidad física, sino también la parte espiritual del rito de la caza.

—Nosotros no somos grandes cazadores. Amamos a los animales, nos repugna matarlos. Además, a ellos los protege un espíritu bueno, el guardián de los animales, *Yorsathi*. Él castiga a los cazadores que persiguen las manadas, que destruyen a las hembras en cría: se les aparece en forma de hombre, o como una tormenta espantosa. Por eso los *Yukpa*, que cazan con su arco y sus flechas capturan a los báquiros y otros animales grandes cuando no tienen cría, sólo si realmente es necesario, para alimentar a su gente.

Iroka, a mi lado, amplía la contestación de la hermana:

—Es peligroso salir solos de cacería, pueden presentarse seres sobrenaturales. Nuestros cazadores acostumbran andar en pareja:

mientras uno caza, el otro distrae al guardián de los animales, para que no se dé cuenta de nuestra presencia. Los perros los acompañan para protegerlos, levantar y acorralar las presas. Generalmente atrapamos mamíferos pequeños, de preferencia acures, también lapas, venados, cachicamos y lo hacemos con jaulas o trampas basculantes.

—¿Por qué prefieren cazar acures?

—Porque no corren peligro de extinción. La hembra pare hasta quince críos en cada parto, cuatro veces al año.

A un llamado de su madre, ambas se alejan hacia el paraviento.

—La fauna de esta sierra es prodigiosa —reconozco—, aquí hay osos también, ¿no es así, papá?

—Hay varios. El oso melero que anda por los árboles y tiene hábitos nocturnos; por largo tiempo se dudó de su existencia, justamente porque sale sólo de noche. También está el oso hormiguero o palmero: tiene una cola larga y ancha como una hoja de palma, un hocico puntiagudo y una lengua pegajosa con la que se come las hormigas. ¿Y qué sabes del oso frontino?

—Mmm... no lo conozco en absoluto —confieso.

—Es un plantígrado raro, bien grande, tiene pintado sobre el hocico un antifaz y sólo come hojas y frutas. Es de la familia del panda asiático. Vive en estos bosques, pero está en peligro de extinción.

—¡Qué lástima!, ¿Y por qué?

—Hay dos razones, ninguna válida para matarlo. Se dice que el miembro viril de este oso sudamericano es un poderosos afrodisíaco, estimulante de las funciones sexuales.

—¡Ahora resulta que los indígenas tienen su propio viagra! —chanceo— ¡Qué avanzados están! ¿Y la otra razón?

—También es fruto de interpretaciones fantásticas. Corre la voz entre los campesinos de que hay un oso salvaje más chiquito y menos amenazante que los otros. Su apariencia, una rara mezcla de simio, oso y humano, es bondadosa. Se acerca a los indígenas para calentarse en las hogueras y los ayuda a cosechar, pidiendo a cambio sólo unos cuantos plátanos y yuca. Pero muchos lo confunden con “el salvaje”, una criatura legendaria de la cual dicen que habita la sierra y rapta a las mujeres. Entonces lo matan, creyendo que se trata del mismo ser.

—Pero... ese tal salvaje... ¿No existe, verdad?

—Son narraciones, producto de la imaginación popular.

—Se parece a Pie Grande, el fantasma de Canadá —comento recordando haberlo oído mencionar por los morochos, asiduos lectores de historietas.

Después de este diálogo entre nosotros, les preguntamos a las muchachas que han regresado trayéndonos una bandeja de yuca recién hervida:

—¿Es verdad que en las montañas de esta región todavía quedan osos?

—¡Y bastantes! —se nota que *Atashi* es amiga de ellos, porque explica con entusiasmo—: Tenemos el oso frontino, el oso mele-ro, el oso palmero. No los cazamos ni los molestamos, son nuestros animalitos mimados, así como los monos, las ardillas, los pájaros, los perros, los cangrejos de río. Los criamos en las casas como compañeros de los niños, que organizan para ellos fiestas y bailes tocando instrumentos confeccionados aquí con madera y cáscaras de frutas. Jugamos todos juntos, y...

Le da pena continuar. Lo hace *Iroka*.

—¿Sabes?, cuando un *yukpa* muere, para poder llegar a un lugar mejor, lo que en la Misión llaman el Paraíso, debe cruzar un río muy ancho y de mucho oleaje. Dice la tradición que sólo logrará hacerlo si los animales lo ayudan, y ellos le ayudarán sólo si, en vida, ha sido bueno con ellos.

—¡Qué leyenda tan hermosa! ¿Conoces otras?

—Muchas.

—Cuéntame alguna.

—Oye la leyenda de *Masiramu*, el espíritu del bosque. Es un oso frontino, mágico, poderoso, agresivo, hostil hacia los humanos, muy temido por su extraña apariencia, pues tiene el cuerpo cubierto con muchísimo pelo y los pies vueltos hacia atrás. Tiene como aliados a todos los felinos, y anda siempre acompañado por pumas y jaguares. Sabemos, Filatelio, que los guías que los trajeron con las bestias procedían con precaución, pues según ellos *Masiramu* rondaba el caserío, escoltado por los cunaguaros.

A estas palabras, creí entender que el oso frontino precedía y anunciaba la llegada del misterioso Chamán, el cual parecía hacer el mismo viaje que nosotros, pues encontrábamos sus huellas en todas las comunidades. ¡Cómo quisiera saber más de él! Presiono a *Iroka*:

—Sigue, sigue contando, *Iroka*, por favor.

—Hay otra leyenda, que tenemos por cierta y a ti te va a gustar. Se refiere a nuestro hermano *yukpa*, un espíritu que vino de las estrellas, de más allá del sol. Lo enviaron nuestros ancestros para hablarnos de nuestra cultura, para recordarnos nuestra dignidad de *yukpa*, señores de la montaña. Él habita estas selvas con su familia de *cuaguaros*, porque al llegar a la tierra *yukpa* se convirtió en hombre y tigre para velar por nosotros, sus hermanos.

—Cuéntame otras narraciones. Háblame más de los osos, del oso frontino, de los *cuaguaros*, del hermano que vino de las estrellas.

—Ahora no. Por la noche. No, por la noche no. Será en la madrugada.

—¿Por qué?

—Rafael quiere presenciar la pesca nocturna. Mi padre lo ha invitado, y nosotras los acompañamos.

Será muy emocionante para papá. No hemos visto esto en otras etnias: los *Yukpa* pescan de noche, con fogatas y antorchas, hurgando en los pozos que forma la corriente.

—¿Hay muchos peces?

—Muchísimos y variados: bocachico, sardina, dorado, dentón, lisa, guabina, bagre. Los hombres los atacan con flechas, y mientras tanto las mujeres y los niños capturan a otros.

—¿Lo hacen con hierbas? ¿Acaso barbasco?

—Nada de eso. Las mujeres buscan los *corronchos* bajo las piedras y junto con los muchachos, cavan la arena para localizar el pez amarillo, que se puede atrapar con la mano. Nunca pescamos muchos, sólo los que podemos comer, salar o ahumar para guardarlos, colgados de las vigas, el tiempo que duran: unas dos semanas.

—Pero con tan poca caza y tan poca pesca, ¿cómo alimentan a los niños, a los muchachos que crecen? ¿A base de una dieta puramente vegetal, sin grasa, sin proteínas?

—¡Por eso somos tan chiquitos! —chancea *Iroka*, poniéndose derecha a mi lado. Debemos tener la misma edad, y no me llega ni al hombro.

Efectivamente, los *Yukpa* son tan pequeños como los *Pemón*, al punto que junto con ellos son considerados los pigmeos de América, pues generalmente no superan la estatura de un metro treinta centí-

metros. Tienen miembros menudos y delgados, manos pequeñas con unos deditos mínimos.

—Lo que te contaremos sobre nuestra comida no te va a agradar —anticipa su hermana con viveza.

—¿Por qué? ¿Me vas a decir que ustedes son caníbales, que devoran a cuanto *waitía* pase por aquí?

—¡Que Dios me libre! Son demasiado grandes, muy indigestos y de mal sabor.

—Gracias por lo que a mí me atañe. ¿Qué comen entonces?

—Pues, insectos.

—¿Insectos?

—Sí, son más graciosos, apetitosos y fáciles de masticar. Además, hasta los infantes los tragan y digieren sin problemas.

Debo confesar que es con cierta repugnancia que me apresto a oír la larga lista que en parte ya conozco, de estos extraños aunque saludables elementos que consumen mis amigos, desde niños: piojos humanos, larvas, orugas, hormigas, abejas, mariposas, la mosca soldado, el frigateo tejedor, y por fin los caracoles, varios moluscos y las larvas de palma moriche. Estos insectos, especialmente gusanos, hormigas y mariposas, los comen también otros indígenas, pero no forman, como aquí, parte esencial de su dieta. Ahora recuerdo haber visto entre los *Pemón* a una niña que recogía mariposas, les arrancaba las alas y chupaba con deleite el tronco. Guardaba otras en una cesta tejida, para dárselas de comer a sus hermanitos.

—Buen provecho —quisiera decir irónicamente, pero me freno justo a tiempo al oír la detallada explicación de las dos hermanas sobre las raíces silvestres, tallos y hojas que así como las frutas, especialmente el *sara*, de la misma palmera, desempeñan un papel importante en su nutrición en el caso, aún hoy bastante frecuente, de aguda escasez de alimentos.

Unas voces altas y ruidosas se aproximan. Pertenecen a un grupo bastante nutrido: los morochos, Maigualida, mamá y Superloro, acompañados por unos jóvenes *yukpa*. Papá dispara la cámara a continuación, ¿wué lo motiva a hacerlo? Están todos vestidos de la misma manera, si no fuera por el distinto tamaño lucirían igualitos: llevan la túnica tradicional *yukpa* en la cual, en ese aire fresco, se encuentran a su completo gusto. Las túnicas, de un tejido de algodón tupido, sencillas y prácticas, ofrecen buena protección contra la

temperatura rígida de estas alturas. Se componen de una sola pieza rectangular que guarda la blancura original del algodón y cubre el cuerpo desde el cuello hasta los tobillos, a la que se le han hecho escotaduras para la cabeza y los brazos. A la manera *yukpa* y de la mayoría de los indígenas, nuestros familiares avanzan descalzos. Y he aquí un detalle que nos hace sonreír: los pies de ellos se ven enormes, al lado de los piecitos de los *Yukpa*, mínimos, quizás un 32-33 de nuestra numeración. Especialmente los de las mujeres, torneados y agraciados, serían la envidia de cualquier jovencita de la capital.

Vienen silbando los morochos entusiastas y exagerados como de costumbre. Se han recargado de muchos adornos: collares de semillas de brillantes colores, otros de hilo de algodón con plumas, dientes de animales o picos de aves y para completar se han colocado unos favorecedores sombreros, facilitados por sus nuevos amigos *Makoíta* y *Totayanto*, que los siguen en la retaguardia. Mamá remata el impresionante atuendo con unas coronas decoradas con semillas y un bolso tejido con la más bella fibra vegetal, de una graciosa forma oblonga bastante moderna y comercializable hasta en los mercados de las grandes ciudades.

En eso también se diferencian los *Yukpa* de los demás aborígenes: no usan guayuco, y se visten, acertadamente y de acuerdo al clima, con esas túnicas hechas por sus mujeres al estilo tradicional: hilan el algodón, lo tejen, juntan unas piezas y les practican unos cortes. Las completan con sombreros de palma tejida y ala ancha que a la vez que los resguardan de la lluvia y de la niebla, les dan una apariencia de nobleza y abolengo.

Mi familia es recibida con cordialidad por los docentes *yukpa*, que en proximidad de las frías horas nocturnas ya habían vestido sus propias túnicas, y continuaban fumando sin interrupción sus pipas sentados en una estera. Todos mis familiares, hasta Maigualida con su tuniquita y el loro con un asomo de manto que mamá le apoyó entre las alas, se adecuan al ambiente. Al verme, Superloro me llama a toda voz y liberándose del manto, emprende el vuelo y logra aterrizar justo en el centro de mi cabeza:

—¡Telio, hola, hola, buenas tardes!

Lo miro con gran cariño: es un verdadero loro real, con la majestad de su plumaje verde, coronado por un copete amarillo que mueve a voluntad. Las puntas de sus alas son rojas, y bajo la cola

asoma una larga pluma azul turquí. En algo nos recuerda los colores de la bandera. En cambio, en este cuadro, los pantalones *blue jeans* y las camisas de rayas mías y de Rafael que insistimos en llevar desentonan bastante, como una nota chillona.

La maestra Ana Cecilia Apashi, mujer aún joven, hermosa, de linda melena oscura y mirada inteligente, se levanta y empieza enseguida a preparar comida para todos.

En el camino los morochos, instruidos por *Makoíta* y *Totayanto*, han recogido arbustos secos para prender el fuego. Con destreza y orgullo lo hacen ellos mismos a la manera tradicional, con los palitos de madera. La fogata se alza tan alta, que la miro preocupado. ¿El fuego no se extenderá?

—He leído muchas veces en los periódicos noticias acerca de grandes incendios que han azotado esta región —le comenta papá, también inquieto, a *Shukumo Opirashi*.

—Es cierto, esto es últimamente uno de nuestros mayores problemas. Pero aquí los incendios no se prenden con las fogatas, que todos supervisamos, ni con la quema, que así como la tala se practica entre nosotros como medio de cultivo desde hace siglos.

—Y no sólo entre los indios, sino en todas las regiones de Venezuela. En conucos y sembradíos es la técnica tradicional en los campos —nos recuerda a nosotros Rafael.

—¡Esto no lo trajeron los españoles! —bromeo yo.

—No, es un aporte de los indígenas a la agricultura.

—¿Representa algo positivo?

—No lo sé de cierto —reconoce *Opirash*—, pero en algunos lugares, si no se quema, el cultivo resulta de inferior calidad, mientras que cuando se hace, se dan frutos mejores. Positivo o no, creo que sea muy beneficioso para este tipo de suelo. Sin embargo, vean ustedes —prosigue motivado por nuestro interés—; los grandes incendios, los que nos perjudican, no son causados por las fogatas, ni por las quemas, ni por los *Yukpa*.

—¿Entonces? ¿Por la autocombustión? —preguntan los morochos, curiosos y desubicados como siempre.

—¡No! Aquí, con nuestro clima frío y húmedo, no hay autocombustión. Son incendios dolosos.

—¿Dolosos? ¿Producidos por quién?

El rostro de *Shukumo* adquiere una seriedad impresionante:

—Por nuestros enemigos... los hacendados, los ganaderos, los comerciantes, los sembradores de cultivos ilegales que en esos días proliferan, los invasores criollos, colombianos y de otras naciones sudamericanas. Ellos quieren, en esta forma, alejarnos siempre más, atemorizarnos, usurpar nuestras tierras. No les importa destruir la vegetación, acabar con los animales, perjudicar a las personas... su ambición es tan grande que todo lo atropellan y destruyen.

El pequeño grupo *yukpa* se ha reunido alrededor de *Shukumo* y asiente con gravedad. Nosotros estamos consternados. Tanto odio, tanta avidez, ¿lograran algún día aniquilar esta paciente y sufrida etnia?

—¿Y ustedes no se defienden?

—Lo intentamos, pero ¿cómo podríamos hacerlo? No tenemos medios ni armas de fuego con que hacerles frente. Nuestra única defensa es tratar de subsistir, resistir, preservar nuestra cultura, transmitirla a cada generación.

—¿Lo logran?

—Sí, en esto los misioneros nos han ayudado. Ya tenemos un sistema de escritura, podemos escribir y leer, además del castellano, nuestro idioma. Se ha publicado un diccionario *yukpa* y varios libros de texto para nuestras clases, que son bilingües. Actualmente el Ministerio de Educación y otras entidades gubernamentales, a través de algunas “Misiones” nos apoyan. La Asamblea Nacional acaba de sancionar la *Ley Orgánica de Comunidades Indígenas*, mediante la cual se les otorgan a los pueblos aborígenes derechos absolutos en términos políticos y culturales.

—¿Dónde quedan las escuelas de que hablas? Hemos sabido sólo de la misión católica de los Capuchinos.

—Esa es la más importante, la que dirige las demás, forma a los maestros. Allí estudian más de cien alumnos, externos e internos. Pero en la montaña, en la floresta, tenemos varios planteles: son pequeños paravientos, techitos aún más estrechos que estos que habitamos, donde los maestros vamos a pie en una marcha que puede durar hasta tres días, para alfabetizar a los niños.

—¿En español?

—En los dos idiomas, ya lo he dicho, esto es fundamental para la preservación de ambas culturas, para proporcionar a cada idioma una literatura escrita que refuerce la tradición oral.

Lleno de interés me le acerco aún más.

—¿Cómo es tu escuela?

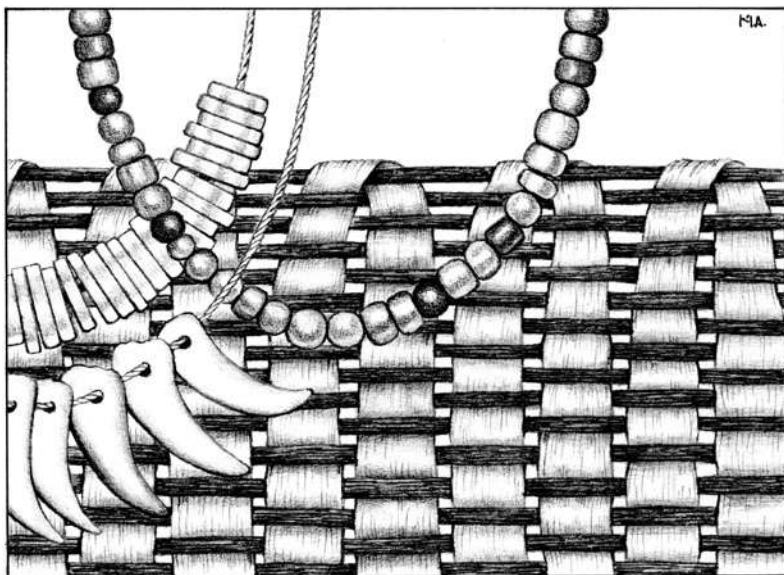
—Mi escolita es apenas un claro del bosque que se ha limpiado de maleza, un techo de madera, unos cuantos pupitres y un pizarrón verde como la sierra. Está rodeada de troncos para que podamos pasar en temporada lluviosa, cuando se hace difícil el acceso.

—¡Qué ganas de aprender! —pienso para mis adentros—. Creo que si los morochos y yo tuviéramos todas esas dificultades, tal vez no iríamos a la escuela.

—¿Dónde queda tu escuela, *Opirashi*? —prosigo—. Quisiera saberlo.

—De aquí no la puedes ver. Sígueme hasta el río.

Conversando, nos dirigimos los dos al río cercano, de lecho angosto, pero de aguas claras y caudalosas, donde ya se hacen preparativos para la pesca nocturna, a la cual asistirá como único invitado Rafael, mi padre. A sus orillas está depositada una gran variedad de cestas, pues ellos son excelentes tejedores de cestería, y algunos arcos pequeños que llaman *wacara kask*, fabricados con madera de *teba*, o palma macanilla. Los flanquean varios tipos de flechas: sencillas, múltiples y con punta de arpón.



En el camino nos alcanzan los morochos, con sus amigos *Makoíta* y *Totayanto*. De improviso, éste saca de su mapire un cordel largo. En la punta tenía un anzuelo. Recogió un gusanito del suelo, lo ensartó en él y lo lanzó a las aguas. A los pocos minutos salió un pez de regular tamaño, recibido por los gritos de admiración de los morochos fascinados.

—¡Una cachama!

—¡Un morocoto!

—No, mírenlo bien, es apenas un valentón —les explicó pacientemente *Totayanto*.

Era una especie de bagre grande, pero sin duda sería un buen banquete cuando regresáramos al paraviento.

En este momento se oyó una flauta lejana, un sordo plañido que nos hizo erizar la piel.

—¿Escuchaste, Filatelio? —me preguntan los repollitos, temerosos.

Claro que lo había escuchado, era un lamento de fieras, de animales salvajes. Pero aquella flauta ya la había oído antes, recapacité. Sorpresivamente, nuestro amigo *Makoíta* se apresuró a sacar el anzuelo de la boca del valentón que aún coleteaba enérgico, y lo lanzó de vuelta al río.

—¡Adiós, pescado! ¿Por qué haces esto? —le preguntan los ceritos.

—Acaba de pasar nuestro hermano *yukpa*, el Chamán de los Cunaguaros. Nos vio y creo que le molestó lo que hice. Aprendí a pescar con anzuelo, pero sé que así los peces sufren más. Debí haber usado el arpón. Lo habría hecho de saber que él andaba por aquí.

Estaba tan mortificado que decidió regresar a la casa grande junto con su hermano. Los morochos, aún más asustados, se fueron también.

Nosotros vadeamos el río, y desde el margen opuesto, *Shukumo* señala una espesa y elevada montaña, moteada de nubes.

—¿Ves? Mi escuela queda allá arriba. Son dos jornadas completas de camino, tengo que cruzar cuatro ríos, llegar a más de 2.000 metros de altitud. Me voy de aquí el primer sábado del mes, regreso el último, después tengo unos días libres, y es cuando mis hijas me visitan.

Me enseña luego una ladera más cercana, en la parte alta del valle de *Tukuko*:

—Allá está la escuela de Ana Cecilia, mi mujer. Salimos juntos, la dejo al irme y la recojo de regreso.

—¿Cuántos alumnos tienen?

—Pocos. Unos diez cada uno en la primera etapa de la escuela básica, cinco o seis en la segunda.

—¿Vale la pena un esfuerzo tan grande?

—Ciertamente. Hasta hace poco, en todos estos montes, era muy alto el porcentaje de analfabetas. Afortunadamente, pronto no habrá ni un *yukpa* que no sepa leer y escribir en dos idiomas.

—¿Se los enseñan contemporáneamente?

—No, lo conveniente es alfabetizar primero en la lengua nativa, y luego hacerlo en la lengua dominante, el español.

—¿Por qué lo hacen así?

—Yo personalmente, como indígena y como maestro, considero que esta es la forma adecuada para evitar que se aminore la autoestima y que sea desplazado el idioma nativo.

Me parece muy acertado su razonamiento. Pienso que luego, ya bilingües, los jóvenes *yukpa* cursarán la escuela básica completa.

—Su futuro será mejor —corroboraba *Opirashi*—. Además, nuestra etnia está logrando aumentar su población, aún manteniéndose pura. Cada año tenemos algunos discípulos más que el anterior.

—Es cierto —confirma Rafael cuando, al regresar al paraviento, se lo comento—. Lo comprueban las estadísticas: la etnia *Yukpa* está en moderado, pero progresivo crecimiento. Y a la vez, en su campo de actividad o estudio, se afirman sus características propias: respeto, honradez y dedicación al trabajo.

—¡Qué maravilla! —exclamo yo dirigiéndome a las dos hermanas que nos escuchan—. ¡Todo tan positivo! ¿Acaso ustedes no tienen defectos?

Las jóvenes se sonrojan, como tomadas por sorpresa. Se miran entre sí, confabulan y luego confiesan:

—Tenemos varios.

—¿Cuáles?

—El principal es que los *Yukpa* —se sincera *Atashi*— somos mentirosos. Es como una costumbre antigua, difícil de erradicar.

Tratamos de que los niños no lo sean, los reprendemos si mienten, pero para nosotros mismos, es imposible evitarlo.

Estas palabras me hacen reflexionar. Creo que también los demás indígenas que visitamos decían mentiras. Acaso sin darse cuenta, sin saber que lo hacían, o diciendo una verdad parcial. Quizás antiguamente se vieron obligados a hacerlo, como un medio de defensa. Quizás mintiendo lograban sobrevivir, escapar de sus enemigos, alejarlos hacia territorios que no existían sino en su fantasía y en su deseo de liberarse de ellos. O tal vez esto sea una tendencia a dejarse llevar por la imaginación, a entrar en ese mundo mágico de los aborígenes.

—¿Qué otros defectos tienen? —estoy a punto de preguntar.

Para salvación de las dos jóvenes, nos alcanza un apetitoso aroma que nos hace acudir apresuradamente al llamado de Ana Cecilia. La comida está lista: sopa de pescado con plátanos verdes, ají, ocumo y batata sancochados. ¡Más que suficiente!

—Filatelio, vas a pasar la noche aquí, ya tenemos la estera preparada y una cobija. Rafael también vendrá, después de la pesca.

Accedo. Por una vez la familia González Uribe dormirá separada. El breve paraviento no puede acogernos a todos juntos. Los morochos regresan con mamá y Maigua a la casa mayor, la vivienda rectangular de los abuelos de *Makoíta* y *Totayanto*, con los cuales han hecho gran amistad. Seguramente pasarán gran parte de la noche conversando desde sus esteras... ¡y esperemos que no inventen alguna diablura! Se les había ocurrido una bien buena, nos confesaron en los días siguientes, pero no pudieron cumplirla porque... ¡se quedaron dormidos! ¡Qué nota! El viaje en jeep, el trayecto en el rústico, la caminata por la empinada cuesta, las diligencias para conseguir la típica vestidura, el paseo hasta nuestro paraviento, y al río, ida y vuelta... habían agotado sus reservas y dado al traste con sus veleidades de exploradores...

—¿Y qué iban a hacer cuando se dejaron vencer por el sueño?

—Pues... yo iba a representar a *Yorsathi*, el genio protector de los animales —cuenta Mor— y Ocho interpretaría a *Imanta*, el espíritu de la lluvia. Teníamos pensado llegar hasta ustedes asustándolos con rugidos de tigre, y luego echarles unas totumas de agua fría para purificarlos.

¡Suerte que nos salvamos! Y ellos salieron premiados, porque los padres de sus amigos, apreciando su conducta de *Waitía* decentes y

colaboradores, les entregaron como regalos de despedida dos magníficos sombreros adornados con semillas ensartadas, que representan las más altas categorías de los *Yukpa* que han alcanzado un éxito especial. A Maigua y a Carmen les ofrecieron unas carteritas elaboradas con pequeñas tiras de *casupo* tan típicas y bien confeccionadas, que se volverían la admiración de sus amigas caraqueñas.

Yo también me fui de aquel sugestivo paraviento con un extraordinario obsequio: la leyenda que *Iroka* me narró al regresar de la pesca en la madrugada, de estera a estera, y que luego me entregó bien escrita en letras grandes en una hoja de su cuaderno de tareas, acompañada por la ristra de ají picante seco que sirve para alejar las malas influencias y presencias espirituales no deseadas. Una leyenda llena de magia, de encanto, de animalitos con sus nombres indígenas, de solidaridad y amor por los humanos en la cual se repite la palabra “antiguamente” tan cara a los *Yukpa* y, lo más extraordinario, que recuerda un hecho propio también de nuestra civilización.

Al leer y releer la leyenda del Diluvio, varias veces me he preguntado: ¿cómo puede explicarse que los *Yukpa* tengan algún recuerdo del diluvio? ¿Acaso esa noción les fue traída por los *Waitía* en algún momento, y ellos la incorporaron posteriormente a su patrimonio cultural? ¿O es común también a otras etnias, como los *Yanomami*, tan distantes de ellos, entre quienes, sin embargo, oí hablar de un hecho parecido? ¿Pertenece en cambio a su propio antiguo patrimonio? ¿Y es este de ascendencia completamente Caribe, o tiene algunos rasgos de la más antigua y avanzada cultura *Chibcha*?

Kun apanane. El Diluvio

Cuentan los Yukpa que antiguamente, las aguas de los ríos y arroyos se salieron de sus cauces al mismo tiempo. Antiguamente hubo una enorme inundación que se llamó “Kun apanane”.

Cuando las aguas cubrieron todo, la gente y sus animales huyeron y subieron a la cima del alto monte Tetare.

Pero allá arriba no había alimentos y Atancha el primer hombre, buscó voluntarios para hacer un gran hueco hasta el centro de la Tierra, con el fin de que por allí escurrieran las aguas.

Se presentó Kava, el cangrejo, y comenzó a cavar. Cavó y cavó por varios días, pero no pudo terminar. Estaba demasiado cansado.

Llegó entonces Ramashru, el cachicamo, y continuó cavando por siete días, hasta que al fin la tierra se abrió y las aguas que se habían reunido fluyeron al centro de ella. Por esto, aún hoy día hay ríos subterráneos.

¿Crees que los Yukpa bajaron entonces del monte? Pues no. La Tierra estaba llena de lodo y tenían que esperar que se secara. Pasaron muchos soles y lunas y un día Kurumachu, el zamuro, fue enviado a ver si los campos ya estaban secos. Pero Kurumachu, al darse cuenta de que había animales muertos por la inundación, se quedó comiéndolos.

Cuando vieron que no volvía, enviaron a Kopto, la paloma. Kopto voló por aquí... por allá... Pero encontró todo mojado. Regresó al monte Tetare y dijo que era necesario esperar al menos otros cuatro días.

Pasaron esos cuatro días, y Kopto fue enviada nuevamente al valle. Entonces dio un vuelo rasante y miró... Árboles, flores, frutos y más allá una gran hilera de montañas... todo estaba seco.

Los hombres y los animales bajaron por fin con gran alegría del monte Tetare y celebraron con música y una gran fiesta el retorno a la tierra. Ya podrían cultivar los conucos, salir de pesca y de cacería, habitar sus casas, criar a sus hijos.

Canto yukpa

*Somos los Yukpa, los humanos.
Vagamos por las intensas montañas,
nos llenamos de luz de nuestros ríos
revoltosos y alegres
y asomamos entre el follaje nuestros ojos
brillantes como peces,
diáfanos como el frescor de la corriente.
Nos bañamos en pozos profundos, transparentes,
pozos donde se hunden nuestras penas,
nuestro dolor por tantos hermanos muertos
bajo el negro polvo de carbón
que contamina nuestros pasos,
que mancilla la selva,
que enturbia nuestros ríos caudalosos.
Hay que cruzar montañas florecidas
con flores que desde antes habitaban
el antiguo paraíso de los Yukpa
para llegar aquí, y subir cerro arriba
a las alturas de la sierra
donde la niebla espesa se detiene*

*a conversar con las hojas.
Frutas de mis montañas te ofrezco,
yemas de mis ocultas sierras,
soy yukpa y hablo con los pájaros,
conozco el lenguaje del águila,
la voz de la serpiente en la hojarasca.*

Los *Bari*, dueños de la música

Tan cercanos y tan diferentes.

Tan dóciles, sumisos, pacientes los unos. Tan bravíos, audaces, rebeldes los otros.

Me refiero a los *Yukpa* y a los *Bari*, también llamados durante casi todo el siglo pasado, respectivamente motilones mansos y motilones bravos.

Hasta físicamente, entre estas dos etnias tan cercanas en sus territorios, más bien contiguas, se notan diferencias muy marcadas. Cabello fino que cae desordenado, mirada huidiza, porte suave, paso silencioso, presencia casi invisible: los *Yukpa*.

Cabello hípido cortado en línea recta, mirada agresiva, porte orgulloso, paso afincado, presencia importante: los *Bari*.

¿A qué se debe tanta disimilitud en dos etnias tan próximas?

Ellas son próximas en área pero no en cultura.

Los *Yukpa*, como los demás indígenas del territorio caribeño y venezolano, son de filiación *Caribe*. Los *Bari* son los únicos *Chibcha* de Venezuela. Pertenecen a esa cultura compleja y avanzada que aún tiene numerosos descendientes en Colombia, hábiles en labrar el oro según las reglas de la vieja tradición pero con la maestría de los modernos orfebres, expertos en localizar vetas de esmeraldas.

Su historia también es diferente. Al empezar la conquista, cuando el cruel Ambrosio Alfínger después de explorar los márgenes del lago de Maracaibo intentó cruzar las sierras que lo rodeaban hacia el occidente, los *Yukpa* huyeron, se retiraron, abandonaron sus aldeas, sus tierras llanas, sus cultivos.

Los *Bari*, en cambio, se le enfrentaron fieramente cortándole el paso, persiguieron y diezmaron a sus hombres, jamás los dejaron entrar al propio territorio, lo hirieron a él mismo con la flecha envenenada con curare que le causó la muerte.

Inclusive sus idiomas son disímiles. A pesar de la vecindad, de incursionar o adentrarse los unos en los territorios de los otros y últimamente de intercambiar alimentos y productos, no se entienden entre ellos por hablar lenguas de diferentes familias, *Caribe* y *Chibcha*.

Estoy ansioso por conocerlos. A los *Bari* pertenecían la hermosa y desdichada *Ashirama*, el bondadoso cacique *Guaricuto*, al que me gustaría considerar como un abuelo, y entre ellos nació nuestro hermano *Aparicuar*.

La ancha carretera que estamos recorriendo para llegar a los territorios *bari* nos resulta monótona, después de la variedad de la selva, del llano, las pintorescas vías que cruzan el páramo, los desérticos caminos guajiros, las opulentas avenidas que rodean Maracaibo, las empinadas cuestas del territorio *yukpa*. Papá, al volante, toma frecuentes sorbos de café, y se queja de la imprudencia de los conductores:

—En el llano, manejaba preocupándome por mí mismo. En la selva, tenía que cuidarme de la vegetación y de las crecientes. En el páramo, de la niebla y de los barrancos. Pero aquí, tengo que manejar por tres: el que viene en dirección contraria, el que tengo adelante, y el que me sigue.

—Realmente —reflexiono para mí mismo— en este tercer milenio tan avanzado en tecnología, sigue siendo grande la impericia de los automovilistas. Hay que estar alerta y prevenir el frenazo de quien precede la carrera para pasar del que nos sigue, y cuidarse de la excesiva velocidad y peligrosa osadía con que abordan rectas y curvas los carros y camiones que vienen hacia nosotros.

Lo que menos imaginábamos era llegar hasta los *Bari* o Motilones, los indígenas que tienen fama de haber sido en tiempos de la

conquista junto con los *Araucanos*, y hasta no hace mucho, los más bravos, temibles, inaccesibles de toda la América del Sur, justamente por carretera. ¡Y una de las buenas! El jeep adelanta veloz, la vía se abre ante nosotros recta, llana y asfaltada.

¡Vamos a cruzar el río Catatumbo!

Gran agitación en el vehículo. Superloro, al ver tanta agua, da muestras de querer zambullirse para darse un buen chapuzón. Lo sujetamos a tiempo. El animalito estaba acostumbrado a un baño diario con bastante agua, en la bañera, o bajo la ducha, o rociado en el patio con el pulverizador que usamos para regar las matas. El contacto con el agua es necesario para los loros ya que les mantiene las plumas en condiciones sanas, pero durante el viaje ha tenido que contentarse con una rápida zambullida en algún receptáculo, tal como una concha de coco o una totuma.

—¡Hola Telio, Telio! —grita— ¡Aquí, ya, ya, ya!

—¡Ahora no, ahora no, más tarde! —tratamos de explicarle. ¡Pobre Superloro, debe estar cansado y acalorado, con tanto plumaje!

Es mamá quien logra calmarlo dándole una tacita de agua que toma gustoso y abanicándole las plumas, para refrescarlo, con el mismísimo mapa vial de papá. Rafael ve, pero se hace el que no se da cuenta. Esta es la ventaja de ser mayores, pensamos todos, si lo hiciéramos nosotros... Hasta que Carmen, sorprendida por tantas miradas fijas en sus manos se percata, guarda el mapa y sigue abanicando al loro con el pañuelo que se quita de la cabeza. En eso, el cabello se le suelta y un oscuro oleaje le enmarca la tez morena y el rostro bondadoso. ¡Todos la miramos con cariño: es bonita, mamá!

En las cercanías del paso del río, hay tráfico. Se ha formado una soberana cola. Tío Jeep jadea con dificultad, adelanta con esfuerzo, frecuentemente se detiene. Mejor, así podemos observar de cerca el río Catatumbo, célebre por el extraño relámpago que parece desprenderse de su cauce y que se ve desde muy lejos, desde Maracaibo, desde San Cristóbal del Táchira y hasta desde Colombia. Maigualida ya está acurrucada encima de las cajas, con la nariz pegada a la ventanilla trasera. Superloro se le une, dando picotazos en el vidrio, con la intención fallida de adoptar la misma posición. Los morochos, echados transversalmente sobre el equipaje, sacan peligrosamente la cara de las ventanillas laterales, uno por cada lado, intercambiándose mensajes:

- ¡Ya estamos!
- ¡Vamos a ver el relámpago!
- ¡Vamos a descubrir lo que es!
- Ojo, Mor, mira bien por tu lado.
- Ojo, Ocho, mira bien por el tuyo.

Majestuoso, solemne, es el río. Se une con el río Negro que viene desde Colombia, y desemboca al sur del lago de Maracaibo. En él se sienten latir siglos de vida y de historia. Pero del relámpago, el famoso relámpago del Catatumbo que llena de una luz algo brillante, algo siniestra, las tardes y noches tropicales, no hay traza.

—¡Hijos! —interviene mamá— ¡Cómo van a ver el relámpago en pleno día, con toda esta luz! Sólo se puede distinguir de noche, y mejor si no hay luna. Lo dice la canción:

*Maracaibo en la noche
relampaguea
tiene el gran Catatumbo
con su reflejo.*

Los dos incorregibles acallan con silbidos y una defectuosa adaptación suya propia la grata voz de Carmen:

Mor:	<i>Maracaibo en la noche.</i>
Ocho:	<i>No se verá.</i>
Mor:	<i>El reflejo esperado.</i>
Ocho:	<i>Busquemos ya.</i>

Pero, eternos exploradores no se dan por vencidos:

—Miremos, miremos bien, pudiera, pudiera ser...

—Se esfuerzan, mas ni ven ni encuentran nada. Y reflexionan filosóficamente:

—Todavía queda el misterio. ¿Tendrá el relámpago del Catatumbo alguna relación con la sierra de los fieros Motilones?

—¿O con el espíritu de sus indómitos antepasados?

—¿Será cierto que el relámpago, como afirma un mito *wayuu*, ilumina el camino del más allá, la ruta que cruzan los muertos al dejar el mundo?

Estrechándose la mano, se comprometen el uno con el otro:

—Algún día, algún día lo descubriremos.

—Gran porvenir, gran porvenir se están forjando mis hijos —comenta papá con su típica sonrisita medio en serio medio en broma—. Aviadores, antropólogos, exploradores. Con tal de que salga algo bueno... Pero sepan, muchachos, que el relámpago del Catatumbo no es nada sobrenatural. Es un fenómeno atmosférico que más bien tiene que ver con los grandes yacimientos minerales de la zona.

La dilatada planicie, interrumpida de vez en cuando por amplias casas de hacienda sombreadas por platanales, empieza a acusar una subida siempre más pronunciada. Al borde de la carretera desfilan escasos ranchitos de paredes blancas y techos de palma, con las puertas abiertas. Ya no hace calor. Observamos muchos potreros, rebaños de reses se asoman a las empalizadas. Al noreste, la sierra de Perijá se pierde hacia el sur en la República de Colombia. Se divisa más claramente la serranía que los *Bari* llaman *Abogsaki*. Una bandada de coloridas mariposas parece señalarnos el camino.

—Estamos ya en la tierra de los *Bari* —anuncia papá con una gran alteración en la voz.

Todos estamos conscientes de que se enfrenta a una importante fase de su pasado. En esta exuberante tierra vivió cuando era aún muy joven, recorrió estos caminos, probó los frutos de estas montañas. Especialmente mamá y yo mismo, sus confidentes, comprendemos la complejidad del momento. ¿Podrá mantener su serenidad ante tantos recuerdos? ¿Logrará cerrar esta página de su vida? Por un rato, callamos. Luego mamá, apoyando la mano en su hombro, trata de levantar los ánimos:

—¡Qué parajes tan hermosos! ¿Han aspirado el olor de esta selva? Hay un perfume de flores silvestres muy aromático, y el verdor de los árboles es impresionante ¿Qué superficie abarca el territorio *bari*, Rafael?

—Ahora, escasa: unos 1.500 Km² habitados por unas 2.000 almas. Antes...

—Antes, ¿cuándo?

—Hasta el siglo XVII los *Bari* controlaban más de 20.000 Km². Ellos también han sido alejados, desarraigados, marginados por la penetración de las vías asfaltadas, de los cultivos, de la ganadería.

—Del llamado “progreso” —comenta Ocho.

—¿Cómo puede llamarse progreso lo que en el caso indígena ha significado despojo? —protesto irónicamente, mientras escruto por la ventanilla en espera de descubrir algún indígena *bari*.

—Hijo, estas preguntas no tienen una respuesta fácil. Quizás puedas encontrarla dentro de ti mismo, reflexionando —sugiere papá.

No tuve tiempo de hacerlo porque de repente, cantando a ritmo de salsa: “¡Nosotros te ayudamos a reflexionar, *Tuponken!*”, uno de los morochos me dio un tremendo empujón, mientras el otro me apuntaba al pecho con algo como un puñal, y que resultó ser uno de mis mejores marcadores que subrepticamente me habían sustraído. Instintivamente me hice hacia atrás y me sujeté de la ventanilla del jeep con tan mala suerte que presioné el seguro y éste cedió. A continuación se entreabrió la puerta obligándome a hacer grandes esfuerzos para volverla a cerrar sin rodar abajo, mientras ellos, triunfantes, pasaban sobre mí y encendían el radio colocado al lado del motor, al grito furioso de:

—¡Abran paso al progreso!

¡Qué escándalo! Para completar, del aparato abierto a todo volumen salió la sabrosa música de un canto de nuestro llano que resultó de lo más atinado:

*Me monté en un burro muerto
que no me pudo cargar,
solamente los zamuros
me lo hicieron corcovear.*

Mamá, que estaba entretenida repartiendo unas galletas entre Maigualida y Superloro y no se había dado cuenta cabal de lo que estaba pasando, empezó a preguntar alarmada:

—¿Qué pasó? ¿Chocamos? ¿Atropellamos a alguien?

A Muñeca le dio por llorar, a Superloro por silbar feliz al ritmo del golpe tocuyano.

Papá frenó con fuerza el Jeep. ¡Por suerte no venía nadie detrás! Apagó el radio a secas y con una dura mirada nos hizo bajar a los tres varones, para “arreglar cuentas”.

Mejor no sigo contando. Lo cierto es que, en aquel momento, habríamos querido ser tres auténticos *bari*, inalcanzables en la selva y muy lejos de cualquier desarrollo, entendido como diversidad e interculturalidad...

No hubo palabras hasta que, desviándonos de la carretera principal, llegamos por un camino escabroso a una empinada cumbre desde la cual se divisa el Valle de los Motilones, situado entre el macizo de la sierra de Perijá y la serranía *Abogsaki*.

—Aquí se acaba la vía —anuncia papá—. Habrá que seguir a pie, o en bestia, si es que alguien viene a buscarnos y nos las trae.

Por lo pronto no se veía a nadie. Equipamos los morrales para el resto del camino, y nos sentamos en el pico del cerro a consumir algún alimento. Últimamente hemos adoptado la costumbre de los *Yaruro* y demás indígenas: con excepción de un poco de leche y galletas para Maigua, café para papá y un tentempié para el loro, nos alimentamos una vez al día. Pero en esa sola vez, ¡comemos bien completo! Hoy mismo el fuerte castigo de papá, completamente merecido, no nos ha disminuido el apetito.

Estamos todavía saboreando la carne de Santa Bárbara de la cual nos proveímos en un tarantín callejero de esa célebre región ganadera, junto con sabroso queso fresco, arepas y hallaquitas, cuando frente a nosotros, brotados sigilosamente, vestidos con un simple guayuco y empuñando su *Kari* o arco, aparecen dos indígenas *bari*.

Papá, alborozado, se levanta para recibirlos: son nada menos que *Akuero* y *Bandú*, el *kakbaibai* y el *cici'bai*, es decir el cacique y su lugarteniente, de la comunidad que nos va a recibir. Los *Bari* son una de las pocas etnias que aún tienen caciques, que no los han sustituido por los ancianos o por los capitanes. Rafael había intentado, al planificar el viaje, comunicarse con el antiguo poblado donde vivió y conoció a *Ashirama*, pero le resultó imposible. Aquellos *bari* se habían ido de allí después de la muerte de *Guaricuto*. Poco a poco se habían internado en los bosques, no se supo más de ellos, parecía que la misma montaña se los hubiese tragado. A *Akuero* y *Bandú*, de un asentamiento vecino, papá los había conocido bien en esa época y siguió tratándolos cuando iba, año tras año, a buscar a su hijo. Les

había entregado algunas fotos del niño pidiéndoles que lo ayudaran a encontrarlo. Ellos las guardaban con celo, mas después de algún tiempo, las imágenes ya no sirvieron... el niño, luego ya vuelto un joven, seguía desaparecido.

Ambos *bari* se muestran muy cordiales con mi padre, y se nota que sienten curiosidad por conocernos a nosotros, especialmente a mamá:

—Doñita —le dice *Akuero* en un español bastante fluido, con algún acento de la región occidental—, aquí sabemos de usted. ¡Hemos visto tantas fotos tuyas!

Mamá se ruboriza. Papá nos explica a nosotros los muchachos:

—En mi juventud, como ya saben, cuando era funcionario de la Dirección de Fronteras, viajaba mucho por todo el país. Tenía amigos entre los indígenas, pasaba entre ellos gran parte de mi tiempo. Tuve gran afinidad y afecto por los *Bari*, hasta pensé quedarme aquí para siempre. Luego, tantas cosas sucedieron... períodos de dolor y de tristeza me alejaron de mis amigos indígenas... Me volví huraño, intratable... Recorría la selva en completa soledad. Pero un día, de paso por Caracas, conocí a Carmen, su mamá...

—Sí —prosigue *Akuero* por él—, cuando volviste aquí, trayendo las fotos de la doñita, eras otro... pensaste en cambiar tu existencia errabunda, hablaste de establecerte y formar una familia... Fue una decisión difícil, y nosotros te ayudamos a tomarla... Era preciso que dejaras atrás el pasado y trataras de empezar de nuevo.

Mis hermanos lo miran extrañados, pero yo comprendo perfectamente. Los *Bari* lo aconsejaron bien. Había llegado el momento de que Rafael desistiera de la búsqueda desconsolada del hijo. *Aparicuar* ya tenía su vida, su destino estaba abierto ante él: integrarse a la selva, formar parte de ese mundo indígena tan distante y diferente. Como padre —opinaban— él tenía que entender, liberar ese recuerdo, dejarlo seguir su propio camino.

Los tres hombres se dan fuertes palmadas en la espalda y se abrazan. Mamá sigue sonrojándose, nosotros nos miramos divertidos. ¡Nunca nos habríamos imaginado que los indígenas *Bari* fueran algo así como nuestros padrinos!

—Vamos, jóvenes —nos incita *Akuero*— es bueno llegar antes de que caiga la noche. Hemos traído monturas para todos: caballos, mulas y burros.

¡Menos mal que ya tenemos alguna experiencia y que las bestias son mansas!

Adelante van a caballo mamá y papá escoltados por *Akuero*, que carga a Maigualida. Luego vengo yo, venciendo la resistencia de Superloro que amenaza con tirarse de la mula para continuar solo, brincando, y de último los morochos montados en dos burritos guiados por *Bandú*, con el cual conversan sobre límites, topografía, tratados, Venezuela, Colombia... Ah, ya lo capto, se están preparando para su próxima profesión: inspectores de la Dirección de Fronteras.

—¿Cómo se llevan ustedes con la gente de fronteras? —le pregunto a *Bandú*.

—Bien, les tenemos bastante confianza, son amigos, útiles en muchas cosas.

—Sin embargo he leído en los periódicos que la situación ha sido algo tensa últimamente —le replico.

—Es cierto. Ha habido problemas, por asuntos de esos grupos armados, muy belicosos, que operan en los linderos —me explica pacientemente—. Se han aliado, para molestarnos y amenazarnos, con los cultivadores ilegales. Además, se ha incrementado la presión de extranjeros, gente ajena al ambiente que intenta arrebatarlos las tierras sin el menor respeto a nuestra cultura ni a nuestros derechos.

—¿Y no hay posibilidad de luchar contra ellos?

—Confiamos en recuperar lo nuestro con el tiempo, y con mucha habilidad, prudencia y persistencia de nuestros líderes. Sobre todo, nuestra esperanza está en el hermano bari que nos visita periódicamente, a nuestro Chamán de los Cunaguaro. Él es un auténtico líder, sabe cómo protegernos frente a los ávidos y tramposos terratenientes y cocaleros.

Papá y mamá se miran. Yo los miro a ellos y pienso en el fascinante Chamán que nunca logramos ver abiertamente, de frente.

Cada animal sigue al otro, por suerte, porque no se ve senda ni trocha. Árboles y más árboles, un follaje intrincado, a través del cual no penetran los rayos solares. Cruzamos algunos caños. Las mariposas que revolotean alrededor son cada vez más espectaculares. Grandes, luminosas, exhiben una gama de colores insólitos: morado, morado claro, verde limón, azul índigo, rojo carmesí. La cuesta es empinada. A veces las ramas nos rasgan la cara. ¿A dónde

vamos? No hay trazas de poblado. La luz está menguando. No me gustaría pasar aquí la noche, ni aún con nuestros dos guías... La mula se detiene.

—¿Qué pasa?

—Hemos llegado —sonríe *Bandú*—. Allí está nuestra vivienda.

—¿Cuál vivienda? —se extraña Mor.

—¡Sólo veo bosque! —completa Ocho.

Es un caney, o bohío como lo llamaban los cronistas, enorme, en forma de pirámide trunca, recubierto y techado con palmas y bejucos. Tiene algunas entradas secretas casi escondidas en la maleza, que sólo ellos conocen, difíciles de ubicar e invisibles en la misma urdimbre de la vivienda, y unas mirillas bastante bajas, que apenas se divisan. Los morochos tienen razón, desde donde estamos no parece una vivienda sino una mancha boscosa, disimulada entre la vegetación.

—¡Qué casa tan grande! —me extraño— ¿Cuánta gente vive en ella?

—Toda la comunidad —me contesta *Bandú*— unas cien personas. Y desde hoy, ustedes también.

Estamos cada vez más extrañados.

“Los *Bari* o Motilones, son indios bravos”, nos decían los maestros en la escuela, asustándonos. “Los *Bari* son indígenas de espíritu guerrero, salvajes, irreductibles, armados de flechas envenenadas y negras macanas, a los cuales nadie pudo acercarse por siglos, temibles aún hoy en día”, cuentan todavía en Caracas.

“Flecharon y mataron a muchos españoles y criollos desde los tiempos de la conquista hasta el mismísimo siglo pasado”, dicen otros.

Sin querer admitirlo, teníamos miedo al acercarnos al Valle de los Motilones. ¡Con todo lo que habíamos oído, no era para menos! Y ahora nos parece imposible estar aquí, en el corazón de la selva, sentados tranquilamente en nuestros chinchorros colgados al lado de los de los *Bari*, compartiendo su propia vivienda, saboreando sus comidas, escuchando su música.

Con fama de terribles flecheros y de agresivos atacantes, los *Bari* o “Motilones bravos” de hoy día, son en realidad inofensivos. Pequeños y ágiles, afables a pesar de su porte bravío, parecen un pueblo totalmente distinto al que con tanta fiereza acometía a los

invasores y extranjeros hasta no hace mucho. Su sensibilidad y pericia musical es lo que más nos sorprende. Aunque otras etnias tengan instrumentos y cantos, ha sido aquí, entre los *Bari*, donde el embrujo y la fascinación de la música autóctona nos han envuelto.

El instrumento propio de ellos es la flauta, a la que llaman *monitubí*. La tocan hombres y mujeres. No es una flauta como la nuestra, sino el tubo de una caña parecida al bambú, de unos cuarenta centímetros de largo, obstruido en los extremos, con tres huecos: dos para abrir y cerrar con los dedos, y uno, más largo, que es el de la embocadura, por donde se sopla suavemente acercando los labios.

Akuero la enseña y nos explica con detalles:

—Esta es la flauta principal, pero hay también otros tipos: la pequeña y redondeada *darikbará*, la ancha *doksará*, las alargadas *buirokdorá* y *orrón*. Todas están fabricadas con caña de bambú.

¡Qué felicidad! A mí personalmente, *Akuero* me entrega una *monitubí* en regalo. ¿Cómo pudo adivinar que me gusta la música, y que charrasqueo bastante bien el cuatro?

Tanteo la flauta, la ensayo, no me sale nada mal. Logro acompañar a una hija de *Bandú*, esbelta y graciosa, que se acerca entonando un extraño son. Otras flautas se alternan luego con cantos suaves, algo monótonos, quizás de rezo, de recibimiento a la noche y al sueño. Papá se queda absorto. ¿Acaso esos místicos sonidos le evocan la belleza exótica de *Ashirama*? Yo también pienso en ella a veces, cuando veo la brillantez de las flores, o percibo el aroma de los frutos del lugar. Son colores, fragancias que evocan su inasible presencia, su paso leve entre la espesura. Ella ya forma parte de nuestra familia, lo sabemos todos.

El interior del bohío, aunque en desnuda penumbra, es acogedor, la temperatura agradable. Nos sentimos seguros, resguardados. Entre coros y sonos de flauta nos entregamos a un sueño profundo.

Al amanecer, una jocosa costumbre de los *Bari* nos despierta. Apenas despunta el alba y un rayo de luz se infiltra en el interior, el primero en abrir los ojos lanza un silbido imitando a un pájaro. Nuestros hermanos, los dos ceritos expertos silbadores, maravillados y felices de encontrarse en un ambiente propicio, no pierden la oportunidad de lucirse: imitan al arrendajo y al turpial, despertando la aceptación y la admiración general. Los demás le contestan en

la misma forma, y en una algarabía de trinos y gorjeos de variadas aves, todos se levantan.

Grandes y pequeños se entregan enseguida al trabajo: son expertos y diligentes en la fabricación de collares, arcos, flechas, esterres, hamacas. Los *Bari* son de poca estatura, pero poseen una viveza y una resistencia sorprendentes. Trepan cuevas, salvan ríos, barrancos y toda clase de obstáculos. Caminan largas distancias cargando fardos pesadísimos, siempre con sus pies desnudos, siempre con el mismo paso rápido y seguro. Ya desde antes había quedado admirado por la velocidad con que caminan los indígenas, que aquí confirmo: un trecho que el más atlético de nosotros emplearía una hora en recorrer, a ellos les lleva apenas unos quince minutos. Cuando dicen que el poblado está a pocas horas de camino, hay que prepararse: para nosotros, son al menos unas ocho para los jóvenes, y un día entero para los mayores.

—En un rato iremos de pesca con ellos —anuncia papá mientras lo ayudo a montar su aparejo, contento al pensar en sus fotos.

La noticia me sobresalta. ¿De pesca en una montaña tan alta? ¿Y con esta maraña de selva? Tengo curiosidad de ver eso.

He aquí que unos intensos silbidos anuncian el regreso de mis hermanos, que estaban correteando desde temprano. Están de pláceme. No sólo esta comunidad indígena se ha interesado mucho, con benignidad y simpatía, por su parecido y por su condición de morochos, sino que por primera vez en el viaje, se han encontrado con dos morochos, para completar de su misma edad, y dicen ellos, con nombres parecidos a los suyos: *Kobakai* y *Skikbai*.

—Pero —objeto yo— no distingo en qué *Kobakai* y *Skikbai* se le parezcan a Mor y Ocho.

—Claro que no entiendes, tú no conoces ni una palabra del idioma *bari*. Ya verás.

Ahora, ellos me están dando clases a mí. ¡Lo que es tener padrinos! Con los morochos indígenas de padrinos, Mor y Ocho, en un santiamén, se han enterado de todo.

—Este grupo —nos aleccionan— está conformado por *bari* que hablan su propia lengua, de origen *Chibcha*. Pero mucha gente les dice motilones, que es palabra castellana, por eso se le pone la terminación del plural a diferencia de los nombres de las demás comunidades. Significa “los de cabellos cortos”. Deriva del verbo

“motilar”, es decir, rapar, cortar el cabello. Así se les llamó en tiempos antiguos, cuando tuvieron que cortarse el pelo debido a una epidemia de tifus propagada por los conquistadores españoles, o según otros a una invasión de piojos.

Es tan llamativa la mímica de mis hermanos imitando guerreros españoles enfermos, indígenas asustados, tijeras que cortan el pelo y cráneos pelados, que mamá y Maigualida seguidas por Superloro se acercan divertidas para enterarse.

—Entonces —observa mamá—, motilones sería como decir “pelones”.

—¡No! —enfatisa Ocho— Ni pelones ni cocopelados. Tienen el corte totuma, que hoy en día es tan practicado por los peluqueros elegantes de los niños sifrinós.

—Cocopelados, cocopelados, ¡cocó, cocó, cocó! —gritan la niña y el loro al unísono, sin ninguna consideración por el decoro de nuestros anfitriones que, entiendan o no, parecen entretenerse a su gusto.

A este punto, los morochos pretenden lucirse con una coplita satírica de moda en la mitad del siglo pasado, que quizás aprendieron del mismo abuelo estafalario que me dio a mí el nombre de Filatelio que cargo, gracias a su amor por las estampillas:

*y los indios
motilones,
les cortaron los...
los los los co...*

—¡Cállense de inmediato! ¡Cambien de tono ya! ¿Cómo se les ocurre? —objeta mamá escandalizada:

les cortaron...
¡la retirada!

...rematan ellos precipitadamente, a todo volumen y a toda velocidad. Luego, los graciosos ceritos guardan un silencio de risas contenidas. ¡Qué pícaros! Querían aludir a la leyenda según la cual, los Motilones castraban a los guerreros vencidos y a los invasores.

—Lo que no logro captar —prosigue mamá una vez calmado el alboroto— es por qué todavía se les llama así, Motilones, en lugar de *Bari*, que es su propio nombre.

—Porque —explican con cierta lógica, uno a la vez, los morochos— ellos siguieron cortándose el cabello...

—...bien parejito, aún después de la epidemia...

—Y además los criollos prefirieron seguir llamándoles Motilones, ya que la palabra implica cierto desprecio. En cambio, el apelativo *Bari*, que realmente los identifica, enaltecería su origen, pues está ligado a la civilización *Chibcha* —completo yo mismo.

Sí, yo sabía que los *Bari* son de filiación *Chibcha*. También sé que los Chibchas en otras regiones alcanzaron un alto grado de desarrollo que todavía se manifiesta en sus ritos, fiestas, danzas, arte y artesanía, en la elaboración de máscaras de láminas doradas que se exhiben en famosos museos del oro. La cultura de los *Bari* de nuestras sierras ha evolucionado más lentamente. El período de la conquista y colonia representó un estancamiento en su evolución, se vieron obligados a alejarse, a disimular sus manifestaciones vitales. Pero evolucionaron hacia una fuerza espiritual insospechada, agudizaron su sexto sentido, su capacidad de ver más allá de la realidad. Tienen facultades paranormales, son “síquicos”, es decir, videntes, adivinos. Descubren el porvenir en la observación de los frutos de parapara. Los recogen del suelo, negros, brillantes y perfectamente esféricos. Encienden su tabaco, se sientan y dejan caer los paraparas en el espacio que abarcan entre sus piernas: por la forma como caen desglosan el futuro y previenen cualquier peligro.

—Por fin —completa papá que parece haber seguido el hilo de mis pensamientos— toda cultura se debe valorar intrínsecamente, y no en comparación con otra u otras.

Enfáticas exclamaciones de mamá y Maigualida nos interrumpen:

—¡Ahí vienen los morochos *bari*, ahí vienen! ¡Miren, miren!

¡Qué morochos! Nos quedamos estupefactos: la cara es idéntica, es cierto, y el guayuco también. Pero... ¡uno de los Motilones es chiquito, mínimo, y para completar, flaco! ¡Y el otro es alto, mucho más alto que la mayoría de los *Bari*, casi de mi tamaño, y bien gordito! Parecen dos copias de la misma foto, una en reducción y la otra en ampliación. Papá se sorprende de esto, porque tenía entendido

que entre los indígenas no existen morochos. Prontamente, *Akuero* le explica que *Kobakai* y *Skikbai* tienen una abuelita criolla. De ahí viene la cosa. ¡Qué nota!

Mor y Ocho los reciben con entusiasmo:

—¡Adelante, *Kobakai*!

—¡Adelante, *Skikbai*!

Y nos explican a nosotros con picardía:

—¿Saben qué quiere decir *Kobakai*?

—¿?

—*Kobakai* quiere decir “poco”.

—¿Y *Skikbai*?

—¿?

—*Skikbai* quiere decir “mucho”. Ellos son los morochos “Mucho” y “Poco”. Mucho y Poco forman morochos, así como Mor y Ocho. Por eso, su nombre se parece al nuestro.

No sé si en esto habrá mucha o poca lógica, sin embargo ver al grandote Mucho y al pequeñito Poco, con sus caras iguales, conversar animadamente a voces y gestos con nuestros parecidísimos Mor y Ocho, nos produce un gran contento. ¡Con estos Motilones, nos sentimos como en familia! Y casualmente... Mor y Ocho no hablan *bari*, ni Mucho y Poco hablan español... ¿Cómo se entienden?

—¿Qué idioma hablan ustedes?

—Algo que tú no conoces, *Tuponken*, algo que tú nunca podrás hablar.

—¿Y qué será eso tan exclusivo de ustedes, mis queridos chiguüres silvestres?

—¡Pues, el idioma de los morochos!

¡Qué ocurrencia! Me veo obligado a celebrarla.

Mientras tanto, papá sigue tomando sus películas y sus fotos ensimismado, y otros jóvenes se agregan al grupo.

En realidad, les queda muy bien el nombre de Motilones a estos indios fuertes, membrudos y regordetes, de cara redonda acentuada aún más por el corte de pelo. Son bien formados, de piel lisa y limpia, sin pinturas, afeites ni adornos. A pesar de su ceño aguerrido, sus dientes blancos y sanos se descubren en frecuentes sonrisas. Sus cabecitas pobladas de un espeso pelo negro ostentan un corte fresco y limpio, bien parejito... ¡jestilo totuma!

Son juiciosos y hábiles, amistosos y serviciales con los que conocen y con quienes se les acercan precedidos por mensajes y mensajeros que den todas las garantías. Sin embargo, si a un desconocido se le ocurriera presentarse ante ellos llana y simplemente, aunque sea con buenas intenciones... ¿qué pasaría?

—Probablemente algo insospechado, alguna reacción hasta violenta —nos confía *Akuero*—. Los *Bari* recordarán con ira y temor las antiguas incursiones y los recientes despojos y atropellos de las compañías petroleras y de los terratenientes... Por supuesto, no lo dejarían pasar. O peor aún, lo rechazarían a flechazos.

—¿Todavía, *Akuero*? ¿Aún hoy?

El cacique no duda en contestar.

—Probablemente, sí.

—¿Y si les traen un saco de sal?

—La sal, mejor dejársela lejíiito... donde no alcancen las flechas... ellos la van a recoger.

—*Akuero*, ¿cuántas comunidades de Motilones hay en la actualidad?

—En Venezuela, nueve. Se distinguen por los nombres de sus caciques.

—Vemos que aún tienen caciques. En las demás etnias de Venezuela desapareció esa figura.

—Recuerda que nosotros somos *Chibchas*, y la mantenemos.

—¿Cuál es el nombre de la principal comunidad?

—Es el mío, *Akuero*. Yo soy el *kakbaibai*, el cacique. Entre las otras hay *Zimbá*, *Bora*, *Ariká*, *Dabrokná*, *Guañaguaña*...

Endereza su figura, adquiere una presencia, un porte solemne. Me lo imagino en sus actos sagrados con una macana cuidadosamente tallada al estilo *bari*, ungido con el penacho de gobernante hecho de plumas de piapoco, adornado con collares de colmillos de báquiro, investido de su alta esencia de cacique.

—¿Cuáles son las más pacíficas y cuáles las más agresivas?

—Depende de quién y cómo se le acerque... En principio, hay que considerarlas todas agresivas.

Reflexiono y me pregunto: ¿hemos logrado la paz, la amistad, la comprensión, el entendimiento con tantos pueblos del mundo entero, y no hemos sido capaces de lograrlo con nuestros indígenas? ¿Por qué tenemos relaciones frecuentes y constantes con Colombia,

Cuba, España, Francia, Italia, los Estados Unidos de Norte América, Australia, Nigeria, China, Corea y tan pocas con nuestros aborígenes, siendo ellos, como son, nuestros hermanos, quienes comparten nuestro territorio y quienes estaban en él antes que todos nosotros y nuestros propios antepasados?

Un intenso movimiento dentro y fuera del bohío me hace comprender que llegó la hora de la pesca: hombres, mujeres y niños se dirigen al río, empuñando arpones, arcos, flechas, cuchillos. Algunos, adultos y ancianos, cargan machetes enganchados a la parte posterior del guayuco. El bosque se puebla de voces y colores.

A nuestro grupo, en la retaguardia, lo acompañan los morochos *bari*, que nos comunican con palabras, gestos y mímica, una cantidad de cosas:

—¡Pescar sí es sabroso!

—Pues yo no le encuentro aún la diversión —objeto.

—Pon algo de tu parte, *Tuponken* —me recriminan los morochos— pescar es para ellos un deporte, así como para nosotros el béisbol y el fútbol.

—Ayer, ayer, ayer —intenta comentar *Skikbai*, y entendemos que quiere decir en días anteriores, pues sabemos que la concepción del tiempo en los indígenas es diferente a la nuestra— construimos una pesca con piedras, troncos, hojas de cambur y de bijao. La vas a ver.

—Pescar... ¿Qué pesca, cómo van a construir una pesca? Seguro que por pesca entiende represa —cavilo.

Llegamos. La comunidad entera está entrando en acción.

Esparcidos en diferentes sitios de la represa, que efectivamente esto quería decir Mucho con la palabra pesca, hundidos en el agua hasta los muslos, sostienen el arpón con ambas manos. Miran fijamente el agua, y cuando por ahí pasa el pez, trucha, armato, guabina, corroncho, bagre, morocoto, lanzan el arma y lo apresan, traspasándolo. No sé si es que lo ven o lo presienten, pero nunca fallan, como tampoco fallan quienes más arriba disparan flechas y dardos.

—Ahora les toca a ustedes, adelante —nos invitan Mucho y Poco.

Nos lanzamos al agua con entusiasmo. ¡Qué sabroso es nadar y hurgar en aquel río fresco, cristalino! Mariposas y “caballitos del diablo” rozan las ondas transparentes. Nos sentimos sanos, alegres,

llenos de ánimo. Pero de pesca, nada. Probamos con los arpones... ¡Nada! Nos facilitan un arco y unas flechas, y nos frotan alrededor de los ojos las cenizas de las hojas de *pakabiapto* para asegurar una buena puntería. ¡Nada! Arrojan al río hojas de *kwamikurayi*, esenciales para mejorar la suerte del pescador. ¡Nada! Invocan a *Uwap-tu*, el espíritu de los peces, que propicia una pesca exitosa. ¡Nada! Los morochos *bari* empiezan a silbar, los nuestros les responden: dicen imitar el canto de amor de los morocotos para atraerlos. Pero ni así tenemos suerte. Nos ayudan con unas hojas de *bakkí*, hierba silvestre parecida al barbasco, que al ser machacada y hundida en el agua de los ríos produce un efecto soporífero sobre los peces... ¡Y todavía nada!

—Parece que las hojas les hacen efecto a ustedes y no a los peces —comenta sardónico papá.

Para consolarnos de nuestro fracaso en la pesca, los amigos *bari* nos sugieren que participemos en la preparación de la voluminosa parrilla que le sigue. Mientras colaboramos en aprestarla, me fijo en algo curioso:

—¡Todos los peces tienen el hueco del arpón en el mismo sitio!

Juntos, papá, los morochos y yo mismo examinamos los pescados: diez, veinte, treinta... no vale la pena seguir contando, pues todos, absolutamente todos, tienen el orificio causado por el arpón en el mismo lugar: justo detrás de las branquias. ¡Qué puntería!

—Y algo más... —sugiere papá.

—¿Qué?

—Piensen. ¿Dónde están sus estudios de zoología y anatomía?

Por una vez, salgo bien parado. Me ayuda el haber leído tantos libros sobre animales y recordar la técnica de los enjundiosos amigos *kariña*:

—Esto revela un buen conocimiento de la anatomía del animal. El arpón penetra por el opérculo branquial, llega directo al corazón del pez y lo mata de inmediato. Es una forma mucho más precisa y humana de pescar que la nuestra —comento—. Los peces no experimentan una larga agonía, mueren instantáneamente, sin sufrimientos, se evita torturarlos innecesariamente —agrego convencido—. Esto tiene mucho que ver con las creencias religiosas de los indígenas. Ellos son profundamente respetuosos de la flora y de la fauna, y procuran causar el menor daño posible al ambiente.

—¡Correcto!

Los presentes aprueban, hasta Mucho y Poco que para expresarlo, me dan palmadas en la espalda tan fuertes que casi me tumban. De alguna forma, los morochos *bari* siempre logran seguir nuestros diálogos. Es asombroso cómo estos indígenas conocen intuitivamente la anatomía de los animales, las propiedades de cada planta, de cada hierba y cómo saben aplicar sus conocimientos, adquiridos por herencia o por experiencia.

Pero... apenas comenzamos a comer el sabrosísimo pescado bien cocido a la parrilla acompañado de auyama, ñame, plátanos y yuca, me doy cuenta de que Superloro no está por ninguna parte. ¡El susto es grande! Es la segunda vez que desaparece mi loro, y la primera corrió gran peligro. Me inquieto. ¿Habrá decidido quedarse aquí en la selva, abandonarnos ahora, quizás presintiendo el fin de nuestro viaje?

Recordamos haberlo visto bajar con nosotros hacia el río, brincar de hombro en hombro de los pescadores, celebrando con gritos la captura de los peces. La misma preocupación nos embarga:

—¡Aquellos arpones tan cortantes! ¡Y ese loro tan vivaracho e inquieto!

En mi angustia, volví a ver a los *Bari* que afilaban continuamente los arpones sobre las piedras con el machete, mientras mamá sujetaba a Maigua, y le decía:

—Atrás, niña, atrás, cuídate.

Pero a mi loro, a mi pobre Superloro, no lo sujeté, ni le dije:

—Atrás, lorito, ¡cuídate!

Lo buscamos por todas partes, los indígenas colaboran, pero no aparece. Preguntamos por él, nadie puede contestarnos. ¿Lo habrá alcanzado un cuchillo o un machete? ¿Lo habrá herido un arpón? ¿Se habrá perdido, internado o fugado en la selva? ¿O acaso por curioso, y atrevido, se tragó las hierbas soporíferas y está sumido en un largo, peligroso sueño, quién sabe dónde?

Maigua empieza a llorar, y yo, sinceramente, quisiera hacer otro tanto. Pero de repente, un alboroto proveniente de la maleza nos sobresalta. Todos miramos esperanzados en esa dirección. Se acerca Superloro, abriéndose paso con fatiga, pues viene cargadísimo: medio arrastra y medio empuja, con el pico y las patas, un corroncho gigante, ¡tan grande como los que pescaron los indígenas!

¡Bravo, Superloro!

Quedamos tan admirados observando la escena, que nadie corre a recibirlo.

Superloro, sin soltar el pescado, se acerca majestuosamente a la parrilla: una vez allí, lo agarra con el pico, lo echa en el fuego, se aleja prudentemente y dirigiéndose hacia el grupo estupefacto que formamos nosotros y los indígenas *Bari* que nos han ayudado a buscarlo, levanta el copete amarillo y grita:

—¡Hola, Superloro, hola!

Desde entonces, Superloro se vuelve un personaje popular entre los *Bari*. Todos lo buscan y celebran, le piden a papá que les regale fotos del bizarro animal. ¡Un loro pescador, pocas veces se ha visto! ¡Afortunadamente, Rafael con su cámara siempre lista, tuvo tiempo de tomarlas justamente en el punto culminante de la hazaña, con corroncho, parrilla y todo!

Regresamos al bohío, emocionados y cansados, al caer de la noche. Nuestros anfitriones se acomodan en las esteras, se recuestan en los chinchorros, encienden las pipas.

Nosotros nos reunimos alrededor de papá, comentando el valor y la sociabilidad de los *Bari*, que la cultura criolla sigue tachando de peligrosos y antisociales.

—A estos indígenas no se les conoce bastante —comenta papá—. A veces fueron héroes, otras víctimas, otras victimarios, pero siempre osados, arriesgados, indomables. Las gestas de los *Bari* podrían servir de tema para escribir novelas, filmar películas, crear programas de televisión.

—¿Cómo es eso? ¿Dónde sucedió, cuándo? Cuéntanos, papá.

Escuchamos con gran atención. Veo que Mor y Ocho hacen gestos en el aire, como si tuvieran en sus manos poderosas cámaras de video, o dirigieran desde la silla del director la filmación a punto de empezar. Me provoca hacerles bromas:

—¿Ya se cansaron de ser aviadores, inspectores? ¿Ahora quieren ser productores de cine, o actores?

—Cállate palillo, *Tuponken*, cavernícola —me agrede Mor, Ocho agrega:

—Tú nunca vas a hacer ningún cambio. ¡En lugar de un antropólogo vas a ser un arqueólogo, y hasta un sepulturero!

Quizás tenga razón, los cambios son necesarios. De todas formas, no tengo la oportunidad de contestarles, porque ya nos envuelve en una atmósfera de calidez la voz de papá:

—Cuando en el año 1615 el capitán Alonso de Ojeda deja las aguas del lago de Maracaibo, que muchos años más tarde el poeta zuliano Udón Pérez llamaría el “lago de seda”, y empieza a remontar el Catatumbo, es alcanzado por las primeras flechas motilonas de puntas de piedra negra, tan oscuras que reflejaban la luz, disparadas desde la selva misteriosa. A partir de entonces, fueron muchos los conquistadores que conocieron el rigor de la defensa de aquellos “indios de ojos claros” (así los mencionaban por el brillo de sus pupilas), cuya presencia se delataba a distancia por la fuerza y habilidad con que disparaban las saetas. Sin embargo, sucedió que muchos fueron apresados: pues bien, antes que vivir en cautiverio, los indígenas prefirieron dejarse morir de hambre y sed, y algunos hasta llegaron a automutilarse a mordiscos, mientras otros se suicidaban arrojándose a los barrancos y precipicios de la sierra.

¡Qué valor, y qué desesperación! Estamos estremecidos.

—Papá, ¿cómo sabes tú tantas cosas?

—Nada especial, he leído algunos libros, especialmente los de los cronistas e historiadores: Oviedo y Valdés, Antonio de Herrera, Oviedo y Baños, Aristides Rojas, y algunos otros. Más recientemente, leí ensayos de misioneros, antropólogos, y relaciones de viajeros. Además recuerden que yo he vivido entre los indígenas mucho tiempo —lo dice en tono orgulloso, como si realmente formara parte de esas etnias.

De los libros que ha mencionado algunos los tengo, otros no. Grabo los nombres en mi memoria. Yo también quiero leerlos, o releerlos, cuando regresemos. Deben estar en la biblioteca de la escuela. Quiero conocer más a nuestros aborígenes, ellos lo merecen... Es extraño, por primera vez la palabra “regreso” se asoma a mi pensamiento... pero es así, me temo que esta será la última etnia de nuestro itinerario... Creo que papá quiere dar fin aquí al viaje, a la búsqueda. Quizás nuestra aventura indígena deba terminar en el propio territorio de origen de mi hermano desaparecido, dejando abierta una esperanza.

—Voy a explicarles también lo que se menciona como las “cacerías de Motilones” —prosigue papá—. ¿Han oído hablar de ellas?

Es una verdad, una de las tristes verdades de nuestra historia. Fueron represalias sangrientas contra los *Bari*. Tomando como excusa sus supuestas incursiones en los poblados para proveerse de sal y herramientas, los hacendados y ganaderos, con el pretexto de castigarlos, organizaban partidas de caza contra ellos, los desplazaban, les quitaban las tierras, y si se resistían los masacraban con armas de fuego. Y hay que decir que muchos de estos hacendados, algunos de los cuales siguen persiguiéndolos con prácticas parecidas aún hoy día, son en realidad sembradores de cultivos ilegales, o venidos expresamente de países vecinos para apoderarse de estos campos tan fértiles, para sembrar allí sus nocivas siembras, que por supuesto son muy rentables.

Esta verdad nos entenece y entristece, pero a la vez exalta la fantasía de mis hermanos.

—¡Qué grande sería una película ambientada en el corazón de la sierra de los Motilones, con estas aventuras! —se entusiasman.

—Sería grandiosa, pero un poco difícil de filmar —trato de calmarlos yo.

—¡Ya se sienten directores de películas, artistas... no los para nadie!

Empiezan a pegar saltos y brincos, y a hacer mímica con piernas y brazos gritando las palabras *bari* que han logrado aprender de sus maestros morochos: numerosas, de verdad, o por lo menos atinadas, como pude enterarme luego:

<i>Wira:</i>	listo	<i>Barabará:</i>	nube
<i>Barí:</i>	gente	<i>Chi:</i>	flecha
<i>Barira:</i>	español	<i>Akdabai:</i>	machete
<i>Dombé:</i>	bravo	<i>Abi:</i>	sangre

Por suerte, pronto dejan el agite y vuelven a agacharse a los pies de papá, cuando éste emprende otro interesante relato:

—Mucho costó, a fines del siglo XIX, implantar el ferrocarril en esta región. Fue necesario trazar planos de acuerdo con la topografía del terreno, buscar los caminos más accesibles. Forzosamente la vía férrea penetró en territorios que los *Bari* consideraban propios, intocables, sagrados. Cuando, por fin, el Gran Ferrocarril del Táchira comenzó a funcionar y sus altivas locomotoras cruzaron

ruidosamente los valles, los indígenas se hicieron presentes, silenciosos y temibles: los primeros trenes fueron asaltados, los pasajeros y el personal hostigado y atacado a flechazos. Los indomables Motilones ponían obstáculos en la vía, piedras, troncos grandes de árboles. Hacían detener el tren, entraban en él por las ventanillas, y con golpes de macana amenazaban, a veces herían a los pasajeros y los robaban, espetándoles en la cara:

—¡Vengo a robarte, como tú a mí, y a mi tierra!

Hubo que acercárseles, oírlos, aceptar sus condiciones, pactar con ellos.

Lo vemos como en un largometraje: aquellos arrojados y vengativos indígenas, ofendidos, ocultos detrás de los tupidos árboles, esperando que el silbido de la locomotora anuncie el paso del convoy. Veloces, trepan a las ramas con su carcaj a la espalda. Tienden los arcos, apuntan con infalible instinto, la nube de flechas vengadoras envuelve el tren. Gritos, lamentos, tiros de escopeta. Ya están lejos, amargados pero satisfechos, reclusos en lo más impenetrable de la selva. O bien se acercan a los vagones, atemorizan a los pasajeros con sus largos bastones o macanas negras en las cuales se aprecia con bella talla su tótem o animal tutelar. Los niños lloran, las mujeres se desmayan.

—Vamos a hacer una película —insisten los morochos—. Pensar que se han hecho tantas sobre los pieles rojas, los mohicanos... ¡las vemos a diario, y no hemos sido capaces de hacer una sobre las hazañas de nuestros propios indígenas!

—Material, lo habría —les apoyo—, lo que pasa es que no valorizamos nuestro pasado, no conocemos bien nuestra historia. Yo nunca supe que los famosos asaltos a los trenes que vemos en los filmes del oeste, se gestaron también en Venezuela.

—Tanto —aclara papá— que hubo que suspender la recién inaugurada travesía del ferrocarril. El tren de los Andes fue clausurado pocos años más tarde, en época de Gómez, por el peligro que representaban los indígenas, y hasta hoy no ha sido restablecido.

—Es un hecho penoso, pero no podemos dejar de pensar que entre los llamados civilizados, aún hoy día se producen sucesos parecidos, y hasta peores. Sin embargo son hechos de vulgar delincuencia, no tienen ese halo de audacia, de heroicidad —reconozco.

—¿Han oído ustedes hablar alguna vez del “Batallón de los Motilones”? —nos interroga a este punto nuestro padre, con su acostumbrada, positiva disposición hacia los valores indígenas.

Nuestra ignorancia es grande. Por la sorpresa y el interés nuestras preguntas se atropellan:

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Quiénes eran?, ¿qué hicieron?

—¿Cómo fue?, ¿cuándo ocurrió?

—Al comenzar nuestra Independencia. No puedo darles muchos detalles a este propósito, porque sería necesario hacer una investigación histórica más profunda. Lo cierto es que en aquella época, hacia 1812, un brigadier realista originario de Ceuta de nombre Ramón Correa, logró reunir un grupo de guerreros indígenas. Los llamó “Batallón de Motilones”, y quiso llevarlos a la lucha en contra del Libertador. Pero...

Todos callamos, exaltados. Ahora ya no estamos frente a una pantalla de cine, hemos entrado en nuestra historia nacional, más apasionante que todas las películas.

—¿Pero?...

—¿Fue una toma de conciencia instintiva, algún mensaje atávico? ¿Una intuición? ¿Fue acaso un sentimiento de apego a su tierra, a su gente, a los demás venezolanos? ¿O quizás el nombre y el valor de Bolívar habían llegado hasta ellos?

No nos atrevemos a preguntar, el suspenso es casi irresistible:

—No puedo decirles cuál fue el motivo: el “Batallón de los Motilones” se formó, pero nunca llegó a luchar contra Bolívar. Contra los patriotas, nuestros aborígenes no lanzaron ni una sola flecha. Cuando se dieron cuenta de lo que se les exigía, los bravos indios, sigilosos, cautos, retomaron el camino de la selva. Pequeños, delgados, descalzos, con su cabello reluciente, ágiles en sus guayucos colorados, los arcos tendidos, el carcaj lleno de flechas, desaparecieron uno a uno entre los árboles. Este fue el fin del “Batallón de los Motilones”, que se negó a combatir contra los libertadores de su propia tierra.

Estamos asombrados. ¡Cuántos secretos, cuántas sorpresas, emociones, encierra la historia compleja y legendaria de los indígenas! Será largo y difícil el camino para conocerla y para comprenderla, pero todos nosotros queremos recorrerlo. Rescatar su vida

y su historia, valorizarlas, es un deber hacia nuestros aborígenes y hacia nuestro país. No podemos sustraernos a este impostergradable deber, tenemos que asumirlo y cumplirlo.

Alrededor de nosotros se ha ido intensificando la oscuridad, y se hace más profunda la calma nocturna. Con la humedad, penetra en oleadas el frío de la noche. Mamá nos alcanza las cobijas. Nos sentamos en un círculo cada vez más estrecho. Mis hermanos dormitan. A la luz parpadeante de la fogata observo que *Akuero* se acerca a papá. Trato de aguzar el oído, para no perderme ni una sola palabra.

—Ustedes saben que nunca dejé de buscarlo, que hice todo lo posible por encontrarlo.

—*Aparicuar*, tal vez, también lo sabe. Tiene las facultades de su abuelo y de su madre. Las mismas que tenemos nosotros, los *Bari*. Él conoce tu búsqueda, pero quizás está consciente de que su camino y el tuyo son diferentes.

—Pero no opuestos. Nuestros caminos deberían encontrarse.

—Algún día, Rafael... Por ahora debes dejar que él realice su destino, que es el nuestro, el de nosotros los indígenas.

Papá respira profundamente, resignado. Admite que es tiempo de finalizar su peregrinar en pos del hijo. Decide regresar. Con pesar, pero convencido de estar haciendo lo mejor.

Sé que al día siguiente nos comunicará con firmeza que hemos llegado al fin de nuestro viaje. Que si bien en un futuro podríamos volver, visitar las tierras que no pudimos conocer, ahora es preciso partir. Nos recostamos todos en los chinchorros. Lo último que veo antes de quedarme dormido es su rostro pensativo, intenso. Después de tanto viajar, de este largo recorrido por las regiones y comunidades indígenas, después de tanta búsqueda, de tanta esperanza, mi padre comprende que debe renunciar.

La selva está oscura, la noche agujereada por miles de ruidos: grillos, murciélagos, silbidos de arañas. Extraños pájaros nocturnos aletean y graznan entre la espesura. Ráfagas heladas agitan las hojas, mecen las copas de los árboles más altos. Las ramas se quiebran con un crujido seco, partidas por los araguatos que aprestan su lecho colgante. La luna se eterniza en saltos y cabriolas sobre el río, blanquea las piedras de la orilla y se derrama más allá, sobre la arena húmeda.

Al rato todo parece detenerse. La brisa ya no juega entre bejucos y ramas. Cesa el canto de los grillos, los pájaros selváticos suspenden su revoloteo. La noche misma se queda inmóvil, detenida en el tiempo. Sólo la luz de la luna sigue bailando dentro de las ondas del río. Una flauta lejana, como el sonido del carrizo en el viento, se deja oír, extraña y sorprendente. Parece más bien el canto de un moriche, el ágil ave de los bosques que gorjea intensa y melodiosamente.

El sonido salvaje de aquella flauta me desvela. Desde mi hama-ca puedo observar a mi padre, que mira a su vez en silencio, completamente despierto. No nos atrevemos a movernos. Entonces lo vemos pasar, eterno en su soledad. Avanza sigiloso en la oscuridad, envuelto en un halo de cocuyos. Varios cunaguaros jóvenes lo siguen al mismo paso, un puma más grande va a su lado y algunos lince los rodean obedientes. Yo contengo la respiración y me imagino que mi padre también.

En un parpadeo, él está frente a nosotros. A sus pies, los cunaguaros acechan fieramente: ¡Es el Chamán de los Cunaguaros! Papá lo contempla inmóvil, fascinado. Yo ardo en deseos de hablarle.

¡Es el Chamán de los Cunaguaros!

Sus cabellos fluctúan con el álito nocturno, su cuerpo brilla, ungido de aceites vegetales. Nos mira fijamente, con unos ojos raros, de un color indefinible. ¿Qué color es? ¿Amarillo hierba, dorado luna, verde selva, miel de árbol?

¡Es el Chamán de los Cunaguaros!

Su voz resuena como un río crecido, es el viento en la hojarasca:

—¡Padre!

La voz de papá es apenas un trino, un susurro, cuando le contesta:

—¡*Aparicuar*!

No hay más palabras.

Tanto esperar por su presencia y allí estaba, cercano y distante, envuelto en un mágico resplandor, pero profundamente humano: ¡el Chamán de los Cunaguaros, mi hermano!

La revelación me deja en suspenso, y también, imagino, a papá. ¡Jamás pensó que su hijo era aquel misterioso indígena que visitaba todas las etnias, llevando una palabra de aliento, de confianza! ¡El Chamán de los Cunaguaros! ¡*Aparicuar*, mi hermano! El orgullo me hace detallarlo claramente, pensativo y fiero, esperando la luna llena

para cruzar la selva, o bien atravesándola en la oscuridad, rodeado de su impresionante séquito de cunaguaros. Observo los dibujos rituales de su cara, su olor selvático, su larga cabellera flotante.

¡Nuestro viaje no había culminado en una renuncia, dejaba abierta una esperanza!

Habíamos logrado encontrar al hermano: ¿lograríamos integrarlo a nuestra familia para que participara de nuestras propias vivencias y memorias, para que nos ayudara a crecer, a seguir por ese difícil camino de la vida?

Erguido ante nosotros, *Aparicuar* nos contempla profunda, intensamente, pero ni su mirada ni su gesto delatan la intención de dejar la selva, de formar parte de los González Uribe, nuestra familia, ni de la gente criolla.

Cuando intento decirle algo, sonrío y desaparece, como se pierde el celaje índigo de la noche al llegar el alba. En menos de un segundo ya no estaba allí. Su imagen se había vuelto una con la selva, su rostro era hoja, flor, colibrí de monte, serpiente elusiva, leve gruñido de felinos salvajes.

¡*Aparicuar* no se quedaría con nosotros!

Él no podía hacerlo. Debía continuar recorriendo todas las etnias, para reafirmar y valorizar los méritos internos de cada cultura, su idioma, sus tradiciones, su memoria, sus habilidades y capacidades distintivas; para promover una respuesta digna, un acercamiento noble a la discriminación y exclusión de que había sido objeto el pueblo indígena durante siglos. Debía seguir siendo el representante de la especificidad de los pueblos indígenas, el promotor de su identidad y diversidad, de su crecimiento intercultural.

¡Se había cumplido mi presentimiento! Sabía que en este viaje encontraríamos algo muy importante para nosotros. Y lo hallamos: la revelación de la misión de *Aparicuar*, del destino de mi hermano. *Aparicuar* tiene nuestra sangre, pertenece a nuestra descendencia, a nuestra familia, es hijo y hermano nuestro. Mas a la vez, cumpliendo un vaticinio de magia y hechizo de una antigua etnia, es chamán y mucho más. Es el símbolo de la pervivencia indígena.

Y algo más de mi presentimiento se cumplió: nosotros encontramos un significado, una nueva visión de la vida, y de nuestro pueblo venezolano.

Al amanecer siguiente, no sabía si todo había sido un sueño.

—No Filatelio, no fue un sueño —me asegura reflexivo mi padre.

Me quedo pensando, sopesando la palabra que *Aparicuar* le dirigió a mi querido progenitor: “Padre”.

¡Padre! Es una palabra para pensar. Una palabra hermosa. Mi papá es el padre de un indígena, de un verdadero Chamán, y también es nuestro padre. ¡Es como si fuera el padre de toda Venezuela! De los indígenas, de los criollos, de todos.

Mi padre es, a la vez, producto de muchas mezclas étnicas, de los pioneros de nuestra existencia americana. Proveyó su sangre, su aporte racial y humano a la hermosa raigambre aborigen, y a nosotros nos dio también su savia, por él tenemos tantos rasgos diferentes. Esos rasgos distintos, esas abigarradas mezclas étnicas se pueden reencontrar en una Venezuela nueva, más amplia, con mayor multiplicidad cultural y étnica. Él es el padre de dos culturas, de dos mundos diferentes, aparentemente distantes. Pero, ¿lo son realmente? ¿No hay una vía de acercamiento, de entendimiento?

Se hermanaron en un punto la sangre indígena y la criolla. En un ser humano, en un cuerpo de hombre, en un personaje mágico, mítico. En mi hermano, en el Chamán de los Cunaguaros, se ha realizado el verdadero encuentro de dos culturas.

Los colores del mundo indígena, puros, vibrantes, pronto no serán más que un recuerdo. Cuando estemos lejos, nuestros oídos extrañarán las voces de la selva nublada. Aspiro profundamente, tratando de apresar en mis pulmones los olores frutales del monte, las emanaciones del campo llovido, la tibieza de los fogones. Y mis ojos se llenan con los ojos brillantes de los *Bari*, con el vuelo de las mariposas, con el verdor que embriaga los sentidos.

Parvadas de pájaros enojados saludan la aurora, el alba asoma perezosa tras un cerro y se van distinguiendo los contornos del paisaje: las plantas, sus enormes hojas lujuriantes, la choza, la hoguera ya apagada. Se acerca *Akita*, la joven hija de *Bandú*, que con una rapidez sorprendente, enciende el antiguo fuego. Sobre la selva se levanta un nuevo sol.

Palabreo del Chamán después de ver a su padre

*En esta oscura inmensidad azul,
desnudo de pasado y de presente
me entrego a la noche con todos mis recuerdos,
con mis plumas y abalorios.
Me abro inmóvil bajo la noche,
selvática y profunda,
bajo la noche de mis antepasados.
Y veo ante mí la madre luna, mansa y perdurable,
mojando todo con su plata antigua,
bañando de un brillo estéril las piedras,
bebiendo en el agua arremansada de las pozas.
Con mis cunaguaros y mis pumas
ando y desando la selva,
siento el calor de cada estrella,
el ruido de cada pájaro nocturno.
Nunca podrás alcanzarme, padre,
aunque yo mismo lo desee,
aunque te dé ventaja
y te abra las puertas de mi alma,*

tupidas de espeso monte y noche clara.
Te veo allí dormido, y me pregunto con qué sueñas,
cuáles caminos de ciudad visitas mientras duermes,
me quedo silencioso junto a ti y no me ves, ni me sientes.
Yo sin embargo me agazapo para velar tus ensueños,
y siento que vagas por rutas que no conozco,
raros ruidos, gritos, humo, casas llenas de gente,
algarabías, luces extrañas.
Pero en la noche dilatada
recuerdo con alegría tu sonrisa,
las palabras cariñosas,
“Ven, hijo, recoge estos jobos,
vamos al río”,
en una lengua ágil y sonora que siento tan mía
y tan distante a la vez,
tan amenazante como esa ciudad
que brilla y tiembla en tus párpados dormidos.
Y rememoro tu inmenso pesar al despedirte
cada vez que nos veíamos, cuando apenas era yo un niño,
capaz de cabalgar una lapa o un picure
y las flores para mí hablaban con la voz ajena de mi madre.
Que no alcance nunca a mi padre la maldad de las serpientes,
que no sucumba al acecho del caimán ni al rugido del yaguareté,
Padre, amigo de siempre,
yo me miro en ti y te siento,
sé como el puma en la espesura,
prudente y sabio, invencible y fuerte.
Más solitario que nunca me abro paso
entre las cepas de malangas,
entre los grandes helechos gigantes,
entre los bejucos plateados a esta hora plenilunar,
me hago uno con la luz, salto con mis pumas en el monte,
acecho las casas de los pueblos,
rondo las hogueras de la gente,
alerta merodeo y doy vueltas
en mis hoscos pensamientos,

*mientras el humo de mi tabaco
legado fiel de mi padrino
se va apagando
y va apagando la luna esa aurora
que llega arrastrándose, con pasos de serpiente.*

Canto a mi hermano indio

*Canto a mi hermano indio, el del pie desnudo,
el de los ojos transparentes,
El que cruza la selva pasando ríos y caños,
remonta la luna llena*

y contempla el resplandor de los cocuyos.

*Canto a mi hermano bari, el sabio,
el poderoso Chamán de las crecientes,
el que camina entre hoscas cunaguaros,
con paso leve y firme,
con el mismo sigilo del mochuelo,
de la lechuza gris que vaga entre la niebla.*

*Canto a su fuerza, a su camino,
al ritmo inspirador de sus pasos,
en esta aventura de ensueños, de suaves mariposas azules,
de grandes océanos de selva,
de bosque interminable
donde sentimos el pulso de los árboles,
el resonar del canto del piapoco,
y reímos como warao, como yukpa,
cantamos como kariña, como jodi, como bari,*

*bailamos como sape, como pemón, como wayuu,
soñamos como yekuana, yanomami, yaruro.*

Luchamos como wayuu, bari.

*Canto a mi hermano indio,
a la noble pureza de su espíritu
al futuro de nuestra raza,
al despertar de la fuerza indígena,
al alborar de un nuevo sol
que borre todas las fronteras,
que una todas las lenguas.*

*Yo buscaré la huella lenta de mi hermano,
lo hallaré entre la espesa selva,
con la magia de los astros me hablará
de tiempos absolutos y perfectos.*

Canto del Chamán a la gente antigua

*Canto a mi raza bravía, hermosa,
canto a mi estirpe de jaguar,
a mi linaje de montaña,
a mi sangre que es savia
y esencia de la selva.*

*Canto a mi gente antigua,
mi gente, cóncave de estrellas,
siembra de lunas remotas,
sendero de flores secretas,
mujeres que ríen con gracia,
mostrando sus ojos de piedra húmeda,
y su paso de río entre las hierbas.*

*Hombres que silban y sueñan,
gente que sube a lo más alto
para encontrarse con los astros,
niños que hablan como pájaros,
guerreros incansables,
cazadores perfectos,
que entran a los dominios
de Kanaima*

*y desafían sus poderes para rastrear la huella del danto,
del báquiro que rompe la maleza,
del paují que se pierde en la espesura.
Miro a mi gente desde lejos
y mi pecho crece altivo
de un orgullo infinito,
por mis hermanos sabios
como la paraulata de monte
por mis hermanos fuertes
como el oso de la selva,
por mis hermanos agudos
certeros como jaguares,
luminosos como peces,
hermosos como mariposas,
aéreos como libélulas.*

Palabreo de despedida del Chamán de los Cunaguaros

*No volveré quizás a ver a mis hermanos,
los que son dos y uno,
los del mismo rostro repetido,
los que gorjean como el curiñatá.*

*Siento nostalgia por ellos,
por mi hermano el sabio silencioso
como las cautas teracayas.*

*No volveré quizás a escuchar desde lejos a mi padre perdido,
siento nostalgia por este padre
fuerte y firme,
como un árbol de la selva.*

*Por esta hermanita que brilla
como si llevara el sol en su cabeza,
por esta madre amiga que va con ellos,
menuda y serena como la lluvia,
como la tarde.*

*No volveremos a vernos quizás
no volveré a sentirlos desde lejos,
no escucharé sus voces alegres,*

*no sentiré ya deseos de ir a su encuentro.
Los sabré lejos, andando otros caminos,
perdidos entre otra gente como ellos,
ajenos, distantes.
Y proseguiré mi cacería de sueños,
mi paso por la selva, ahora pleno
de añoranzas y recuerdos.
Pero quizás vendrá un tiempo de orquídeas,
un tiempo de luciérnagas y ríos,
ellos volverán, la selva los traerá
en canoas de esperanzas
volando como los guacamayos,
trepando como el zorro y como el puma,
quizá vendrá un tiempo de reencuentros
donde estaremos bajo la misma luna antigua,
sentados a la lumbré del shabono,
hablando y comentando las cosas de las ciudades,
del tráfico inclemente, de la lluvia sucia sobre el asfalto,
o las cosas de la selva,
de la lluvia limpia sobre los helechos,
del parloteo del río con las curiaras,
del agua que cae desde lo alto.
Volveremos a vernos
en un tiempo de claras mariposas,
en un tiempo de auroras, de soles compartidos.*

Canto final de Filatelio

*Un recorrido incierto
Entre atrevidas luciérnagas
me llevó a los dominios de la libélula,
anduve a lomos del caballito del diablo,
volé sobre un guacamayo,
me volví culebra de monte,
me enrosqué en los árboles,
y me hice danto, caimán, sigiloso candirú,
entre las aguas arenosas.
Y escuché la voz de la selva,
y la voz de la selva era la voz de mi hermano.
Era el sonido de su flauta remota,
era el rugido de los cunaguaros que lo rondan.
Su recuerdo me cerca y me acompaña,
rumor de brisa entre bucares, soledad del río al atardecer.
Pero canto a la altivez de mi hermano,
a las lunas antiguas de su raza,
a su pie cobrizo sobre la huella del tapir,
buscando el rastro del báquiro.
Volveré a ver el rostro fiero de mi hermano.*

*La selva aún guarda respuestas,
encierra misterios para mí.
Volveré a la gran selva dormida,
despertaré al paují al ciervo, a la danta, al loro real,
y pisaré de nuevo esos caminos lejanos.
Primero fue la piedra, luego el agua,
inmensas torrenceras
cascadas rumorosas,
y luego vino el hombre indígena
dueño de todos los caminos,
señor de la lluvia y la tormenta.
Yo encontraré la fuerza elemental,
el suave centro de su alma,
y seré con mi hermano, y él conmigo
hombres y cunaguaros, tigres y hombres.
Hermano mío, amigo,
traza tu propia huella entre los otros,
y dibuja tu signo en las estrellas.
Hubo lunas lejanas
cuando esta selva era solitaria y umbría
y sólo el canto del paují trizaba la hojarasca.
Hermano amigo,
que caminas contagiado de lunas,
rodeado de agrestes cunaguaros,
con tu piel de relámpago,
con tu flauta de siglos,
dame la mano, hermano,
dancemos juntos al calor de las estrellas,
celebrems la vida de nuestros pueblos,
brillemos como cocuyos en la noche,
saltemos como peces, como garzas,
hermano mío,
seamos uno y todos a la vez,
en nuestro pueblo.*

Bibliografía esencial

Acosta Saignes, Miguel. *Estudios de etnología antigua de Venezuela*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Editorial de la Facultad de Humanidades, 1954.

Alvarado, Lisandro. *Datos etnográficos de Venezuela*. Caracas: Ministerio de Educación, 1956.

Armellada, Cesareo de. *Pemonton Taremurú: (invocaciones mágicas de los indios Pemón)*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, 1972.

Civrieux, Marc de. *Watunna, an Orinoco creation cycle*. Austin: University of Texas Press, 1997.

_____. *Watunna, mitología Makiritare*. Caracas: Monte Ávila, 1970.

Cooperativa Laboratorio Educativo. *Los Motilones, un pueblo a punto de desaparecer*. Caracas: Editorial de la Biblioteca de Trabajo Venezolana, 1980.

Coppens, Walter, ed. *Los aborígenes de Venezuela*. Caracas: Fundación La Salle de Ciencias Naturales; Instituto Caribe de Antropología y Sociología, 1983. (Etnología Contemporánea). 3 v.

Costanzo, Giorgio, a cura di. *Poesie degli indios Piaroa*. 2ª ed. Milano: All'Insegna del Pesce d'Oro, 1959.

Ferguson, R. Brian. *Yanomami warfare: a political history*. Seattle: School of American Research Press, 1995.

Fossi Cedeño, Luis Eduardo. *Ceremonial y adornos sagrados: acercamiento a la dinámica de la teatralidad en los principales rituales Yanomami del Alto Orinoco*. Caracas: Fondo Editorial Fundarte; Alcaldía de Caracas, 1999.

Fuentes, Emilio. *Los Yanomami y las plantas silvestres*. Caracas: Fundación La Salle de Ciencias Naturales, 1980.

Heinen, H. Dieter. "Los Warao". En: *Los aborígenes de Venezuela*. Caracas: Fundación La Salle de Ciencias Naturales, 1988. (Etnología Contemporánea) v. III.

Krisólogo B., Pedro Juan. *Manual glotológico del idioma Hapotein: versión del área del Río Cunaviche*. Caracas: Ministerio de Educación, Cultura y Deportes; Consejo Nacional de la Cultura, 2002.

Krisólogo B., Pedro Juan. *Manual glotológico del idioma Panarih: versión de las regiones de El Tigre, El Mato y Perro de Agua*. Caracas: Ministerio de Educación, Cultura y Deportes; Consejo Nacional de la Cultura, 2002.

_____. *Manual glotológico del idioma warao: versión del Caño Araguaa*. Caracas: Ministerio de Educación, Cultura y Deportes; Consejo Nacional de la Cultura, 2002.

Lizot, Jacques. los "Yanomami". En: *Los aborígenes de Venezuela*. Caracas: Fundación La Salle de Ciencias Naturales, 1988. (Etнологía Contemporánea) v. III.

_____. *Tales of the Yanomami: daily life in the venezuelan forest*. Melbourne: Cambridge University Press, 1991.

Mosonyi, Esteban Emilio. *Identidad nacional y culturas populares*. Caracas: La Enseñanza Viva, 1982.

_____. *El indígena venezolano en pos de su liberación definitiva*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1975.

Morales, Filadelfo y otros. "Historia Kariña de los siglos XVI y XVII". En: *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1987.

Olsen, Dale A. *Music of the Warao of Venezuela: song people of the rain forest*. Miami: University Press of Florida, 1996.

Páez, José Antonio. *Autobiografía*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1972.

_____. *Autobiografía*. New York: Elliot, 1869-1945.

Paz, Ramón. *Mitos, narraciones y cuentos guajiros*. Caracas: Instituto Agrario Nacional, 1972.

Petrullo, Vincenzo. *Los Yaruro del río Capanaparo*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Instituto de Antropología e Historia, Facultad de Humanidades y Educación, 1969.

Pintón, Solange. "Les Bari". En: *Journal de la Société des Americanistes*, v. LIV, Paris: Société des Americanistes, 1965.

Ruddle, Kenneth, and Wilbert, Johannes. "Los Yukpa". En: *Los aborígenes de Venezuela*. Caracas: Fundación La Salle de Ciencias Naturales, 1983. (Etnología Contemporánea). v. II.

Saler, Benson. "Los Wayú". En: *Los aborígenes de Venezuela*. Caracas: Fundación La Salle de Ciencias Naturales, 1988. (Etnología contemporánea).v. III.

Suárez, María Matilde. *Los Warao*. Caracas, IVIC, 1968.

Vegamián, Félix María de. *Los ángeles del Tocuco 1945-1970: monografías misionales de sus internados indígenas en los veinticinco años de su fundación*. Maracaibo: Litografía Lorenzo, 1972.

_____. *Diccionario ilustrado yupa español - español yupa con onomástica y anotaciones gramaticales*. Caracas; Formateca, 1978.

Velásquez, Ronny. *Estética aborígen*. Caracas: Fundarte; Alcaldía de Caracas, 2003.

_____. *Mitos de creación de la cuenca del Orinoco*. Caracas, Conac-Fundef, 1993.

Venezuela. Ministerio de Educación. *Régimen de la Educación intercultural bilingüe. Diagnósticos y propuestas. 1998-2008*. Caracas, Dirección de Asuntos Indígenas del Ministerio de Educación, 1998.

_____. *Situación actual de los indígenas y la política indigenista de Venezuela*. Caracas: Dirección de Asuntos Indígenas del Ministerio de Educación, 1993.

Wilbert, Johannes. "Los Makiritare". En: *Indios de la región Orinoco Ventuari*. Caracas, Fundación La Salle de Ciencias Naturales, 1966.

_____. "The Marikitaré of territorio Amazonas". En: *Survivors of El Dorado*. New York: Praeger Publishers, 1972.

_____. *Mindful of famine, religious climatology of the Warao Indians*. Cambridge: Harvard University Press, 1992.

_____. *Mystic endowment, religious ethnography of the Warao Indians*. Cambridge: Harvard University Press, 1993.

Índice

Agradecimientos . . .	II
Nota	13
Vuelta a Venezuela indígena.	15
El Chamán de los Cunaguaros.	27
Palabreo del Chamán.	37
Los <i>Warao</i> , gente de canoa.	39
Muerte de <i>Sesebe</i>	77
Los <i>Kariña</i> , antiguos guerreros.	79
Monólogo del Chamán de los Cunaguaros.	99
Los <i>Pemón</i> , magia en sus palabras.	101
Tarén para sobrevivir la muerte de la mujer amada.	133
Tarén de un joven perdido en la selva.	135
Los <i>Sape</i> , sombra y alma.	137
Palabreo del Chamán al pensar en Filatelio.	171
Los <i>Yekuana</i> , pobladores de la niebla.	173
Palabreo del Chamán para Maigualida.	203

Los <i>Jodi</i> , guardianes de la selva. . . .	205
Palabreo para Carmen. . . .	229
Los <i>Yanomami</i> , hijos de la luna. . . .	231
Palabreo del Chamán cuando oye a los morochos silbar. . . .	269
Los <i>Yaruro</i> , centinelas del viento. . . .	273
Coro de la selva. . . .	299
Los <i>Wayuu</i> , descubridores de misterios. . . .	301
Coro <i>wayuu</i>	335
Los <i>Yukpa</i> , señores de la sierra. . . .	337
<i>Kun apanane</i> . El diluvio. . . .	361
Canto <i>yukpa</i>	363
Los <i>Bari</i> , dueños de la música. . . .	365
Palabreo del Chamán después de ver a su padre. . . .	393
Canto a mi hermano indio. . . .	397
Canto del Chamán a la gente antigua. . . .	399
Palabreo de despedida del Chamán de los Cunaguaros. . . .	401
Canto final de Filatelio. . . .	403
Bibliografía esencial. . . .	405

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte,
Piso 21, El Silencio
Caracas -Venezuela 1010
Teléfonos: 0212-7688300 / 7688399

Correos electrónicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales
Facebook: El perro y la rana
Twitter: @perroyranalibro

El Chamán de los Cunaguaros.
Viaje por el mundo indígena venezolano

Digital

Fundación Editorial El perro y la rana

noviembre de 2022

Caracas, República Bolivariana de Venezuela





Una familia emprende un maravilloso viaje por el territorio venezolano con el fin principal de conocer las etnias indígenas existentes en nuestro país.

A medida que van adentrándose en los territorios que sirven de hogar a los aborígenes, primeros habitantes de estas tierras, toda la familia cambia su visión de la realidad nativa gracias a la adquisición de valiosísimos conocimientos.

El Chamán de los Cunaguaros, novela dirigida principalmente a un público juvenil, nos lleva a través de experiencias personales e investigaciones realizadas por la autora, a descubrimientos de suma importancia para todo aquel que quiera saber sobre nuestras raíces y sobre la actual situación de estas comunidades ancestrales.

MARISA VANNINI DE GERULEWICZ (Florencia, 1929 - Caracas, 2016)

Se radicó en Venezuela desde el año 1938. Fue profesora de la Universidad Central de Venezuela y doctora en Letras por la misma casa de estudios. Maestra de preescolar, primaria y secundaria graduada en el Instituto Pedagógico de Caracas. Egresó del Curso Superior de Folclore e Indigenismo del Inidef e hizo una especialización de Filología Moderna por la Università degli Studi di Bologna. Realizó investigaciones históricas en archivos de Venezuela y Europa y publicó numerosas obras alusivas a este tema. Es autora del libro *Literatura infantil*, que mereció el Premio Municipal de Literatura (mención Investigación, 1984). su obra es extensa e inquieta. Entre sus títulos podemos destacar: *El gato de los ojos dorados* (2000), *El mágico mundo de los yukpa* (2001), *Ellos también descubrieron el Nuevo Mundo* (2001), *La fogata* (2004), *El chigüire fantasma* (2005), *Arrivederci*, Caracas (2005), *El Infierno de Dante Alighieri* (2006), *El número tres* (2006), *El zamuro barbero* (2006) y *El amanecer y otras voces* (2007).

